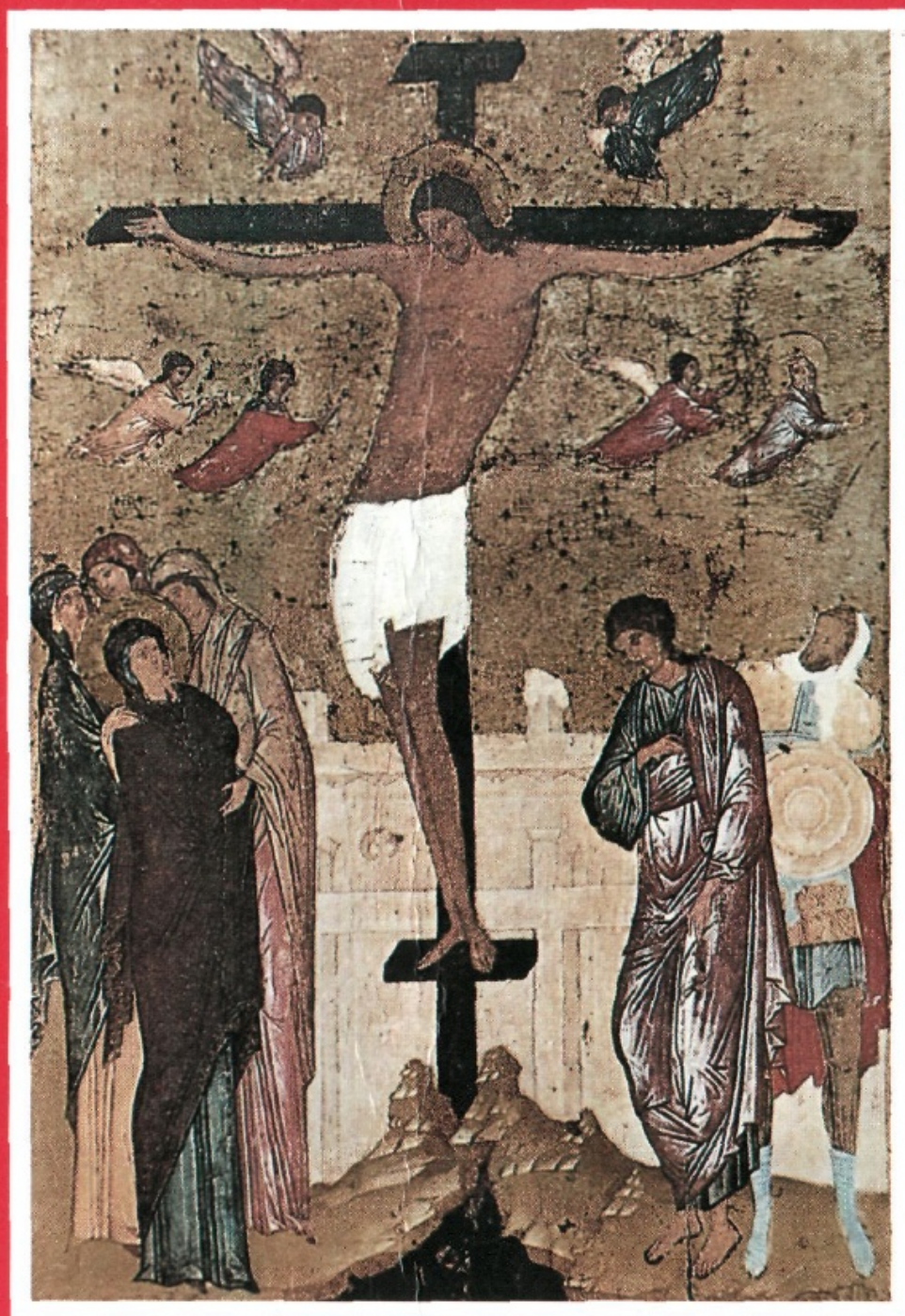


Francisco De Mier

TRILOGÍA DE LA PASIÓN

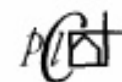
**PASIÓN DE DIOS
PASIÓN DE CRISTO
PASIÓN DEL HOMBRE**



Francisco DE MIER

TRILOGÍA DE LA PASIÓN

PASIÓN DE DIOS
PASIÓN DE CRISTO
PASIÓN DEL HOMBRE



Madrid,
1993

INDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

I LA PASIÓN DE DIOS

I.- LA LARGA Y OSCURA PASIÓN DE DIOS	15
1) La creación	15
2) La revelación oscura y luminosa.....	20
3) Un pueblo propio.....	23
4) La humanidad de Dios	26
5) La Pasión de Dios en la Pasión de Jesús.....	29
... La Pasión íntima	29
... La Pasión pública	32
6) La Pasión de Dios en las actitudes de vida de Jesús.....	42
II.- EL DIOS DE LA PASIÓN	51
1) Unido a la cruz	52
2) Dios tripersonal y familiar	55
3) Dios radical	59
4) Dios escondido y revelado	61
5) Dios débil	64

© Publicaciones Claretianas, 1993
Juan Alvarez Mendizábal, 65 dpdo. 3.º
28008 Madrid. Teléf. (91) 547 05 02

ISBN: 84-7966-044-9
Depósito legal: M. 9.033-1993

Imprime: Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

6) Dios sufriente	67
III.- COMO ENTENDER EL SUFRIMIENTO DE DIOS	71
1) ¿Puede querer Dios la Pasión de su Hijo?	72
2) Dolor que nace del amor	74
3) Es un dolor por solidaridad	78
4) El esfuerzo liberador	80
5) Dios glorificado en la Pasión	86
El rostro del Dios de la Pasión	90
* Su expresión humana	91
* Su expresión divina	92
Creo en el Dios de la Pasión.....	92

II LA PASIÓN DE CRISTO

I.- LA PASIÓN ANTES DE LA PASIÓN.....	101
1) La Pasión en la Encarnación	101
Diálogo entre Jesús y el creyente.....	105
2) Fue predicha y prefigurada en el Antiguo Testamento.....	106
Diálogo entre Jesús y el Creyente	109
3) La Pasión a lo largo de su vida	110
Diálogo entre Jesús y el creyente.....	115
4) ¿Previó su muerte y cual fue su reacción?.....	115
Buscando el sentido que dió a su muerte	119
Diálogo entre Jesús y el creyente	123
II.- LA PASIÓN EN LA PASIÓN.....	125
1) El arresto.....	125
Diálogo entre Jesús y el creyente.....	130
2) En manos de las autoridades judías	131
— La noche	131
— El amanecer	133

Contraste Jesús-Pedro	137
Diálogo entre Jesús y el creyente	138
3) En manos del procurador romano	140
Lo que padece ante el Procurador	141
Contraste Jesús-Barrabás	144
Diálogo entre Jesús y el creyente	148
4) Camino del Calvario	149
— La primera son los tormentos del camino	149
Diálogo entre Jesús y el creyente.....	154
5) La Crucifixión	155
Diálogo entre Jesús y el creyente.....	167
6) Primeros frutos de la Crucifixión.....	168
7) La muerte.....	172
— La muerte sufrida	172
— La muerte vencida	174
Diálogo entre Jesús y el creyente	176

III.- LA PASIÓN DESPUES DE LA PASIÓN.....	179
1) El traspasado	180
2) El sepultado	183
3) Descendió a los infiernos	187
Diálogo entre Jesús y el creyente	190
4) El sepulcro abierto.....	191
— El ángel iluminador	194
5) El Crucificado Resucitado	197
— Contraste vida-muerte	199
— Contraste tumba-huerto	200
— Contraste hombre viejo-hombre nuevo.....	200
Diálogo entre Jesús y el creyente	201
6) El Aparecido.....	202
Diálogo entre Jesús y el creyente.....	210
7) La Pasión en y de las primeras comunidades	211
Diálogo entre Jesús y el creyente.....	217

III
LA PASIÓN DEL HOMBRE

I.- EL HOMBRE CRUCIFICADO.....	223
— Muertos.....	244
— Sepultados	245
— Los vacíos interiores.....	247
— El progreso unilateral	248
— El pecado estructural	249
— La conflictividad	251
— La irreligiosidad	255
— Las guerras	257
— El martirio.....	258
II.- LA RESPUESTA DE LA CRUZ	261
A.- LA PASIÓN DE CRISTO ILUMINA	
LA PASIÓN DEL HOMBRE.....	261
1) Presencia de Dios en la pasión del hombre	262
2) Fuerza crítica	264
3) Es “memorial” vivo.....	267
— La falsa “memoria” se expresa con frecuencia en	
estos recuerdos deformantes:.....	268
— La verdadera “memoria” de la Pasión	270
4) La Pasión de Cristo abre un futuro a los hombres que	
aun están sufriendo la pasión.....	274
B.- LA PASIÓN FUNDAMENTA LA ESPERANZA	
ETERNA Y LA RESURRECCIÓN	286
— La esperanza del Crucificado Jesús	287
— Nuestra esperanza.....	289
— Esperanza en que su obra sigue.....	290
— La resurrección	292

La pasión pertenece a la esencia de la vida, no es un accidente circunstancial; no hay vida que no sufra alguna forma de pasión en su nacimiento y en su crecimiento, y es precisamente esa pasión lo que más determina su desarrollo.

En este libro hablamos de la PASIÓN como elemento de VIDA.

Este es el espíritu que ilumina el inmenso tapiz pasionista que pretendemos exponer aquí y que abarca por igual a Dios y al hombre. Trazaremos el cuadro en tres partes: la primera corresponde a *DIOS*, Creador y Padre, origen de toda vida; la segunda a *JESUCRISTO*, que dedicó toda su vida a servir a la vida; y la tercera al *HOMBRE*, ansioso siempre de más vida y quejoso de lo poca y corta que es la suya.

Parecería lógico que el cuadro tuviese un fondo oscuro o de color sangre, pero preferimos que tenga el color de la vida, que no es ninguno específico, pero que todos distinguimos muy bien; la vivísima luz de la resurrección ilumina todo el tapiz y cada una de sus posibles negruras y el Espíritu despierta en cada arruga u aliento de fecundidad.

Empezamos por la Pasión de Dios, porque es la más desconocida y la más rica, de ella reciben las demás su fuerza creadora de vida; la de Jesús la conocemos más y la del hombre nos toca sufrirla en carne propia. Es Dios el que convierte la Pasión en Vida.

En cuanto a los materiales de nuestro trabajo, usaremos algunos pinceles teológicos, los más asequibles, y materiales de otros cuya aportación ofrecemos en citas originales, pero sin aparato científico, por lo que en la base no leeremos más que su firma, sin ficha técnica; el principal material es la reflexión personal, orientada a despertar reacciones vivas en nosotros.

El libro se dirige a todos los que tienen ganas de vivir y quieren descubrir fuentes de vida hasta en las llagas del sufrimiento. En ningún otro pozo encontrarán tanta agua viva como en éste.

I LA PASIÓN DE DIOS

Por su incorporeidad a Dios le eliminamos fácilmente de la Pasión, como si el espíritu no tuviese más capacidad de sufrimiento que el cuerpo. Reduciendo a Dios a observador lejano y a esperar el momento final para sorprender majestuosamente con la Resurrección, la Pasión queda deformada y Dios también.

Nos planteamos aquí la pregunta de la teología y del instinto humano: ¿sufre Dios? ¿hasta dónde y cómo le afectó a Dios la Pasión de Jesús? ¿cómo le afecta la interminable pasión que se produce en la historia?

Si la Pasión es un asunto exclusivo entre Jesús y unos cuantos que le ejecutan, pierde su valor universal, no nos interesa más que como acontecimiento del pasado, deja de ser salvadora y Dios aparece impassible, sin entrañas de misericordia, en todo caso con firmeza de juez exigente, pero se diferenciaría muy poco del viejo Dios de tantas religiones superadas. No es así como Dios aparece en su revelación.

Dios está en la Pasión, ni fuera ni lejos; la Pasión le afecta personalmente, es la Pasión de Dios al mismo tiempo que la Pasión de Jesús. Dios está intensamente presente en los relatos evangélicos de la Pasión, donde todo se narra en relación con El y con su voluntad, expresada en múltiples profecías que ahí reciben exacto cumplimiento, lo que produce unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Porque Dios está con El, lo rehabilita y resucita; Dios presente en la Resurrección demuestra que también estuvo presente en la Pasión.

“Nuestro Dios es un Dios crucificado; la felicidad de la que no puede ser privado, no le ha impedido temer ni gemir ni sudar la sangre de la agonía indecible ni lamentarse en la cruz, ni sentirse abandonado”. (Raïsa MARITAIN)

“El Dios de la fe cristiana es el Dios que sufre en Jesucristo. Hablar de Dios en un mundo adulto significa hablar de un Dios sufriente. Vivir en un mundo sin Dios (“ante Dios, con o sin Dios”) exige de un cristiano “participar en el sufrimiento de Dios”. Nadie había tomado tal vez tan hondamente el desafío de la modernidad.” (GUSTAVO GUTIÉRREZ)

Esta presencia de Dios da a la Pasión todo su sentido, la hace salvífica y de alcance universal, eterna en sus frutos; el amor de Dios alarga el valor de la Pasión hasta dimensiones infinitas. Si Dios no estuviese directamente implicado, la Pasión seguiría teniendo las máximas dimensiones humanas, pero solo humanas, por tanto difícilmente compaginables con nuestros conceptos de salvación. Su unidad absoluta con el Hijo no se interrumpe ni se rompe en esas horas trágicas.

Con su presencia activa enriquece también nuestras reflexiones de la Pasión, que es donde más se nos acerca y esclarece su realidad; el Dios de la Pasión, el Dios sufriente a favor de la vida es el más nuestro.

Aceptando la invitación de San Ignacio de Antioquía: "Permitidme que imite la pasión de mi Dios", en esta primera parte de nuestro libro reflexionamos sobre

LA PASIÓN DE DIOS, la que El sufre, y

EL DIOS DE LA PASIÓN, los aspectos de Dios que sobresalen en la Pasión y el nuevo rostro que adquiere al pasar por el sufrimiento.

I.- LA LARGA Y OSCURA PASIÓN DE DIOS

Es una larga y oscura historia en la que no acostumbramos detenemos porque no está registrada en archivos especiales, como lo está en parte la pasión de Jesús. Además, cuando lo intentamos, no nos resulta fácil seguir y comprender ese proceso pasional y apasionante. Aupándonos sobre esa dificultad, aquí nos acercamos a la Pasión de Dios por dos caminos.

Primero recorriendo su proceso o *historia*, porque nuestro Dios nos resulta asequible en el tiempo, empezando en la creación y concluyendo en la Cruz resucitadora, como momento culminante. En cada uno de esos momentos, Dios se expresa en formas personales que explotan luego en mayores formas de vida. Segundo, recordando algunas de sus *actitudes* de vida expresadas en las actitudes de vida de Jesús; son actitudes que rebasan la historia y se convierten en ejemplares para el verdadero creyente.

Siguiendo esta pauta, recorreremos los principales pasos de su proceso pasional.

1) La creación

Esplendorosa, pero limitada.

Los límites de la creación son límites para Dios.

El primer momento y espacio de la pasión de Dios lo marca la creación. El génesis nos ofrece una lectura poética y epopéyica, en la que Dios pudo sentarse a descansar triunfalmente al final de su obra gigantesca y detallista. ¡Qué inmenso es este Dios creador y con qué facilidad hace las cosas! Al acabar el relato, uno siente ganas de aplaudir con gratitud. Pero hay otra manera de ver todo esto, mirando más desde el esfuerzo y decepciones de Dios antes de llegar al punto culminante, que aun está en proceso, un lento y costosísimo proceso de avances y retrocesos.

* *Una creación imperfecta.* Su esencia de amor le proyecta hacia afuera, pero fuera de El solo hay la nada, por lo que resulta una proyección absurda; para poder proyectarse en algo, crea el mundo, con lo que se convierte de Dios absoluto y único en "principio", en "superátomo", no en algo esplendoroso y completo, sino solo en germen. Desde el momento en que da el primer paso para crear y comunicarse empieza el sufrimiento por lo imperfecto y la lentitud de la obra. La creación inicial resulta tan imperfecta y sufriente que a El mismo le hace sufrir; el desgarrador grito de la creación luchando durante milenios por tener sus propias formas resuena en el corazón del Creador.

Es el sufrimiento del artista que no acaba de reconocerse en su obra y va rompiendo bocetos uno detrás de otro; cuando, al fin, termina uno, siente una leve satisfacción, le gratifica la admiración de los demás, pero El sabe que no es eso lo que quiso expresar y le queda el recurso de arrinconar su obra o romperla o no poner su firma en lo que no le satisface. Pero Dios no retira nunca su firma de ninguna de sus obras, solo puede esperar que la evolución de los siglos la perfeccione un poco; ni siquiera la puede dejar en reserva, esperando otro momento de mejor inspiración para completarla porque cada cuadro de su creación pasa inmediatamente a las imprevisibles y limitadas manos de los hombres.

* *Una creación contradictoria.* La creación es contingente, su mismo proceso está sujeto continuamente a golpes y vaivenes, amenazado por fuerzas demoníacas. Porque la creación, imperfecta en su origen, fue estropeada después por la culpa original y sometida a un

proceso lento y contradictorio. ¡Cuántas veces tendría el Creador la tentación de romper lo hecho y rehacerlo de nuevo! Al conservar el mundo, "*Dios soporta las contradicciones y las hace soportar*", actúa con sufrida paciencia más que con intervenciones sorprendentes, hasta abrir la creación a la perspectiva de la "glorificación" (Rom 8, 21).

Esta Pasión de Dios nos lleva a *superar las contradicciones* de la historia y de la naturaleza, que muchas veces tomamos como trampas o destinos aprisionantes, a no distanciarnos nunca de las *situaciones dolorosas*, a crear una verdadera lucha y solidaridad con la tierra; porque aquí hay algo de "mal metafísico", que no es fruto de la maldad del hombre sino anterior a él, y que hay que combatir.

Es un sufrimiento intrínseco a la obra creadora de Dios, que no puede subsistir sin darse y que, al darse, deja algo de sí en beneficio de la creación. "*El precio de una verdadera creación es la muerte. El mundo no es sino el Dios sacrificado*" (R. Panniker). Pero este mismo darse le realiza y mantiene su propia esencia. La creación, que expande y limita la potencia creadora de Dios y le obliga a una manifestación también limitada, pues nunca puede manifestarse ni ser del todo en el mundo, le va realizando al mismo tiempo como *Dios de la vida y del amor*, que vuelca su propio ser en las criaturas en las que no cabe del todo, pero en las que refleja su imagen.

* *El hombre cautivo y mortal.* Y llega el hombre a la creación. Pero, ¿qué hombre? Un hombre apuntando siempre hacia arriba pero, de momento, cautivo y mortal.

El hombre es la obra maestra de Dios en la que quiere reconocerse como algo más que una imagen; pero el hombre recién hecho, aun antes del pecado de origen, apenas se distingue de los seres inferiores, la chispa interior tardará mucho en convertirse en conciencia, va más inclinado que erguido, gruñe más que habla, es un hijo deforme, subnormal; siglos de paciente evolución son necesarios para que Dios vea progresar al hombre. Puede pensar que era más agradable la figura inicial de barro que esa masa bruta que no sabe su puesto en la creación. Dios sufre viéndole en *cautiverio*, que es la situación normal del hombre hasta que supere el límite de la muerte y entre en la

liberación de la gloria. El hombre, conforme desarrolla su espíritu, siente más el cautiverio de las fuerzas brutas y de sus propias limitaciones. Y Dios tiene que vivir y manifestarse en ese cautiverio, metido en su propia obra, cautivo en sus limitaciones.

Con la creación primera se inician al mismo tiempo la vida y la muerte, todo nace y muere; con la creación del hombre se inician la vida nueva, la del espíritu encarnado, y la nueva muerte, la del pecado. Desde el principio de la creación, Dios empieza a sufrir la muerte, sobre todo la provocada por las obras extraviadas. *“No os procuréis la muerte con vuestra vida extraviada ni os acarreéis la perdición con las obras de vuestras manos; Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo a los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables; no hay en ellas veneno de muerte ni el abismo impera en la tierra. Porque la justicia es inmortal”* (Sab. 1, 13-15). Así era al principio del origen. Pero muy pronto el “veneno de la muerte” se introduce en la creación.

* *La esforzada evolución.* Dios vive la dolorosa lucha entre la vida y la muerte en la evolución, que tiende siempre hacia arriba y hacia adelante en permanente esfuerzo; la mejor vida solo se logra al morir, como los salmones que, viejos y cansados, saltan fatigosos las cascadas del río para poner sus huevos donde nacieron años atrás y luego mueren; como el sacrificio biológico de muchos animales para mantener el equilibrio de la especie y el ecológico; como la savia que sube a la punta del árbol para mantenerlo vivo más tiempo. Dios sufre y goza en ese esfuerzo gigantesco, el esfuerzo transformante de la evolución que da saltos inmensos cuando el hombre se hace cargo de ella.

Pero el hombre también puede destruir la creación, es uno de los poderes conquistados.

“Nosotros vivimos el fin de los tiempos, es decir una época tal que nosotros podemos, en cualquier momento, decidir su fin”.
(Günter ANDERS)

Porque Dios vive en las cosas y en el hombre, la destrucción de éste parece a amenazarle de destrucción a El mismo, al menos la

destrucción de su presencia en el mundo. ¿Por qué, entonces, no elimina ese mal del mundo? ¿Cuántas veces ha sufrido la deficiencia de las respuestas, en las que se pone incluso un gran empeño filosófico! Las explicaciones dicen que El es inocente y que hay que exculparle de toda responsabilidad culpable.

“Sin embargo, Dios no es totalmente inocente. Aunque no se halle directamente implicado en tal o cual acontecimiento, sí está plenamente implicado en este mundo, en el que ocurren inevitablemente tales acontecimientos. Dios “entrega” al hombre a este mundo orgánico, le deja en este condicionamiento de fragilidad, de sufrimiento y de muerte. Dios no es, pues, inocente de esta situación que, por el contrario, forma parte de su plan”. (François VARRONE)

Aunque así Dios logra que el hombre pueda elegirle precisamente a El, cualquier respuesta oscurece tanto como aclara; solo al final descubriremos plenamente ese sentido; por eso, *“solo el futuro absuelve a Dios de su plan, de su forma de no intervenir”* (Ib). Mientras tanto sufre la acusación de no interferir el sufrimiento y las sombras.

Dios mismo participa de la *situación provisoria del hombre y de todas las cosas*; la creación y la revelación le sacan de sí mismo y le colocan en situación de peregrino, de forastero en su propia casa; en su misma obra fecundante está creando un ámbito donde le costará ser reconocido; el gozo de la presencia creadora contrasta con la tiniebla de la ausencia. Por esta situación provisoria, los hombres le toman o le dejan a conveniencia, reconocen o niegan su presencia en la marcha de las cosas, le abren espacios o le cierran puertas según su estado de ánimo. No tiene el gozo de que cada frontera conquistada sea ya definitiva.

* *Sin embargo, es un sufrimiento para la esperanza*, porque el dolor de Dios es positivo y está lleno de futuro. Es la pasión del creador, del alfarero que siente formarse la figura entre sus manos, del educador que ve crecer al alumno; lenta y amorosamente, pero la vida va saliendo de sus manos. En el Apocalipsis nos comunica con visiones exultantes que el mundo no está dominado por un negro

fatalismo sino que todo terminará en un Reino nuevo. Así será precisamente porque Dios se hace más presente en el sufrimiento superador que empuja la creación hacia arriba. La fe y la esperanza en ese hora transformante suscitan fuerzas nuevas de lucha contra los poderes aniquiladores. No es esperanza como seguridad de que, al fin, todo saldrá bien en esta historia humana, sino la esperanza en la resurrección, donde la energía divina hará que la vida salga triunfando definitivamente sobre las fuerzas de muerte que operan en la creación. Desde esta esperanza aceptamos la realidad y nos comprometemos en la lucha contra toda forma de muerte

“ El Verbo vino y dijo Aquí está el barro,
que el barro se haga llanto
(no que se haga luz).
Y el barro se hizo llanto
Lo primero fue el barro
¡El barro hecho llanto!
¡el dolor de la tierra!
¿O puede ser la vida eternamente
un lamento encerrado en una cueva?
Dios es el mar,
Dios es el llanto de los hombres
Y el Verbo se hizo llanto
para levantar la vida
El Verbo está en la carne
dolorida del mundo”
(León FELIPE)

2) La revelación oscura y luminosa

*Habla pero no le entienden
¿Es posible el diálogo entre el super genio y el analfabeto,
entre el sincero y el retorcido?*

Ya está el hombre ahí, sobre la tierra, pero ¿cuáles son sus preocupaciones, además de poner nombre a los animales y de buscar las

manzanas más sabrosas? ¿A qué se dedica un recién nacido con cuerpo de adulto y con una inteligencia repentinamente estimulada?

Dios creador no quiere comportarse como su dueño sino como su Padre amoroso y educador, y aquí empiezan los problemas, como siempre, porque siempre es más fácil engendrar que educar.

* *Difícil comunicación* Si Dios crea, es para *comunicarse* ¿Pero cómo entablar un diálogo con el hombre? La torpe criatura, que ni siquiera saber reconocer la luz en su propio interior, necesita conocerle a El, Padre y Creador, que supera todo conocimiento. Es más, Dios aspira, no solo a un conocimiento, sino a una relación amorosa. El hombre nunca podrá conocerle por sí mismo, es El quien tiene que abrirse, pero siempre con palabras impotentes e ininteligibles para aquél a quien se dirige. ¿Qué lenguaje escogerá para hacerse inteligible?; porque el hombre es aun el hijo que entiende mejor un castigo que una explicación, se deja impresionar por un gesto llamativo pero no entiende razones.

Es la *pasión de la revelación*, la dolorosa ilusión por comunicar algo de lo que se es, el esfuerzo del enamorado por transmitir lo que piensa a quien no le corresponde, la pasión del sordomudo con una gran inteligencia pero cuyos gestos no sirven para un público que no se ha especializado en ellos. Dios tiene que usar los torpes gestos de la creación, aunque insuficientes y contradictorios, es un primer paso obligado porque en el hombre inicial los sentidos aun trabajan más que la inteligencia y está tan cercano a las cosas que apenas se distingue de ellas.

* *El esfuerzo del lenguaje* Después de la primera etapa en que el hombre-niño se entiende con Dios a base de caricias, llega el momento *del lenguaje*, porque el hombre niño tiene que hacerse cargo de la creación y necesita criterios, correcciones y descubrimientos nuevos.

Para hablar con el hombre Dios necesita un *lenguaje humano*, pero hasta las palabras del profeta son deficientes, mucho más cuando se oscurecen por la ira o por las decepciones, o producen persecución cuando son claras. El rechazo del profeta es el rechazo de Dios. Con frecuencia surgen falsos profetas que hablan tan encendidamente como los auténticos y el pueblo apenas los distingue y Dios sufre la

pasión de que se le atribuyan unas palabras que no son suyas. La comunicación más dolorosa es la de un padre con un hijo que no entiende o que malinterpreta sus palabras; ¿qué hará, seguir hablando o retirarse en silencio?; cualquiera de las dos reacciones es dolorosa.

La revelación choca con una doble dificultad; por una parte, la realidad divina rebasa siempre toda palabra y comprensión humana; por otra, su palabra resulta contradictoria y tiende a confundirse con lo que uno desea o repele. En consecuencia, el pueblo tiende más a fabricar a Dios que a escucharle. Esto produce en Dios una terrible soledad.

“Tus pasos de silencio nadie oye,
ni el aire de tu aliento por el mundo,
aunque las puertas abres como un signo
en la noche lustral de ciertos sueños...”
(CONCHA ZARDOYA)

* “*Y la palabra se hizo hombre*”. Insatisfecho por esta torpe y larguísima revelación desde la naturaleza, Dios decide un día hacerse El mismo Palabra, PALABRA DIVINA ENCARNADA, palabra de gestos y sonidos. Para empezar, tiene que escoger un idioma, una cultura, una tierra entre los muchos humanos que no aceptan ni entienden el lenguaje de otros pueblos. Algunos rechazarán su palabra precisamente por venir de ese pueblo, otros por ser tan humana, otros, en fin, bajo el pretexto de traducirla, la someterán a interpretaciones deformantes. Toda palabra reveladora sufre siempre la pasión de la estrechez en sí misma y de la interpretación por parte del receptor. Ha tenido que luchar contra los prestigiosos cauces de la filosofía y la teodicea que lo reducen al campo de lo inteligible y analógico; ¡cuántas deformaciones y cuánta frialdad han nacido de aquí!, en contraste con el apasionado fuego que El ponía al hablar.

Al final recurre a la luminosa *palabra de la Cruz*, que se ha convertido en el gran sintonizador que hace inteligibles para los hombres las más sublimes palabras de Dios; cualquier palabra suya que resulte oscura adquiere una claridad especial cuando se somete a la resonancia de la Cruz.

Aquí se nos revela más desde la práctica que desde la teoría, más desde el compromiso que desde la explicación. De manera “diferente” y “disidente” nos revela su manera de estar en el mundo. Como palabra “sabia” aunque “escandalosa”, la Cruz es la mejor revelación de Dios. Es la revelación del *Dios kenótico*, abajado y humillado hasta nosotros, tanto más cierto cuanto menos claro, más seguro cuanto más oscuro.

“Es en la kénosis que se revela el verdadero rostro de Dios, la cruz está en el centro de la investigación... El crucificado hace saltar añicos nuestro conocimiento “natural” de Dios”.
(CHARLES WACKENHEIN).

Algo de esto nos enseñan los místicos cuando nos comunican sus experiencias más profundas e íntimas vividas precisamente en “la noche oscura”, donde la “nada” de la creación se llena de lenguaje divino. También a esto se refiere la insistencia en el *Dios de los pobres*, que son la expresión social de “la nada” mística y de la cruz histórica, donde Dios nos transmite su palabra más inteligible e inconfundible. Nada habla tan claramente sobre Dios como un crucifijo.

Por todos estos deficientes medios Dios sigue hablándonos, sin interrumpir su diálogo con nosotros ni cuando convertimos sus palabras en espadas contra El, porque está empeñado en descubrirnos su ser y comunicarnos su vida.

3) Un pueblo propio

*Pueblo y familia,
lleno de gozos y tragedias.*

Cuando la creación humana se multiplica y diversifica tanto que es como procediesen de distintos creadores y tienen distintos lenguajes, ininteligibles entre sí, *Dios se escoge un pueblo* que sea el primero en recibir y llevar a la práctica la revelación. El primer problema es

si gestar un pueblo nuevo, como el primer hombre nacido de la nada (aunque de materia precedente y evolutiva) o aprovechar uno de los pueblos existentes, donde no había mucho que escoger. Opta por un camino intermedio, un pueblo nuevo a partir de Abrahán.

Así empieza a formarse un pueblo nómada y pequeño, que más parece nacido para la esclavitud y las rebeliones. La historia del pueblo de Dios es la historia de Dios en ese pueblo, tanto se identifican; más que dos caminantes, parecen madre e hijo. La larga historia de la salvación se expresa en la penosa y brillante historia del pueblo elegido.

* *Le reducen y tergiversan*. De entrada le reducen a un Dios local y racista, solo de ellos y para ellos, los demás son carne de condenación, le ponen barreras para que no pueda alcanzar a todos los hombres. Le confunden con su poder, que es lo único que les interesa, sobre todo para lograr una tierra de abundancias y victorias en las guerras. ¡Qué terrible verse mezclado en las guerras y obligado a tomar parte! Su corazón sufre el tener que usar lenguajes amenazantes: tormentas, guerras destierros..., porque es que son duros de cerviz y sólo así entienden. Pero son su pueblo y les ama, por eso padece también El sus sufrimientos de pueblo nacido para soberano y sometido frecuentemente a esclavitud.

En ese pueblo sufre todas las divisiones entre países que se saldan con guerras de armas y de aplastamiento económico, y todas las familias rotas por problemas internos.

“Por esto puede decir la Biblia que tenía “*el corazón abatido*”. Con ello se da a entender que se halla presente en todos los pueblos y en los hombres del orbe entero, no con gran gloria, sino con graves tentaciones”. (SAN AGUSTÍN)

Sufre las *divisiones* y el *destierro* de su pueblo y el *martirio* de los mejores de los suyos liquidados por serle fieles. Padece el acoso de los dioses circunvecinos que levantan santuarios en sus montes. En torno a su pueblo la tierra está llena de *religiones*, con las que no puede identificarse, aunque en cada una reconoce alguna de sus hue-

llas, padece un problema de descendencia degenerada en la que siempre quedan rasgos del padre. No puede entrar en lucha directa contra esos dioses porque no existen, se contenta con luchar contra los ídolos, pero tampoco puede aniquilarlos porque hay pueblos que se identifican más con sus ídolos que con sus propios valores. Continúa hoy esa lucha idolátrica, centrada ahora en ídolos más tangibles y gratificantes que toman formas placenteras o de prestigio.

“Ahora ya resulta muy evidente que muchos de los que se profesan rabiosamente ateos no son más que luchadores contra espantajos que alguien había querido hacer pasar por dioses, el Dios-policía, el Dios-tapagujeros o el Dios-mecanicismo de relojería... El hombre de hoy está muy receloso: han sido demasiados los dioses que se han querido colar”. (Josep VIVES).

Es imposible no sufrir con un pueblo así, con el que tiene que alternar la ira con el amor, no puede permitirse en lujo de unas relaciones de solo amor.

Aquel pueblo suyo anticipaba las situaciones del nuestro, que continúa siendo suyo. Las religiones, que sufren metástasis y tienden a multiplicarse, también se reducen, crecen y decrecen, hasta quedar las más sanas. Dios se mezcla también con las religiones paganas a la hora de la revelación, hay valores que se salvan mejor en ellas. Hostigado por todas las religiones y, al mismo tiempo, proclamado en ellas, no logra su ideal de *unidad*; lo peor es que la ruptura religiosa gesta a veces rupturas sociales y de vez en cuando se invoca su nombre en favor de la espada.

* *Hasta en la Iglesia*. Sus problemas continúan en este *nuevo pueblo suyo, la Iglesia*. Sin duda es un pueblo mejorado, nacido directamente del costado abierto de Jesús en la Cruz y del fuego del Espíritu en Pentecostés, en el que brota a borbotones la santidad y aumentan continuamente los hombres que ofrecen su vida al servicio del Reino.

Pero a Dios muchas veces se le ha helado la sonrisa frente a esta Iglesia que no acaba de asumir su categoría de Reino de Dios visible

y transformante de toda la realidad social. No es del mundo pero fácilmente se confunde con él en los mismos intereses temporales o lo aparta del todo, abandonándolo a su suerte. Es familia espiritual pero el espíritu queda frecuentemente atrapado en estructuras que ella misma ha creado. No acaba de encontrar el lenguaje del hombre moderno.

La pasión de Dios es inevitable desde que eligió un compromiso irrompible con los hombres. Es una pasión de fidelidad, porque ama. Detrás de cada capítulo de esta historia, Dios se va volviendo más Padre y los hombres avanzan un paso en su humanización. Sin esa pasión Dios se habría quedado separado y altísimo y los hombres solos con nuestros pasos; la pasión humaniza a Dios y siembra valores divinos entre los hombres, que hoy fructifican en forma de libertad religiosa, de respeto y tolerancia, de ecumenismo, de tareas conjuntas por la justicia.

4) La humanidad de Dios

Este nuevo hito de la historia de la pasión de Dios es especialmente intenso y mucho más cercano y asequible a nosotros. Dios, que primero salió de su viaje divino para entrar en la órbita de la creación que El mismo puso en marcha, ahora pierde altura divina para poder ser hombre. Es la decisión más trascendental de toda su historia sin historia. Ahora tiene que acomodar su paso al ritmo interesado y errático de los humanos, porque sus propios pies son humanos y ésa es su manera de caminar. Esta etapa tan sobresaliente de su pasión tiene varios momentos relevantes, en los que ahora le acompañamos.

* *El primero es la encarnación.* Encarnación de Dios, no lo olvidemos. A Dios le es mucho más fácil crear carne que convertirse en carne, como a cualquier productor le es fácil fabricar sus productos pero no convertirse en ellos; ¡qué tragedia si un fabricante se convirtiese en uno de sus productos, aunque fuese el mejor! Pues bien, Dios lo hace voluntariamente.

Si para hacer *al* hombre tuvo que “entrar dentro de sí” antes de tomar la decisión, para hacer *SE* hombre necesitó más decisión y concentración. La creación brota fácilmente de su poder, solo le resulta difícil en sus consecuencias, pero la encarnación no arranca de su poder sino de su debilidad, empieza rebajándose, descendiendo, tiene que recortar su categoría y privilegios divinos para poder ser hombre y más aun para empezar siendo niño indefenso. Es una decisión radical a favor nuestro, no suyo. Por la encarnación Dios se hace humano y se realiza en la historia humana. Se mantiene fiel a sí mismo y al hombre con una fidelidad crucificada al tener que vivirla en un mundo injusto y egoísta, pero de esa fidelidad surge un Dios con rostro humano, capaz de sonreír a todos los sufrientes, y un hombre con rasgos divinos, sobre todo los del amor. Dios aprendió a ser hombre para que también nosotros lo aprendamos. Las glorias de Dios son ahora las glorias de los hombres, pero las debilidades de los hombres son también debilidades de Dios.

En su Hijo Jesús, Dios-Hombre, Hijo de Dios, Hijo de Hombre, se alcanza la etapa más hiriente de la pasión de Dios. Desde ahora su omnipotencia en la historia humana parece reducirse a meras posibilidades, las que le concedan los hombres; su amor es inseparable de sufrimientos y escorias.

“La encarnación posee un carácter “pasional”, es decir, está orientada a la pasión. La encarnación significa que Dios asume la totalidad de la experiencia humana, la experiencia del pecado y del infierno” (L. BOFF)

“Dios no renunciará jamás a este puñado de ser finito y temporal. Desde ahora y por toda la eternidad, Dios será un Dios hecho hombre. Esto solo es ya tan inconcebible que nuestro interior amenaza con rebelarse contra ello”. (ROMANO GUARDINI)

* El segundo momento es muy largo, dura treinta años y se caracteriza por *el silencio y la ineficacia*. ¡Treinta años de silencio en Nazaret!, que es silencio de Dios más aun que de Jesús. Dios se somete a treinta años de anonimato y sensación de inutilidad; ha de

callarse para que nadie intente suprimirlo a la primera manifestación, es tan débil que fácilmente puede ser eliminado

Aparece como el silencio de quien no tiene nada que decir, cuando su mayor ansia es manifestarse y comunicarse; la inoperancia del incapaz es comprensible, pero la del que se siente encadenado es crucificante. No hay palabras, no hay signos, no hay zarzas ardientes ni portentos naturales que lo manifiesten. ¿Para qué, entonces? ¿Para qué la encarnación, no era suficiente con que los hombres continuasen siendo hombres? A Dios le restalla el deseo de gritar y de llamar la atención: “¡eh, mirad, estoy aquí!”, que, al menos, se vuelvan y miren. Esta dura pasión del silencio solo será superada después por el silencio de la Pasión.

Entre Dios y aquel Jesús anónimo hay una distancia tan excesiva que nadie podría reconocer a uno en el otro. Se diría que Dios no ha ganado nada, porque se encarna en un hombre para encontrar palabras más cercanas y se ha quedado mudo. ¿A qué espera para romper esta parálisis? Ha caído en un pozo y no tiene fecha de salida. Al luchador le resulta enardecedora la espera cuando hay un enemigo concreto a quien enfrentarse, pero deprime mantenerse vencido sin enemigo. Dios necesita treinta años para acostumbrarse a este tipo de pasión anónima.

En esa larga etapa Jesús padece menos porque va descubriendo lentamente Su voluntad y Sus planes y lo no descubierto suficientemente no urge tanto; pero Dios no tiene nada que descubrir, su omnipotencia está desarmada y resultaría ridículo nombrarla en esas circunstancias, más que aparecerse, se diría que ha desaparecido en ese Jesús anodino y mudo.

* *Sin embargo, también en esta pasión larga y silenciosa hay para nosotros una riqueza.* La principal es que clarifica la presencia divina en lo más anónimo y silencioso de la historia humana, una presencia que fecunda todas las situaciones que se parecen a la de Nazaret. La silenciosa pasión de Dios rehabilita lo que nadie valora ni siquiera vitupera, simplemente lo desconoce, como todas las vidas anónimas, silenciosas de gestos llamativos, que se reducen al quehacer de cada día, o las vidas en clausura consagrada y en la clausura de unos trabajos rutinarios. Dios crece en ese anonimato y rutina.

“Dios, oculto al entrar en el mundo, se despoja de su poder. Dios viene al mundo sin defensa alguna. Es un Dios silencioso, paciente. El llamamiento a la fe es tanto más impenoso: reconoced al Dios oculto y permaneced fieles al soberano sin armas” (Romano GUARDINI)

Otra riqueza es que, por esa pasión humana de Dios, *el sufrimiento humaniza al hombre*, le madura y transforma y hace crecer. Bien es verdad que muchos sufrimientos deshumanizan y degradan, sobre todo los que nacen de la carencia de unos mínimos de vida. Pero Dios ha introducido en el sufrimiento un elemento de purificación y maduración que hace que el hombre sea más hombre después de pasar por esa madurez, y donde el hombre es más hombre, también Dios es más Dios.

5) La Pasión de Dios en la Pasión de Jesús

*Dos en uno,
porque uno es el espíritu que sufre*

Por fin llegamos al punto culminante de su pasión divina. Las horas más duras de la Pasión de Dios son las de la Pasión de Jesús; al llegar a ese túnel, Dios no se hace a un lado para dejarle pasar y esperarle a la salida, sino que entran juntos y sufren simultáneamente la prueba de sombra y de sangre. La Pasión es mutua, mutuamente sufrida y mutuamente causada, aunque el verdadero causante sea siempre el pecado humano. Aquí le vemos sufrir porque su Pasión toma forma de interrogatorio, de llagas, de lamento, de crucifixión, mirando atentamente, no distinguiremos si la Pasión es de Dios o de Jesús, porque están tan unidas que son una, aunque las diferenciamos con excesiva facilidad.

Hay una primera parte más íntima y otra más pública

... La Pasión íntima

* *En la Cena.* En esa maravillosa catequesis, exhortación y expansión personal de Jesús que Juan recoge en la última Cena, el mismo Jesús expone los principales grados de la *Pasión del Padre*.

Dios también está sentado a la mesa, dispuesto para aquel rito de caminantes, sensible a los golpes.

. El primero es *el odio*: “*Odiarme a mí es odiar a mi Padre*”. Los agentes de la Pasión lo afirman al revés, dicen que condenan a Jesús para favorecer a Dios y al pueblo, ése es su gran equívoco y excusa. Ninguno conscientemente se atrevería a odiar a Dios, pero lo hacen; tal es la implicación del Padre en la Pasión que resulta odiado. El odio es la actitud fundante de la Pasión. Odio y Padre son dos palabras contradictorias. Es horrible que un padre odie, es mortal que sea odiado. Una corriente demoníaca de odio se mueve entre los entresijos de la Pasión y su corriente busca directamente a Jesús pero a quien primero encuentra es al Padre. Por fidelidad familiar el Padre sufre con el Hijo, por consustancialidad de naturaleza es imposible separarles ni en el gozo ni en el sufrimiento. Olvidándose de sí, Jesús pide, por favor, que nadie odie al Padre; después de su advertencia no hay excusa alegando ignorancia; lo advierte y lo lamenta: “*a pesar de eso, me han odiado a mí y a mi Padre*” (Jn 15, 24). ¡Qué lacerada y amarga resulta esta palabra en labios de Jesús!

. Después *el desconocimiento*: “*Padre justo, el mundo no te ha conocido*”, se lamenta Jesús inmediatamente antes de salir para Getsemaní. Triste constatación después de tanto esfuerzo revelador; de la palabra de la naturaleza pasó a la palabra de los profetas y de éstos a Jesús, “la Palabra”; se hizo cercano hasta identificarse, usó el mismo lenguaje de los hombres, pero es igual, al final de sus años de esfuerzo revelador, Jesús constata que el mundo no ha conocido a Dios. Pasión del desconocimiento, de continuar siendo un forastero en su casa y que sus propios hijos no distinguen su voz ni sus gestos porque no conocen su nombre y le confunden con sus ídolos. “Lo siento, le dice al Padre, pero realmente eres un desconocido entre tus hijos; ya sé que no te haces ilusiones falsas, quiero decirte que lo siento tanto como tú”. Dios desconocido, manipulado, tergiversado, rechazado.

. Y después, *la soledad*. Los discípulos se sienten también odiados y abandonarán: “*Yo les he manifestado tu mensaje y el mundo los odia porque no le pertenecen*” (Jn 17, 14). En definitiva, El es el motivo de ese odio a los discípulos, su mensaje les ha puesto en

textura de contradicción con el mundo, por eso les alcanza el odio y después la persecución; no ha logrado sino complicarles la vida, aislarlos, colocarlos en situación de rechazo; uno ya “se perdió”, los otros se salvarán sufriendo el odio. Las entrañas de Dios sufren como un padre ilusionado que regala a su hijo un coche que servirá para dejarle inválido en un accidente o como el que reparte generosamente sus bienes entre los hijos y esto causa divisiones entre ellos. El mensaje revelador de Dios, transmitido para la salvación, está dividiendo a unos contra otros. El Padre les reúne para darles una palabra alentadora y los hijos siguen sin hablarse.

Jesús sabe que en su situación de soledad, por incompreensión y abandono de los suyos, el Padre se queda con El: “*Aunque no estoy solo, está conmigo el Padre*”. Soledad en compañía, a dúo. Dios suple la compañía de los discípulos, ¿pero quién le acompaña a Dios? Porque el Padre no acompaña externamente a su Hijo, sino que está metido en su interior y padecen conjuntamente. Sufre la ruptura familiar, la de los hermanos que abandonan el Hermano condenado y le dejan en manos enemigas para que no les detengan a ellos; nada es tan dolorosa para los padres como las divisiones entre los hijos, más aun cuando el abandonado es el mejor. Al Padre solo le queda sufrir la herida del abandono con su propia fidelidad a los que huyen. Antes de que sus sufrimientos se hagan sangrientamente visibles, Jesús llama la atención sobre el sufrimiento invisible de Dios, uno de cuyos agravantes es que no sepamos reconocerle. Pensar en esta Pasión de Dios es ya acompañarle.

* *A continuación, se siente atrapado en el Huerto*. Cuando Jesús entra en Getsemaní, el Padre ya está allí, se le ha adelantando y él lo sabe, por eso va expresamente allí para encontrarle; el Huerto es un lugar de encuentro que no falla. El Padre sufre al ver el rostro demacrado del Hijo y al sentir el peso interior que lo tira a tierra y le hace sudar de agonía. Nadie es impasible ante una imagen así y menos un padre. Le oye murmurar: “*me muero de tristeza*”. Los discípulos no entienden nada, se quedan en asombro inmóvil. Entonces le oye dirigirse personalmente a El: “*Padre mío, si es posible, que se aleje de mí este trago*”. ¿Qué se siente ante una petición así en esas circuns-

tancias? Lo que pide es posible. Pero no, no lo es; desde la encarnación, El mismo se ha cerrado las puertas; si le apartase ese trago, tendrían que tomarlo los demás. Solo le queda acompañarle en la agonía de esa horrible bebida. Miró alrededor por si alguien estaba dispuesto a tomarse aquel trago, pero fue al contrario, cada uno iba derramando el suyo en el cáliz de Jesús, cada vez más pesado. Para vaciarlo, Dios apoya con su mano invisible el brazo tembloroso de Jesús mientras eleva el cáliz y empieza a beberlo.

Jesús aun le implica más directamente: *"No se haga lo que yo quiero sino lo que quieres tú"* (Mc 14, 36). Que la decisión la tome El, como Dios que es le corresponde la responsabilidad última. Sabe el Padre que eso no manifiesta dos voluntades contrapuestas, la suya y la del Hijo, pero sí una lucha en el misterio de unos planes que nadie puede comprender; en esa lucha capaz de dar la muerte con su planteamiento, Jesús acepta su voluntad, que por lo demás, aun no ha sido deletreada; ¿si al menos tuviese el consuelo de conocer esa voluntad explicada y motivada por los labios del Padre!, pero solo se la irán explicando las mortales palabras de los acontecimientos.

El Padre se pregunta: ¿qué es lo que yo quiero? No puede querer la muerte de su Hijo, pero tampoco puede querer la perdición de los hermanos que son todos los demás hijos. Solo quiere la salvación de todos y esto tiene un precio, impuesto por el pecado. La muerte del Hijo salvará a los hermanos y después El salvará al Hijo. Que nadie le pregunte por qué tiene que ser así, constituiría otra pasión intentar explicarlo. Pero ya nadie podrá negar su implicación en esa situación de muerte, Jesús mismo le ha implicado y complicado.

... La Pasión pública

A partir de este momento, *su Pasión se hace pública*. Implicado ya directamente por el Hijo, se presenta así ante los enemigos y ante el mundo concitado para una determinación sobre El porque no debe haber confusiones sobre lo que aquí se decida y sobre quién es el afectado.

* *Primero, es detenido a la salida del Huerto*. Su ojo divino instalado en Getsemaní percibe la patrulla y los guardias y, enfrente, a Jesús. Buscan a Jesús Nazareno, ya se ve. Y suena en alto la identificación personal de Jesús: *"Yo soy"*. Al escucharlo, el Padre siente un estremecimiento, ¿quién ha dicho eso, El o su Hijo? Esa afirmación le corresponde a El, se la dijo un día a Moisés, nadie más puede pronunciarla, solo El *es*. Lo acaba de decir de nuevo ante los capturadores: *El es, El es Jesús de Nazaret, El es el que buscan, El es el que se entrega*. El Hijo y El se identifican en la esencia y en la tarjeta de presentación. Ahora es el Padre el que se pone a disposición de los enemigos: *"Yo soy"*. Quiere extender sus inexistentes manos para dejarse atar y las manos que aparecen son las de Jesús. Una sola Pasión, dos que la sufren, una manos atadas.

Aun tiene tiempo el Padre de escuchar otro pensamiento del Hijo: *"De los que me confiaste a ninguno he perdido"*, mientras se entrega sin oposición a condición de la libertad de los discípulos. Al Padre le gustaría entregarse por la libertad del Hijo, pero es imposible, los capturadores no entenderían ni aceptarían el trueque. El Hijo es tan fiel que se deja perder para que no se pierda ninguno de los que le ha encomendado, mientras El no puede perderse para salvar al Hijo, ¡no puede!. El Huerto sangra a oscuras por la pasión de su impotencia.

Iguales en la impotencia, Padre e Hijo salen detenidos de Getsemaní.

* *A continuación, es llevado a juicio*

¿Quién se atreve a juzgar a Dios? Solo admiten hacerlo los que dicen no creer en El. Pero de hecho le juzgan muchos creyentes, le juzgan y recriminan muchos que proclaman su fe, un creyente puede ser un riguroso juez para Dios y llegará hasta acusarle de lo que no ha hecho e incluso a proscribirlo de su vida porque no actúa como él quiere. Así sucedió en la primera parte del juicio de aquel amanecer agitado del viernes.

. *Situado ante el Consejo judicial judío, el Sanedrín, oye al sumo sacerdote interpelarlo: "Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si*

tú eres el Mesías, el Hijo de Dios" (Mt 26, 63). Le están implicando directamente en el juicio y condena del Hijo; puede decir al Hijo que no haga caso de tal conjuro, porque ninguno de los dos necesitan conjuro para mostrarse mutua fidelidad, pero el Hijo responde públicamente al conjuro público y oficial.

El Consejo no ve en el reo ningún rasgo que garantice su relación con Dios; más que rechazar a Jesús como Hijo de Dios, está rechazando a Dios como Padre de Jesús. Dios, tan satisfecho del Hijo Jesús, padece el rechazo del mundo religioso por esa elección; para no condenarlo a El directamente, condenan al Hijo y lo hacen en su nombre y bajo su conjuro, defendiendo su honor divino frente a las absurdas pretensiones de aquel reo. No quieren ni siquiera que acompañe al Hijo, lo implican para que lo desenmascare. No le dejan hablar pero su presencia de Padre es oficialmente interpelada contra el Hijo.

Este sentimiento se acentúa al escuchar la interpretación a la respuesta de Jesús y la sentencia oficial que de ahí deducen: "*¡Ha blasfemado!*" (Mt 26, 65). ¿Qué saben aquellos jueces de la verdadera fe? ¿Cómo la pueden confundir con la blasfemia? Después de todo su esfuerzo revelador durante siglos, cuando llega la más clara manifestación de su Ser a través del Hijo, suena como blasfemia. Dios siente que se corta la posibilidad de toda revelación porque se vuelve contra Sí mismo. ¿Cuántas veces le volverá a suceder!

La respuesta podía haberla dado El mismo y con las mismas palabras del Hijo; por tanto, también El era blasfemo. Aquel Consejo quiere sustituir al Hijo y a El mismo, usurpan su derecho a ser y a decir. Los oídos del Consejo se sienten heridos por la blasfemia de Jesús y los oídos del Padre tienen que aguantar la blasfemia del Consejo. Le volverá a suceder cuando la identificación de muchos como hijos suyos sea tomada como motivo de rechazo y condena.

Con la negación de Pedro, la sensación de abandono le alcanza también al Padre, que se encuentra sufriendo por los dos hijos, Jesús y Pedro, uno sufre por el otro y El por los dos. La Pasión del Padre es siempre la pasión de la familia. Nadie está junto a su Hijo, le han abandonado, ni a El le permiten estar públicamente a su lado; desa-

rrollan el juicio de tal forma que proclame una separación entre Dios y Jesús, entre el Hijo abandonado y el Padre no reconocido. ¿Por qué tanto empeño en que todos, hasta el discípulo y el Padre, estén separados del Hijo? Solamente le alivian las lágrimas finales de Pedro.

. Ante Pilato sufre un juicio aun más público, porque el Sanedrín podía entenderse como representante solo del mundo religioso, pero Dios va mucho más allá de la religión; así que, ante Pilato, se somete al juicio de la sociedad.

Su primera sorpresa es que los dos tribunales se parecen demasiado y defienden los mutuos intereses egoístas; la religión, cuando no es vida, no cambia el corazón del hombre ni regenera su egoísmo, puede incluso acentuarlo. El egoísmo apoyado solo en intereses materiales es egoísmo pero no engaña a nadie, pero el egoísmo recubierto de motivaciones religiosas es engañoso y tiene algo de blasfemo.

Dios sufre la confusión de términos que allí se plantea entre agitador político o blasfemo; los responsables religiosos le implican en un juicio político y la disyuntiva del Hijo no es el sumo sacerdote sino un agitador, Barrabás. Dios necesita abrir bien los ojos para ver por dónde van los caminos judiciales y cómo pueden compaginarse con los caminos salvíficos. ¡Qué crucigrama de confusiones! La inocencia ya no es suficiente para ser salvado, pueden más la maniobra y los intereses y sufre la pasión de no poder emplear para la salvación los medios que ellos emplean para la condenación. Solo le queda padecer mientras pregunta: ¿por qué uno como mi Hijo entre unos hombres como éstos?, la pregunta que tantas veces se repetirá ante otros muchos hijos suyos.

La paulatina claudicación de Pilato le hiere progresivamente, por un momento pareció que la justicia del pagano era más fuerte que las argucias de los religiosos, pero no fue así y Dios ve rechazada su propia justicia con un hipócrita lavado de manos con el que Pilato quiere atarle las manos a El para que no le juzgue por haber juzgado falsamente a su Hijo.

En cada grado de esa Pasión, Dios se va sintiendo más reducido y acosado; identificado con el Hijo, sufre el mismo proceso hasta ser condenado y entregado.

Efectivamente, Dios sale condenado de los tribunales y, en consecuencia, acepta cumplir la sentencia en todo lo que puede afectarle, que es mucho más y mucho menos de lo que los condenadores creen; más porque su capacidad de sufrimiento es mucho mayor que la que cabe en los miembros corporales de Jesús, y menos porque ninguna sentencia podrá eliminarle de la vida.

* *Y tiene que cargar con la cruz*, empezando como portador y terminando como crucificado, como si así quedase bendecida para siempre. Pero no la bendice, simplemente la lleva, aunque bendice ampliamente a quienes la llevan; en esto no debe haber confusiones, ninguna cruz nacida de una imposición injusta será bendita.

Lo que sí hace Dios es *compartir las cruces de los otros*, las de todos y de siempre; cargado con ellas, en el Calvario cambiará su sentido mortífero en resucitador. Le pesan conjuntamente las cruces humanas y la debilidad del Hijo; a Dios no le pesa lo grandioso, inaudito y maravilloso, porque en El resulta normal, pero la cruz de su Hijo le hace sangrar, cualquier parte de su Ser donde la apoye es supersensible al sufrimiento. Sufrir la debilidad del Hijo y de no poderle prestar sus hombros, tiene que contentarse con los de un campesino anónimo; solo le queda el recurso de mantenerle vivo hasta llegar a la cruz, que será más fuerte que su protección divina.

Hay un momento especialmente sensible, cuando, en una pausa del camino, oye al Hijo decir a unas mujeres compasivas: *“sí en el leño verde hacen esto, con el seco ¿qué irá a pasar?”* (Lc 23, 31). ¿Acaso el Hijo piensa que todo esto es un terrible juicio suyo contra El? ¿Le han contagiado la confusión los que progresivamente le han ido rechazando? A base de gritarle que Dios está en contra de El, ¿lo asume como una necesidad aunque no sea verdad? Quiere gritarle que no es El quien le trata así, ni por leño verde ni por seco, son ellos, solo ellos. También el Padre siente el desprecio en su persona y le acompaña. Juntos, un mismo hombro, un mismo espíritu, siguen el último tramo.

Acaba la “vía-cruz”. Empieza la “cruz-fixión”.

* *Por fin, también El es crucificado*. Crucifican al verdadero Dios en nombre de un Dios acomodado y manipulado, en nombre de los

dioses romanos y en nombre de los ídolos endiosados en forma de dinero o de poder. ¿Cómo se puede seguir creyendo en el Dios que favorece esa sentencia? Solo es creíble el que la condena y ellos pretenden que la bendiga, aportando su nombre como última firma autenticadora de la condena.

La verdad es que crucifican a un dios falso, el usurpado para su servicio, pero la intención es crucificar al Dios que Jesús predica vivo, quieren borrarlo definitivamente de la religión y de la vida. Esta es la crucifixión que Dios sufre.

¿Cómo se puede sentir el dolor de unos clavos en unas manos que no existen? Pues Dios lo siente en sus manos como el mutilado siente dolor en la pierna recién amputada o como la madre que presencia la crucifixión del hijo cierra violentamente las manos porque los clavos la están taladrando. Se pueden hacer muchas elucubraciones sobre la participación directa de Dios en la cruz y seguramente explicarán muy poco, pero el instinto y la piedad nos reafirman en que, a partir de su corazón, Dios también es crucificado en el Hijo, siente los clavos y sufre las burlas. Lo entendemos mejor si, en lugar de Dios, le llamamos Padre; a Dios equivocadamente le podemos imaginar impasible, pero a un Padre nunca, ni por equivocación.

Dios-Padre se deja crucificar en el Hijo.

Descubrimos ahora algunos clavos especiales que se le clavan de manera particular en la Cruz.

. Como cuando Jesús recurre en voz alta a El llamándole *“Padre”* y sus entrañas, también crucificadas, tiemblan de emoción; si el último deseo de un condenado es respetable hasta para los verdugos, ese último deseo de su Hijo le agarra por dentro y afina su oído para escuchar atentamente: *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”*. Al oírlo, algo en su interior se conmueve y se rebela a la vez; le conmueve el amor del Hijo, limpio de todo rencor, un amor que aumenta con la temperatura enfebrecida del cuerpo; no solo perdona, sino que disculpa y excusa a los que le atormentan. El Hijo le reta al mayor acto de omnipotencia, el del amor extremo; solo el Todopoderoso tiene fuerzas para perdonar del todo, ninguna omnipotencia tan grande y tan noble como ésta. Lo que más le duele no es el tormento

sino las actitudes que lo provocan: odio, egoísmos, ceguera espiritual, intereses personales, mezquindades. Jesús le pide que no se fije en eso, que no es así, que “no saben lo que hacen”. El Padre tiene que cerrar los ojos para no mirar a los crucificadores porque, si mira, no puede ver ignorancia; así que cierra los ojos para solo oír al Hijo y perdonar.

Una nueva herida le alcanza al oír a los delegados del Consejo burlarse despectivamente: “*¡Había puesto su confianza en Dios! Si de verdad lo quiere Dios, que lo libere ahora, ¿no decía que era Hijo de Dios?*” (Mt 26, 43). Cuando Jesús es ya un guñapo, desgarrado, casi sin respiración, le retan despectivamente: “*¡Baja de la cruz! ¡Baja y creemos en tí!*” En esas circunstancias para Jesús, más que un reto, es una burla.

El reto es realmente para El, el Dios de quien Jesús se dice Hijo y en quien siempre confía. Y se siente retado a bajarlo de la cruz. Si lo hace, dicen que creerán, ¡no creerán!, los ojos ciegos no ven nada aunque les cambien la lámpara. Además, ¿qué valor tendría esa fe que no sabe reconocer el pecado de matar a un hombre antes de expresar su confianza en Dios? ¿Para qué sirve una fe impuesta por un milagro si no sabemos reconocer el amor de la víctima? No lo bajará de la Cruz, porque respeta su decisión y la de ellos, y porque ¡también El está crucificado!, y un crucificado es impotente para desclavarse o desclavar a otro. ¿Cómo no ven que no lo puede bajar porque El mismo está clavado?

Las fauces reseca de Jesús son sus propias fauces cuando clama: “*Tengo sed*” No sabe distinguir si es Jesús o El mismo o los dos a la vez quien lo dice. Es una sed rabiosa y exigente que sale de lo profundo; la sed de la deshidratación y de la fiebre es un tormento, la sed de dentro es un ansia insaciable. Sed de justicia terrena y de bienaventuranza eterna, sed de tierra y de cielo, sed de justos y de pecadores, sed que abarca todo, que se alivia con cualquier detalle y que no se sacia con nada. Sed que se convierte en fuente de más sed, puesto que la sed de dar resulta más insaciable que la de recibir, sed que solo se agota cuando se da la vida; Jesús lo está haciendo y en El se entrega también Dios.

Pero, además de dar, Jesús abre sus fauces suplicantes: ¡algún alivio, por favor! ¡que todo esto no sea inútil, que la fe lo acepte como redención! ¡que alguien ponga un poco de amor donde otros ponen crimen o burla! ¿Se lo pide al Padre? ¿Lo pide para el Padre?

Bajo el sol de la tarde, el Padre y el Hijo se convierten en mendigos.

El momento más lacerante se produce poco después, cuando Jesús “*grita muy fuerte*”, con una energía impropia de su estado agónico: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” (Mc 15, 34). De nuevo Jesús se dirige a El, implicándole directamente en la parte más dura de la Pasión, el abandono. Todos, los hijos y el Hijo, los verdugos y la víctima, los pecadores y el Justo, apelan a El reclamando su atención, como si corriese el peligro de que se desentendiese de lo que allí sucede; si no se hubiese implicado voluntariamente, los demás le obligarían a que lo hiciese.

“Solo podemos entender qué significa estar abandonado de Dios si sabemos lo que significa Dios. Dios es vida, luz, sabiduría, verdad, justicia, bondad, fuerza, alegría, gloria, paz, hermosura y todo lo bueno. Ser abandonado por Dios significará por tanto hallarse en la muerte, enfermedad, ignorancia, mentira, pecado, maldad, tiniebla, confusión, turbación, desesperanza y todo mal” (LUTERO)

Ahora sí son contradictorios y dolorosos sus sentimientos. ¡El Hijo se queja de abandono! ¿Cómo puede pensarlo? Pero no, no es una queja, sino un desahogo en su terrible martirio. ¿Qué más puede hacer por el Hijo? ¿Mantenerle vivo hasta que cumpla del todo es abandonarle? ¿Cómo le puede acompañar mejor que estando en la Cruz con El? Dos crucificados, sobre todo cuando tienen un solo espíritu, no se abandonan el uno al otro. El Hijo sabe que no está abandonado, solo que el dolor de su alma le hace suspirar.

El Padre conoce bien esta queja, la ha escuchado muchas veces de boca de los pecadores y de boca de los justos, aunque no suena igual en unos que en otros, en unos es queja y acusación, en otros es

desahogo. Hacía muchos años que un hombre justo y muy golpeado por la vida compuso una oración de lamento centrada en esa expresión de abandono y desde entonces se la ha oído repetir a muchos justos piadosos en situaciones difíciles. Pero nunca le había sonado como esta tarde en boca de Jesús. ¿Cómo debe sangrar por dentro para quejarse de esa manera!

Siente el impulso de decir El lo mismo dirigiéndose al Hijo: “¿Por qué me abandonas? ¿Por qué te vas? ¿No ves que te necesito en el mundo?”. Pero esto no es más que el lenguaje del corazón herido que no se corresponde con el de la cabeza. Desde la más profunda intimidad los dos se sienten abandonados, pero saben que el abandono no es mutuo sino que viene de otra parte. En esta tarde de máxima soledad se consuelan desahogándose mutuamente porque, al escuchar sus propios sentimientos, saben que ya no están solos, nunca dejarán de acompañarse, nunca se separarán. Pero esa mutua compañía no impedirá la terrible soledad en que se encuentran tantos.

Efectivamente el Padre siente el abandono de todos los crucificados de la vida que aprovechan la boca de Jesús para gritarle y pedirle ayuda. ¡Es el grito más real y lacerante! ¿Cómo podrá convencerles de que no les ha abandonado? Si no se le baja de la cruz, ¿qué se le puede ofrecer a un crucificado para que le sirva de consuelo? La respuesta llega de Jesús que, mirando a su compañero de crucifixión, le dice: “*Hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Lc 23, 43)

Pero muchos no oirán esa promesa y se apartarán de un Dios que abandona.

* *Aun le queda la Pasión del descenso a los infiernos*

El Padre siente la salida del espíritu de Jesús con la muerte pero no siente que retorne a El sino que lo ve irse hacia abajo, hacia “los infiernos”. El Hijo es radical hasta el extremo, no le basta la agonía, tiene que experimentar la muerte en su más profunda realidad, en lo que tiene de “infemal”, quiere llegar a ese núcleo donde la muerte es consecuencia del pecado. Es un exagerado este Hijo, no tiene medida en sus compromisos con el hombre, ¿es que no ha hecho ya bastante? Y donde va el

Hijo va también el Padre; lo que no separó la Cruz no lo separará el

descenso. Se trata de llevar la vida donde hay más carencia de ella, donde la muerte amenaza con tragarse los últimos restos de la persona. ¿Cómo puede sentir tan profundamente la muerte quien es la vida?

Este descenso es la expresión máxima del *abandono*. Dios no se siente abandonado de su propio Ser pero parece que le han abandonado sus poderes, su luz, su gloria, sus hijos que forman parte de su vida. El abandono es lo contrario de lo que Dios es. Dios es sabiduría, luz, justicia, vida, todo perfección; sin embargo, ahora se halla sometido a incompreensión, oscuridad, crimen, muerte. Este abandono de sus prerrogativas hará que muchos creyentes le dejen de lado, porque no quieren un Dios abandonado. Descendemos con El a esa profunda soledad para acompañarle.

“Contigo vengo, Dios, porque estás solo
en soledad de soledades prieta .
Qué tristeza me das, Dios, sin nadie
que te descansa, Dios, de tu grandeza,
que te descansa de ser Dios, sin nada
que te pueda inquietar o te comprenda
Dios, pobre mío, todo lo conoces
Para ti todo ha sido, nada esperas
Qué compasión te tengo, Dios, tan solo .
Como me dueles, Dios. Cómo me dueles
herido por la angustia que te llena,
sin poder descansar, sin caberte
en mis entrañas, ni aun en mis ideas”
(Ramón de GARCÍASOL)

El “descenso” cierra el último grado de la Pasión de Jesús, Pasión externa y, sobre todo, interna, que el Padre ha seguido en su propia sensibilidad divina. “Todo lo que es en el corazón de Jesús –en particular su maravillosa compasión– es en el Padre de modo divino”(J.

MARIJAIN). Pero es una Pasión al servicio de la Vida, porque Dios está ahí, repartiendo vida en la medida en que aparentemente Jesús la pierde

6) La Pasión de Dios en las actitudes de vida de Jesús

Está claro que la Pasión de Jesús no se reduce a las últimas horas sino que la vive a lo largo de toda su vida, expresada en unas actitudes específicas que, por una parte, manifestaban la realidad del Reino de Dios y, por otra, provocaban la oposición de sus condenadores, la Pasión de los clavos es consecuencia de estas actitudes

También está claro que las actitudes de vida de Jesús también son actitudes de vida de Dios, que padece y se apasiona, que en su pasión dolorosa pone siempre una pasión amorosa a favor del hombre; es esta pasión amorosa la que transforma su padecer en fuente de vida y hace que siga siendo Dios de vida en cada padecer humano.

De estas actitudes fundamentales brota todo el sentido y contenido de la Pasión. A modo de ejemplo, recordamos algunas fijándonos en cómo le afectan a Dios.

* *La entrega*

*Hevido por tener que entregar al Hijo
y feliz por salvar al Entregado*

La actitud más permanente de Dios es la de salir de sí mismo en plan de ofrenda o de entrega a los hombres, el estar siempre entregando lo mejor de sí mismo. Esta actitud le lleva hasta ser

acusado de entregar a su Hijo, porque efectivamente Jesús es “entregado”; su captura no es fruto de un accidente casual, sino que responde a un plan en el que extrañamente se mezclan y contradicen las voluntades de los enemigos y la de Dios.

“Entregado” Una palabra repetida insistentemente en la Escritura. “Aquél que no escatimó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo es posible que con El no nos lo regale todo?” (Rom 8, 32). Jesús mismo afirma y repite que “es entregado” en manos de las

autoridades, de los pecadores, de los hombres. Pero ¿quién lo entrega? Porque solo lo puede entregar su propietario, que es El, el Padre

“La proposición de que Dios entrega a su Hijo es uno de los dichos más mauditos del Nuevo Testamento. Tenemos que entender el “entregar” en sentido estricto, sin suavizarlo en “envío” o “regalo” Aquí ocurre lo que Abrahán no necesitó realizar. Cristo es entregado por el Padre a todos los poderes de la perdición, sean estos el hombre o la muerte. Con palabras de la dogmática antigua se podría decir: la primera persona de la divinidad arroja y destruye la segunda. Aquí se expresa la *theologia crucis* con una radicalidad insuperable” (W. POPKES)

¡Entregar al Hijo! Primero lo entregó al seno y cuidados de una nazaretana sencilla y santísima y es cuando estuvo mejor atendido. Luego lo ha entregado en manos de los hombres que se dividen aplaudiendo o intrigando. Entregado ya, el Hijo no tiene la garantía absoluta del Padre ni el amor incondicional de los hermanos, la oposición se agudiza hasta la amenaza directa de muerte. ¿Por qué lo mantiene entregado? Se diría que su actitud de entregarlo justifica los desmanes de los hombres; puesto que el Padre se lo entrega incondicionalmente, los hombres pueden usarlo y abusarlo, proclamarle o condenarle; aceptan al que el Padre les entrega como rey de vida y le convierten en rey de burla, reciben al entregado como salvador y lo detienen como víctima.

La Pasión del Padre aumenta al ver lo que los hombres hacen con el Hijo que El entrega; se lo entrega para la vida y lo reducen a la muerte, se lo entrega ejemplar y lo desprecian con vituperios, se lo entrega como hermano y lo reciben como enemigo. Esto le obliga a replantearse esa entrega, ¿no debe retomar al Hijo, devolverlo a su seno, de donde salió, que es su lugar normal? Pero hay una fidelidad a la que El no puede renunciar jamás, la del amor, ama tanto al mundo que le ha entregado al Hijo, retirar la entrega sería retirar el amor y eso es lo único que no puede hacer. Mantiene la entrega del Hijo sabiendo que lo aceptan para usarle y no para seguirle y que los hombres no se lo devuelven sino que lo entregan a la muerte. Es terrible, pero solo este camino es compatible con el de la libertad

Puesto que lo entrega por amor, es una entrega incondicional y asume los riesgos, los mismo que los asume el Hijo.

Imposible sacarse esta espina que lo hiere en lo más hondo: todo esto sucede porque El lo ha entregado y seguirá sucediendo mientras El lo mantenga entregado, es decir, siempre, porque no retirará nunca a su Hijo del mundo, su fidelidad está por encima de los riegos.

. *También El es entregado*, no puede quedarse esperando con la corona en las manos para recompensarle al final. Porque Dios se nos ha entregado le usamos y manipulamos, le alabamos, le excluimos, le bendecimos y le maldecimos, porque ¿quién está tan en las manos de otros como lo está Dios? Cualquiera tiene poder sobre Dios, empezando por el poder más disparatado que es el del pecado. ¿Quién lo rescatará? Eso pretende Jesús y eso nos corresponde hacer a nosotros, aunque corramos el mismo riesgo.

Al mismo tiempo Dios siente el gozo de *salvar al Hijo entregado*, aunque no lo salva de ser entregado, como le pide el corazón, sino de que se quede en la muerte; los hombres le entregan a la muerte y El le salvará de esa muerte introduciéndolo en una vida resucitada y plena, como la que tenía antes de humanarse.

Atento a todos los entregados, Dios los salva siempre con la fuerza de su amor que puede ser herido pero nunca destruido, ni siquiera rebajado. Tal vez ésta fue la única sonrisa de Dios en la Pasión.

* *La ilusión por la familia*

*Disyuntiva entre salvar a los culpables
o condenar al inocente.*

El Reino de Dios es una gran familia donde el Padre comparte todos sus bienes en la medida en que los hombres comparten los suyos. Pero en la Pasión se le plantea *un terrible drama familiar*, porque se hace trágicamente verdad que lucha el hijo contra el padre y el hermano contra el hermano.

Ningún drama familiar deja inmunes a los padres. Es así como Dio se ve implicado en el drama de la familia humana, como consecuencia de su propia decisión cuando retiró su imagen altísima, omni-

potente y justiciera para sustituirla por la de Padre; su Hijo no ha venido como continuador de los poderes del Padre, sino como el hermano igual a todos en todo, menos en el pecado aunque también en las consecuencias de ese pecado. Y surge el drama familiar: el Hijo-Hermano es el único que pone amor, los demás hermanos ponen rechazos, intereses personales, dispuestos incluso a matar para sacar adelante su propio programa; la viña del mundo que les fue arrendada en usufructo la quieren en propiedad matando al heredero.

El dolor dramático se aumenta porque el Padre encuentra cerradas las puertas normales del amor para lograr el acuerdo y la paz familiar. Las circunstancias, siempre imprevistas y libres, le imponen una sola opción: *salvar a todos por la entrega de uno*. El Padre sufre la presión de esta única salida; y más aun, porque el entregado es el Preferido, no uno cualquiera, sino Aquél en quien El refleja su propio Ser. Precisamente por ser el justo, su vida es salvadora para los demás, ¿tiene que ser El, precisamente El!

¿Cuántas veces ha oído a los justos quejarse de que a los malvados las cosas les van mejor! Por un justo sistema de retribuciones, el primer puesto le corresponde al mejor; pero en el régimen de amor familiar, el mejor es el que ofrece más, hasta la vida, para lo cual no busca el primer puesto sino que deja pasar y hace pasar a otros. Lo mejor del Padre es el Hijo, por eso lo entrega, y ama y sufre al entregarlo para el bien de toda la familia.

. Así continúa Dios, *aprimado entre las separaciones de la familia humana y también de la familia eclesial*, separaciones que se mantienen de muchas formas, desde la sobreabundancia de unos pocos frente a las necesidades primarias de muchos hasta las luchas religiosas. ¿Nunca terminará el hombre de ser “lobo para el hombre”? ¿Nunca llegará el hombre a admitir que nada vale ante Dios si le separa del hermano?

¡Terrible tragedia para Dios tener que vivir mutilado en sus propios medios!

¡Sabiduría divina la suya que guarda un abrazo último para reconciliar a todos los separados! Inmenso abrazo paterno donde el corazón desborda tanto amor que hasta los fraticidas sentirán corrientes

de vida que cambien su ser y les haga capaces de sentarse a la mesa, después de lavar con arrepentimiento la sangre de su división. Esta Pasión amorosa de Dios hace que en el mundo avance la conciencia de familia universal.

* *El apasionamiento por la vida*

*Una Pasión apasionada
siempre a favor de la vida*

Dios no es un frío Arquitecto del universo, ordenando correctamente cada cosa en su sitio, ni un estricto regidor de conductas humanas, dispuesto a las justas retribuciones y castigos. Ante todo es *un apasionado de la vida, porque El es la Vida*. Con ilusión desbordante disfruta cada nueva generación, cada planta o cada nueva luz y, sobre todo, cada impulso de crecimiento del espíritu, que es donde se concentra la vida. Su corazón divino bombea energía a toda creación con la ilusión de que todo se mueva a su ritmo de amor. Así cada día y cada instante, así la eternidad.

Pero semejante apasionamiento tiene que producir tremendos desgarrones cuando la vida es atacada o cuando los vivientes se satisfacen en la muerte del pecado. El más apasionado es el que más sufre cuando falla el objeto de su apasionamiento.

¿Podemos advertir siquiera todos los atentados de nuestra sociedad contra la vida? Unos son tan internos que nos falta sensibilidad espiritual para captarlos y otros son tan repetidos que la sensibilidad se atrofió, otros incluso quedan socialmente dignificados con razones de progreso y libertad.

El Dios apasionado de la vida sufre todo eso pero sigue en su apasionamiento.

* *Herido por la maldición de la cruz*

A lo largo de su vida Jesús habla tantas veces y tan insistentemente de la cruz que no sabemos si la repudia o la desea. Ciertamente no le coge de sorpresa, durante mucho tiempo ha dormido con ella en su espíritu, es su compañera inseparable y el instrumento inesperado e

incomprensible a través del cual realizará lo que no ha podido hacer con sus obras. Cuando le clavan sus miembros al madero, ya lo llevaba toda la vida clavado en el espíritu.

Cuando la cruz llega a Jesús es un concentrado terrible. En ella se concentran todas las catástrofes de la naturaleza y el penoso avanzar de la evolución y, sobre todo, todos los sufrimientos humanos y la horrible desgracia del pecado. La cruz resume el mayor sufrimiento social, el mayor dolor y lo más humillante para el reo. Además el pueblo judío la ha cargado de maldición divina, porque dice que Dios no puede estar a favor de un ser tan despreciable como es el colgado, y con esto le implican directamente a El, el Dios de la Vida.

Al Padre no se le escapa el interés de los jueces, no solo por condenarle, sino porque sea a la cruz, con lo cual también le someten a juicio a El, pues tendrá que pronunciarse sobre esa maldición de la cruz. Para ellos es una sentencia pública que El pronuncia contra el crucificado, lo reafirmarán en sus burlas en el Calvario, si lo baja de la Cruz creerán en El pero ahora no pueden creer precisamente porque lo mantiene en ella.

¡Si el Padre lograra, al menos, arrancar este sentimiento del corazón del pueblo! Quizá lo logre solo por un camino: sumarse a la maldición dejándose también El crucificar; comprenderán entonces que, si está en la misma cruz, ya no hay maldición. Acepta para sí esta disponibilidad de su Hijo a la cruz y escucha su invitación a cargar con ella; el Padre se pone en la misma fila que los discípulos y la carga. Crucificado al fin con su Hijo sufre la contradicción de verse abandonado de Sí mismo y de su propia omnipotencia, mientras sueña con liberar así a la cruz de esa carga maldita que le han echado encima.

Los crucificadores, preocupados por dejar clara la maldición del crucificado, no perciben que la única maldición de la cruz recae sobre los que la provocan. Por contraste, el Padre la completará con el gesto regenerador de la resurrección que, precisamente por la fuerza redentora de la Cruz, alcanzará incluso a los crucificadores.

* *La oscuridad del futuro*

*Las sombras de un soñador
y la seguridad del dueño del futuro.*

Por ser Dios de vida, está mucho más preocupado por el futuro que por el pasado. Desde esta preocupación ilusionada envía a Jesús, que llega abriendo puertas a un futuro mejor, anticipado en promesas maravillosas y en gestos concretos de liberación y de fraternidad, porque le envía para cambiar el futuro de la humanidad abriendo horizontes infinitos para hombres encerrados en mezquindades. Este fue el impacto de Jesús, sobre todo entre los pobres, cuyo horizonte estaba tan cerrado.

Personalmente para Jesús el futuro cambiará del todo con la resurrección. Pero ¿qué cambiará en la marcha del mundo? La nueva vida, las nuevas formas, el hombre nuevo es ahora una semilla plantada en tierra crucificada y regada con sangre que crece tan lentamente que no se la ve; las heridas del Crucificado y el color de la sangre se seguirán viendo con más relieve que el tallo recién nacido. ¡Si, al menos, el cambio fuese rápido y llamativo! Pero hasta Dios tiene que esforzar la visión para descubrir esos frutos que cambian la historia. La larga evolución de la creación seguirá pausada y penosamente su curso, aunque cada vez más ligera y de vez en cuando con saltos sorprendentes. La larga evolución de la humanidad redimida será igualmente lenta y con manifestaciones prodigiosas. También a Dios se le llena el alma de esperanza, pero esa esperanza queda reducida por el torpe caminar de la historia que nunca termina con las cruces ni con las flores.

En ese futuro algunos dirán que *ha llegado el tiempo de proclamar su muerte de Dios*. Y lo dirán, no como un lamento, sino como un grito de victoria, por fin se ha sacado a Dios del mundo y se le ha recluido en el depósito de la imaginación retrógrada. Las idolatrías le deformaban el rostro pero multiplicaban sus altares, mientras que el ateísmo y el agnosticismo derriban sus altares en beneficio de unos valores más pragmáticos.

En muchos sectores de la sociedad Dios vive como muerto o como un desterrado convertido en una sombra cavernaria, en esto han derivado sus sueños de futuro. Muchos le rechazan en nombre de los "espíritus libres", porque dicen que El es un cauce restrictivo para la libertad. Otros le rechazan por ser "humano, demasiado humano", es decir, mera elaboración de los hombres que proyectan en esa imagen todos sus sueños frustrados; ya no sería Dios el creador del hombre sino a la inversa. Incluso entre los creyentes se encuentra a veces "muerto", porque le redujeron a elaboración metafísica o a unas formas que escasamente se corresponden con su realidad o, sobre todo, porque el pecado es tan grave como para darle muerte en su vida. Hasta una determinada teología le ha querido dar muerte.

"La llamada corriente de la "teología de la muerte de Dios", que se desarrolló en ambientes protestantes de la cultura anglosajona principalmente en torno a los años 60 y 70... Para ellos ante todo la cruz es un símbolo que explica y justifica el fenómeno de la secularización; deja al hombre abandonado, se aparta para que el hombre viva y se desarrolle en libertad; a partir de la muerte en la cruz es el hombre Jesús quien se convierte en "representante" de Dios; la grandeza del cristianismo consistiría en haber tenido la osadía de proclamar que somos libres respecto a Dios". (Laurentino NOVOA)

Algunos llegan a querer dar muerte, no solo a Dios, sino incluso a su nombre, a su idea, les gustaría desterrar de la sociedad ese nombre con todo lo que representa y el impacto que ha dejado en la historia.

Pero El sigue vivo en esa oscuridad, fracaso y muerte. Cuando Nietzsche gritó: "*¡Dios ha muerto!*", reconocía, sin embargo, que su sombra continuaba proyectándose en las cavernas. Dios vive este rechazo y negación como una especie de "ateísmo purificador" en la Pasión, donde se deja rechazar y matar para poder ser descubierto detrás de un velo sagrado.

Y esto es precisamente lo que abre una brecha de esperanza en el futuro sombrío, Dios lo toma en sus manos y lo garantiza contra el fracaso. Efectivamente a través de su Pasión va abriendo un futuro

cada vez mejor en la historia y sobre todo para la gloria; en su casa hay muchas moradas y en su mesa muchas sillas y nos tiene reservada una a cada uno.

Así es *LA PASIÓN DE DIOS*, al menos así es una manera de centrarnos en esa Pasión riquísima que tiene tan larga historia y algunas actitudes fundamentales.

Este padecer de Dios no se distingue por sus llantos sino por *su fecundidad*, no nos incita a las lágrimas sino a descubrir sus causas y a convertirlas en sonrisas de vida.

Tres gozosas conclusiones cierran nuestra reflexión:

. la Pasión de Dios *fecunda divinamente los padecimientos* humanos; el "valle de lágrimas" se cubrirá de frutos, no estamos en tierra de lamentos sino de cultivo, como el Edén, como Getsemaní.

. la Pasión de Dios *es una proclamación oculta y sublime de su amor*; la mejor conclusión que sacamos no es: ¡cuánto sufre!, sino: ¡cuánto ama!; solo el amor hace posible y explicable su sufrimiento.

. la Pasión de Dios es la mejor manifestación de que *es un Dios para los hombres*, volcado en ellos, asumiendo sus riesgos y abriéndoles las puertas que ellos mismos se cierran.

¡Bendito Dios! ¡Bendita humanidad que tiene un Dios así!

II.- EL DIOS DE LA PASIÓN

El sufrimiento cambia a los seres.

También a Dios. El Dios de después de la Pasión no es para nosotros lo mismo que antes, su rostro se ha transformado y tiene ahora expresiones nuevas, más reales y asequibles. A pesar del padecimiento, al mirarse en el espejo de sí mismo, Dios se encuentra satisfecho del resultado porque, al fin, ha encontrado la imagen que, por una parte, mejor expresa su ser y, por otra, es más asequible a los hombres.

Porque éste es un viejo problema de Dios; si mucho le cuesta que su presencia sea aceptada por todos, más le cuesta imponer su verdadera imagen, siempre sujeta a intentos de manipulación y sustitución. Ha tenido que pasar por la Cruz para dejarnos su imagen más auténtica, que ahora queremos expresar aquí.

No es por cierto la imagen que mejor responde a nuestras expectativas, que frecuentemente van en otra dirección; de Dios esperamos cualquier cosa menos que se deje crucificar. Desde la Cruz sale al paso de las ideologías que lo entienden como una imagen subjetiva para satisfacer las necesidades y sueños imposibles del hombre; muchos pueden ser nuestros dioses, pero el Dios creado por los subjetivismos humanos no es nunca el de la Cruz; puestos a inventar, inventamos otro mucho más a nuestro gusto; el Dios de la Cruz es ciertamente el que no nace de nosotros, sino el que se nos impone a pesar de nuestra oposición.

Mirándose a sí mismo, Dios se encuentra con multitud de ropajes que le han ido colgando y que le disfrazan hasta hacerle irreconocible, por lo que un día se aparece en una zarza ardiente, purificadora

de esos ropajes impuestos, pero no es suficiente; hasta que, de una vez por todas, Dios se libera de todos esos ropajes automolándose en la Cruz, lo que queda después de la crucifixión es el verdadero Dios, sin subjetivismos ni vestidos deformantes

La Cruz es la palabra definitiva de Dios sobre sí mismo. Ya no es el Dios altísimo y apático, que se caracteriza por su omnipotencia y lejanía del sufrimiento, sino el Dios vivo, afectado por nuestros problemas, que lleva al creyente a una lucha contra el sufrimiento

Pero si soñó que esa palabra definitivamente expresada iba a ser definitivamente aceptada, que se desilusione, porque esa imagen divina tan auténtica, la crucificada, no es querida, no ilusiona, por lo que se la vuelve a tapar con vestidos ficticios y nuevas imágenes idólatricas y deformantes presentan sus facciones decoradas de ensueño; afortunadamente la imagen del Crucificado se multiplica como la más frecuente, al menos eso. De nuevo el efecto de purificación y redescubrimiento ahora nos corresponde a nosotros.

Hemos reflexionado la Pasión de nuestro Dios y ahora nos disponemos a descubrir a ese *Dios de la Pasión*, compulsados por esta realidad de la Pasión divina, buscamos afanosamente al Dios que la sufre y la supera. El Dios de la Pasión es nuestro verdadero Dios, en Él creemos, solo en Él, y estamos seguros de que de Él sale la vida más abundante.

Después de abajarse a nuestra realidad se ha subido a este pequeño podio de la Cruz para que le veamos mejor; como el fotógrafo que con sus enfoques y luces busca resaltar los aspectos más relevantes de la persona, así nosotros destacamos ahora algunos aspectos de ese Dios de la Pasión. ¿Cómo es? ¿Qué rasgos descubrimos en Él? ¿Qué luminosidades nos descubren más real y fascinante ese rostro de Dios?

1) Unido a la cruz

Que no separe el hombre lo que Dios ha unido

El rostro de Dios está claramente marcado por la cruz y no hace nada por liberarse de esas marcas mientras no desaparezcan de todos los hermanos. Este es el primer rasgo que nos llama la atención.

** ** Está tan unido a la Cruz de Jesús que, no solo le afecta, sino que actúa en ella y hasta la "quiere"*

Frente a la Cruz de Jesús, tenemos la tentación de dejar a Dios de lado, como si fuese un asunto privado entre Jesús y los hombres, vieja tentación que nace de otras imágenes de Dios que nos resultan más agradables. Pero la Cruz le clava a Dios tanto como a Jesús y ya no podemos verle sin ella, porque un Padre no puede estar ajeno al sufrimiento de su Hijo.

Lo más llamativo es que está ahí de forma *activa*. Si históricamente la Pasión de Jesús es consecuencia de su choque contra los centros de poder, espiritualmente fue consecuencia de su obediencia-fidelidad al Padre, que estaba empeñado en instaurar amorosamente su Reino en el mundo, aunque el coste fuese la muerte de su Hijo. Fuera de este planteamiento, la actitud de Jesús habría sido otra; la fidelidad en el amor mantenida por el Padre, supuso la fidelidad en la obediencia mantenida por el Hijo. Dios está presente en la Cruz como estuvo presente en toda la vida de Jesús en la que ya se incluía la posibilidad y la amenaza de esa muerte. Nada de Jesús sería comprensible sin esta presencia activa de Dios y nada de Dios sería asequible para nosotros fuera de la persona de Jesús.

La unión es tan indisoluble que se convierte en "*necesidad*", una palabra que el mismo Jesús repite en varias ocasiones. "*¿no era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en la gloria?*" (Lc 24, 25-27). Una necesidad en cuanto que en aquellas complicadas circunstancias resultó inevitable pero, sobre todo, porque *se incluía en el designio divino*, por eso Dios "*lo entregó*". Nunca entenderemos bien cómo, pero la postura de Dios fue activa. El autor de la carta a los Hebreos lo ve tan claro que dice que "*convenía*" (Hb 2, 10); una conveniencia que hace referencia al interior de Dios, donde se fraguó también el mundo de la Pasión.

**** Dios está unido también a toda Pasión que se parece a la de Jesús*, entre las que cabe resaltar dos formas especiales.

La del *justo*, expresada en muchas oraciones de lamento de los salmos, porque Dios quiere *la fidelidad del justo* hasta el final, con todas las consecuencias; en un mundo injusto y crucificado es de

prever que esta fidelidad resulte crucificada, por su propia exigencia interna y por el choque con el "antirreino". Por eso el discípulo ha de "tomar la cruz" necesariamente, en cuanto es consecuencia de la fidelidad. Dios se mantiene especialmente unido a los que mantienen fieles.

La otra forma es *la del que padece en favor de los hombres*, porque expresa el verdadero amor que es la esencia divina. Cualquier sacrificio y muerte tiene valor si es en favor de otros, en acto de servicio, lo que no significa una utilidad inmediata constatable, sino simplemente que sea por amor. Por las muertes así Dios reconcilia al mundo: "Aquél que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo es posible que con El no nos lo regale todo?" (Rom 8, 32). La Pasión en acto de servicio expresa el servicio amoroso de Dios salvando a los hombres.

Dios ama a *Jesús vinculado a los hombres*. Si calla durante la muerte de Jesús es para que en ese silencio los hombres puedan ejercer su libertad incluso hasta matar y para que Jesús pueda ejercitar su amor hasta el extremo.

"La cruz es signo de un Dios que en Jesús asume la pequeñez del hombre, sufriendo en su carne el dolor, la impotencia, la injusticia y la muerte en la historia... Pues bien, la novedad del cristianismo consiste en haber descubierto y confesado que la cruz, misterio de amor que se entrega, *pertenece en primer lugar a Dios* y solo después puede ampliarse a nuestra historia". (Xavier PIKAZA)

La presencia de Dios en la Cruz es, sobre todo, *a favor de Jesús*, porque ahí es donde *Jesús llega a su plenitud* y alcanza su más espléndida madurez, porque es donde amó hasta el extremo. La fuerza de Dios la necesitamos sobre todo para crecer y madurar, desarrollando todas las capacidades que su gracia puso en nosotros. La fidelidad a la misión adquirida y el amor es lo que más desarrolla la persona; cuando Jesús llega a lo máximo en esos dos aspectos ha llegado al punto culminante de su madurez; efectivamente es El Hombre, El Hijo del Hombre. El Hombre en Plenitud.

*** *Pero nos continúa repeliendo esta unión de Dios a la Cruz de su Hijo*, continúa siendo *incomprensible* para el mundo, nos gustaría verle a más distancia de esos palos cruzados y hasta destrozándolos para que nadie los relacione con su amor; mientras Dios continúe unido a ellos, nos amenazan también a nosotros. "En la Cruz el aguante de la incomprensibilidad de Dios ha alcanzado para Jesús el punto máximo" (Rahner). Porque Cristo continúa su presencia fraterna y comprometida con toda forma de crucifixión humana, Dios también continúa estando ahí, junto a cada crucificado, en cada crucificado, con sus mismos clavos y golpes, Dios clavado, Dios golpeado; cualquier crucificado tiene algo de Cristo y de su fuerza redentora por la presencia de Dios en él; sin esa presencia implicada de Dios, el resultado sería muerte y solamente muerte.

Dios no está con nosotros "desde sus derechos" o desde los derechos de aquellos que los imponen a costa de otros, sino desde los que sufren esa ausencia de justicia, desde el dolor de los privados, desde la incógnita y la inseguridad que atenaza a tantas personas.

2) Dios tripersonal y familiar

*En el rostro de Dios
se refleja la Pasión de la familia.*

Dios, sin más, es una palabra que resulta insuficiente para comprender su presencia en la Pasión, porque lo que aquí sucede no se corresponde con la imagen infinita, omnipotente e inmutable de Dios. Tampoco basta hablar, por una parte, de Dios y, por otra, de un hombre crucificado porque entonces no entendemos bien ni a uno ni a otro. Pero todo resulta mucho más comprensible cuando pensamos que Dios es *Padre* y que el crucificado es *Hijo*; el colgado de la Cruz no es solo el hombre Jesús de Nazaret, sino el Hijo.

Cuando Jesús grita en la Cruz no es un hombre desesperado o en rebeldía, *es el Hijo que clama al Padre* y, en su clamor, expresa la relación filial mantenida durante toda su vida; es como recordar que

está ahí por ser Hijo y que nada del Hijo puede serle ajeno al Padre. Esta relación paterno-filial, irrompible por la identidad del Espíritu, es la única que hace comprensible el misterio de la Cruz.

Es verdad que Jesús, persona histórica y concreta, sufre una Pasión por causas históricas y concretas que debieron ser otras y que el primer compromiso de esa muerte ha de ser que no se produzcan más esas circunstancias crucificadoras; sin esta dimensión histórica la Pasión se reduce a espiritualismo irreal, como si fuese un asunto entre la función salvadora de Jesús y la humanidad universal, genéricamente considerada. Pero además Jesús es el Hijo, enviado, obediente, voluntariamente entregado, en referencia permanente al Padre y a su Espíritu.

Aunque de forma contradictoria e incomprensible, la Pasión clarifica la diferencia y la relación entre el Padre que entrega y el Hijo entregado. En la Pasión no está Dios, sin más, el inaccesible e incomprensible Dios del que solo podemos decir algo de lo que no es. La Pasión nos devuelve a Dios más concreto y comprensible al implicar a las tres Personas divinas,

“al Padre, como agente principal, al Hijo en cuanto, solidariamente con los hombres, experimenta lo que significa decir no a Dios sin que él mismo haya dicho no (Heb 4, 15) y el Espíritu Santo como reconciliación de todo, del Padre con el Hijo y de la criatura con Dios”. (L. BOFF, resumiendo a U. von BALTHASAR)

“El lenguaje cristiano acerca de Dios se convierte, en la cruz de Cristo, en un lenguaje trinitario sobre la “historia de Dios”. ”(S. STEFEN)

* *Dios PADRE*. Si es difícil imaginar a Dios sufriendo, más difícil resulta imaginar a un Padre que no sufra con el sufrimiento del Hijo. El Padre no solo contempla al Hijo, sino que se identifica con El, es carne de su carne, espíritu de su espíritu, es su propio ser. En la Pasión interviene directamente *el corazón* del Padre, un corazón herido y sufriente, amoroso, volcado sobre el Hijo.

Un hijo es siempre el principal “alter ego” donde la vida del padre se prolonga autónomamente pero sin independizarse nunca del todo,

porque entre el padre y el hijo puede haber profundos desacuerdos de ideas y hasta de intereses, pero siempre continúa funcionando *la sensibilidad*. Al Padre-Dios se le agudiza la sensibilidad ante el padecimiento del Hijo-Jesús, como la sentimos conmoverse también nosotros, por eso la sensibilidad es inseparable de la devoción popular a la Pasión. Pero la sensibilidad más afectada es, sin duda ninguna, la del Padre, muchísimo más que la nuestra. Por eso nos conviene sentir la Pasión de Jesús desde los sentimientos del Padre y precisamente como Padre, puesto que ningún corazón ha reaccionado tan profundamente como el suyo. Padre de Jesús, Padre nuestro, Padre de corazón infinitamente sensible.

*** *Dios HIJO*. El que está colgado de la Cruz no es solo un hombre sino el Hijo y eso le sucede precisamente por su condición de Hijo a quien el Padre propone una misión arriesgadísima para salvar a la familia. La situación de Jesús solo es comprensible desde una doble vivencia: *como Hijo en relación con el Padre*, que vive de forma lacerante la situación de la humanidad para la que no encuentra mejor solución que enviarle a El, y *como Hermano que no puede separar su destino del de la familia*; filiación y fraternidad son los lazos irrompibles que convierten su Pasión en “necesidad”.

Jesús padece, no solo su propia situación, sino también los padecimientos del Padre por la situación del mundo, sufre al ver sufrir al Padre, como sucede entre los enamorados; y padece también la situación de los hermanos empeñados en un camino de muerte. La Pasión de Jesús adquiere dimensiones inconmensurables por su condición de Hijo y de Hermano.

*** *Dios ESPÍRITU*. Continúan siendo dos los que padecen, pero la identidad profundísima que les une e identifica les viene del Espíritu que anima los miembros sufrientes de Jesús y la sensibilidad inmensa del Padre. Ya no son dos, son tres en la Cruz.

Lo que sufre y lo que goza es el espíritu, por eso el más espiritual es también el más sensible. Dios Espíritu acepta y siente todas las dimensiones internas de la Pasión, muchísimo más profundas e intensas que las corporales. El espíritu no puede ser crucificado pero sí atormentado. El Espíritu de Jesús, el mismo Espíritu del Padre, sufre

las causas y las reacciones y los traumas de la Pasión. El Espíritu, único para las tres Personas divinas, hace que la Pasión del Hijo la sienta el Padre y que la Pasión del Padre la sienta el Hijo.

¿Para qué sirve un sufrimiento sin espíritu? Es pura desgracia. ¿Qué sería de la Pasión de Jesús sin el Espíritu que da la vida?

En su expresión trinitaria y familiar es como Dios se hace presente y comprensible en la Pasión. Nos resulta más personal, más real y humano cuando contemplamos sus reacciones de Padre ante el sufrimiento del Hijo, y así comprendemos también cuál es su reacción ante nosotros y ante las actitudes dolorosas de todos los hijos; está tan unido al Hijo que tienen un solo Espíritu, una sola respiración, un solo objetivo fundamental. Es en la Pasión donde Jesús le siente más intensamente como “Abba” porque su Espíritu vibra al unísono en cada golpe, en cada burla y en cada silencio.

“Dios continúa muriendo en la persona del Padre mientras muere El en la persona del Hijo. La muerte del Dios Hijo puede muy bien denominarse el dolor de Dios porque la persona del Padre vivía... Debido a que Dios es esencialmente uno en su esencia, aunque el Padre y el Hijo son diferentes personas de la Santísima Trinidad, es posible que el Padre todavía viva aun en la muerte del Hijo... Dios Padre que se oculta a sí mismo en la muerte de Dios Hijo es el Dios en dolor. Por tanto el dolor de Dios ni es meramente el dolor de Dios Hijo, ni meramente el dolor de Dios Padre, sino el dolor de dos personas que son esencialmente una única realidad”.
(R. KITAMORI)

La Pasión nos enseña a *incluirnos también nosotros en el misterio trinitario*, que se prolonga en toda la historia humana; ahí estamos como hijos del Padre, como hermanos de Jesús, animados por su mismo Espíritu. Cuando uno es capaz de entregarse por la familia humana está realizando la familia divina en la sociedad como se realizó en la Pasión.

La Pasión despliega un horizonte inconmensurable para toda la familia, donde el espíritu de amor es tan fuerte que hasta los duros palos de las desgracias se transforman en crecimiento y alegría comunitaria.

3) Dios radical

*Jaque mate a las medianías.
Dios único que lo quiere todo.*

Nada de Dios quedó por entregar en la Cruz, lo dio todo y del todo; nada tampoco se reservó Jesús, ni su sangre ni su espíritu, pues así se lo pedía Dios.

Y ahora nos toca a nosotros.

*** *La difícil totalidad.*

Lo más difícil en nuestra relación con Dios es la totalidad, porque es *ÚNICO* y, por tanto, lo es *TODO* en nuestra vida y, sobre todo, *exige todo*. Lo que más cuesta no es creer en Dios, ni siquiera amarle, sino hacerlo con “*todo*” el corazón, con “*toda*” la mente, con “*todo*” el ser. Es decir, que el Dios de la Pasión no quiere mediocridades, porque El se da totalmente en la Cruz y nos hace una fuerte llamada para que también nosotros lo demos todo. Puesto nunca dio tanto como en la Cruz, nunca podrá ser tan exigente y motivador como desde aquí.

Jesús vivió siempre esta totalidad en su relación con Dios, ante quien no admite ni limitación ni parcialidad; este radical teocentrismo lo expresó de muchas maneras: recordando que lo esencial es el primer mandamiento (Mc 12, 28-33), que no se puede mezclar su servicio con el de ningún otro señor (Mt 6, 24) y que hay que aceptar la voluntad de Dios como lo único definitivo (Mt 21, 18-31). Pero es, sobre todo, en la Pasión donde expresa de forma práctica esta totalidad de Dios y lo hace con dos actitudes fundamentales en su vida: *obediencia y confianza*.

De acuerdo con el origen de su vida, que no fue hacer su voluntad personal sino la de Aquél que le había enviado, también la Pasión empieza con una manifestación igual: “*no se haga lo que yo quiero sino lo que quieres tú*” (Mt 26, 39), y termina con la confesión de haber sido fiel a esa voluntad: “*Todo está cumplido*” (Jn 19, 30). A esto deben referirse también las múltiples alusiones a que todo iba

sucediendo “según las Escrituras”, expresión clara de la voluntad de Dios. Al aceptarlo hasta el martirio, Jesús proclama que Dios es el todo, que es Padre en todo, incluso en las circunstancias que contradicen su paternidad y las relaciones familiares que comporta. Por ser TODO, Jesús se entrega TOTALMENTE mediante la obediencia.

Esta totalidad de Dios queda mejor expresada en una *obediencia-fidelidad* que en una obediencia-ejecución como si se tratase de unos preceptos concretos. Dios es, sobre todo, el Padre que ama y le entrega a Jesús su Espíritu de amor para que realice una misión de amor; la obediencia de Jesús significa que se mantiene totalmente fiel a esa misión del Padre y, cuando las circunstancias se ponen difíciles hasta el martirio, “su obediencia consistió en no renunciar a una misión difícil, exigente, incomprendida y peligrosa”.

*** *Este Dios merece una confianza plena. ¿Cómo no confiar en Aquél que lo da todo por uno, sin reservarse siquiera sus privilegios divinos? La confianza de Jesús se apoya en Dios siempre fiel a sí mismo y a sus hijos, que nunca fallará en esa fidelidad, ni aun cuando parece que se ha ausentado. Si Jesús grita: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, no está proclamando el fracaso sino la confianza absoluta en el Padre, incluso en el fracaso y el abandono; precisamente porque el Padre está ahí, no hay fracaso ni abandono. En el grito por el abandono es donde su confianza se muestra más absoluta.*

“El Dios que le ha abandonado se sigue llamando Abba y el aparente *no* de Dios deja intacta contra *spem in spe* (Rom 4, 18) la entrega confiada en sus manos. Esto es lo que el Nuevo Testamento llamará después “obediencia”... La confianza en Dios le posibilita así que la solidaridad con el hombre sea máxima y que no se rompa ni con el fracaso total de su causa”. (J.I.G. FAUS)

El Dios que merece la confianza absoluta de Jesús en la Cruz es el *Dios-amor* más que el *Dios-poder*, porque el amor del Padre puede no responder a nuestras expectativas en un momento dado, pero nunca abandonarnos. Es lo que expresa su última palabra en la Cruz, según Lucas: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,

46). Porque es único, porque es todo, porque es celoso poseedor de nuestras vidas, continuamos confiando en el amor del Padre aunque haya sido crucificado; el Dios de la Cruz es todo amor, solamente amor; todas las demás prerrogativas se oscurecen en la Cruz, pero el amor brilla más.

*** *Dios es el valor absoluto* que llena la vida de Jesús y la historia del mundo, incluso eso tan antidivino y tan horriblemente humano como es el hecho de que un hombre haga crucificar a otro; solo Dios, el Único, puede llenar el sinsentido de la Cruz y el abismo de la muerte, solo El llena todos los vacíos. Desde la Pasión sabemos que no está ausente de ninguna realidad, ni luminosa ni oscura, y que alcanza incluso a “los infiernos” y hasta en el pecado engendra esperanza. Cualquier progreso sin Dios puede suscitar una crucifixión, de hecho muchos progresos se apoyan en crucifixiones ajenas; cualquier abismo puede ser puerta abierta a Dios, que lo llena todo, que es la única palabra definitiva, la siempre presente para seguir dando vida a los que la tienen y a los que la han perdido.

Dios de la Cruz, todo en el amor para todos.

4) Dios escondido y revelado

Aquí cambia las grandes manifestaciones por el escondite.

En la Cruz, más que en ninguna otra situación, *Dios se revela escondiéndose* y, aun revelado, sigue escondido, según la conocida afirmación luterana. En la Cruz del Verbo encarnado-crucificado se da al máximo el “*Deus absconditus et revelatus*”, por lo que Jesús Crucificado es la palabra más explícita, novedosa y contradictoria sobre Dios.

“Dado que los hombres pervirtieron el conocimiento de Dios a través de sus obras (cfr. Rom 1, 19-23), Dios mismo quiso darse a conocer a través del sufrimiento, sustituyendo así una sabiduría de lo invisible por otra sabiduría de lo visible, de manera que los que

no honraron a Dios tal como se manifestaba en sus obras, tuvieran que honrarlo tal como se ocultaba en la pasión (cfr I Cor 1, 21). Por eso de nada aprovecha reconocer a Dios en su grandeza y su majestad, si al mismo tiempo no se le reconoce en la humillación y el oprobio de la cruz. Por tanto en Cristo crucificado es donde se da la verdadera teología y conocimiento de Dios” (LUTERO)

Eterna dinámica de Dios: se revela, no conforme a lo que esperamos, sino a lo que realmente es y a lo que podemos asimilar. Pero, por su infinitud y por nuestra limitación, lo mismo que lo revela lo oculta; la naturaleza es una revelación de Dios pero tan primaria que más bien parece un velo; el hombre es mejor imagen-revelación de Dios pero con demasiado frecuencia lo esconde. El hombre Jesús de Nazaret es la verdadera imagen de Dios, pero en la cruz esa imagen se rompe en pedazos. Sin embargo sus fragmentos, cada uno y reunidos, dan la mejor imagen de Dios nunca conocida. El silencio clamoroso de la Pasión refleja el silencio de Dios en la sociedad, pero nunca ha hablado mejor Dios que a través de ese silencio, es su palabra más explícita.

*** *Está escondido y oculto en la Cruz* No solo porque las imágenes naturales dependen más de los ojos que las miran que de su propia expresividad, sino porque Dios en la Cruz busca la anti-imagen, está escondido “bajo la apariencia de lo opuesto” (Lutero). La primera mirada nos dice que, si está, está oculto.

Oculto porque ha tenido que despojarse de sus propios principios, hasta de su propia naturaleza paternal, para estar presente en la Cruz en la forma que estuvo. Se revela “sub contrario”, porque “allí donde parece que no hay Dios, donde parece que El se ha retirado, es donde está Dios en grado sumo”. Oculto porque se anonada y toma forma de víctima cuando lo suyo es ser el Fuerte que salva a las víctimas. ¿Quién podría reconocerle en esas formas que tan claramente le están negando?

“Dios mismo se revela de la manera más profunda en el anonadamiento, en la crueldad para consigo mismo y en la entrega ilimitada de su Hijo en la cruz. Por amor libre, Dios se convierte en lo

contrario de sí mismo, acepta las salpicaduras del pecado, el abandono de Dios” (K. LEHMANN)

Pero el Dios “oculto” se convierte al mismo tiempo en “revelado” por la iluminación que viene del Espíritu Santo; en contra de la razón que le sitúa en los lugares más lógicos y poderosos, en la Cruz Dios juega al escondite y los escondites tienen siempre algo de sorpresivo y anormal, por eso cuando se descubren provocan un grito de alegría, como nos sucede al descubrir y recibir la vida que Dios nos comunica desde la Cruz.

*** *La Cruz rompe las falsas imágenes de Dios*, siempre más o menos ostentosas: el Dios de los ejércitos de pueblos conquistadores, el del poder en sus múltiples formas, el del triunfo y el éxito, el que resuelve los problemas concretos, el que compagina la sobreabundancia personal con el hambre de otros, el más justiciero que amoroso. Junto a estas imágenes populares, rompe también muchas imágenes teológicas, fruto solo del pensamiento humano, efectivamente la Cruz nos exige una “ascesis de pensamiento” frente a tantas verdades sobre Dios que consagramos como definitivas y no lo son tanto. También en esto la Cruz es “locura”, nos revela un Dios que rompe nuestros moldes normales para entenderle. Ya no es el Dios de nuestros moldes, no es ninguna proyección de nuestras ideas e ilusiones; ante la Cruz no podemos fabricar ninguna imagen de Dios porque ninguna es válida ante lo que allí vemos; solo podemos dejar que sea El quien, aunque escondido, nos revele su presencia y su ser.

Si cualquier imagen o concepto de Dios la confrontemos con el Dios de la Cruz para verificarla, pronto nos encontraremos con menos ídolos y con el gozoso descubrimiento de más Dios.

¿Mi Dios es realmente el de la Cruz?

*** *De la Cruz brota un nuevo Dios*, al menos un nuevo rostro de Dios, desnudo y brillante, tan omnipotente que puede caber en la impotencia, tan fuerte que puede ser débil, tan amoroso que se deja condenar para no condenar a nadie.

Naturalmente ésta no es una afirmación especulativa, porque la pura reflexión difícilmente puede llegar a descubrir nada de Dios en

la Cruz, sino experimental porque, situados allí, experimentamos que Dios entrega a su Hijo por amor, por nosotros. Las experiencias de Dios logradas junto a la Cruz son certeras, penetrantes y transformadoras; si Dios es poco experimentado, es porque con demasiada frecuencia le buscamos lejos de la Cruz y nos empeñamos en encontrarle fuera de donde su amor le sitúa. El Dios de la Cruz participa de la locura y escándalo de esa Cruz, habla con más fuerza desde lo incomprendible, afirma su presencia desde la ausencia, penetra en el corazón cuando la mente se cierra, es vida en la muerte. Junto a la Cruz nada entendemos de Dios pero le oímos respirar y que su respiración nos inspira su propio ser, sentimos su aliento cálido que nos arropa.

La cruz convierte el Dios de nuestros sueños en el Dios de nuestras realidades, puede ser feo y despreciable para acercarse a los desventurados, pero siempre será amoroso, cercano y generoso portador de vida. Desde la Cruz todos podemos decir: El está a mi lado. La novedad del Dios de la Cruz es el amor desde la cercanía, desde la igualdad.

5) Dios débil

*La engañosa debilidad que supera a los fuertes
y es fuente de energía.*

He aquí uno de los puntos más destacados y sorprendentes de Dios, tan sorprendente que, sin la Cruz, no nos habríamos atrevido a atribuírselo. Pero así, débil, es como está en la Cruz para nuestro asombro y nuestro gozo.

**** Nos muestra la luminosidad de lo oscuro.*

¡Como ilumina esa oscuridad! Temerario de que su propia luz nos deslumbre, en la Cruz no se nos aparece como el Dios de todas las perfecciones sino al contrario, como un Dios "herido". Se ha acabado su omnipotencia y es tan débil que ni siquiera puede resolver nuestros problemas porque El mismo es víctima. Se hace incluso símbolo de la

"muerte de Dios", como si abandonase sus prerrogativas divinas para que el hombre se sienta más libre y aprenda a existir y sobrevivir por sí mismo; alguien ha dicho que "Dios tiene que expiar constantemente su ser de Dios" dejando a un lado sus "excesos" divinos para que el hombre se valore. ¡Terrible el precio que Dios tiene que pagar en favor del hombre! Decían los antiguos que el hombre que viere a Dios moriría; en la Cruz es al revés, Dios mismo se sacrifica para que el hombre pueda mirarle de cerca. ¡Qué torpe se vuelve nuestro lenguaje para decir algo del Dios de la Cruz! Pero necesitamos estas palabras para expresar de alguna manera lo infinito de su amor débil y crucificado.

Nuestro punto de partida para imaginar a Dios es, de entrada, *la perfección y la belleza*; analógicamente le aplicamos a Dios la plenificación de nuestro poder, sabiduría, perfección, belleza, etc.; Dios es todo lo que en el mundo vemos de bueno y de bello pero elevado al infinito. ¿Qué otra cosa puede ser Dios, qué otra cosa nos interesa que sea, sino plenitud infinita de todo lo que soñamos? Porque El es y tiene todo, nos puede dar abundantemente.

"La Cruz, sin embargo, nos presenta otro Dios. Nuestra fe en El comienza precisamente allí donde los ateos pretenden que ha terminado... La fe en un Dios crucificado contradice todo lo que uno se figura ordinariamente por la palabra "Dios", todo aquello en que se espera. Reconocer a Dios en la cruz de Jesús es un conocimiento crucificante que aniquila todo aquello a lo que uno podría agarrarse. Dios crucificado es la contradicción por excelencia de nuestra religión. Dios se manifiesta precisamente en su contrario, esto es, en la ausencia de Dios y en el abandono de Dios. La gracia se manifiesta en los pecadores, su justicia en los injustos y en los sin ley y su don de libertad en los réprobos. Dios se revela solo en la cruz de Cristo abandonado. Su divinidad no se manifiesta sino en la paradoja de la cruz. No se reconoce al verdadero Dios en su poder sino en su impotencia y en su muerte en el árbol de la reprobación". (T.J. BAVEL)

En lugar del Dios "mayor" o trascendente, que es el de nuestros sueños y grandes imágenes, encontramos el Dios "menor" o crucifi-

cado, que se esconde en los pequeños, en los crucificados de siempre y en la debilidad que les lleva a la cruz. Y resulta que el Dios “menor”, tan maltrecho y malherido, es realmente el “mayor”, el más grande en amor y salvación.

*** *Ahí nos demuestra la fuerza de la flaqueza.* Porque esta debilidad *no es flaqueza*, sino símbolo de su poder transformador por la fuerza del amor. Dios es efectivamente *omnipotente*, pero no con una omnipotencia “mecanicista”: capacidad ilimitada de hacer y producir, algo en lo que cada día avanza más nuestra sociedad, sino *omnipotente en amor*, lo que implica también una intensa capacidad de padecer, porque el amor crece en el sufrimiento. Nosotros tenemos una capacidad limitada de sufrimiento porque limitada es nuestra capacidad de amor; en la infinita capacidad de sufrimiento de Dios en la Cruz descubrimos su infinita capacidad de amor, que no consiste en poder evitar todo sufrimiento sino en poder superarlo dándole un sentido de vida para los demás.

En consecuencia nos asemejamos más a nuestro Dios, no cuando aumenta nuestra cuenta de resultados y nuestras capacidades de hacer, sino cuando somos capaces de amar hasta perder privilegios y prerrogativas en favor de otros y, desde luego, en favor del Reino de Dios.

“Dios se deja desalojar del mundo y clavar en la cruz. Dios es impotente y débil en el mundo, y sólo así está con nosotros, y no nos ayuda por su potencia sino por su debilidad y sufrimientos.”
(D. BONHOEFFER)

Es un reto para nosotros aceptar este Dios y esta forma de servirle. ¡Si al menos El se hubiese hecho débil para dejarnos libre a nosotros el camino del poder y del triunfo! Pero precisamente a sus seguidores nos exige ese mismo camino, que es la fuerza de la debilidad, la fe esperanzada en el Dios de abajo. Nos anima el pensar que así llegaremos a las cumbres de donde El bajó.

Esto es lo específico de nuestro camino cristiano, convertido en compromiso público ante un mundo cada día más adulto y con mas

resortes de triunfos. El cristiano es mucho más creíble cuando no busca sobresalir sino estar en el lugar de servicio, que es abajo, y dedicarse a ese amplio sector de la sociedad que son los débiles. Y este signo de credibilidad cristiana hace también más creíble a Dios.

“Para nosotros la opción está entre dar testimonio de Aquél a quien Cristo muriente llama Padre, o pretender ser señores de nuestro propio destino, rechazando como sea a un Dios pretendidamente derrotado. Para decirlo con más aspereza, estamos tratando con un mundo que vive, muy a fondo, la rebeldía contra el Dios de Jesús Crucificado”. (E. KASEMANN)

6) Dios sufriente

El sufrimiento es un duro precio que Dios paga por su amor.

Lo destacamos como punto aparte, en directa conexión con el anterior, porque el sufrimiento de Dios es un tema inquietante, que durante mucho tiempo “los teólogos se han aplicado más a alejar que a escrutar” (J. Maritain), por su propia dificultad interna y por la enorme trascendencia que tiene para nosotros. El sufrimiento de Dios adquiere especial relevancia en la Cruz de Jesús, donde aparece tan claro que solo un cierto rubor teológico preconcebido nos ha impedido hablar directamente de él.

*** *En el sufrimiento nos abre su corazón.*

La devoción popular lo ha entendido mejor que la reflexión culta, por eso habla del pecado como ofensa a Dios y solo es ofensa lo que de alguna manera le hace sufrir; las imágenes dolorosas de la Pasión expresan para el pueblo el sufrimiento de Dios que llora, padece, se apena por nuestros pecados y por la realidad del mundo. Hoy el Dios sufriente es también un tema central en la teología, partiendo de que “nuestro Dios es un Dios crucificado”.

Aunque su condición de infinito nos parece que le convierte en inmutable, porque solo cambia aquél que algo le falta, eso “no quiere decir que Dios no sea libre para alterarse a sí mismo o para hacerse alterable por otro”(Moltmann). Es precisamente su capacidad divina la que hace más grande su sufrimiento

“porque, ya que Dios quiso padecer, como Dios había de padecer; y así en lo que padeció, como en el modo y causa de hacerlo, claramente se descubría que era más que hombre el que padecía”.
(Luis de LA PALMA)

Hay emociones, alegrías o sufrimientos que no nacen de ninguna imperfección, sino de un estado de ánimo nuevo, de una sintonía con los sentimientos de otros, de la propia generosidad y sensibilidad, sobre todo la espiritual, que es la que mejor capta el amor y las ofensas. En la Cruz Dios tiene “emociones afines” a las nuestras, sintoniza con nuestros sufrimientos lo mismo que con nuestras ilusiones, los siente, los vive. ¡Qué cercano y entrañable se hace este Dios humano que sufre con nosotros y por nosotros! Dios se hace más nuestro, no cuando resuelve nuestros problemas, sino cuando los sufre y le dominan en la Pasión.

Responde así a uno de los temas más acuciantes del hombre el sufrimiento. Las filosofías y teologías chocan siempre con esta dura piedra, más aun cuando se trata de un sufrimiento de inocentes, porque Dios no le da ninguna respuesta teórica, ni siquiera ilustrándonos sobre los valores ocultos ahí encerrados. Su respuesta es práctica, se mete en el sufrimiento, se deja meter, lo sufre en solidaridad con nosotros; no es un monolito perfecto ajeno al sufrimiento, sino que padece nuestros sufrimientos y los suyos, que son los causados por nosotros. Nunca terminaremos de describir convincentemente el sentido del sufrimiento, pero ciertamente lo tiene desde el momento en que Dios lo asume en su vida.

La Pasión nos abre la principal puerta a la intimidad de Dios, una puerta sangrante pero con todo el calor de su corazón divino; quien no siente llorar a Dios difícilmente lo sentirá cuando ríe y goza por-

que recuerda a uno de los suyos. El sufrimiento no rebaja a Dios, al contrario, nos le muestra más sensible y más humano.

“El te ve en tu día de alegría y en tu día de tristeza. El siente contigo en todas tus esperanzas y pruebas, toma parte en tus miedos y recuerdos, en el crecimiento y decadencia de tu figura... El lee en tus rasgos, bien ríen o lloren, bien florezcan con salud o se marchiten con la enfermedad... No te amas más a ti mismo de lo que El te ama; tanto le duele a El tu propio dolor como a ti mismo y, cuando te ha sido impuesto, es como si tú mismo te lo impusieras para obtener una mejor salud”. (Cardenal NEWMAN)

*** *La reacción de los sufrientes.*

Los pacientes son quienes mejor comprenden la Pasión de Dios porque a una persona que sufre difícilmente una reflexión culta le sirve de consuelo, pero la imagen del Crucificado hace que algo se le conmueva. Quien mejor comprende a uno que sufre es otro en la misma situación, por eso Dios se acerca y se introduce en el sufrimiento, se deja clavar en la Cruz y establece una cercanía íntima con todos los sufrientes. Conecta con la humanidad en ese punto donde más se igualan los hombres, en el sufrimiento, que no es propiedad de una clase social, aunque ciertamente abunda más en una clase que en otra. Es el escalofriante y repetido caso contado por un superviviente de Auschwitz, cuando colgaron a un joven en el campo, ante los demás y, mientras agonizaba, uno preguntó: “¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Dios?”, y pronto volvió a repetir la angustiada pregunta de la humanidad: “¿Dónde está Dios ahora?” Y en mí mismo escuché la respuesta: “¿Dónde está?... Aquí... Está allí, colgado del patíbulo”.

Nos hace temblar de emoción este Dios que *sufre por amor*, no por una necesidad fría e impuesta, porque el suyo es un sufrimiento espiritual y se produce en el mismo núcleo vital donde se producen los sentimientos, sobre todo la tristeza y el amor. Dios ama y sufre en la medida en que ama, que es infinita.

“Porque Dios no es aquél que no puede sufrir, sino el que sufre de manera ilimitada y sufre infinitamente a causa de su *amor*. De esa manera es el vencedor de la muerte”. (E. JUNGEL.)

Sin embargo muchos sufrientes se sienten abandonados de Dios y le culpan porque no les libera de la Cruz. Esto es un nuevo sufrimiento de Dios, incomprendido en su misma cercanía, porque esos sufrientes preferirían una compañía poderosa y milagrera, que suprimiese su sufrimiento. Pero Dios es así, sufriente y crucificado, mostrando su sufrimiento a todos los sufrientes y a los que no sufren para que se acerquen a los que padecen.

*** *Transformación salvífica del sufrimiento.*

Esta presencia sufriente de Dios infunde al sufrimiento *un valor salvífico* que arranca de su amor divino y alcanza a todos, incluso a los que le hacen sufrir. Las explicaciones de cómo este sufrimiento puede ser salvador para el hombre resultan siempre oscuras, pero la salvación humana naciendo de la Cruz es una de nuestras más firmes y gozosas creencias, que difícilmente aceptaríamos si Dios no participase de nuestro sufrimiento. Al solidarizarse con Jesús Crucificado, Dios lo convierte en “Señor”; al solidarizarse con los sufrientes, los convierte en “señores”, es decir, en personas de tal dignidad que pueden compartir con El el banquete de la gloria. Esta fuerza salvífica del sufrimiento viene por la *solidaridad de Dios*, solidaridad que no suprime sino que fecunda, como corresponde al amor.

Pero hemos de estar muy atentos para no convertir esta reflexión en una bendición del sufrimiento, frente al que la primera actitud cristiana es combatirlo; porque también la bendición del sufrimiento ha sido manipulada por unos en perjuicio de otros, a los que se recomendó resignación y sometimiento. El sufrimiento inevitable o no vencido es el que hay que convertir en fuente de vida, en expresión de amor solidario, en crecimiento y madurez personal, en salvación para todos.

III.- COMO ENTENDER EL SUFRIMIENTO DE DIOS

El sufrimiento de Dios plantea muy serias cuestiones doctrinales, por la dificultad de compaginarlo con su infinitud, perfección suma e inmutabilidad. Las respuestas teológicas son muy diversas. Un grupo teológico rechaza cualquier asimilación de Dios con el sufrimiento, primero porque va contra la esencia misma de Dios, que es el único reducto de perfección y bienestar absoluto al que todos aspiramos y luego porque su presencia justificaría una actitud resignada o valorativa del sufrimiento en el mundo, cuando todo sufrimiento debe ser condenado y erradicado. Otro, sin embargo, reafirma con fuerza esa relación directa de Dios con el sufrimiento, partiendo de afirmaciones de la Revelación que así lo sustentan y, sobre todo, para darle el mayor valor posible al sector sufriente de nuestro mundo. No entramos a fondo en esta cuestión doctrinal.

Pero, mirando a Dios desde la Pasión, nos encontramos con la paradoja de que su sufrimiento nos resulta mucho más comprensible que posible y mucho más real que comprensible. Y, mirándolo de los sufrientes de nuestro mundo, tenemos la misma sensación.

Para entender un poco cómo se manifiesta este sufrimiento de Dios, siempre por nosotros y a favor nuestro, en este tercer apartado ofrecemos unas guías que, además de facilitar nuestra comprensión, favorezcan nuestro acercamiento; desde luego ninguna de las refle-

ciones de este libro sirve si no se hace de cerca. Acercaos a El, de eso se trata.

1) ¿Puede querer Dios la Pasión de su Hijo?

*¿Quién ha querido más la Pasión:
Dios o los hombres?*

Los Evangelistas, después de aprenderlo de Jesús, nos recuerdan insistentemente que todo sucede “según las Escrituras”, que son expresión clara de la voluntad y planes de Dios. El mismo Jesús repite que El no hace más que cumplir la voluntad del Padre. Esto señala claramente la implicación del Padre en la Pasión de Jesús, que no es un fenómeno que a Dios le haya pillado de sorpresa obligándole a un giro repentino en el último momento, en todo caso es su previsor. Más aun, de alguna manera El la ha “querido”, al menos en cuanto se incluye en sus planes de salvación para los hombres. Jesús renuncia a su voluntad instintiva contra el sufrimiento para aceptar la voluntad de Dios que se realiza en forma de Pasión.

*** *La más dura decisión de su Ser*

A Dios le corresponde *la iniciativa*. Dos textos destacan esta afirmación en clave de amor: “*El nos amó primero y envió a su Hijo para que expiase nuestros pecados*” (1 Jn 4, 10); “*Aquél que no escatimó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros*” (Rom 8, 32). Se ha hecho notar que una coincidencia tan clara en planteamientos tan distantes como el de Juan y el de Pablo indica una tradición muy original respecto al tema fundamental de que Dios es quien “*entrega*” a su Hijo. Su intervención no consiste solo en un “*permitir*”, o en un “*envío*” o “*regalo*”; no debemos suavizar la dureza de la palabra “*entregó*”, que es mucho más que permitir, Dios “*permite*” la acción de Caifás o Pilato, pero “*quiere*” la salvación de todos y por eso “*entrega*” al Hijo.

Otros textos apoyan esta iniciativa divina, como cuando Pablo nos recuerda que, por la Pasión, Dios opera la reconciliación (2 Cor 5, 18), o

cuando nos recuerda que la Cruz es “*poder y sabiduría de Dios*” (1 Cor 1, 24), es decir, que ese sacrificio es expresión de lo que Dios es porque se está manifestando ahí, o cuando Hechos nos dice que la Iglesia ha sido adquirida por Dios “*por su propia sangre*” (Act 20, 28)

Una decisión así, incomprensible para nosotros, solo se realiza con el corazón sangrando; si no sufriese al tomar esta iniciativa, ya no sería Padre ni Dios. El sufrimiento no se acaba con la decisión original, sino perdura mientras se realiza esa decisión. Dios mismo fue retado públicamente a bajar a su Hijo de la Cruz y no lo hizo, se mantuvo a su lado y en su interior, pero no lo bajó; se deja crucificar también El antes que suprimir impositivamente la Pasión de Jesús, y esa acusación aun la escuchará muchas más veces en otras crucifixiones.

Jesús mismo recuerda que está escrito: “*heriré al pastor y se dispersarán las ovejas*”. Parece claro aquí que el que hiere es Dios y esa herida directa sobre su persona solo se puede tomar cerrando los ojos y dejando sufrir al espíritu. Dios, que crea a su Hijo y al hombre para la vida y la glorificación, se ve forzado a herir a quien más ama. Cuando Jesús habla de ser entregado por Judas (Mt 26, 15. 23-24), deja entrever que el gesto de Judas es de hecho el gesto de Dios que tiene unos designios previos que han de realizarse. Si los motivos de la condena son tan oscuros en los relatos evangélicos es para indicar que Dios mismo es el principal motivo y agente. Todo el relato manifiesta que Dios dirige los hilos, los diversos personajes no hacen más que realizar sus proyectos, es su mano invisible la conduce todos los acontecimientos.

“Ellos no hacen lo que creían hacer; ejecutar a un blasfemo, sino que su víctima se inmola a sí mismo. No actúan según su capricho o, por lo menos, sus caprichos son juguetes de una voluntad que les asigna ese papel extraño que nadie en el evangelio puede cumplir en lugar de ellos. En fin, están como privados de identidad propia; absortos en una generalidad simbólica, designan el conjunto de pecadores, es decir, a la humanidad entera”. (France QUERE)

*** Otras veces lo que le hiere a Dios no es tomar una decisión, sino *dejar de tomarla*. Desde los Salmos hasta ahora continuamente

acuden a El pidiéndole una intervención a favor de unos y muchas veces en contra de otros, que suprima enemigos, que libere cautivos, que impida desastres, que premie claramente a los justos... Peticiones continuas para que intervenga, pero sus manos están también crucificadas, voluntariamente crucificadas, ¿qué podrá hacer así? Su corazón está de acuerdo con esas peticiones, pero tiene que reprimirse porque se ha humanizado con todas las consecuencias, entre ellas de la impotencia, y porque el amor tiene otras manifestaciones, salvando siempre la maravillosa y temible libertad humana.

Es el sufrimiento de la *inacción* y la *impotencia práctica*, exactamente el que padecen los sufrientes el mundo, cuyo dolor está agravado por no poder hacer nada contra él.

“De manera antropomórfica, por supuesto, creemos que basta decir que Dios sufre en la cruz de Jesús y en la de las víctimas de este mundo al ser testigo in-activo y silencioso de ellas. Su no-actuación ante la muerte del Hijo amado es un hecho y, si ese hecho no se interpreta como suma crueldad, entonces, esa in-acción y ese silencio es lo que puede interpretarse como la forma negativa en que la Cruz le afecta al mismo Dios.” (Jon SOBRINO)

Por otra parte, la acusación que le hacemos por “*querer*” la Pasión de su Hijo rebota contra nosotros porque nos acusa de haberla causado y de seguirla causando. Nos acusa de no impedir crucifixiones a nuestro alrededor, de no estar al lado de los que sufren, de no hacer nuestro su sufrimiento. Somos acusados de olvidar que, sin la presencia salvífica de la Cruz, ninguna cruz pasaría de ser más que una insuperable desgracia.

¡No te vayas, Dios nuestro, aunque te acusemos!

2) Dolor que nace del amor

El sufrimiento más agudo nace de una decepción en el amor.

Lo más definitorio de Dios es el amor, *Dios es amor*, un amor que no necesita ponderaciones porque las rebasa todas. Allí donde Dios aparece es siempre por amor. También en la Pasión el amor es el tema más recurrente, nos vuelve a salir a cada nuevo punto de reflexión porque es la fuente que hace posibles las melodías de todos los surtidores que brotan de ella.

Pero donde hay amor hay sufrimiento. “Si Dios fuese incapaz de sufrir sería también incapaz de amar”. Al contrario que los hombres que, en su mayoría, sufren por indigencia y carencia, Dios sufre por sobreabundancia de amor. El que más ama se vuelve más vulnerable lo mismo que el que deja de amar sufre menos porque se vuelve indiferente. Cuando nos introducimos en la dinámica del amor, eso no nos ahorra pasión, pero nos acerca a la fuente de la vida, haciéndonos sufrir para que la vida crezca en nuestro interior y en nuestro entorno. El que se mantiene amando durante el sufrimiento tendrá más vida cuando termine de sufrir.

*** *El choque más doloroso.*

Pero la Biblia nos habla también de *la ira* de Dios cuando los suyos fallan repetidamente y maltratan una y otra vez sus dones (Is 1, 3; Jer 15, 6; Ez 5, 13). Podemos entender el sufrimiento de Dios como *un choque entre la ira y el amor*, dos sentimientos que El ha de coordinar. Su ira no es una reacción incontrolada, como la indignación humana, sino que nace de la integridad absoluta de su personalidad divina afectada por el mal y la vive en su corazón herido por la conducta de los hombres.

Frente a esa *ira* está su *amor* a los mismos que le están airando. El *dolor* es la consecuencia de estos dos sentimientos encontrados. Es como si Dios luchase contra sí mismo; mientras repele el pecado y exige reparación, al mismo tiempo su amor le impide seguir ese sentimiento al que no puede renunciar del todo; lo entenderíamos mejor si se tratase de dioses diferentes, pero es un mismo y único Dios encendido a la vez en ira y en amor. El pecado le enciende en ira reparadora pero el amor le hace rechazar su propia ira, no puede dejar

de amar a los mismos que le ofenden porque le han robado el corazón. Sería todo más fácil si la traición cambiase el amor en odio, entonces todo se reduciría a una ira condenatoria; pero el sufrimiento aumenta cuando, después de la traición, seguimos amando a aquél que nos traiciona.

En la Pasión es donde más se acumulan al mismo tiempo la ira de Dios frente al pecado y el amor que necesita cambiar esa ira en salvación; la Pasión es la superación de la ira de Dios, sin renunciar del todo a ella, cambiándola en victoria salvadora. Dios no puede renunciar del todo a la ira que, en su expresión más noble, aunque siempre dura, se refleja crudamente en la Pasión: ¡ahí está la ira de Dios! Debemos dejar que esa ira nos alcance y nos afecte, que nos haga responsables en nuestros actos; esto es el “temor” en su sentido más positivo, el que Jesús usa hablando de la gehenna. Pero menos aun puede Dios renunciar al amor porque, como Dios de vida, busca siempre la salvación y no una condena de muerte. Su amor será siempre mucho más fuerte que su ira y nosotros hemos nacido de ese amor, no de su ira.

Jesús Crucificado, dice Kitamori (el que mejor explica estas reflexiones) “*transforma este Dios de ira en un Dios de amor*”; solidarizado con nosotros hasta las últimas consecuencias, recibe y sufre la ira divina sabiendo que recae en él por amor. Mirando al Hijo amado herido por la ira, comprendemos el dolor del Padre que no puede separar nunca su corazón de su mano ni su ira de su amor. La “*ira del rigor divino*”, que nace de su poder ofendido, se cambia en “*ira de misericordia*”, que nace de su corazón; en la Cruz la segunda prevalece sobre la primera.

*** Responsables y agradecidos.

Por este cambio que tanto le cuesta y tanto nos favorece, Dios espera dos consecuencias para nosotros: responsabilidad frente al pecado y gratitud al Crucificado.

Responsabilidad por las dolorosísimas consecuencias de nuestro pecado en su amor de Padre y en la marcha de sus planes. Dios se

toma muy en serio el bien y el mal y está decidido a una lucha a muerte contra el mal o, más exactamente, a favor del bien. La lucha de Dios es nuestra lucha.

“La “*ira*” de Dios es algo que puede ser definido como *la voluntad de Dios que se opone al mal*... Esta inflexible resistencia de Dios al mal, su determinación de extirparlo en cualquiera de sus manifestaciones, significa que la condición del hombre como súbdito, esclavo e instrumento del pecado es una situación que solo puede acabar en desastre para él”. (T. W. MANSON)

Responsabilidad también para amar aceptando todas las consecuencias, porque muchas veces es el miedo a esas consecuencias lo que nos impide entregarnos del todo al amor. Por esto decía Santo Tomás que nos convenía más ser liberados por la Pasión de Jesús que por la sola voluntad del Padre, porque así podemos descubrir cuánto ama Dios al hombre. Y lo que decía también meditativamente Guillermo, antiguo abad: “Y todo lo que hizo, todo lo que dijo sobre la tierra, hasta los oprobios, los salivazos y las bofetadas, hasta la cruz y el sepulcro, no fue otra cosa que la palabra que tú nos dirigías por medio de tu Hijo, provocando y suscitando, con tu amor, nuestro amor hacia ti”.

También espera *gratitud*, inmensa gratitud a Jesucristo que nos sustituyó a la hora de sufrir la “ira” de Dios, aun cuando El era “leño verde” y fructífero y nosotros estábamos ya secos, fue nuestro muro de contención y, mucho más, el voluntario que se ofrece al patíbulo para dejarnos libres.

*** Que Dios perdone nuestro lenguaje.

Una vez más sentimos las limitaciones y traiciones de nuestro lenguaje al decir Dios es el sujeto activo que hace sufrir a Jesús, aunque nunca quiere el sufrimiento de nadie y menos el de su Hijo. No podemos imaginar que el ajusticiamiento de otro sea expresión de amor, sin embargo, intuimos que ahí nos manifiesta su mayor amor. No hay manera de entenderlo del todo y menos de expresarlo, pero

este amor salvador es lo primero que captamos. Cuando decimos que “Dios entregó a su Hijo por nosotros” vemos claro que es una entrega por amor, no por maldad, es decir, que nos ama tanto que *corre con los riesgos en enviarle*. No hablamos de rechazo de Dios a Jesús, de ninguna manera, sino que la iniciativa de Dios en la Pasión expresa su presencia amorosa para salvar, no para condenar. Por eso, mientras sentimos la pasión de nuestras torpes palabras, le acompañamos recorriendo una vez más a la poesía, que es nuestra palabra más expresiva en la mayoría de nuestros sentimientos: “Dolor de amor”:

“Me duele el día en sol y luna plena,
en tinieblas y llanto Tú abatido;
y me duele tu olvido y tanto olvido,
y tanta muerte, sin morir de pena.
Me duele la palabra, que no suena
con la voz de tu sangre y tu latido;
y el beso que en tu carne no encendido
ni me quema, ni quema, a boca llena.
Me duele tanto corazón distante,
en soledad de Ti, su compañía.
Mi corazón me duele, el no quemante,
el no abrasado en llama del Amante,
que ni para llama bastaría,
ni es para amarte corazón bastante.” (Sebastián URBANO)

3) Es un dolor por solidaridad

*El que vino por nosotros
se hace como nosotros.*

El amor lleva necesariamente a la solidaridad, a estar con el otro, no solo a su lado sino en su interior, no solo acompañando sino compartiendo, no solo como testigo sino, si fuese posible, como sustituto. Este tipo de solidaridad solo puede ser voluntaria y nacer del amor; ésta es su grandeza pero aquí radica también su sufrimiento. Porque el amor tiende siempre a la identificación con el otro y, conse-

cientemente, con su situación; por eso el solidario con el que sufre se convierte en sufriente.

“No veo por el momento más que un modelo para expresar el sufrimiento de Dios, con eliminación radical de las ideas “enemistad” y “revuelta”, es el modelo de solidaridad o de identificación. ¿Qué sucede cuando se es solidario con otros? Nos identificamos con el otro. Se participa verdaderamente a la vida de la otra persona: a sus ideales, a su revuelta, a sus alegrías, a su pena, a sus desagradados, incluso a sus culpas, a sus pecados. Aunque de un modo diverso, las manifestaciones de la vida del otro se hacen presentes en el que ama...

La identificación por amor salva los dos aspectos (de identidad y de no-identidad): presencia real de la pena, pero de otro modo, es decir, voluntariamente aceptada por amor. En ningún caso el que sufre con otro quiere, por eso, el sufrimiento de este otro ni le infringe voluntariamente la pena. Nosotros podemos sufrir por otros, pero no podemos asumir su dolor en su puesto. Esto es más claro aun cuando se trata del pecado...

Dios sufre por amor. Sin embargo, el amor no quiere el sufrimiento. El amor quiere hacer felices y combate el sufrimiento. Se puede decir que el sufrimiento de Dios consiste en sus relaciones de amor, a condición de que el término “relación” no sea ocasión para infravalorar o negar la dura realidad del dolor en quien conddivide el sufrimiento”. (T.J. BAVEL)

*** *De la encarnación a la cruz.*

La solidaridad sufriente de Dios empieza desde que decide encarnarse en nuestra humanidad y en nuestra historia así como es, es decir, cuando empieza a compartir con nosotros, no “la” vida, sino “nuestra” vida, ésta que llevamos, con sus pequeñas grandezas y sus muchas mezquindades.

Por otra parte, cuando viene, no lo hace en plan de gran restaurador, siempre manteniendo distancias y diferencias, al contrario, acepta ser como nosotros, con lo que El mismo limita su propio poder y tiene que expresarse en formas débiles y sufrientes. ¿Por qué esta

forma de solidaridad? ¿Por qué no escogió otra, a base de ejercer sus poderosas facultades sobre nuestras debilidades? Tal vez habría supuesto una ventaja para nuestras desgracias, pero también una limitación en el amor. De haber venido en plan "Papá Noel", en actitud paternalista o de gestor público que planifica desde su despacho los bienes de otros, esto habría hecho creíble su poder y riqueza, pero no tanto su amor. Para no oscurecer su amor tiene que implicarse con el riesgo de llegar a ser víctima también Él. Aunque lo que más deseamos es tener abundancias y que alguien nos resuelva los problemas que nos sobrepasan, esta solidaridad de Dios es más humana, más de corazón, más vital; al final, cuando se tienen todas las cosas o cuando fallan todas, siempre sobresale el amor, y es la limosna que todos hambreamos. De todas maneras, son preguntas sin clara respuesta.

Por eso su solidaridad, tan radical y amorosa, compromete la nuestra.

"En esto no hay ni sublimación ni justificación del sufrimiento. A lo que Dios anima es a la encarnación real en la historia, pues solo así la historia será salvada, *aunque* eso lleve a la cruz. El *Dios crucificado* no es, entonces, más que otra expresión, provocativa y chocante, equivalente a la del *Dios solidario*... Si desde el principio del evangelio Dios aparece en Jesús como un Dios *con* nosotros, a lo largo de él se va mostrando como un Dios *para* nosotros, en la Cruz aparece como un Dios *a merced de nosotros* y, sobre todo, como un Dios *como* nosotros." (Jon SOBRINO)

4) El esfuerzo liberador

*De víctima a liberador.
Padece contra el sufrimiento.*

En la Pasión Dios parece que se ha vuelto mudo y que está inactivo como si, sorprendido por los acontecimientos, se hubiese refugiado en la ausencia esperando que todo pase. Pero no es así, nunca Dios es un ausente ni inactivo y menos en la Pasión. Una reflexión acerta-

da sobre el sufrimiento de Dios no debe derivar nunca hacia el resignacionismo o a fomentar la capacidad de aguante, como si Dios se complaciera en el sufrimiento y en medir los heroísmos por aguantes; es una de las perniciosas tergiversaciones que podemos hacer de la Pasión. Dios, víctima y sufriente en la Pasión, es un luchador contra todo lo que produce esas situaciones; no lucha contra las manifestaciones externas del sufrimiento sino contra sus causas y motivaciones profundas, y ahí quiere eliminarlas.

Dios es, ante todo, *nuestro liberador* pero con una liberación que no consiste simplemente en abrir las puertas y que salga el preso, sino que es mucho más radical porque supone romper muchas barreras: el pecado, la muerte, el asesinato, actitudes religiosas manipuladas...

Recorremos ahora algunas de las verjas mortales que nos aprisionan y que Dios, a través de Jesús, ha de reconquistar para liberarnos.

*** *La barrera de la muerte*

El máximo riesgo del hombre es que la muerte le devore destruyéndole, reduciéndole a la nada o a un estado de condenación, porque el poder de la muerte alcanza mucho más allá del cuerpo. Esta es la última barrera que separa a Dios del hombre y Dios tiene que eliminarla.

No nos libera de la muerte sino *del poder de la muerte*; no dispensa de la muerte evitándola sino haciendo que no se sea definitiva. Evitando la muerte de su Hijo le habría convertido en privilegiado y forastero entre los mortales, porque en la muerte es donde se hace más humano, sin muerte se habría alejado de los hombres. Para que la muerte no sea el último paso en la vida de su Hijo, Dios Padre le da una vida resucitada aun más real que la muerte. Haciéndose presente en el interior de esa muerte, su fuerza divina inmortal hace de ella un tránsito y una transformación. El Dios de la Pasión acompaña a los hombres en su muerte y les hace superarla, pero después de sufrirla. Su presencia convierte la sepultura en sementera, pues de allí brota la resurrección.

*"Pero Él la superó bajo el aspecto de su relación con el pecado.
Es decir, que Jesús ha proporcionado a los hombres una nueva*

experiencia de la muerte. En cierto modo, con El quedó transformada la ontología de la muerte. Por Jesús el hombre puede morir en Dios, si con fe, esperanza y caridad se entrega a El como el Crucificado. En ese morir, el hombre madura para la vida plena y definitiva, para la vida de resurrección". (M. SCHMAUS)

*** *La barrera del pecado*

Es el obstáculo que más directamente le afecta a Dios. En términos de sufrimiento, es el cuchillo más hiriente para El, y por eso está tan empeñado en liberarnos de sus heridas. El pecado es muy amplio, puede ser brutal o sutil, se expresa como injusticia o en formas íntimas; pero la expresión más terrible del pecado es la muerte de su Hijo, sobre todo por las causas que la motivan.

En la Pasión Dios se siente, sobre todo, *víctima del pecado* en todas sus dimensiones, también del pecado interior, el que engendra todos los pecados externos. Hay muchas víctimas externas pero hay más esclavos interiores, a los que resulta más difícil de liberar porque, frente a la esclavitud social se organiza un movimiento reivindicativo pero, frente al pecado interior, ¿qué se puede hacer?

La respuesta de Dios al pecado no es el castigo ni, mucho menos, la venganza, aunque se revista de justicia, sino el perdón, la redención, la regeneración, *la reconciliación*. En el pecado que, por definición es su ausencia, El se hace presente en actitud perdonadora, por eso su presencia en la Cruz mueve fácilmente a la conversión y los mejores arrepentimientos se producen ante el Crucificado, solo con mirarle.

El hombre moderno difícilmente siente la culpa del pecado porque difícilmente ve la falta en relación con Dios; reconoce lo que funciona mal, pero achaca la culpabilidad a otros, a las estructuras, a la sociedad; más aun, considera el sentimiento pecaminoso como un tabú, cree que el remordimiento es un sentimiento inauténtico, como un signo enfermizo de debilidad; se siente más víctima que culpable; cuando rechaza la culpa sin conocerla corre el peligro de caer aun más bajo, porque ese sentimiento le repliega sobre sí mismo para huir su realidad o para desviarla hacia otros, con lo que nunca la supera.

Solo la supera cuando descubre que es amado a pesar de su culpa, y siente que la Cruz demuestra al hombre

“que es aceptado por Dios en su existencia culpable. El mensaje de la salvación no debe primeramente demostrar al hombre su culpa, sino que debe darle ánimo para creer en el amor de Dios, que trasciende sobre la culpa”. (Anselm GRÜN)

*** *La barrera de lo que y los que causan la muerte*

El Hijo no muere de muerte natural, al final de una larga e intensísima madurez, sino de una muerte *provocada*, causada por una serie de circunstancias mortales directamente queridas por los hombres. Esta terrible situación continúa y Dios también continúa luchando contra ella. Es como una barrera hasta ahora insuperable, pero Dios va logrando victorias progresivas, desde el campo político-social hasta el campo pastoral y el meramente espiritual que se ofrece en ofrenda para superar el pecado del mundo.

Esta lucha Dios la realiza de forma práctica. Cuando su pueblo estaba oprimido, interviene a su favor liberándole de la situación de esclavitud y conduciéndole a una tierra de libertad y abundancia. La salida de Egipto implica una inseguridad, como la del niño al nacer, pero al mismo tiempo abre al pueblo unas perspectivas de libertad y solidaridad como nunca había tenido. Luego le concede reyes que son como sus vicarios para impartir la justicia especialmente a los pobres y a los explotados, que están más necesitados de ella. Los profetas denuncian de continuo situaciones de injusticia y anuncian los bienes del Reino. Dios está empeñado en liberar a su pueblo de las barreras de muerte que le rodean.

Para algunos teólogos hablar del sufrimiento de Dios era agravar el problema del sufrimiento más que solucionarlo, pues quedaría justificado y sobrenaturalizado si Dios mismo lo asume en su Ser. Pero lo que Dios hace es implicarse precisamente para superarlo desde dentro; no se contenta con esperar a los que ya han pasado por la prueba para darles la merecida recompensa, sino que encarna en la realidad sufriente para impulsar la superación y supresión de ese

sufrimiento. Solo esta lectura es la que corresponde a la realidad de Dios que conocemos en Jesucristo.

Por eso, con su presencia encarnada e implicada, Dios da una eficacia especial al sufrimiento de los vencidos, los humillados, los amenazados por muerte prematura, los que ya llevan esa muerte mucho más cercana desde que nacen, los que no pueden salir de esta situación; toma ese mal causado, "el mal que no es bien para nada, que es una iniquidad y maldad", y los transforma de "memoria passionis" en "memoria resurrectionis". Dios cuenta con el sufrimiento de los débiles y de los que están a su lado, tiene una sensibilidad especial para ellos y hace eficaz su situación vencida. A los oídos de Dios llega un continuo clamor de víctimas crucificadas por situaciones de la más diversa injusticia, aunque algunos ya ni gritan, tan aturdidos están que su situación les parece normal.

Dios se rebela contra esas situaciones, aunque no extiende su brazo poderoso para impedir las a la fuerza, porque tendría que aniquilar al mismo tiempo valores tan esenciales como la libertad humana; pero, al compartir su situación de cruz, hace que ellos compartan su situación de vida y así les libera, además pone en su lucha gérmenes liberadores propios. El Dios de la Pasión resalta el poder de las víctimas cuando rompen su resignación pasiva para luchar por su verdadero destino y les convierte en plataforma de un esfuerzo humano y humanizador.

* *La barrera de las actitudes religiosas manipuladas.*

Porque frecuentemente Dios ha sido manipulado para crear una actitud pasiva y conformista frente al sufrimiento, al que se concede un especial valor religioso en sí mismo, prometiendo recompensas divinas por los padecimientos soportados, algo por lo demás verdadero. En la Pasión Dios, aunque aguanta al máximo, también llega al máximo en su lucha contra el mal, tanto contra el mal interior al hombre como contra el mal social. El no es víctima sin más sino víctima superadora de ese mal. En la lucha entre el bien y el mal quien al fin permanece vivo es El, el Dios de la vida y ninguna forma

de muerte podrá nunca contra esa vida. La fuerza redentora que El pone en la Cruz nos indica claramente que no podemos quedarnos en conformismos ni resignaciones sino que somos llamados a la lucha contra el mal incluso mientras lo sufrimos.

De acuerdo con esto, Dios pone en la Cruz una fuente de energía para esa difícil e interminable lucha contra el pecado en cualquiera de sus manifestaciones; y esta energía exige de nuestra parte unas formas religiosas que lleven a compromisos prácticos para la construcción del Reino. No es auténtica ninguna forma religiosa que pueda ser manipulada para apoyar ciertas posiciones contra los hombres, como no es auténtico el Dios del culto contra el Dios de la caridad. Pero es seguro que estas desviaciones no se cometerán en los que meditan con frecuencia en el Dios de la Pasión, tan comprometido en la salvación de los hombres que deja que los problemas humanos afecten incluso a su divinidad.

* *La barrera de los miedos fundamentales.*

Porque el hombre, antes de cualquier problema externo, está afectado, según la psicología profunda, por tres grandes miedos fundamentales: miedo a *la destrucción* (el aniquilamiento y la muerte), miedo a *la falta de sentido* (el absurdo, el sinsentido de la vida) y miedo a *la desesperación* (a la soledad y al abandono).

La *muerte* es el resumen de estos miedos fundamentales, que atan tantas vidas humanas; de los temores superficiales nos podemos liberar con facilidad pero nos resulta imposible echar fuera estos miedos que afectan el destino mismo de nuestras vidas. El hombre occidental, sobre todo, más que herido por males sociales, está herido por estos miedos internos, inscritos en sus propios cromosomas y frente a los que le sirven ni su situación económica ni las libertades democráticas.

Pues bien, el Dios de la cruz nos libera precisamente de estos miedos porque

"ha aceptado en sí la negación de la muerte, del sinsentido y del abandono. El nos sale al paso por todas partes, en situaciones de

extrema ausencia de Dios y en el abandono de la existencia.

El Dios de la cruz es un Dios ante el cual el hombre puede ser realmente hombre, ante el cual no necesita reprimir sus experiencias de oscuridad y contrasentido, sin integrarlas en sí." (Anselm GRÜN)

Estas son algunas de las barreras de las que Dios nos libera aunque ese empeño liberador le cuesta la dura experiencia de la Pasión, en la que aprendemos el inmenso don de ser libres para vivir el bien. Se lo agradecemos de corazón, pero nuestra reflexión sobre el sufrimiento de Dios y sus riquezas quedaría incompleto sin un último punto, en el que fructifican todos los anteriores.

5) Dios glorificado en la Pasión

*No desde la Cruz a la gloria,
sino la gloria en la Cruz.*

La Pasión no es solo un proceso de sufrimiento sino de gloria, es decir, de vida, tanto para Dios como para Jesús y nosotros. El sufrimiento de Dios le glorifica, le engrandece y ennoblece a nuestros ojos. Antes de empezar la Pasión Jesús le dice al Padre: "¡Padre, glorifica tu nombre!", a lo que el Padre responde: "¡Lo he glorificado y volveré a glorificarlo!" (Jn 12, 28). Esta proclamación se hace en los días inmediatamente anteriores a la Pasión, aparentemente los más inadecuados, lo que significa que Jesús entiende la Pasión (la "hora") en relación con la gloria de Dios, lo que sucede de diversas maneras.

**** Primeramente porque ahí se nos da a conocer
mejor que en ningún otro momento.*

"Su gloria es El mismo, su esencia eterna e inmutable, su luz, su esplendor, su bondad, amor, poder y gloria eternos. La Sagrada Escritura, preferentemente, llama gloria a la esencia divina en cuan-

to se manifiesta a nosotros, es decir, en cuanto se nos comunica y se nos da". (Odo CASEL)

Efectivamente, ya lo hemos reflexionado, en la Cruz se da la máxima revelación de Dios y su expresión más completa y auténtica, en ella encontramos al verdadero Dios tal como El ha querido manifestarnos su amor y cercanía, en contraste con las deformantes imágenes simbolizadas en el pecado de la crucifixión. Por fin se ha rasgado el velo del Templo y de todos los "templos" que lo ocultaban y podemos disponer de su verdadera imagen, elaborada por El mismo aunque con las torpes y criminales manos de los hombres, y esto hace que la imagen sea la más real aunque sus rasgos resulten poco atractivos.

**** Además ahí manifiesta su verdadera sabiduría*, porque todo ha sucedido "para la gloria del Padre" (Fil 2, 11). Cuando Pablo llega a Corinto para manifestar al verdadero Dios, no lo hace "con ostentación de elocuencia o de saber" sino mediante "Jesús Crucificado" (I Cor 2, 1-2), porque ésta es la verdadera "sabiduría y poder de Dios" (I Cor 1, 24).

La sabiduría consiste sobre todo en que del mayor mal ha logrado sacar el mayor bien. Porque la Cruz, que oscurece a Dios, termina revelándole; el pecado, que destruye al hombre, termina salvándole; el Hermano asesinado salva a los asesinos. Y la muerte provocada por odios revela el amor del Padre. Por una parte queda claro nuestro pecado y la seriedad con que hemos de afrontar la conversión y, por otra, se resalta la salvación generosa y gratuita que Dios nos concede. ¿Se podía haber sacado mayor bien de semejante desgracia?

Logra incluso alcanzar a todos los hombres mucho más que por ningún otro camino, para lo cual se ha rebajado hasta situarse en el único terreno donde caben todos, el del sufrimiento, y ahí ha abierto su corazón sangrando de amor para que por la corriente de su sangre entremos en el templo de su gloria bienaventurada.

**** En cierto sentido la Pasión "completa" a Dios y al hombre*, quien tiene en grado infinito todo lo positivo que nosotros tenemos en pequeñas dosis, pero le faltaba tener lo negativo, "el mal", el sufri-

miento, el ser victima, todo esto que constituye una parte esencial del hombre, mientras no tuviese esto no podia ser un Dios humano. En la Pasion adquiere esta realidad humana, y en este sentido se hace "mas Dios", mas total, mas completo porque ahora ya no le falta nada, le faltaba ser completo por abajo y lo adquiere. Aunque nuestro lenguaje es aqui mas deficiente que nunca, expresa una realidad de Dios gozosa para nosotros.

Lo mismo sigue sucediendo con muchos hombres que adquieren su mayor grandeza el dia que el sufrimiento les limita.

Porque "la gloria de Dios es que el hombre viva", como se dice desde los tiempos de los Padres, si Dios se rebaja y esconde en la Cruz y hasta se deja "matar", es para dar vida al hombre, para que adquiera madurez aunque sea a costa de atentar contra El. La obsesion de la vida para el hombre llena todo el proceso de las relaciones humano divinas, en el que la Cruz marca el punto culminante que no consiste en que Dios recoja al hombre al final del naufragio, sino en que le enseña y hace posible navegar por sus propios medios avanzando siempre hacia el sol.

"Solo Jesucristo. Dios y hombre, en la suprema falta de logica de su pasion y muerte, puede decir al hombre quien es de verdad, a donde tienden sus aspiraciones, cual es el sentido integral de la vida y de la historia. cual es el camino de la liberacion total mediante la esperanza divina de la resurreccion".

(Cardenal Ugo POLETTI)

*** *La gloria de Dios esta sobre todo en lograr que la vida salga de la muerte, no simplemente después.* Es precisamente en la fuerza de la muerte de Jesus donde se realiza y se transmite la vida eterna, la vida salvada, la vida completa. La de Jesus es una muerte que engendra vida, por eso es una muerte activa y generadora de esperanza.

"En el subtitulo (la cruz y la gloria) hay una grave tautologia. La cruz es la gloria. La gloria es la cruz. Jesus no sufrio el viernes y -después- fue glorificado el domingo. la gloria de Jesus estaba ya

en las entretelas de su cruz. Y, en definitiva, ¿que otra cosa quiere decir toda esa ultima parte (de su vida) sino que la verdadera gloria de todo hombre esta en la asociacion a esa cruz? El viernes y el domingo se juntan. Son un unico dia. Hasta que el hombre no entienda eso, tiene incompleta su alma" (J. L. MARTIN DE SCALZO)

El Dios de la vida queda clarificado y glorificado tambien en todas nuestras muertes cuando, como la de Jesus, suceden como un servicio a los demas, porque el Dios de la Cruz es siempre un Dios al servicio de la vida.

Por eso Juan hace coincidir en la Cruz la muerte y la elevacion, el levantado en alto es el que por fin atrae hacia si con toda su fuerza humano divina. Por fin parece que Dios logra su objetivo, despues de estar del todo oculto, negado e incluso renegado por su conducta en la Cruz.

Efectivamente hay algo de "escandaloso" e incomprensible en este Dios que encuentra su "gloria" por estos caminos crucificados, y no podemos suprimir este escandalo que golpea nuestras reflexiones sobre la Pasion, porque, cuando lo aceptamos, encontramos un Dios mucho mas cercano y transformador de todo. Un Dios "mas Dios" y que llena mas nuestras vidas.

Estas son algunas torpes expresiones para comprender algo el SUFRIMIENTO DE DIOS y al DIOS DE LA PASION y para descubrir un poco mas su inmensa riqueza y su fuerza liberadora para nosotros, despues de escribirlas nos damos cuenta de nuevo de su torpeza, nos ayudan solo si estamos dispuestos a que nos ayuden, una de nuestras cruces es no poder expresar mejor como es este maravilloso Dios de la Cruz, tan humano y tan sublime, siempre empujando al hombre hacia arriba. En realidad la mejor manera de entender el dolor de Dios es detenemos ante un crucifijo y contemplar, porque cada herida y cada halito del moribundo nos remite a Dios que sufre en el interior del Crucificado suscitando alli mismo una vida nueva.

En el terreno especulativo son muchas las criticas que se pueden hacer al sufrimiento de Dios. es dificil imaginar a "Dios contra Dios", al Padre en conflicto con el Hijo, a lo imperfecto del sufrimiento con

la infinita perfección de Dios... Pero lo importante de estas teorías y reflexiones es que nos dejen claras dos conclusiones; la primera, *que nuestro Dios no es "apático"*, con lo que nos invita a sumarnos a su misma lucha contra el sufrimiento del mundo; y segunda, *que la vida mana abundante de la Cruz.*

Para concluir la primera parte de esta trilogía de la Pasión, sobreimpresionamos ahora en ese maravilloso tapiz un daguerrotipo del rostro de Dios y un Credo de nuestra fe en ese Dios tal como nos lo comunica la Pasión.

El rostro del Dios de la Pasión

A lo largo de la historia de la revelación, Dios fue manifestando diversos rasgos de su rostro, completados luego por la fe popular que los engrandece y embellece. El resultado más frecuente es un rostro bastante desfigurado, con expresión hierática y grandiosa, saturado de adornos, que produce sensación de distancia y opacamiento en los hombres. El mismo Dios se empeñó muchas veces en corregir estas deformaciones de su rostro porque nunca parece satisfecho del rostro que le dan los creyentes de las diversas religiones, ni siquiera los de su pueblo.

Por fin en la Pasión, al mirarse en el espejo de Jesús, reconoce su verdadero rostro y nos ayuda a que lo descubramos también nosotros.

Es el rostro único y total, el verdadero rostro del verdadero Dios, en el que distinguimos como tres caras o reflejos: *la que mira a Jesús, la que nos mira a nosotros y la suya propia.*

*** *Su expresión cristológica*

. Es un rostro *paternal*; se han difuminado los poderosos rasgos de su potencia creadora, ha desaparecido el Dios de los ejércitos y todo el rostro queda inundado por una expresión paternal. Mantiene la expresión estremecida de oírle decir a su Hijo: "Abba, aparta de mí este cáliz", se le nota aun conmovido por esa petición; se le ha queda-

do para siempre la expresión de ternura de sentirse llamado "Abba" en esa hora tan desolada; la respuesta que dé a esta petición estará condicionada por las circunstancias pero siempre será llena de amor. Rostro de Padre enamorado de su Hijo.

. Es un rostro que *se identifica con el de Jesús, tanto se parecen*; la misma tristeza ante el mal y la misma paz profunda, la misma forma de mirar y de comunicarse; un rostro que lleva con dignidad las afrentas y con humildad la corona; rostro humano y divino a la vez; a lo largo de la Pasión los dos rostros se identifican tanto que un mismo Espíritu anima su mirada, sus palabras y sus expresiones. Mirando el rostro de Jesús acertamos con el verdadero rostro de Dios.

. Es un rostro donde *la vida desborda*; hay en él huellas de heridas pro ninguna puede opacar su vitalidad profunda; la muerte le ha tocado de cerca pero la resurrección le brota por los poros en su afán de comunicarse; en este rostro se insinúa la transparencia de la resurrección; se le siguen viendo las cicatrices pero con toda la hermosura de la vida; en Jesús herido de muerte por los hombres El se manifiesta como Dios de la vida.

. Es un rostro *satisfecho* de la imagen que ha logrado en Jesús con la que se confunde; así es en realidad, sin maquillajes, sin desfiguraciones, sin interpretaciones. Despierto para el enamoramiento y la convivencia.

* *Su expresión humana*

. Es un *rostro humano*. Tan humano que a veces cuesta creer que es el de Dios. Los hombres nunca quisieron a Dios con rostro humano, lo querían distinto y distante. Al fin Dios ha adquirido un rostro verdaderamente humano en la Pasión.

. Es un rostro *en el que se reflejan todas las situaciones humanas*, igual las alegres que las penosas, pero destacan algo más los rasgos pobres y sufrientes; tiene las arrugas del trabajador y las carnes enjutas de quien nunca tuvo abundancias; se diría que vive en el campo o en la periferia de la ciudad; está acostumbrado al esfuerzo y a los golpes, pero se le adivinan en el fondo expresiones de una nobleza

superior, resalta sobre todo la viveza de sus ojos y del conjunto del rostro, es un rostro vivo, no cansado de la vida. Es un hombre, resalta su *ser* mucho más que sus posesiones.

. Rostro *satisfecho* porque, al aceptar para sí la vida humana, también comparte con los hombres la vida divina, ha logrado que los rasgos humanos no oculten sino que resalten los divinos. No tiene la expresión penosa de quien ha bajado de categoría sino la expresión gozosa de quien está logrando que todos suban.

Se le nota también el gozo sin disimulos de ser Padre de muchos hijos, con una familia numerosísima que proclama su fecundidad; rostro inquieto e ilusionado por la *fraternidad* progresiva que nunca logra del todo, pero en la que cada vez reconoce más rasgos suyos, cada vez que dos de ellos son más hermanos, su propio rostro recibe una nueva luz.

* *Su expresión divina*

La Pasión *no ha rebajado sus rasgos divinos, sino que los resalta*, también El ha sido purificado de añadiduras falsas y ha quedado en su propio ser, ahora tiene el rostro que le corresponde, el indescriptible pero inconfundible, el inefable. Parece mentira que algo tan humano como la Pasión resulte tan divino en ese rostro. La resurrección ha completado esa figura y todos podrán mirarle cara a cara y reconocerán que es Dios.

Tiene *una expresión trascendente, sublime e infinita*, pero no distante, solo El tiene esa expresión gloriosa del todo espontánea y natural, le corresponde por esencia, pero además la ha conquistado.

Así es el rostro del Dios de la Pasión. Imposible confundirle con ningún ídolo. Sus tres expresiones infunden confianza y nos invitan a adorarlo.

Creo en el Dios de la Pasión

Nuestras reflexiones sobre Dios en la Pasión terminan en fe, porque su rostro llama a la conversión, a creer en El tal como es y se

presenta, a seguirle ahí y así. No pretendemos un culto estudio teológico sino mejorar nuestra visión para aumentar nuestra fe y nuestro compromiso cristiano. Por eso cerramos este capítulo con una expresión de fe, pero una fe adulta.

“Para nosotros la opción está entre dar testimonio de Aquel a quien Cristo muriente llama su Padre o pretender ser los señores de nuestro propio destino rechazando como sea a un Dios pretendidamente derrotado. Para decirlo con más aspereza, estamos tratando con un mundo que vive, muy a fondo, en rebeldía contra el Dios Crucificado” (ERNST KASEMANN)

Creo que Dios no ha sido un mero espectador en la Pasión sino que ha participado directamente en ella, creo que El tomó una iniciativa que terminó en la tragedia del Calvario.

Creo que, como Padre universal, se encontró con la disyuntiva de condenar a uno o condenar a todos y, al final, encontró el camino de salvar a todos mediante la condenación de uno, a quien luego resucita, su sabiduría funciona durante la Pasión y se manifiesta en la Resurrección.

Creo que, como Padre, sufre en su Espíritu lo que el Hijo sufre en su cuerpo y su psicología, ninguno de sus sufrimientos le pasó de lado, todos los asumió en su propio ser y los padeció en sus entrañas divinas, su sufrimiento alcanzó las dimensiones inconmensurables e infinitas de su propio ser. Cuando veo las heridas de Jesús veo a Dios padecer.

Creo que Dios no renuncia a su voluntad salvadora por sentimentalismos de Padre, acepta sufrir con el sufrimiento del Hijo para que la salvación llegue a todos; nunca el dolor oscureció su voluntad ni cambió su determinación. Le ayudó a soportar el sufrimiento el conocer su sentido y el convertirlo en instrumento de su voluntad salvadora.

Creo que El, con mano oculta, dirigió todos los pasos de la Pasión, manejó a los diversos personajes sin forzarles la libertad e hizo que todo convergiera hacia el cumplimiento de su voluntad; hasta los enemigos y torturadores terminaron siendo agentes de su amor salva-

dor. Me enseña a convertir el mal en bien, lo negativo en positivo, el fracaso en triunfo, el dolor en redención.

Creo que fue sobre todo la actitud oblativa y martirial de Jesús la que hizo cambiar su ira divina por el pecado en misericordia y amor perdonador; El mismo habría encontrado difícil ese cambio sin la llamada conmovedora que le llegaba del Hijo amado y entregado. La contemplación de Jesús transforma el corazón y es capaz de cambiar nuestro corazón de piedra en corazón de carne y de transformar el egoísmo en amor, el yo en tú.

Creo que la Cruz, locura escandalosa e incomprensible, la cambia Dios en sabiduría, pues solo El puede lograr que el martirio de uno sea salvación para todos; en la Cruz hay dimensiones insospechadas e inmensas que solo la sabiduría divina puede encontrar y producir en ella.

Creo que Dios, al encarnarse en Jesús, alcanzó lo único que le faltaba, el sufrimiento, y así se hizo igual al hombre en todo menos en el pecado y, aun en esto, sintiéndolo más que nadie; en la Pasión es donde Dios está más cerca del hombre y en la Resurrección es donde el hombre está más cerca de Dios.

Creo que el Dios de la Cruz es mucho más humano, se deja afectar por el pecado y el crimen con tal de que el hombre aprenda a usar su libertad. Pagó un fuertísimo precio para que el hombre no le viese lejano.

Creo que la presencia comprometida de Dios hace que la fuerza salvadora de Dios sea superior a la fuerza comprometedora del pecado porque, donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia; El siempre es vida abundante capaz de fecundar las tierras resacas.

Creo que el Dios de la Pasión habla de sí mismo mejor que los profetas y los milagros, nadie se equivoca acercándose sinceramente al Dios que se acerca en la Pasión, porque la Cruz es su mejor revelación y es ahí donde El ha dicho su última palabra sobre sí mismo.

Creo que este Dios que ha padecido cambiará progresivamente la ley del más fuerte por la ley del amor y de la vida; el amor a la larga

es más fuerte que el odio y la vida más poderosa que la muerte; su presencia da una eficacia especial a toda lucha que nace del amor.

Creo que el Dios crucificado es Padre de todos pero especialmente de los pobres y de los que sufren, que son sus preferidos, los llamados en primer término a su banquete; su paternidad consiste en primer término en liberarles de su pobreza mediante una lucha solidaria y luego en ofrecerles su bienaventuranza eterna.

Creo que este Dios no puede ser manipulado por posturas meramente espirituales o meramente sociales, nos compromete en un esfuerzo de transformación que arranca de dentro para llegar a las formas de vida social; es fuerza crítica y transformadora de nuestras vidas; es exactamente el Dios que los hombres necesitamos. Creo que este Dios "menor", débil con la debilidad de todos los débiles y sufrientes, es realmente el Dios "mayor" de la Vida, el que siempre está a favor de la vida del hombre.

¡Dios sufriente y resucitador, creo en Ti!

II

LA PASIÓN DE CRISTO

La Pasión de Jesús de Nazaret duró menos de veinticuatro horas, desde el atardecer del siete de abril del año treinta hasta la media tarde del día siguiente. Pero su Pasión como misterio de redención abarca toda su vida y, desde ella, toda la historia.

Esta largura interminable hace que no podamos sentirnos fuera de ella ni huirla ni hacerla desaparecer, solo lograríamos perderla de vista por una mala visión y en perjuicio nuestro, y nos reclama a mirarla como el mástil más firme de toda la historia de la vida.

Ni Jesús ni la historia han quedado nunca vacíos de la Pasión. Por eso tampoco nunca han quedado vacíos de vida.

Nosotros nos situamos ante ella, no como analistas ni espectadores, sino como agentes y sintonizadores, porque entre su Pasión y la nuestra hay una relación irrompible de causas, intenciones, sufrimientos y resurrección; es una Pasión conjunta en la que normalmente Él aporta la parte redentora y nosotros la ejecutora, aunque también hay intercambio de papeles.

Desde lo histórico, reflexionamos tres dimensiones temporales de su Pasión en forma de tríptico:

- * la Pasión antes de la Pasión*
- * la Pasión en las horas de la Pasión*
- * la Pasión después de la Pasión.*

Cada punto lo completaremos con un diálogo entre Jesús y el creyente actual enfrentado a ese tema.

I.- LA PASIÓN ANTES DE LA PASIÓN

Esa flor roja e intensísima de la Pasión fue primero semilla plantada amorosamente por el Padre y cultivada después por Jesús; su perfume y fecundidad maduraron largamente y por eso son tan ricos y duraderos. Vamos a recorrer sus principales pasos.

1) La Pasión EN LA ENCARNACIÓN

*"El, a pesar de su condición divina,
no se aferró a su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo.
Presentándose como simple hombre,
se bajó, obedeciendo hasta la muerte
y muerte en cruz" (Fil 2, 6-8)*

Jesús empezó ofreciendo bienaventuranza porque venía a realizar el Reino de Dios, sin embargo, la cruz se hace cada vez más presente e inevitable en su futuro. ¿Es un destino maldito? ¿Un error de las circunstancias? ¿Una contradicción absurda?

Todo empezó cuando se encarnó en la creación y en la humanidad y se quedó aquí, apuntando siempre hacia arriba y con los brazos extendidos pero sin poder volar, como los palos de la cruz; y es que la

realidad creada lleva en sus entrañas la pasión, pero no como una maldición, sino como un esfuerzo por generar de continuo una vida nueva.

Al entrar en la creación, Jesús se introduce en esa dinámica de muerte y vida que hace avanzar el mundo; no habría sido buena creatura sin aceptar en sí mismo esa ley universal; todo en El, todo El tiene que morir para poder pervivir y, sobre todo, para multiplicar su vida en otros.

El árbol de la Cruz nace de las semillas y humus de otros árboles que murieron, el árbol de la vida asume el gigantesco esfuerzo de la creación que lo espera con dolores de parto para alumbrar unos cielos nuevos y una tierra nueva.

El día que se hace hombre empieza su Pasión histórica

*** Encarnándose en *la naturaleza humana real*, no en una naturaleza idílica ni angélica, empezó con un *anonadamiento* o "*kénosis*" "*se bajó*", invirtiendo el orden natural que va de menos a más, para ir de más a menos, con lo que su humanización tiene mucho más de redentora que de gloriosa. Tal es nuestra condición humana que bajar de Dios a hombre es como llegar a la nada; no es un simple descender de categoría ni caer de golpe unos metros de la altura infinita, sino caer del todo y estrellarse aunque siguiendo vivo. Se ha dicho que es más asombrosa su encarnación que su muerte, porque de Dios a hombre hay más distancia que de la vida a la muerte.

El hombre sufre contradicción radical entre lo que es y lo que debería ser, entre sus posibilidades y sus realidades concretas, entre sus pretensiones y sus logros, de aquí su radical insatisfacción porque nunca será lo que sueña ni siquiera todo lo que puede ser en su limitación, la suya no es solo una humanidad accidental sino radicalmente impotente, tanto que ha sido considerado como una "pasión inútil". Esta es la contradicción que Jesús empieza a sufrir, lo primero para El no es la gloria sino esta "cruz consustancial" al ser humano, puesto que no vino a la luz sino a las tinieblas.

La Cruz de Cristo nos descubre el sentido del sinsentido de la vida, puesto que la pasión no es más que el esfuerzo por regenerarse y crecer. Ahora no todo es explicable pero todo tiene un sentido; el

ser humano sacará de su propio pozo, sementado por la encarnación de Jesús, los genes de una nueva humanidad. El viacrucis del ser humano no es solo el dolor de las caídas sino mucho más el esfuerzo y posibilidad de avanzar.

El hombre nace en "pecado original", es decir, es introducido en una naturaleza que de origen está trastornada, invertida, herida de tendencias malsanas; pero, a partir de la Cruz, se introduce también una naturaleza redimida y abierta al infinito. El pecado de origen no queda suprimido —la fiera continúa reclamando víctimas—, pero sí superado por la redención. La pasión del ser humano usa los palos de la cruz para pinchar y clavarse hacia abajo, la Pasión de Jesús lanza el palo vertical hacia arriba, lo abre a lo trascendente y ensancha el palo horizontal hacia todos en un abrazo.

Porque se encarnó y disminuyó así, Dios lo *asciende, lo eleva y le concede "el título que sobrepasa todo título"* (Fil 2, 9).

*** Encarnado además en *la historia*, la complicada historia de los hombres, llena de cruces y de crucificados, donde luchan entre sí por los mismos pastos y no se resignan a un reparto de acuerdo con las necesidades universales sino que pelean por acumulaciones aun a costa de vidas ajenas, ninguna época de la historia se ha visto libre de guerras humanas, la paz del miedo se ha desarrollado más que la del amor, le evolución lograda ha sido con muchos retrocesos y estancamientos, dejando demasiados cadáveres en el camino.

En esta historia se encarna Jesús, aceptando sus tensiones, violencias y pecados, no viene a una historia ya transformada sino herida en su médula y en sus nervios, que no avanza tanto sumando esfuerzos sino a pesar de muchos esfuerzos en contra. No viene a inspeccionar ni a contemplar la historia sino a formar parte de ella, sabiendo que los golpes le alcanzarán y que el pecado no pasará simplemente a su lado sino que le tocará el corazón y lo tendrá que sufrir como propio.

Desde entonces la historia, "grávida de Cristo", empieza a regenerarse por el amor. Encarnado en la realidad y en el proyecto humano, comparte nuestro campamento y nuestras caravanas, tanto si van a la tierra de promisión como al destierro, participa nuestra dinámica de lucha y superación, nuestro ir sufriendo y subiendo. Así es nuestro

camino, así es el suyo. Camino de ida y vuelta, por donde El vino nosotros podemos subir.

*** Encarnado, sobre todo, *en la parte débil* de la humanidad; geográfica y sociológicamente no se sitúa en una parte prestigiosa, sino en un pueblo dominado, en una región empobrecida, en un “reverso de la historia”, en su cara oculta, tanto que nadie lo descubrirá durante treinta años. Y esto no es algo accidental, sino escogido como parte de su encarnación, puesto que sabe que no es lo mismo un lugar que otro y que el lugar condiciona la vida entera. Con su encarnación en pobreza y debilidad Jesús quiso condicionar su vida con la cruz de los pobres y débiles. Lo quiso. Fue voluntario.

No se situó en la cumbre para servir de faro luminoso desde lejos, deslumbrando e iluminando a la vez; su puesto estuvo abajo, para subir con los que suben; no quiere señalar el camino sino hacerlo, sudando y sufriendo, pero con el placer de avanzar en compañía. No fue un rico entre los pobres ni un rico para los pobres, fue pobre; se encarnó en la cruz de la pobreza de donde nacen la mayoría de las cruces sociales; encarnado en el barro, nos descubre las posibilidades de la cerámica divina.

Se encarna así aun a riesgo de no ser comprendido porque los hombres esperan, no es un Hijo de Dios sufriendo, sino uno que interrumpa el dolor y la pobreza.

“La elección de la Pasión por parte de Dios es percibida por el hombre, no como algo a su favor, no como una bendición, sino casi como una maldición, como un no quererle bien. El hombre espera que Dios interrumpa la historia como es lo espera, lo grita, lo quiere, lo invoca” (MAX ANSELM)

Pero lo hace así porque el objetivo primero de la encarnación no es la divinidad sino la humanidad, se hace hombre para que seamos hombres; no fuimos creados como dioses sino como hombres, porque la verdadera humanidad refleja bien la divinidad.

*** Encarnado también *en la historia religiosa*, en la que entra por la vía del pueblo de Israel, con cuya dura cerviz Dios chocó

durante siglos accidentados; cuando Jesús llega, los más sensibles denunciaban una situación de esterilidad donde no se producían verdaderos sacerdotes ni reyes ni profetas.

Jesús no huye esta realidad encarnándose en una comunidad religiosa selecta, en un “resto” de santos en ejercicio, al contrario, se introduce en su pueblo y con sus fórmulas empobrecidas aprende a orar y a dar culto a Dios, y en sus vicisitudes ha descubierto la fuerza del amor del Padre para no convertirse en ira. La comunidad santa no fue el lugar sino el objetivo de la encarnación.

Las historias religiosas de todos los pueblos siguen impactadas por aquella encarnación, especialmente la historia cristiana. Nos subraya así la importancia de no abandonar la comunidad creyente porque sus fórmulas religiosas sean pobres, de lejos no se las cambiará; el gozo de una comunidad santa compartida no puede apartar de los grupos religiosos donde el pecado llega incluso a las estructuras, esa cercanía es la que produce la pasión del santo; el verdadero profeta solo lo es desde dentro y con su pueblo.

Esta pasión también nos corresponde; sufrimos las llagas religiosas a las que hemos colaborado y la pasión de purificar y enriquecer las fórmulas y contenidos religiosos que encontramos. Quien no sufre por la historia religiosa de su comunidad es que aun no se ha encarnado en ella.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente.- ¿No habría resultado más eficaz encarnarte en unas circunstancias más sobresalientes? Nosotros, los humanos, aspiramos siempre a ser como el que está arriba. Situado arriba, tu fuerza de arrastre habría sido mayor.

Jesús.- Pero los de abajo se habrían sentido más marginados, porque creerían que hasta para la salvación se necesita estar arriba, para poder decirles que eran bienaventurados desde abajo, tenía que ser como ellos.

Creyente - ¿No es hoy más adecuada a tu condición de Hijo de Dios una forma humana más lograda?

Jesus - En todo caso seria mas conforme con lo que vosotros imaginais como vida propia del Hijo de Dios pero eso no es mas que imaginacion

Creyente - Los teologos discutan en otro tiempo si el fin primero de tu encarnacion fue la redencion de pecadores o la gloria de Dios

Jesus - Me encarne en la realidad humana para llevar adelante un proyecto humano, en el que quiero que se comprometan todos mis seguidores. Espero de los mios que sepan situarse en la parte mas debil de la sociedad, aceptando las tareas mas serviciales. Este es el primer mensaje de mi encarnacion en condiciones tan anonimas. La Pasion del Gólgota puede ser circunstancial la de la encarnacion condiciona toda la vida al servicio de los hombres. Temo que a los mios les cueste mas encarnarse que a mi morir heroicamente.

Creyente - Esa forma tuya de hacerte hombre. Aunque todos empezamos en dependencia total hay una diferencia fundamental todos salimos de la nada, tu viniste de Dios.

Jesus - Nadie viene de la nada, todos vienen de la vida porque solo la vida engendra vida. Solo del Padre pueden nacer los hijos eso quiere manifestar mi encarnacion incluso la generacion virginal de mi madre que todos tenemos el mismo punto de partida, el Padre, las condiciones de humildad en nuestro nacimiento son las que mas nos igualan, solo la muerte nos igual tanto como el nacimiento, en el intermedio todo son diferencias.

Creyente - ¿Nunca saldras de esa encarnacion humilde?

Jesus - Ahí estare mientras la historia entera no se haya elevado a niveles mas altos.

Creyente - ¿No temes quedarte demasiado solo?

Jesus - Cada dia menos. Muchos me acompañan por su forma de nacer y otros porque renuncian a situaciones de privilegio para volver a la solidaridad desde abajo algunos lo refrendan incluso con un voto de pobreza.

2) Fue predicha y prefigurada en el Antiguo Testamento

Al encontrarse con los dos de Emaus, Jesus ya resucitado les explica lo que se referia a El en toda la Escritura comenzando por

Moises y siguiendo por los Profetas (Lc 24 27 28) No tenian que extrañarse, todo esta predicho. A la luz de estas referencias, los discipulos comprendieron que el fracaso de la Pasion no solo no interrumpia los planes de Dios sino que se realizaban a traves de ellos. La primera catequesis de los contenidos y riquezas de la Pasion la dedujeron de la reflexion de estos textos, como Jesus mismo les enseñó a hacerlo. Tambien nosotros seguimos ese camino.

* Los primeros anuncios son en forma de *figuras simbolicas* que ya los Santos Padres veian en referencia a Jesus.

La primerisima *Eva* cuya salida del costado de Adan (Gen 2, 22) es considerada por San Agustin como simbolo de la Iglesia nacida del agua y sangre "del costado herido del Crucificado". El justo *Abel* (Gen 4, 1 16) que fue la primera victima de la maldad humana y acepto resignadamente su suerte como cordero inmolado. El preferido *Jose* vendido por sus hermanos (Gen 37) y que, al final, resulta ser el salvador de aquellos mismos que le condenan. *Jonas* que va a anunciar la salvacion a los gentiles de Ninive y perece en su empeño, siendo devuelto a la vida a los tres dias.

Y junto a las personas, otras figuras tan expresivas como la del *cordero pascual* (Ex 12, 1-14), cuya sangre en las puertas de familias hebreas salva la vida de los primogenitos del pueblo, o la *alianza con sangre* (Ex 14, 1 8), simbolizando que con la sangre de Cristo se establecera "una alianza nueva y eterna", o la *serpiente de bronce* (Num 21, 4 9), cuya contemplacion salva de la muerte a los mordidos por las serpientes "el veneno del diablo se vuelve inocuo por el simbolo del Salvador que sobre la Cruz ha triunfado de la verdadera Serpiente antigua" (San Jeronimo), o el *chivo expiatorio* (Lev 16, 20-27) que carga con los pecados del pueblo y los espia con el sacrificio de si mismo, o las *treinta monedas* con que es tasado el servicio de Zacarias (Zac 11, 7 13) en relacion con el precio que ofrece el Sanedrín por el servicio de Judas. Sin forzar mucho la imaginacion, todas esas figuras hacen referencia a diversos aspectos de la Pasion, de los que no solo son anuncio velado sino que ademas expresan su sentido.

+ Pero las mas expresivas de la Pasion son la del profeta, el justo sufriente y el Siervo de Yahve

El profeta anticipa la Pasion con sus palabras que a veces son casi reportajes graficos de los tormentos de Jesus, pero mas aun la anticipa con su vida, porque el anuncio del mensaje divino les coloca en situacion de persecucion e incomprension y resulta normal un final de martirio. Jesus es el gran Profeta de Dios cuya muerte culmina el destino de los Profetas de Israel

El justo sufriente (Salmos 22, 29) clama a Dios desde su situacion incomprendible ¿por que tiene que sufrir si su vida es justa? ¿por que Dios no le salva del abismo si siempre siguió sus caminos? ¿acaso el mal tiene que triunfar mas y hasta burlarse del justo? Este justo sufriente revela claramente que Dios esta cerca aunque parezca no escuchar

El Siervo de Yahve descrito por Isaias en cuatro canticos emocionantes (Is 42, 1 9, 49, 1 11, 50, 4 11, 52, 13 al 53, 12) Sufre y es perseguido a causa de su mensaje profetico, pero sufre *por los pecados ajenos* su sufrimiento es *vicario* y por el Yahve libera del castigo a los culpables, es decir, el sufrimiento del justo es causa de salvacion para ellos, finalmente ese sufrimiento resulta tambien salvifico para si mismo, pues Yahve le concedera la vida despues de la muerte. Su destino no es casual, responde a una vocacion, a una eleccion por parte de Dios, las circunstancias le convierten en victima pero la eleccion divina le hace salvador del pueblo precisamente por su actitud de siervo

Estas figuras le sirvieron a Jesus para ir descubriendo su propio destino, sobre todo cuando las circunstancias le pusieron en situaciones similares. Sirvieron sobre todo a los discipulos para reconocer que Jesus era el Justo y el Siervo que padecio por todos, en nombre de todos para la salvacion de todos y por eso le correspondia, despues de padecer, la exaltacion del Padre y la eficacia salvadora. Maravillosa cronica de un destino anunciado

Es bueno leer la Pasion desde estas figuras iluminadoras del Antiguo Testamento

‘Este es el que derroto a la impiedad y a la injusticia como Moises castigo a Egipto con la esterilidad. Este es el que tuvo que sufrir mucho y en muchas ocasiones el mismo que fue asesinado en Abel y atado de pies y manos en Isaac el mismo que peregrino en Jacob y fue vendido en Jose, expuesto en Moises y sacrificado en el madero perseguido en David y deshonrado en los profetas (MFLITON DE SARDES)

Diálogo entre Jesús y el Creyente

Creyente Si todo sucedio “segun las Escrituras” parece que todo estaba previsto y predestinado, en espera de una desgraciada victima para realizar esas predicciones

Jesus Como creyente sabes que las cosas nunca son asi. Dios no esta sujeto a ningun condicionamiento previo, las unicas condiciones de su actuar nacen del amor y las circunstancias historicas. A muchos el nacimiento les coloca ya en una situacion en que la pasion es inevitable

Creyente - ¿Es que Dios quiso que las circunstancias de tu vida fuesen asi?

Jesus Lo intuyo y lo previo y, a pesar de ello su amor al mundo me empujo aqui. La situacion social y religiosa del mundo estaba tan deformada que una intervencion tan directa de Dios provocaba inevitablemente el rechazo. No es Dios quien provoca esa necesidad sino quien la sufre

Creyente Esto me asusta mas porque nos afecta a todos en la medida en que escogemos este camino vocacional, preferiria que fuese condicion personal tuya, pero me amenazas con que yo tambien la padezca

Jesus Igual a todos en todo eso soy yo, no lo olvides. mi “necesidad” de pasion dejara de existir cuando ningun hombre este sujeto a ella

Creyente ¿Llegara ese momento?

Jesus - Es como preguntarme por el fin del mundo. Solo hay una manera de evitar esa pasion y es mirar en otra direccion, situarse en otro lugar como si los sufrientes no existiesen, pero eso me situaria fuera del amor y cambiaria la pasion por condenacion

Creyente - Entonces es el amor el que hace inevitable tu pasión
Jesus Efectivamente Y ese mismo amor la convierte en gozo, porque nada hay más resucitador y gratificante que sufrir para que otros no sufran el llanto se transforma en canto Cualquier anuncio previo de la Pasión es también un anuncio de la vida nueva que nace de ahí

3) La Pasión a lo largo de su vida

Jesus murió a lo largo de toda su vida, en las horas finales no hizo más que concluir la pasión iniciada en la encarnación Si toda vida va resucitando lentamente desde la pasión de un esfuerzo continuo, en la vida de Jesus esa pasión toma desde el principio formas muy explícitas, pero no tanto como amenazas de un final trágico, sino como caminos de vida nueva

Ya en su prehistoria, como nos la transmiten las genealogías evangélicas, aparece una herencia no del todo limpia, en contraste con una madre virgen, en su ascendencia lejana cuenta con tres mujeres (Tamar, Raab y Ruth) de vida sospechosa, no presenta, por tanto, una ascendencia de genealogía impecable

Las circunstancias de su nacimiento inician un camino sufriente, no solo por la pobreza del lugar, sino porque Herodes y “toda Jerusalén” empiezan a inquietarse y tramar su muerte, intento real y asesino en la matanza de los niños inocentes de la comarca, su única salvación es el destierro clandestino a Egipto, experimentando lo más duro del destino de su pueblo, también sufrió el riesgo de que su madre fuese abandonada por infiel y necesitó un padre adoptivo para salvar su honor

‘La cruz, por tanto, proyecta su sombra sobre la narración entera de la infancia Desde el instante de su concepción, Jesus se encuentra frente a la incompreensión al rechazo, a la amenaza de muerte El que trae la promesa de Israel es rechazado por los jefes del pueblo de Dios Solo personas extranjeras parecen en grado de acoger el momento de la gracia y de responder en consecuencia El

misterio de gracia y de rechazo es un ingrediente esencial de la pasión de Jesus, así como la presentara Mateo, y la narración de la infancia lo ha señalado claramente al lector” (Donald SENIOR)

Luego viene el pasmoso silencio de treinta años, donde nada dice lo que es, ni siquiera a sí mismo, el anonimato es normal para quien a nada aspira, pero es torturante para quien aspira a las máximas cuotas Lo peor es el silencio de Dios durante este tiempo, ni una palabra ni un signo a su favor Vivió la tensión retenida del caballo bravo que necesita soltar sus fuerzas pero la brida lo retiene con rigor

Cuando llega su vida pública, se desatan al mismo tiempo los entusiasmos y los sufrimientos Sus discípulos le oponen sus costras interiores, resistentes al cambio profundo A pesar de los momentos gratificantes, era costoso para él vivir con hombres así Pronto aparecen los enemigos, primero observadores recelosos, luego interrogadores capciosos para humillarle ante el pueblo y finalmente decididos a impedir su carrera aunque para ello tengan que cortar su vida Sufre también la situación real de su pueblo, un pueblo sojuzgado en circunstancias políticamente tensas, con enfrentamientos y contubernios entre los poderes políticos y religiosos por lo que sus gestos son malinterpretados por igual desde lo político y desde lo religioso

Su vocación misma resulta incomprendida y provocadora al mismo tiempo, pronto empiezan a saltar resortes Es Mesías, pero nadie, ni amigo ni enemigo, está dispuesto a reconocer ese tipo de mesianismo, a todos les parece tan débil que tiene que ser falso, mientras los amigos le empujan a manifestaciones más poderosas, los enemigos quieren frenar la asombrosa influencia de su debilidad entre el público Frente a estas tensiones, Él se situó cada vez más al lado y entre los que sufren, en el sector más pobre y rechazado de la sociedad, lo que podía sonar como una infravaloración de los espirituales y socialmente situados Se acercó amorosamente a los pecadores, a los marcados socialmente por su pecado, lo que provocó murmuraciones públicas y maliciosas, dejando que algo de la suciedad del pecado perdonado recayese sobre Él, sufrió el ser objeto de crítica por una buena obra Por encima de su propio sufrimiento, se sintió siempre

solidario con el sufrimiento de los demás, hasta no saber si era de ellos o suyo.

Sufrió *oposición* continua y desde todos los sectores; sus familiares que quisieron disuadirle de su ministerio y hasta dudaron de su integridad mental; el "maligno", que le somete a dura y sutil tentación para introducirle en el "mesianismo de abundancia"; de la religión oficial, que acumuló en su contra acusaciones tan peligrosas como la de quebrantador del sábadó y la de usurpador de derechos divinos, como el perdón de los pecados. Hay una cierta lógica en esta oposición, porque si el Reino de Dios ya ha llegado, como El predica, ¿dónde están los signos espectaculares que le han de acompañar? ¿por qué nada ha cambiado? Las incredulidades y primeras decepciones son tan tempranas como los entusiasmos. Por otra parte, si el Reino es *interior* más que visible, exige una conversión personal, es decir, llega pidiendo más que ofreciendo y esto crea cerrazón interior y dureza de conductas. Inquietante es también que el Reino sea preferentemente para los pobres, porque esto supone una inversión de las clases sociales, con lo que tocó el punto más explosivo.

*** Su *última semana de vida* concentra todo este entramado de tensiones y oposiciones. Empieza con la decisión de Jesús de subir a Jerusalén, el lugar bíblico del combate definitivo entre el bien y el mal y siguen días intensos en torno al Templo, con encuentros especialmente duros y clarificadores con los enviados de sus enemigos. Según el relato de Juan, estos días se desarrollan en una dinámica de *muerte-vida*.

El inicio lo marca una decisión *a favor de la vida* con la resurrección de Lázaro (Jn 11, 1-57). Jesús se acerca a la muerte en su expresión más extrema, la putrefacción, y "llora" frente a esa muerte y toda muerte, aun la más disimulada o la más culpable. Frente a esa muerte El trae vida: "*Yo soy la resurrección y ala vida...; el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre*". Su cercanía produce vida y domina a la muerte: "*si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano*". La vida es un deber, un mandato, su primera tarea: "*¡Lázaro, sal fuera! ¡Desatadlo y que ande!*". Toma decididamente una postura de vida frente a la muerte, frente a toda muerte, porque no

hay ninguna en la que no se pueda poner vida, ni siquiera aquella en que ya está todo corrompido. Así empieza su Semana Grande.

Por contra, la reacción del Consejo o Congreso es un *complot para matarle*: "*desde este día decidieron darle muerte*". Mientras El ofrece vida, el grupo dominante responde con más muerte y deciden matar la fuente de vida sin intuir que esa muerte seguirá siendo vida para todos. La lucha permanente entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal, entre el reino de la muerte y el reino de la vida pretende conquistar todos los dominios. En esa lucha nos encontramos situados y comprometidos, no hay huida posible, solo la del egoísmo, que es ya una opción de muerte.

Ante esta decisión Jesús tiene varias reacciones. Primero *huye* de la peligrosa zona de Judea y se retira a otra zona más solitaria; es una retirada estratégica porque no quiere dar facilidades a la muerte ni al pecado de matar. Esto no contradice la decisión y voluntariedad con que anunció y afrontó la muerte; a veces le imaginamos como un héroe temerario buscando provocadoramente su muerte, pero con su huida se distancia de este tipo de héroes y mártires y toma una postura de prudencia. Si está a favor de la vida, también tiene que defender la suya.

Luego vuelve y hace *una entrada triunfal* en Jerusalén; aunque la muerte viene respirando a sus espaldas, sabe que esos días el Reino llegará a su máxima realización. Aunque esto contradiga la prudencia anterior, no puede defraudar al pueblo que le espera, porque es el pueblo el amenazado de muerte, en él recaen siempre las situaciones de muerte. Triunfalmente inicia el último tramo del camino hacia la cruz, será una entronización más que una ejecución; como Mesías es aclamado en esta entrada y como Rey lo será en la Cruz; la decisión de matarlo es de hecho una exaltación.

Es consciente de que "*ha llegado la hora*", lo proclama en los pórticos del Templo, y esto le produce *agitación interior*, todo su ser protesta contra ese final, ¿por qué tiene que ser así? ¿no es precisamente en estas situaciones extremas donde Dios tiene que liberarnos? Pero no hará esta petición, no quiere que Dios le prive del servicio máximo de entregar la vida, ¡si para eso ha venido! Ahora se realiza la

suprema paradoja de salvar la vida entregándola, porque el que entrega la vida no la pierde sino que la traspasa; es como un grano de trigo que, si fuese consciente, cantaría de gozo cuando le siembran.

El momento es importante para todos porque todos tendrán que decidirse, ya nadie podrá quedarse indiferente ante la muerte de ni nadie ni ante el riesgo de la suya propia, ni ante Su persona que reclama un seguimiento; han de aprovechar la luz antes de que les sorprendan las tinieblas que rodearán el Calvario. Todo tiene un carácter de *urgencia*, ni se puede prorrogar la hora de la entrega total ni se puede desperdiciar la luz que viene de ella. Hasta el Padre toma públicamente partido a su favor proclamando que, en estos acontecimientos, va a manifestar su gloria. Es un momento riquísimo en el interior de Jesús, que no reacciona como un hombre solo, sino como quien tiene conciencia de que en El está concentrada la humanidad y su suerte eterna

Efectivamente *se ha convertido en el centro*

Lo reconoce *el público* preguntándose si vendrá a las fiestas a pesar de que las autoridades han ordenado que “*el que se enterase de dónde está que les avise para prenderlo*” (Jn 11, 57); pero nadie le denuncia. Lo reconocen igualmente *los enemigos*, el Consejo y los fariseos: “*si dejamos que siga, todos van a creer en El. Mirad cómo todo el mundo se ha ido detrás de El*” También lo reconocen los peregrinos: “*quisiéramos ver a Jesús*”

El conflicto ha llegado a tal término que nadie pueda quedar al margen; los huidizos serán acusados por no haber denunciado su escondite; los favorables, como Lázaro, pueden ser eliminados. Ahora todos reconocen que Jesús es el centro en torno al cual están girando y se ven obligados a tomar posiciones, al fin lo ha logrado y lo logrará más en las últimas horas. El mismo lo proclama: “*cuando me levanten de la tierra, tiraré de todos hacia mí*” Desde la Cruz tendrá más fuerza de atracción que nunca, sus brazos clavados atraerán más que sus curaciones, su boca moribunda más que sus predicaciones.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente.- En lugar de emplear los últimos días para poner el público a tu favor, pareces empeñado en provocar a los adversarios

Jesús.- Nunca fui provocador. Era un momento especial de Revelación que tenía que exponer con fuerza

Creyente - ¿No era en ese momento la estrategia más importante que las revelaciones?

Jesús - Sólo yo conocía el sentido profundo de mi persona y de los acontecimientos y esto me daba una dimensión más universal y real de todo lo que sucedía. Yo tenía una lectura nueva de lo que nadie comprendía

Creyente - ¿Todo estaba ya decidido antes del jueves?

Jesús.- Sí, aunque sin poner fechas ni horas. Las cosas se habían desarrollado de tal manera que era imposible cambiar su curso

Creyente - ¿Tuviste miedo?

Jesús - Creo que sí, pero en la superficie de mi persona. En lo profundo de mi ser me sentía totalmente libre y esto da una seguridad inimaginable, nadie me podía apartar de las manos del Padre y esto me situaba por encima de todo temor. Cuando subí a Jerusalén aquellos días, iba con una decisión serena e irrevocable

Creyente.- Pero era demasiado pronto para morir

Jesús.- Comprendí que un poco más de tiempo es accidental en una vida, no importa la duración de los caminos sino la actitud que se toma ante la voluntad del Padre

4) ¿Previó su muerte y cual fue su reacción?

Su muerte no fue un accidente ni una casualidad ni una sorpresa. Los datos evangélicos nos llevan a pensar que Jesús previó con bastante claridad su condena final. Por una parte, el abandono de muchos decepcionados porque su mesianismo no respondía a las esperanzas suscitadas le restaba cobertura y, por otra, el ataque cada vez más frontal de los grupos dominantes, sobre todo los saduceos, le abocó a una situación sin salida. La única salida era un giro en sus comporta-

mientos, pero El mismo se la había cerrado con dos actitudes agresivas: el radicalismo en la interpretación de la voluntad de Dios y la fidelidad a su vocación y a los caminos adoptados.

Hay algunos momentos concretos que señalan reacciones virulentas contra El, como la curación del ciego de nacimiento o la resurrección de Lázaro, señalados por Juan, u otros dos destacados por Marcos, la curación del hombre de la mano seca (Mc 3, 6 ss) o la expulsión de los mercaderes del Templo (Mc 11, 18 ss), uno en Galilea y otro en Jerusalén, es decir, llegó a estar perseguido en todas partes. Sería fácil recoger un ramillete de momentos en que la persecución sale a flote.

*** *Porque la prevé, la predice.*

Marcos narra la vida de Jesús como un camino desde Galilea a Jerusalén en el cual hace tres *predicciones* claras de su pasión y muerte (Mc 8, 31; 9, 31; 10, 33). Aunque en su formulación sean "profecías ex eventu", es decir, afirmaciones elaboradas después de haber sucedido los acontecimientos, no cabe duda de que hay un fondo histórico que hace verosímiles esas afirmaciones, los discípulos recordaban muy bien que Jesús había hablado de esos acontecimientos y que las dudas nos las tenía El sino ellos.

Por lo demás habría sido ingenuo por parte de Jesús no haber previsto el peligro de muerte, sobre todo con ocasión de la última subida a Jerusalén; el carácter progresivo de los conflictos y su decisión de fidelidad hacen prever fácilmente ese final. Las predicciones variadas e insistentes no son una exhibición de su presciencia sino una demostración de que va a la Pasión con total claridad y confianza; ha descubierto la inevitabilidad de la cruz y, al mismo tiempo, su eficacia y quiere que los discípulos lo descubran también. Esas predicciones se pronuncian también para nosotros que somos duros de oído, como los discípulos.

En la primera (Mc 8, 31-32) afirma claramente que "*el Hijo del Hombre tiene que padecer mucho*", hasta "*ser ejecutado y resucitar al tercer día*". Habla de la Pasión, no solo como acontecimiento

histórico, sino formando parte de los planes del Padre, el único con poder resucitador. No es una necesidad que venga directamente del Padre, como si le hubiese enviado para ser ejecutado, ¡qué horrible afirmación!; lo que Dios quiere es eliminar las cruces, al contrario que "los senadores, sumos sacerdotes y letrados" que se la quieren imponer. La necesidad viene del choque entre la voluntad del Padre y la de los responsables condenadores, aunque ninguna circunstancia es tan adversa que le haga ausentarse del mundo, al contrario.

Esta referencia divina, escandalosa e incomprensible, es recalcada literariamente por el ritmo ternario (tres verbos: padecer, ser rechazado, ser ejecutado; y tres jueces: senadores, sumos sacerdotes y letrados), porque "la cifra tres pone ritmo al tiempo de la redención de todos por el sacrificio de amor".

Esta predicción resulta más llamativa en el ambiente entusiasta y triunfal en que Pedro acaba de proclamar: "*Tú eres el Mesías*", por lo que el mismo Pedro intenta "increpar" a Jesús por tan estrambótica predicción; es una reacción de ceguera e incredulidad.

En la segunda (Mc 9, 30-32) Jesús insiste de forma explícita: "*A este Hombre lo van a entregar...*", porque no habían aceptado el primer anuncio. Está realizando un viaje que pretende de incógnito, a pesar de pasar por Galilea, la región de sus triunfos y sus adictos; está claro que quiere desviar la atención de esos triunfos y de equívocos entusiasmos multitudinarios. La realidad ahora es otra, va a "*ser entregado*". ¿Quién se atreverá a hacerlo? Lo que para los discípulos es una traición inimaginable, para El es una *entrega*. Al no señalar el agente traidor, puede significar que es el pecado del mundo o quizá también al Padre, condicionado por los acontecimientos. La palabra original significa "*entregar*" y "*transmitir*": es entregado para ser transmitido de unos a otros, ¡qué acertada expresión!

Deja claro que es entregado "*en manos de los hombres*", resaltando nuestra responsabilidad, porque pasa a ser nuestra propiedad y anuncia lo que haremos con El, darle muerte; su muerte, tanto en sus causas como en sus efectos, no es asunto de unos pocos sino de la humanidad, alcanza a todos; es una referencia a la *muerte expiatoria* por los hombres.

La predicción es tan explícita que los discípulos temen que vaya en serio y no se atreven a insistir porque “*les daba miedo preguntarle*”. Impresionados por la muerte, no se dieron cuenta de que unía de nuevo muerte y resurrección, la muerte es ya camino de resurrección, lo que se entiende mejor a partir de la muerte como entrega.

La *tercera predicción* (Mc 10, 32-34) aun es más insistente y explícita: sufrirá burlas, escupitajos, azotes y, por fin, asesinato. Jesús resalta un elemento durísimo de su Pasión, *las burlas y humillaciones*; no se contentarán con eliminarle, lo rebajan ante la opinión pública convirtiéndole en despreciable. La Pasión *interior* corre paralela a la externa; si los discípulos no aceptan la Pasión tan explícitamente anunciada es porque resulta una humillación inimaginable para Jesús, comprenden los tormentos mejor que esa humillación.

La paradójica y ciega reacción de los discípulos se expresa en que Santiago y Juan le pidan sentarse “*uno a tu derecha y otro a tu izquierda el día de tu gloria*”, pero Jesús solo les ofrece participar “*en el trago que voy a pasar*”.

De todos los anuncios previos se deduce que Jesús vio anticipadamente su final y que intentó que lo viesan también los discípulos, a lo que se resistieron. En las nueve versiones de estas predicciones recogidas por los Sinópticos (Mt 16, 21; 17, 22-23; Mc 9, 31; Lc 9, 44; Mt 20, 18; Mc 10, 33-34; Lc 18, 31) permanecen firmes y constantes dos afirmaciones: que sufrirá hasta morir y que resucitará pronto, “*a los tres días*”. La pasión prevista es una pasión que empieza ya a padecerse, es una pasión anticipada. Pero, a pesar de esta claridad, no reacciona de forma temeraria ni fatalista.

No buscó la muerte como un masoquista o suicida, pero tampoco la rehuyó. Cuando los primeros intentos de “*prenderlo*” (Mc 11, 18; Jn 7, 30-32. 10, 39. 44. 52) o de apedrearlo (Jn 8, 59; 10, 31) o cuando consideran seriamente la posibilidad de eliminarlo (Mc 3, 6; Jn 5, 18; 11, 49-50), Jesús se libera de esos peligros inmediatos y huye de Judea cuando la policía del Templo le quiere capturar.

Llega un momento en que la muerte se hace inevitable, pues solo podría soslayarla siendo infiel a su misión, y entonces decide aceptar-

la voluntariamente como una consecuencia de su vida y como parte integrante de sumisión.

Otro tema diferente es si llegó a prever el tipo de muerte a que sería condenado, lo que dependía en gran parte de la instancia que lo condenase y del motivo de la condena.

“Tratamos de hacer algunas distinciones. Los peligros podían provenir de los romanos (mediante la crucifixión; cfr Mc 8, 34) o de su soberano político inmediato, Herodes Antipas (¿mediante la espada?; cfr Mc 6, 7, también Hech 12, 2); pero la fuente más seria de peligro, motivado en cuestiones religiosas, provenía de los saduceos en la corte suprema o de los fariseos a lo largo y ancho de Palestina (¿mediante lapidación? cfr Lc 13, 34 par con 4, 29; Jn 8, 59; 10, 31-36; 11, 8; Hec 7, 59). Aunque Jesús no estuviera marcado por el teleguamenon, vivo en su tiempo (cfr Lc 11, 49; Mt 13, 34; Lc 13, 33) que consideraba a los profetas como mártires, Jesús tuvo la posibilidad de caer en la cuenta de los peligros que le acechaban desde esos estamentos.” (Heinz SCHÜRMANN)

Buscando el sentido que dió a su muerte

¿Vio Jesús su muerte solo como un problema personal? ¿La vio también como parte de un plan divino que se realizaría, “no a pesar del fracaso histórico del mismo, sino *gracias* a él, gracias a su muerte? En este “*a pesar de*” o “*gracias a*” radica toda la problemática teológica” (Schillebeeckx). Pues bien, no estamos en el terreno de meras teorías o adivinanzas, sino que El mismo nos da la respuesta con su manera de vivir, más que con sus palabras.

Ya hemos visto que, cuando se hace del todo inevitable, *la acepta voluntariamente* (“nadie me quita la vida, la doy”). No toma una actitud de resignación fatalista ni de pesimismo ni de abandono, sino una actitud *activa*, que empieza en el Huerto saliendo a recibir a los que vienen a prenderlo. Cuando lo inevitable se recibe con actitud positiva se transforma y adquiere un sentido nuevo; o a la inversa, el sentido descubierto hace afrontar positivamente la desgracia.

* Porque dio a su muerte el mismo sentido que a su vida, la vio *integrada en su vocación* de anunciador y realizador del Reino de Dios. Ante la disyuntiva de ocultarse o de seguir anunciando el Reino, escoge ésta, lo que comportaba la condena. Tampoco estaba dispuesto al uso de la violencia ni a un hablar acomodaticio. El Reino importaba más que su vida física. Por la *obediencia*, su muerte inevitable era una manera de seguir anunciando y realizando el Reino; si la muerte fecunda las simientes, más puede fecundar las vidas.

“No estaba dispuesto a transigir aceptando el papel de Mesías y el recurso a la violencia, ni estaba tampoco dispuesto a adaptar sus palabras a la conveniencia de las autoridades. La única alternativa era la muerte. En aquellas circunstancias, morir era la única manera de seguir sirviendo a la humanidad, la única forma de hablar al mundo (Jn 7, 1-14), el único modo de dar testimonio del Reino. Los hechos hablan más alto que las palabras pero la muerte habla aun más alto que los hechos. Jesús murió para que el Reino pudiera venir” (Albert NOLAN)

Seguro que también la vio como un *servicio*, que fue la esencia de su vida: “*yo estoy entre vosotros como quien sirve*” (Lc 22, 27), “*tampoco este Hombre ha venido para que le sirvan sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos*” (Mc 10, 45). Una vez más el ojo crítico y analítico puede descubrir aquí palabras de la comunidad más que originales de Jesús, pero una vez más advertimos también que lo que aquí se dice corresponde exactamente a lo que Jesús vivía, por eso es una expresión verdadera. Toda su vida fue “*pro-existencia*” y esta actitud dominante en su vida (Mc 9, 35; 12, 33; Mt 7, 12) incluye también la muerte como parte integrante de la vida. Está dispuesto a morir por la misma causa por la que sacrificó riquezas, familia, poder, etc.: por los demás. Su muerte no es el final de un servicio, al contrario, expresa un servicio sin límites ni reservas. En una sociedad donde se valoraban tanto las jerarquías, El se muestra como el que lava los pies a los discípulos.

* Parece claro que a todo su servicio y, por tanto, también a la muerte le dio *un sentido salvífico*. Explica el ritual de la última cena

refiriéndolo a sí mismo; en el pan se destaca el hecho de estar partido y repartido para ser comido, en el vino se resalta el color rojo símbolo de la sangre derramada en favor de todos para establecer una alianza nueva y eterna entre el hombre y Dios. Claramente sacrificial es el sentido de las palabras que acompañan la institución: cuerpo que será entregado, sangre que será derramada por vosotros.

Si los discípulos lo entendieron así con tanta claridad es porque Jesús se lo explicó claramente aquella noche y porque les había preparado anteriormente, y porque en el ambiente judío se admitía que una muerte puede tener eficacia expiatoria para uno mismo y para los demás. Cuando les ofrece participar de su mismo pan y su mismo cáliz, les hace partícipes de la fuerza expiatoria de su muerte; por la cena pascual se vinculaban los judíos a la libertad lograda en Egipto, por la participación en el pan se vinculaban a la liberación lograda en la cruz; este sentido prevalece sobre el de simple banquete o comida, y será bueno que lo continuemos teniendo presente en nuestras celebraciones.

Ya sé que ninguna prueba analítica o exegética es suficiente para probar contundentemente este sentido salvífico que Jesús dio a su muerte, pero la observación atenta de su vida y la escucha de sus palabras lo hacen descubrir con facilidad y admitirlo con certeza.

* Por esto se mostró *seguro de su salvación*. De hecho, en todo momento expresa una actitud plenamente confiada (Lc 12, 22-24, 27-31, 33-34; 10, 4-7; Mt 6, 11). Las predicciones no dan la impresión de referirse a un final definitivo ni menos a una derrota total, sino que aseguran ya la continuidad con la resurrección. Para Juan este anuncio lo hace Jesús en forma de exaltación que tiene lugar en la cruz (Jn 3, 14; 8, 28; 12, 32-34). La afirmación más clara la hace en la última cena: “*os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba, pero nuevo, en el Reino de Dios*” (Mc 14, 25; Lc 22, 15-18). Este texto (“desde el punto de vista histórico, el mejor anuncio documentado de la muerte de Jesús”) tiene dos partes claras y unidas, insinuando una relación entre ellas: en la primera hay *una despedida*, es la última copa, porque la muerte está ahí; pero en la segunda se anuncia *un nuevo banquete*, el escatológico,

con Jesús también. Para asegurar a sus discípulos su copa de salvación en el Reino nuevo, Jesús tiene que estar muy seguro de su propia salvación personal. El miedo a la muerte total le pudo amenazar en Getsemaní y en la Cruz, pero lo superó por la seguridad de Dios que le salvaría de esa muerte, aunque pasando por ella.

Esta seguridad le lleva a afirmar que resucitará “al tercer día” (Mc 8, 31-33), expresión que, más que un significado cronológico, para muchos tenía un sentido *escatológico*, en referencia al final de los tiempos; el “tercer día” expresaba la vivificación y resurrección general. Jesús está seguro de que en El se cumple el destino final de los tiempos; a través suyo, el destino resucitador alcanza a la comunidad entera.

Todo esto incluía Jesús en “*la hora*”, que motivó toda su vida (Jn 2, 4; 7, 30; 12, 23-27), y hacia la que caminó con decisión: “*él se reafirmó en la voluntad de ir a Jerusalén*” (Lc 9, 51). Era un fuego que le ardía dentro y tenía ganas de que le consumiese.

* Lo vive con tanta fuerza que *exige lo mismo a sus discípulos*, que al principio se muestran ciegos. Les recuerda claramente dos exigencias fundamentales; “*cargar con la cruz*”, que es lo que hacen los sentenciados a crucifixión, y hacerlo con decisión, que es más que resignación, para ser su seguidor; y “*perder la vida para salvarla*” (Mt 16, 25); tremenda paradoja: “*si uno quiere salvar su vida la perderá, en cambio el que pierda su vida por mí la salvará*” (Ib). Solo vive de verdad el que está dispuesto a morir, pero no por una causa, como hacen muchos, sino *por los demás*, y no por un grupo, sino *por todos*. Es seguramente la mejor explicación que se ha dado de la Pasión y es también el momento de preguntarnos si es así en nuestras vidas.

Esto es lo que podemos decir de la vivencia que Jesús tuvo de su Pasión antes de la Pasión, es decir, a lo largo de su vida.

“Más aun, vio mejor y antes el valor salvífico –en un sentido amplio– de su persona y de su vida que el valor salvífico de su muerte. En efecto, no empieza por centrar su acción en la espera de la muerte, sino en el anuncio del Reino. . No son conciliables su

vida y las exigencias a los discípulos con el paso de todo el valor salvífico a la muerte. La salvación no puede cargarse a los frutos místicos de la muerte de Jesús, separándola de lo que es su comportamiento real y comprobable” (I ELLACURIA)

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente.- Como ves, nos gusta saber cómo empezaste a sentir tu conciencia de la Pasión.

Jesús - Es un proceso que se inicia simultáneamente en mi interior y en el análisis de la realidad, la voz de Dios y la de la realidad circundante modelaban cada vez con más claridad esa inquietante palabra

Creyente.- Así lo dicen algunos signos de tu infancia

Creyente.- No más que en muchos niños contemporáneos, muchos han sufrido por un padre desconocido o por una madre injustamente criticada, muchos nacieron en el destierro, muchos tuvieron desde el principio cerrados los horizontes, más aun que yo. Tuve la misma pasión que muchos niños. Por supuesto que la alegría de niño era superior a esa pasión inicial, mis recuerdos infantiles son agradables, por eso de mayor seguí mirando a los niños como ejemplares de vida y como especialmente amados del Padre

Creyente - Tu vida ganó en normalidad en la juventud.

Jesús - Si, fueron los años mas normales de mi vida, aunque también experimenté la pasión de la vida diaria donde uno sueña y se ve encerrado al mismo tiempo, donde el hogar se disfruta y nos cierra horizontes, donde se empieza a sentir la tensión entre lo que se es y lo que se quiere ser. Años de pasión solitaria, tan normal que no llamó la atención a nadie, ni a mí mismo

Creyente - Creció contigo, por lo que veo. No hubo una revelación repentina en un momento preciso

Jesús - A todo hombre le aparece pronto aunque tarda en aceptarla como inevitable y más aun en descubrir que es el mejor camino, el único para una vida nueva

Creyente.- Fuiste muy duro con Pedro cuando te quiso apartar de la cruz.

Jesús - No pude evitarlo, reconocí en él la misma voz del Tentador y suponía un verdadero peligro para mí, porque era bastante lógica

II.- LA PASIÓN EN LA PASIÓN

También reconocí la voz de todos los hombres que, hablando así, se alejan de los crucificados. Entonces comprendí que, de momento, ese camino tenía que hacerlo solo pero que ellos tendrían que seguirlo necesariamente para ser mis discípulos.

Creyente.- ¿Eras del todo consciente del valor universal de tu muerte y de que así redimías los pecados de todos?

Jesús.- Si en ese momento me hubiesen hecho la pregunta me habría asustado. Era todo más profundo y más sencillo. Escuchando a muchos teólogos me parece que sabía menos que ellos sobre mí mismo. Aceptaba mi Pasión, que tenía todo el valor que el Padre le daba, eso me bastaba.

Siguiendo el relato más original, este capítulo empieza con la detención a la salida del Huerto y termina con la Resurrección.

1) El arresto

A pesar de una orden de captura previa, no le detienen de inmediato cuando aparece en público para las fiestas, seguramente porque temen una reacción del público a su favor. Les conviene una detención de incógnito. Judas les salva de su apuro cuando *“fue a ver a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús”* (Mc 14, 10-11) en secreto; hubo rápido acuerdo, en el que lo más importante no fue seguramente la promesa de dinero, y desde ese momento Judas *“andaba buscando ocasión propicia para entregarlo”*, lo que no fue difícil, pues conocía la costumbre de Jesús de retirarse a orar en un Huerto del Monte de los Olivos. La presencia de los discípulos dificultaba la operación, pero eran inseparables de Él, y lo resolvieron con un aumento de los capturadores donde se mezclan guardia del Templo, del Sanedrín y gente del pueblo, y no sabemos si también algunos soldados romanos, puesto que Juan habla de una *“cohorta”*. Detienen solo a Jesús y no a sus discípulos, a quienes consideran simples seducidos cuya alucinación desaparecerá en cuanto desaparezca el líder.

* El arresto pretende eliminar su influencia pública

Sus palabras y gestos eran un fermento de agitación en el pueblo que, aunque no entendía bien e incluso tergiversaba aquello, escuchaba a gusto pues respondía a sus esperanzas profundas.

Jesús y los dirigentes *luchaban por el pueblo*, unos por su dominio y el otro por su liberación. Lo propio es que el pueblo hubiese podido pronunciar su veredicto pero los dirigentes les arrebataron ese derecho, por eso no pudieron expresar de manera formal su apoyo a Jesús.

Pero no bastaba con imponer silencio o encadenar a Jesús, porque el problema no eran sus gestos o palabras, sino su persona; por tanto había que eliminarle, solo así se suprimiría su influencia en el público. El arresto está orientado a esta eliminación, a sacarlo del público para siempre. Por eso envían un grupo tan numeroso para apresarlo, como si estuviesen actuando contra todo el público.

“La magnitud del grupo policial, una cohorte, muestra que en aquella noche no se podía correr ningún riesgo. . No hay duda de que estaban en juego grandes intereses por la seguridad”(S. ZIMMER)

Siguen hoy los intentos de sacarle de la circulación pública y de reducir su influencia a sectores privados donde lo suyo no tenga repercusión hacia afuera ni alcance las estructuras sociales. Se pretende suplantar sus palabras por las de otros hombres públicos y reducir sus gestos a símbolos culturales en Navidad y Semana Santa, suplantar su persona por nuevos ídolos.

* El Arrestado sigue de Maestro

Dos grandes lecciones imparte Jesús en esa sesión del arresto. La *fortaleza* en primer término, destacando más la integridad de Jesús que la brutalidad de los que le arrestan y atan. Consciente de todo, se ha presentado estos días en Jerusalén y en el Templo, el lugar más vigilado por la guardia; conociendo la traición de Judas, tampoco ha evitado este lugar. Cuando la detención se hace inevitable o solo la puede retrasar algún tiempo o hacerla más violenta, ya no huye ni la

busca, simplemente *sigue su camino*, y lo seguirá hasta que le inmovilicen las piernas o se las corten al levantarlas para un nuevo paso. Es la fortaleza de la *fidelidad*. No va en plan héroe ni quiere sumar puntos ante nadie ni menos frente a nadie; solo quiere seguir el camino señalado por el Padre.

La lección resalta más en contraste con los discípulos que primero quieren sumar puntos y presumen de no abandonarle pero, cuando el peligro externo es superior a su fortaleza interior, abandonan a Jesús y huyen. Recordarán esta lección cuando les llegue la persecución.

La *oración* es la segunda lección. El Huerto es simultáneamente lugar de *tentación* y de *oración*. Jesús ha advertido a sus discípulos de la tentación, la primera forma de caer en ella es no darse cuenta de que está ahí; es una tentación decisiva, porque ha llegado un momento que resume toda la vida anterior y habrán de demostrar lo que son.

La fortaleza viene de la oración: “*vigilad y orad*”. Getsemaní es, sobre todo, lugar de oración. En lugar de emplear el tiempo en planificar una buena salida, lo emplea en la oración que es más necesaria que la autodefensa. Inminente ya su detención, Jesús sigue dando lecciones de vida.

De momento, los discípulos no la aprenden; no oran y se excusan en el cansancio, en la pena..., como si Jesús no lo estuviese mucho más.

Se nos revela también la *Pasión interna*, expresada en forma de angustia, miedo y soledad. Aunque no hubiese seguido ningún tormento externo, la Pasión habría sido completa, poco podía añadir la crucifixión externa a la crucifixión interior.

* Contraste Jesús-Judas

Judas es parte resaltada en este primer capítulo de la Pasión histórica. En unos momentos la Pasión de Jesús avanza una inmensidad en los discípulos, desde la debilidad somnolienta de unos hombres buenos hasta la traición de un elegido, un “amigo”.

Dejando de lado las posibles motivaciones de su traición, en la última Cena “*detrás del pan, entró en él Satanás*” (Jn 13, 27); los

caminos del mal son más misteriosos que los del bien. Solo esta presencia satánica pudo hacer tan espantosamente angustiada esta hora de Getsemaní

Judas es la parte visible de Satanás que nunca duerme y da vueltas como un león buscando a quien devorar; en esta escena Judas aparece como su víctima, aunque buscaba a Jesús. Nos inspiraría más compasión si no se destacase tanto su aspecto de *traidor*, por ser “uno de los Doce” y porque entrega a Jesús con un beso de amigo. Su gesto nos llega con un vestido repelente, pero eso no le hace más grave que otros fallos bien vestidos. Su gesto es despreciable, pero él no lo es, Jesús le llama “amigo”. Mientras Judas está empeñado en perder a Jesús, éste se empeña en no perder a Judas.

Así vive Jesús nuestras traiciones, tan culpables como la de Judas.

“La traición de Dios es terriblemente inminente para cada uno de nosotros ¿Qué podemos traicionar? Lo que se ha confiado a mi fidelidad ¿Pero no hay en nuestra vida muchos días en que abandonamos nuestra mejor verdad, nuestro sentimiento más sagrado, nuestro deber, nuestro amor, por una vanidad, una sensualidad, un provecho, una seguridad, un odio, una venganza? ¿Es eso más que treinta monedas de plata?. Judas nos revela a nosotros mismos”
(Romano GUARDINI)

* Sentimientos de los actores

El arresto es vivido de distinta manera por los presentes, según el papel que cada uno representa. Los sentimientos son variados en los discípulos, los capturadores y Jesús.

Los *discípulos* están *decepcionados* es el final, se acabó el Maestro y el Mesías, al menos no es lo que ellos soñaron . Y este final les coloca en situación de peligro. Su error fundamental fue poner el Maestro al servicio de sus ideas personales. ¿Qué peligrosa es la religión como manera de entender que Dios esté a nuestro servicio! Su fe deficiente les ha creado esta situación; “ninguna fe”, según Marcos, o “poca fe”, según Mateo, que se une ahora a la falta de vigilancia y oración. Pero queda en ellos alguna *esperanza* y, sobre

todo, algún *amor*, el suficiente para compaginar la huida con la atención, “*mirando de lejos*” El calor del amor de Jesús irradiaba sobre ellos aun después de arrestado y pronto sentirán de nuevo ese calor que cambiará su vida.

Los *capturadores* sienten *alegría* por el encargo cumplido y orgullo por haber superado con facilidad muchas dificultades temidas. No dudan de que éste es el fin de Jesús, ya no molestará más, bastante tendrá con defenderse a sí mismo.

La reacción se repite cada día en quien se acerca a Dios por lo que tiene de poder, de pronto descubre que ese poder no sirve para sacarle de un apuro y da muerte a Dios en su vida para defenderse a sí mismo. Y hasta presume en público de increencia dejando la religión para los débiles, es la increencia con machetes y bastones, combativa y despectiva.

Jesús es, naturalmente, el que manifiesta en esta escena más variedad y riqueza de sentimientos, oscuridad ante la presencia-ausencia del Padre, angustia por lo que se le viene encima, interés porque sus discípulos tomen conciencia del momento, amistad más fuerte que la traición de Judas, entrega voluntaria y sin resistencia, autoidentificación clara con el . “Yo soy”. El sentimiento que mejor resume todos es el de *entrega* es entregado y se entrega, ahora, ya con las manos atadas, es de verdad un hombre entregado Sabe también que es el Padre quien le entrega, aunque los modos están retorcidos por las voluntades humanas.

“Se ha producido un encuentro de voluntades y todo ha pasado a otras manos La oracion de “plegarias y súplicas” se ha inmolado en una ofrenda devorada por el amor más fuerte que la voluntad de vivir” (Jesús GARCIA RECIO)

Aquí termina el primer acto de la Pasión propiamente dicha, se ha desarrollado de noche y en un Huerto cerrado, representando el interior de Jesús; ha sido mucho más interna que externa, como la de tantos hombres sin ninguna llaga externa pero tremendamente golpeados por dentro. Aparecen ya los primeros agentes de su Pasión externa.

Dialogo entre Jesus y el creyente

Creyente - Entre nosotros discutimos quienes te detuvieron en el Huerto
¿Que viste aquella noche?

Jesus - Me creeras si te digo que no me fije demasiado, no me interesaban los agentes concretos de mi apresamiento, eran mandados y manipulados. Los que realmente me detuvieron estaban detras, escondidos en la noche y en sus conciliabulos y, detras de estos, estaba el mundo ¿que podia hacer contra el mundo empeñado en mi condena?

Creyente - Algo hiciste para que todos cayesen hacia atras algo de tu majestad divina salio de ti afuera en ese momento

Jesus - Sin embargo, ellos no captaron en mi nada divino, aunque tenian miedo, no se si al grupo de discipulos y a los que podian estar emboscados en el monte o a esas extrañas presencias sobrenaturales que se asocian a la noche, tambien debio impresionarles mi serenidad, todo este conjunto de situaciones hizo que se atropellasen y cayeran. Pero se repusieron pronto

Creyente - Yo creo que hubo mas, el Padre quiso hacer ante los incredulos un manifiesto de quien eres tu

Jesus - Lo que el Padre quiso manifestar fue, mas bien, su identidad conmigo. Confieso que, al decir "Yo soy", senti que, mas que decirlo yo, estaba escuchando al Padre que lo decia. Me sentia atado a la voluntad del Padre

Creyente - Antes de dejarte aprisionar, quisiste ofrecerles la posibilidad de dejarse aprisionar por ti

Jesus - Era mi deseo mas profundo, igual que cuando apele ala amistad con Judas. Pero su reaccion fue virulenta

Creyente - Eran gente de armas, sus formas son violentas

Jesus - Eran pueblo, mi pueblo, tenia derecho a confiar en ellos. No permiti a los mios ninguna violencia para que prevaleciesen las sanas reacciones del pueblo, en el que siempre he confiado, si esa noche me fallo, es porque ese grupo llegaba influenciado y perturbado por otros, el pecado de unos cambia negativamente a otros

Creyente - Saliste atado de aquel Huerto

Jesus - Si, y nunca olvidare la desagradable sensacion que me produjo, por un momento hasta me senti atado por dentro, pense en como las condiciones externas pueden hundir interiormente a un hombre

Decidi seguir mi camino hasta el final liberando interiormente al hombre para que llegase a ser libre tambien por fuera

2) En manos de las autoridades judías

Es detenido hacia la medianoche, una hora significativa por su *oscuridad* porque todo resulta oscuro en ese momento su mision, los capturadores, sus motivos, las horas venideras, la utilidad de todo lo que sucede. La oscuridad se volvera mas densa a ultima hora con un repentino oscurecimiento del cielo. Lo positivo de esta oscuridad es que hace resaltar mas la luz de la persona de Jesus

*** La noche

Juan señala que *lo llevaron primero a casa de Anas* que aun detentaba alguna influencia practica, aunque no oficial, por haber ostentado el cargo de sumo sacerdote y por ser suegro de Caifas, *el sumo sacerdote del ano aquel*. Anas y Caifas operaban unidos, como un solo poder factico. Aunque esta comparecencia no tenga suficiente garantias historicas, pues no la recogen los Sinopticos, es probable que fuese porque Anas representaba mejor el poder en la sombra, resaltando asi la oscuridad de todo aquel asunto. Anas ha logrado proyectar todo "el poder de las tinieblas" sobre la persona de Jesus, oscureciendo su proceso

Su interrogatorio dio poco resultado y sirvio, al menos, para descubrir en que puntos no debian insistir por inutil, fue un interrogatorio fallido, como los que siguieron, como sucede siempre que no buscamos la verdad de la persona sino confirmar una condena ya pronunciada en nuestro interior

La noche oscura ocupa la parte mas larga de la Pasion, estuvo detenido mas tiempo de noche que de dia. La noche esta llena de tinieblas y de tramas tenebrosas

La "hora" que Jesus vivio siempre como luz y fuerza se realiza en la oscuridad y debilidad de la noche y en este momento sombrío se ha

convierte en oscuridad; la "hora" que le empujaba ansiosamente por caminos evangélicos le postra ahora como un inválido; la "hora" de Dios se ha convertido en la hora de los enemigos. ¡Cuánto cambian a veces los momentos más hermosos de la vida! La noche se echa de repente sobre lo que más nos ilusiona.

La noche concentra violencias en torno a su persona, con machetes, faroles, armas, garrotes... La sombras despersonalizan la violencia al no ver la cara de quien la ejerce. Muchas violencias se evitarían si se pudiese reconocer la cara del violento. Antes de llegar a las manos, la violencia ha pasado secretamente por un corazón en odio. El diáfano "amaos unos a otros" con gestos concretos y a personas concretas ha derivado en esto. A todas las guerras, violencias y pecados les falta luz.

La noche es el ambiente adecuado para *las decepciones y los abandonos*. Los discípulos y los mismos capturadores se decepcionan al ver que es capturado con más facilidad que cualquier malhechor, sus poderes le han abandonado o nunca los tuvo. Los entusiasmos decaen cuando la noche impide ver nada positivo y el decaimiento interior se proyecta sobre los demás y dejamos de confiar en ellos. Sin embargo en Jesús la decepción por lo suyos se tradujo en aumento de amor.

Es *la hora propicia para Satanás*, que le somete a tentación y a sus discípulos los "ha reclamado para cribarlos como trigo" (Lc 22, 31); la oscuridad interna y externa no facilitan el reconocer la tentación, más irreconocible aun al mezclarse con la tristeza, el cansancio y el sueño. Los últimos años ha luchado contra Satanás y lo ha expulsado de muchas personas, pero esta noche está muy activo.

Muchas tentaciones son de puerta cerrada y desaparecerían solo con que el tentado abriese puertas y ventanas; pocas tentaciones resisten el hecho de ser comentadas en público.

La noche expresa la ausencia de Dios. Es noche del alma más que de los sentidos. No hemos oído su adiós, por eso pensamos que está, pero hemos dejado de verle y sospechamos que se fue. ¡Tan fácil que era antes comunicarse con El! Y ahora tenemos que llamarle, gritarle, llorarle... ¿Qué ha pasado con Dios? En la noche se puede confundir

fácilmente la propia imagen con la de Dios, como sucede a las autoridades religiosas que le apresan.

En la noche se traman *las maniobras contra El*. Anás le interroga sin tener autoridad para ello; los sumos sacerdotes, senadores y letrados se reúnen y confabulan, a estas horas debe estar reunido el grupo más activo buscando testigos en su contra; la madeja enemiga se teje en la oscuridad nocturna. A la luz del día, mientras "estaba con vosotros enseñando en el Templo" (Mc 14, 49), todo resultaba a su favor, pero en la noche todo se oscurece y confunde, hasta su mensaje y su persona.

Las noches continúan apartando al pueblo de Jesús: noches de ignorancia, de noticias falseadas, de interpretaciones tendenciosas, de gestos que se presentan como religiosos sin serlo...; ¿cómo podrá, entre tanta sombra, reconocer el rostro de Jesús?

La noche cumple en El su propia norma para los discípulos: "niéguese a sí mismo", le despoja de su luz, de sus seguridades, de sus consuelos, de su futuro... Le deja solo lo indispensable para el sacrificio. La Pasión de la noche duró hasta que el sol envió una luz difusa como adelantada de su presencia.

*** El amanecer

Al amanecer, "*apenas se hizo de día*" (Mc 15, 1), se reunió el "*el Consejo en pleno*" para decidir sobre Jesús. Muchos interrogantes nos plantea este juicio de Jesús ante las autoridades judías: ¿fue un juicio verdadero o solamente un interrogatorio? ¿hubo dos juicios, uno por la noche y otro al amanecer (Mc y Mt) o solamente uno por la mañana (Lc y Jn)? ¿hubo en este juicio verdadera sentencia a muerte o solamente una declaración de intenciones? ¿no se exagera la culpabilidad judía y se alivia demasiado la de Pilato?...

El caso es que "*condujeron a Jesús a casa del sumo sacerdote y se reunieron todos los sumos sacerdotes y los letrados*" (Mc 14, 53), es decir, el tribunal en pleno. Jesús salió condenado de este juicio.

No es imprescindible recurrir a la mala voluntad de los responsables judíos para explicar este juicio. Hay que reconocer que la conducta de Jesús les resultaba, por lo menos, cuestionante y perturbadora de las habituales formas religiosas y, por lo mismo, sospechosa de desestabilizar el orden establecido, lo que incluía un peligro de inquietud social. Todos sabemos lo que hoy supone que uno sea acusado de desestabilizador, es un enemigo implícito para el bienestar común. En una época tan inquieta como aquella, con tensión permanente entre la independencia nacionalista y la dominación romana, el equilibrio podría romperse por cualquier extremo o circunstancia equívoca. La persona de Jesús resultaba inquietante, pero mucho más podía serlo la reacción del público en forma de posturas y manifestaciones públicas. Objetivamente el interrogatorio de las autoridades judías resulta comprensible; ya no lo son los modos, la rapidez y el final provocado que parece se le dio.

Porque en el juicio hay también unas *actitudes subjetivas* que sobresalen en los relatos por encima del desarrollo objetivo.

“Los sumos sacerdotes y el Consejo en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte” (Mt 26, 59-60). Esta predisposición en contra aparece ya mucho antes de la Pasión y lógicamente va aumentando, pues las actitudes negativas se aumentan y afianzan con facilidad y en este caso llegaron fácilmente al deseo y decisión de eliminarle, al menos de eliminar su influencia pública. ¿Deseaban también su eliminación física? Quizá no tuvieron otra forma de detener su influencia puesto que Jesús no se sujetaba a correcciones ni se regía por su autoridad religiosa; quizá simplemente todo se desmesuró por otras circunstancias que complicaron el caso hasta no ver otra salida. La influencia de estas predisposiciones contra Jesús, aunque posiblemente agrandada en los relatos, parece clara. Este conjunto de motivaciones, objetivos y subjetivas, explican y condicionan este juicio temprano pocas horas después de su detención.

Nos quedan otros muchos interrogantes en este proceso. ¿Estaba el Consejo en pleno o solo un grupo tendenciosamente escogido?; porque cuesta creer que no hubiese nadie capaz de levantar la voz contra aquel atropello. ¿Se reunieron en casa de Caifás, como en un

conciliábulo, o en la sala oficial del Consejo?, este dato indica el carácter oficial que querían dar a la reunión. ¿Su condena final fue unánime o algunos se pronunciaron en contra? ¿Obraban solo por propia decisión o condicionados por alguna presión del gobernador romano que no quería esos días ningún riesgo de perturbación pública? ¿Les preocupaba más la posible heterodoxia religiosa de Jesús o las implicaciones sociales de su doctrina? ¿Llegaron a pronunciar una sentencia legal o solamente emitieron un juicio del Consejo para trasladarlo al Procurador? ¿Por qué, si tanto miedo tenían a la reacción del público esos días festivos, no adelantaron la detención o la prorrogaron para después? ¿Cuántas normas legales se incumplieron en aquel juicio? ¿Por qué, si la condena era por motivo religioso, no aparece en ningún momento la lapidación, que era la pena correspondiente?

Los interrogantes aun pueden multiplicarse. Siempre es así en cada juicio, sobre todo cuando llega a la pena máxima, porque otros elementos no aflorados podían haber cambiado el curso del proceso. El juicio de Jesús ante el Sanedrín asume en sí los riesgos y limitaciones de todos los juicios.

Pero ahora no nos interesa tanto su proceso judicial sino la pasión que sufre en ese proceso, las contusiones internas de aquel apaleamiento general, de las que enumeramos algunas.

* *Padece el ataque de la religión, de su propia religión*

La religión oficial le captura por peligroso para la religión popular. La religión popular tiene sus propios dinamismos, frecuentemente proclives a desviaciones, que difícilmente son entendidas por la religión oficial, lo que produce condenas o un desierto religioso. Jesús conocía bien las desviaciones religiosas de su pueblo, pero el pueblo es quien mejor comprendió sus profundas renovaciones. Más específicamente sufre la religión *del Templo*; herido por sus vanidades y vaciedades, lo amenazó de muerte y ahora el Templo amenazado se revuelve contra El. El Templo vivo –su persona– es víctima del Templo estructural. Una religión placentera, que nunca crea complicacio-

nes, puede resultar sospechosa de inconsistencia; en un momento dado, la religión le complica a uno la vida.

* *Sufre las consecuencias de su propia vocación mesiánica.* Por ser Mesías está aquí o, mejor, por ser este tipo de Mesías. Había sufrido la tentación de un mesianismo ideologizado y populista, orientado a engrandecer a su pueblo frente a los demás pueblos. Para evitar estos equívocos, impuso silencio a los discípulos sobre su mesianismo. Pero el silencio se ha roto y el entusiasmo es ya una voz incontenible y las autoridades recogen el rumor convirtiéndolo en acusación y ahora su propio mesianismo le hiere de muerte. Si sus manifestaciones mesiánicas hubiesen sido más espectaculares, no estaría condenado a esta hora.

* *Padece también por un futuro incierto.* Interrogándolo por sus discípulos y doctrina, el tribunal quiere juzgar ese futuro con él. Ellos están ahí para garantizar un futuro que sea continuación del presente, porque Dios siempre es fiel a sí mismo, mientras que el futuro de Jesús es incierto y empieza con derribos. El juicio pretende cerrar ese futuro, ya presente.

También a Jesús le inquieta el futuro inmediato de *sus discípulos*, huidos y escondidos, refractarios incluso a la resurrección; le inquieta el futuro de *su doctrina*, tanto más frágil cuanto más pura, tanto más sujeta a interpretaciones acomodaticias cuanto más exigente; le inquieta el futuro *del cristianismo*, lleno de autofrenos y desvíos, impedido desde fuera de mil maneras. El futuro nos abre puertas de esperanza y nos hace soñar, pero a veces nos hace temblar. Ahora somos nosotros los discípulos y depositarios de su doctrina, somos el futuro sobre el que fue interrogado Jesús.

* Padece las burlas y el desprecio

El juicio en sí es ya un desprecio; el inocente sentado en el banquillo se convierte sin más en sospechoso público y quizá nunca pueda blanquear del todo esa sospecha; por eso es un serio pecado toda acusación infundada. En la medida en que faltaban acusaciones subjetivas y causas legales de condena, se suplen con desprecios

burlescos, que abarcan toda la Pasión. La burla se dirige contra las funciones esenciales de su persona. Se burlan de El como *profeta*, reduciéndolo a su más vulgar sentido, el de adivinador; el horóscopo es hoy la forma pagana de ese profetismo. Se burlan de El como *Hijo de Dios*, haciéndole ver gráficamente que un Hijo de Dios no puede recibir bofetadas ni escupitajos. Pero ellos no conocían a Dios encarnado. Sin embargo, otros hijos de Dios siguen siendo burlados por no comportarse como hijos del materialismo y del disfrute.

* Padece la confusión entre lo religioso y lo político

El tribunal, dominado por los saduceos, el grupo más poderoso, está convencido de que el poder es una prerrogativa divina que ellos ejercen por delegación y que, por tanto, sus decisiones son a favor de los derechos divinos y que Dios mismo los refrenda. Lo que no admitían es que en ese círculo metían también sus intereses personales y los de la política del momento. “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, debió pensar Jesús ante ese tribunal.

Otros muchos puntos fueron también juzgados en aquel amanecer; si no se explicitan en el Evangelio, es para que nosotros sigamos en esta reflexión. Y ahora otro contraste; lo mismo que Getsemaní se resume en el contraste Jesús-Judas, la Pasión de este juicio se resume en el

Contraste Jesús-Pedro

La Pasión de Jesús es inseparable de la de los discípulos, en este momento representados por Pedro, el único de los Doce que, con “otro discípulo”, desde el Huerto “*seguían a Jesús*” (Jn 18, 15), aunque, ya dentro de la casa, se acobarda al ser reconocido por la criada y por otro de los guardias que estuvieron en el Huerto; desde esa cobardía niega su condición de discípulo de Jesús e incluso niega conocerle, reafirmando su negativa con juramentos.

La Pasión de Jesús se ve aumentada por la pasión de Pedro.

Primero porque Pedro también sufre esta noche, se siente roto por dentro mientras niega por fuera y pierde su libertad interior mientras con su negativa garantiza la libertad externa, sufre hasta terminar en llanto amargo. Se encuentra con otra persona dentro de sí mismo que hace lo contrario de lo que él piensa, pero esa persona desconocida es realmente él. En ese momento peligroso podía romperse para siempre, aunque los hombres como Pedro se recuperan fácilmente, su caída es más aparatosa que real y saben aceptar la humillación. En su interior Jesús sigue el sufrimiento de Pedro que está llevando una cruz que nunca imaginó.

Además Pedro jugaba un papel especial en el corazón y los planes de Jesús; puesto que había sido escogido como "piedra" para fundamentar la nueva construcción eclesial, una parte del edificio ya descansaba sobre él y corría peligro de derrumbarse con su debilidad esta noche. No todas las negativas son iguales, hieren más las de aquellos que han sido preferidos de alguna manera y, por lo mismo, comportan más riesgo para los demás.

El contraste de luz y sombra de aquel amanecer reflejó el contraste entre la luminosa firmeza de Jesús y la oscura cobardía de Pedro, resaltándose mutuamente como luz y advertencia para los venideros. En el Reino naciente nunca faltará la firmeza de Jesús ni la cobardía de Pedro, mutuamente compensadas, conforman un Reino de Dios en marcha.

La luz del día termina por vencer la sombra nocturna. En esa primera entreluz el Consejo judío da por terminada la reunión con una doble conclusión: una condena a Jesús, imprecisa en sus motivos, y su envío al poder romano para una condena oficial.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente - Me interesan tus sentimientos ante el tribunal. ¿Te sentiste humillado al entrar en su presencia?

Jesús - Más humillación sintieron mis discípulos al verme salir atado del Huerto que yo al entrar en el tribunal. Recuerdo que me reprimí

para no levantar la cabeza más de la cuenta, lo que se interpretaría como arrogancia.

Creyente - Anás, Caifás, sanedritas. Tuviste muy cerca sus rostros.

Jesús - Solo les conocía por referencias, los galileos estábamos lejos de las intrigas de Jerusalén. De cerca me parecieron poca cosa, quizá por el desaliño de una noche sin descanso. Algunos se sintieron molestos de que les viese así. Al mirarlos, porque siempre me han interesado las reacciones del rostro, vi de todo: amenaza, arrogancia, escándalo, dudas, misericordia.

Creyente - ¿Misericordia en aquel tribunal?

Jesús - Sí, la descubrí claramente en algunos. Creo ese tribunal ha sido excesivamente maltratado en estudios eruditos y en comentarios piadosos. Era un tribunal legal deseoso de hacer justicia, aunque su presidencia en ese momento estaba tendenciosamente desequilibrada. Creo que la mayoría habían acudido con buena voluntad.

Creyente - Es demasiado benevolente tu opinión, que nace más de tu misericordia que de su realidad objetiva.

Jesús - También ellos fueron víctimas de los acontecimientos y de la complejidad del mundo; les tocó desarrollar un juicio entre la religión oficial contra la voluntad de Dios representada en mi persona, pero difícilmente podían captarlo. Su guía era la Ley y lo que allí se juzgaba rebasaba todos los bordes legales.

Creyente - Al repasar el juicio, juzgamos a los jueces.

Jesús - Sería lícito si vuestro juicio no fuese tan condenatorio. Ya en aquel amanecer los jueces fueron juzgados, no de una manera condenatoria, sino clarificadora, al final quedó claro lo que pretendían y los sistemas que usaron y los intereses que defendían y la religión que practicaban. Nadie salió de aquel juicio como entró, cada uno se descubrió un poco más a sí mismo y a mí. Su propio sistema judicial también fue juzgado porque fue un mecanismo jurídico-social a favor de la muerte.

Creyente - ¿Nadie te defendió?

Jesús - Sucedió todo demasiado aprisa para que nadie pudiese plantear una defensa. Pero tuve la sensación de que allí había defensores míos, lo vi en sus ojos más que en sus palabras, les faltó valentía, aunque las circunstancias y mi pobre apariencia les confundieron.

3) En manos del procurador romano

¿Por qué lo envían a Pilato? Silencio e imprecisiones en los relatos sobre este punto, lo que revela una vez más que lo que allí sucede trasciende todo planteamiento legal. No sabemos si Pilato había tenido ya alguna implicación antes de ese momento; ni se los sanedritas le llevan a Jesús porque no alcanzaron la mayoría necesaria en su sentencia o porque no quieren pronunciarla ante el público, es decir, no sabemos si su determinación contra Jesús era sincera o del todo malintencionada. El hecho de retener a Jesús solo unas horas indica que no querían o no podían pronunciar una sentencia definitiva, que hubiese exigido un juicio más prolongado; por contra, aparecen indicios de su prisa por suprimir a Jesús antes de las grandes aglomeraciones festivas; el traspaso al procurador era una estrategia astuta porque el gobernador podía dictar una sentencia rápida. También Pilato nos suscita incógnitas; ¿estuvo realmente interesado en soltar a Jesús o su interés coincidía con el de los responsables judíos, con quien mantenía permanente equilibrio de disputa y connivencia? En ese juego de intereses quedó atrapado Jesús aquella mañana del mes de Nisán

Nuevo juez y nuevo juicio:

“Al amanecer todos los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo hicieron un plan para condenar a muerte a Jesús y, atándolo, lo condujeron a Pilato, el gobernador, y se lo entregaron” (Mt 27, 1).

No es una simple entrega y traspaso del caso, sino que inmediatamente aparecen ejerciendo de acusadores; es decir, Jesús no ha pasado de unos jueces a otros sino que se han ampliado los encargados de sentenciarlo, como si la convivencia judío-romana funcionase así: nosotros, los judíos, actuamos de parte policial de la operación poniendo la detención, el pliego de cargos y la primera parte de la sentencia y tú, el gobernador, pones la segunda parte, la sentencia definitiva y la ejecución, así ninguno nos habremos salido de nuestras competencias y habremos mantenido nuestros intereses. Las autorida-

des judías buscan una nueva sentencia o una acumulación de sentencias para que sean más contundentes, evitando toda posible apelación y poder presentarlo ante el público como un caso en el que había pleno acuerdo. De cualquier forma, empieza para Jesús un nuevo juicio o, más bien, el único juicio formal.

El sumario se reduce a lo único que podía preocupar al procurador romano. ¿tiene pretensiones reales?; aunque él personalmente no las tenga, como parece deducirse de su imagen, ¿otros le están promocionando en esa línea? ¿es Jesús un rebelde contra el orden establecido? ¿tiene relaciones con los zelotas o con algún grupo similar?

No extraña que Pilato tuviese sospechas de Jesús por el protagonismo que había alcanzado en algunos sectores del público, sobre todo el galileo, el más fecundo, por cierto, en subversiones por ser el más oprimido; su espionaje captó el sospechoso ascendente de aquel galileo surgido de la nada y que no tenía miedo a nadie; estos son los más peligrosos porque su origen les conecta fácilmente con el pueblo y su falta de miedo despierta el orgullo de los humillados. Claro que los mismos espías habían constatado que nunca se mezcló en ninguna agitación antiromana y que mantenía distancias con los zelotas, lo que no podía decirse de todos sus discípulos. Al Procurador le interesaba interrogar al personaje

La evidente e incuestionable la Pasión de Jesús esa mañana, ahora iluminada ya por la luz del día, nos permite ver mejor los muchos puntos que fueron juzgados o salieron a flote con motivo del juicio.

Lo que padece ante el Procurador

* *Sufre la pugna de las competencias* quién ha de pronunciar la sentencia y cargar con la responsabilidad ante el público, hay que señalar bien el terreno de cada uno y dejar claro lo religioso y lo político, que se oscurecen en la mezcla e interferencia. Por haber hecho de su vida un servicio, sufre más estas competencias contrapuestas ejercidas como factor de dominio y no de servicio al público, que es donde radica toda competencia

En terreno meramente religioso o meramente político, bien deslindados, seguramente no habría sido condenado. La lucha de competencias y de poderes es una de las constantes de la sociedad y con frecuencia produce víctimas en lugar de mayores servicios.

* *Padece un juicio que no le corresponde*, como si hubiesen equivocado el sumario o la persona. Vino a instaurar el Reino de Dios y es juzgado por sus implicaciones en el reino mundano. El juez ha confundido la causa; la que aparece en el juicio es real, pero corresponde a otros. Jesús es juzgado en nombre de otros, de todos los que están en esa situación. Es uno de los puntos en que su Pasión aparece claramente sustitutiva. ¿Le habría gustado empezar sustituyendo a los culpables de pecado? De hecho sustituye a los culpables de subversión; internamente se siente herido por un pecado religioso y externamente es condenado por un pecado político, que ni es pecado. Primero le cambian la causa de la condena y luego el reo a sustituir.

* *Sufre unas acusaciones manipuladas*. Desaparecen las acusaciones ante el Sanedrín y se sustituyen por las de no pagar tributos, revolucionar a la gente y querer ser rey. ¿Cómo han cambiado tan radicalmente las acusaciones en tan corto tiempo? Sucede así porque el interés no es por la verdad sino por crear la víctima, como cuando, al hablar de otro o a otros, se buscan las expresiones más ofensivas y no las más veraces.

* *Padece la contradicción de ser Rey y Siervo a la vez*. Normalmente el rey es servido y protegido, por eso Pilato señala que un pretendiente a rey no sea defendido sino acusado por los suyos, la indefensión y desprotección son del todo ajenas a la realeza, el que está arriba ha de creer en los enemigos para poderse defender de ellos. Pero Jesús se entiende a sí mismo como el Siervo descrito en las Escrituras y ahora constata su situación real; le juzgan como rey y le tratan como siervo. Plantearse la vida como un servicio produce complacencia interior, pero las condiciones reales del siervo son fastidiosas y hacen que la mayoría abandonen. Jesús sufre la situación de todos los que son siervos por necesidad o por elección. La grandeza del siervo no está en la exención de humillaciones sino en mantener una actitud servicial, no servil, precisamente en ellas.

* *Sufre la pasión de la inocencia*, proclamada repetida y públicamente por Pilato, según el relato de Juan, lo que hace más incomprensible que a continuación lo sentencie a muerte; hasta la autoridad venal procura mantener las formas, porque quien condena a un inocente proclamado se condena a sí mismo. La inocencia de Jesús sobresale por sí sola, era más difícil ocultar su inocencia que amañar una condena. La inocencia deja siempre rendijas por donde se cuele su luz.

Pero la inocencia total de Jesús le hace sospechoso a ellos, al que tiene pequeños defectos le excusamos con relativa facilidad porque le hacen normal y le defienden frente a lo grave; peor el inocente total puede resultar sospechoso, es tan completo que no nos lo acabamos de creer, en algún repliegue debe esconder el defecto. Además el culpable no se siente a gusto frente al inocente, porque esa inocencia le acusa, y le pasa su culpa, porque el inocente la aceptará para librarle de un castigo. No siempre es fácil convivir con el santo ni el santo sale siempre bien parado de entre los hermanos. A Jesús le condena su inocencia porque descubre a los acusadores y le hace cargar con su culpa.

* *Sufre la pasión de un castigo irracional*. “Pilato, queriendo dar satisfacción a la gente, entregó a Jesús para que lo azotaran” (Mc 15, 15). “Ya veis que no ha cometido nada que merezca la muerte, así que le daré un castigo y lo soltaré” (Lc 23, 22). Hay castigos que no responden a la culpa del reo sino a los instintos del castigador o de la masa, que derrama sus fobias en la víctima. Asusta el sadismo oculto en ciertas masas, un pueblo difícilmente aguanta sin sangre, necesita sacrificios, aunque sean rituales o deportivos, la sangre le aplaca, es la maldición genética que justifica las guerras, o la teoría del chivo expiatorio, que carga sobre sí las culpas del pueblo que le atormenta sonriente, que uno muera por todos y se sentirán aplacados.

Las iras de Pilato contra los judíos las vierte en este castigo brutal a Jesús, castiga a un judío, es sangre judía que no vale la pena; si han de aplacarse, que sea con su sangre. De nuevo se encuentra sufriendo

por otros; cada paso del juicio acentúa esta actitud, la más rica de la Pasión.

* *Padece la pasión del silencio*. Inquirido para que responda a las acusaciones, "Jesús no contestó nada más, de suerte que Pilato estaba muy extrañado" (Mc 15, 5). No habló porque lo que no había aclarado su vida tampoco lo aclararían sus palabras que, por lo demás, se juzgarían interesadas, ¿es que no han de ser interesadas las palabras de toda víctima?

Ese silencio resultaba acusador, lo que encendía más las inquinas. Pero Pilato se extraña y lo admira. Porque el silencio es también revelador, expresa su realidad personal y su disposición voluntaria para la entrega. Sus silencios fueron siempre ricos y gratificantes, aunque ahora se ha vuelto doloroso porque callando se condena a sí mismo, ese silencio expresa el de Dios que parece haberse ausentado.

El silencio es difícil y lleva en sí la fragilidad de ser malinterpretado. Jesús nos introduce en el silencio de saber refugiarse en el interior, esa parcela que nadie nos puede arrebatar, aunque también la pueden maltratar, y en el silencio que se convierte en diálogo de espíritus, el nuestro y el Dios sumergido en el nuestro hasta confundirse. Silencios así son más fecundos para la historia que millones de ruidos.

Contraste Jesús-Barrabás

El juicio provoca una situación brillante y brutal en que el que público toma parte directa en la sentencia; puesto que Jesús no era cuestión exclusiva de las autoridades, que el público se pronuncie, nadie debe quedar al margen de la sentencia. Pilato coloca al público en la disyuntiva de tener que elegir entre Jesús, el inocente, y Barrabás, el malhechor. Y el público escoge a Barrabás. Más allá de la oscura historicidad de la costumbre, el relato junta varias tradiciones para expresar nuevos aspectos que afectan a Jesús.

* *Es afectado por la situación de los malhechores*; el primero que aparece es Barrabás y pronto aparecerán otros dos. Desaparecidos los

discípulos, aparecen los malhechores como sus nuevos compañeros; se le coloca en el mismo plano que a Barrabás, "el que habían metido en la cárcel por revuelta y homicidio" (Lc 23, 25). Contado entre ellos, como uno más, sufre su pasión. Que la comparación la establezca Pilato no le duele mucho, lo doloroso es la elección del público, aunque haya sido manipulado por los sanedritas presentes. Es difícil el juicio directo de una persona, pero más peligrosa es la comparación, porque el aprecio de uno se traduce en menosprecio de otro.

* *Afectado por la difícil libertad*, que conforma el telón de fondo de toda la mañana. Las autoridades temen que la libertad de Jesús suscite excesivo descontento de libertad en el pueblo, creando levantamientos populares. Pilato teme que este embrollo complique su delicada situación ante el César y pierda su libertad personal. El pueblo pide la libertad de un preso porque es uno de los suyos y lo siente como si algo del pueblo estuviese apresado. En todo juicio se debate la libertad y sus implicaciones. A priori el malhechor será privado de libertad y el inocente quedará libre, pero aquí el resultado es el contrario. Uno le roba la libertad al otro; uno es privado de libertad para que el otro la obtenga, o mejor, uno la renuncia para que el otro la adquiera. La redención sustitiva está de nuevo funcionando, por eso Jesús no protesta. Es una dramática llamada a que nunca la libertad de nadie se tenga que lograr a costa de la de otros.

Al mirar la situación de su pueblo sojuzgado, esto le hace identificarse con su pueblo y entregarse silenciosamente por él; Barrabás estaba retenido a la fuerza mientras que él se entregaba voluntariamente, por eso la libertad de Barrabás aparece más como una conquista del pueblo puesto que la han logrado gritando frente al Procurador. Jesús se identifica con el pueblo y acepta su veredicto, aunque se equivoque de persona, está favor de la libertad.

* *Es afectado también por las pasiones humanas*, el pretorio es un circo de pasiones encontradas dispuestas a un enfrentamiento mortal. El Procurador lucha entre su pasión antijudía y su pasión por el poder; los sanedritas y el grupo popular son un torbellino de odios, ansias nacionalistas y rechazo al romano. Jesús siente la pasión por el Reino que le urge como un fuego. La única manera que tienen las

pasiones judías y la romana de no eliminarse mutuamente es unificarse contra otro, por eso descargan contra Jesús. En un ambiente sereno Jesús habría sido puesto en libertad, su condena es fruto de este ambiente apasionado. Las pasiones sueltas no sujetas a razón fácilmente desbordan en enfrentamientos, golpes y muerte, y multiplican su capacidad al chocar entre sí como en un accidente automovilístico, pero, encauzadas, son fuente de vida porque su energía es positiva y puede engendrar vida; la libertad vivida apasionadamente es fecunda.

* *Le afecta el miedo de las autoridades al pueblo*, temen que su ascendiente se convierta en entusiasmo incontrolado y revolucionario. Pilato teme contrariar a este pueblo que ha llegado pidiendo la libertad de uno de sus presos y lo hace a gritos, como quien demanda una propiedad que le han robado. Cuando la autoridad no sirve al pueblo, lo teme. Pero, cuando el pueblo se convierte en masa, resulta incontrolado y a veces pide cosas contra su propio interés o sacrifica lo mejor de sí mismo.

* *Es afectado por una serie de circunstancias adversas*. Solo esos días Pilato subía a Jerusalén con sus soldados; de haber seguido en su residencia de Cesarea no le habrían llevado aquel extraño reo y, en todo caso, se habría iniciado un proceso lento. Al coincidir con la costumbre de la liberación de un preso, se vio situado en el mismo escenario que Barrabás y, por tanto, al mismo nivel de culpabilidad.

* *Padece, por fin, el golpe de una condena* que cae directamente sobre su cabeza como un tiro de gracia. Los relatos evangélicos, tan proclives a suavizar la imagen de Pilato, no lo presentan como un condena explícita sino como una renuncia a concederle la libertad. Disculpando lo indisculpable y acentuando la culpabilidad judía, dicen que “lo entregó para que lo crucificaran” (Mt 27, 26), como si ellos fueran los encargados de crucificarle. Marcos carga también a los judíos la flagelación: “a Jesús lo entregó para que lo azotaran y lo crucificaran” (Mc 15, 15). Lucas lo deja más impreciso: “y a Jesús se lo entregó a su arbitrio” (Lc 23, 25).

Nadie aparece como responsable directo de la condena, queda más en relieve la tragedia que la condena. El único nombre unido indiscutiblemente a la condena es el de Jesús, por ser la víctima; se puede

dudar de quién es el culpable pero no de quién es la víctima. Lo más grave de una condena no es quién la pronuncia sino quién la sufre, por eso es más grave sufrir una condena equivocada que pronunciarla. ¿Equivocada la condena de Jesús? ¡Si El era nosotros! ¡Nosotros le condenamos! En ese juicio nos corresponde el papel de Pilato y el de Jesús; en algunas condenas somos responsables y en otras, víctimas. A veces hemos sido Barrabás, enfrentándonos a Jesús, y otras fuimos rechazados por estar al lado de Jesús. Por un motivo o por otro, la condena nos alcanza de pleno.

* *Y sufre por no saber la causa de la condena*. Diversos motivos habían ido apareciendo a lo largo del juicio, ¿cuál de ellos era el decisivo? Ni siquiera las autoridades judías lo tienen claro porque, cuando aparece el letrero: “Rey de los judíos”, protestan. No le condenan por ninguna causa, le condenan a él, sin más, directamente, rechazan su persona y le arrojan fuera de sus vidas; le rechazan a El sean cuales sean sus obras y culpas. ¡Deshechado! ¡Despreciado! ¡Arrojado fuera de la vida!

También para nosotros resulta más clara la causa teológica que la causa legal de la condena, y las causas legales aun son más claras que las responsabilidades personales. En el fondo, la verdadera causa de su condena es el pecado, no hay otra.

* *Le afecta también la burla soldadesca* a que le someten, mientras los preparativos para la crucifixión, por su irrisoria realeza. La tentación real le acompañó en su vida desde diversos círculos nacionalistas; y ahora aparece como causa final de la condena. ¿Qué se puede hacer con algo que a uno le persigue tan tenazmente?; como si hubiese nacido ya con ese destino persecutorio. En el fondo de sí mismo se sabe rey, pero “no de este mundo”; por eso los soldados de este mundo se burlan cruelmente –con corona de espinas y golpes de caña en la cabeza– del ridículo rey a quien ningún soldado querrá servir. Temió que todo este sector militar se escapase de sus manos pero en el último minuto del Calvario aparece un centurión alabándolo.

Era cerca del mediodía cuando Jesús se encontró con aquella sentencia encima de su vida: condenado a morir por crucifixión.

Así termina su primer y único encuentro con Pilato. Hay encuentros que nunca debieran producirse; aunque paradójicamente luego resulta que pueden ser los más fecundos para nosotros.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente.- Dime tus sentimientos ante Pilato.

Jesús.- Primero sentí curiosidad, aunque poca, ante aquel hombre del que tantas cosas se decían. Al principio no advertí en él ninguna curiosidad por mi persona, lo que le intrigaban eran los motivos de las autoridades judías para solicitar un juicio en un día tan señalado.

Creyente.- Los Evangelios le presentan como defensor de tu inocencia.

Jesús.- No sé; creo que al principio fui para él solo un elemento de confrontación con nuestras autoridades; la importancia que yo tenía es la que me diesen esas autoridades.

Creyente.- Cuentan que era cruel.

Jesús.- Como juez creo que pretendía salvaguardar la justicia romana que estaba bien protegida por una serie de leyes a favor del acusado, dejando claro que su ley era superior a la nuestra. También creo que estaba molesto porque una cuestión que parecía menor empezase inquietándole el día. Hasta que apareció el miedo en sus ojos.

Creyente - ¿Miedo a qué?

Jesús.- Empezó, según pude deducir, cuando su esposa le envió un recado advirtiéndole de un sueño inquietante en relación con mi destino; parecía un hombre atento con su esposa enferma, los rumores populares hablaban incluso de un hijo tullido. ¿Quién era yo para introducirme en su vida? Hay hombres duros que tienen una sensibilidad especial para con su esposa.

Creyente.- No tendría ningún planteamiento religioso.

Jesús.- Así fue inicialmente pero cambió a lo largo del proceso, no sé bien por qué, creo que porque terminaron acusándome de querer ser hijo de Dios. Su miedo supersticioso se despertó de repente ¿Quién era yo? ¿De dónde venía? ¿Por qué me había metido en su vida? No quería ningún problema con ninguna de las extrañas presencias de dioses que, según había oído, de vez en cuando se mezclaban con los hombres.

Creyente - Quizá por eso quería soltarte, más que por tu inocencia.

Jesús.- Tal vez. Pero le acometió un nuevo miedo cuando le amenazaron con acusarle ante el César por no colaborar al mantenimiento del orden público, aquí sucumbió su fortaleza. El César le inspiraba un miedo superior al de ningún otro dios. Al fin yo fui víctima de su miedo y de todos los miedos que hacen tomar determinaciones en perjuicio de uno mismo o de los demás.

Creyente - ¿Viste el miedo en su cara?

Jesús - Sí, aunque pretendía disfrazarlo de arrogancia otáparlo con un lavado de manos.

4) Camino del Calvario

Este camino hacia el lugar de la ejecución es la escena que mejor refleja el tema del seguimiento; la cámara de la reflexión recoge el lento e imparable movimiento pero se detiene con emoción en los primeros planos; cada gesto de este camino merece una atención meditativa.

Las autoridades, cumplida su función de acusación y de condena, dejan a Jesús en manos de los soldados de la guardia.

"Y con esto se hicieron cargo de Jesús. El, llevando a cuestas su cruz, salió para un lugar que llamaban la Calavera (en arameo, Gólgota)" (Jn 19, 17).

Otros dos condenados caminaban con El. Habían sido flagelados cruelmente y continuaban recibiendo golpes mientras caminaban, formaba parte del escarmiento de cara al público, eran un número más de los que la sociedad quiere arrojar fuera de su cuerpo como cancerosos. En tan horrendo caminar, quizá el único consuelo era pensar que así se solidarizaba tantos anónimos que caminan igual.

Tres puntos de pasión se destacan en este camino.

*** La primera son los tormentos del camino

Con el palo transversal cruzado entre los hombros y la nuca y atado a los otros dos condenados, este caminar martirial adelanta ya

la crucifixión, dado su agotamiento físico y las magulladuras de su cuerpo. Muchos caminan en el mundo del sufrimiento atados unos a otros y no podrán liberarse hasta que la fila entera sea liberada, lo que aun dificulta más su esperanza. Jesús camina atado a esa fila

+ Sufre el tormento del *anonimato*, por el que ha dejado de ser Jesús para ser un condenado más, *con el rostro oculto*, forzado por el madero que le obliga a bajar la cabeza, tiene un caminar despersonalizado, sin rostro ni nombre ni rasgos propios. Entre el abatimiento de la cabeza y la desfiguración de los tormentos, nadie puede reconocerle. Es solo uno más entre los hombres abatidos por sus problemas, arrastrándose por la vida sin que nadie pronuncie su nombre con cariño.

+ Y el tormento de *caminar hacia la ejecución*, cuando ya no hay posibilidad de liberación, la única esperanza del condenado es acabar cuanto antes para sufrir menos; es un caminar desesperanzado que para muchos es desesperado. Sufre también la condenación más profunda del hombre que no es fiel a su destino fundamental y ha perdido el sentido de la vida y, por tanto, también el de la eternidad. No puede detenerse, ni siquiera para recuperar aliento, no se lo permiten, el suyo es un camino sin retorno donde no caben arrepentimientos ni paradas. En estas circunstancias al hombre le gustaría detener su vida para que acabe antes de que llegue el horrible momento final, pero no es posible. Pero Jesús camina animosamente este último tramo de su vida, decidido a cumplir del todo su "hora".

+ El tormento de *la impotencia para la cruz completa*, de momento lleva solo la mitad, el palo transversal, la cruz completa llegará más tarde y será más terrible, pues la cruz solo se completa con la muerte. Maravilloso, después de todo, que lo que le destroza sea lo que le completa, ahora comprende por qué esa cruz es "necesaria", porque es la única forma de completar su vida. Cuántas vidas quedan incompletas por no aceptar la parte correspondiente de su cruz, por no integrar con dignidad y virtud una desgracia que llega en cualquier momento, siempre inoportuno. Quiere que su cruz sea la completa de la humanidad, para anular todas las demás, pero sabe que las cruces

seguirán produciéndose. Aceptándolas, siente que se completa la mitad que lleva encima.

+ Y el tormento del *caer y levantarse* durante el camino, seguramente más de las tres veces recogidas por la tradición; la caída atormentada por el tremendo golpe y el esfuerzo que necesita que necesita para levantarse. Su caída es dolorosa y humillante porque no está acostumbrado a caer, siempre ha ido adelante y su caminar ha sido el más decidido del grupo; a quien más humilla la caída es al más firme y seguro; Jesús cae desde su propia altura y desde la altura a que le ha elevado la admiración de los demás. Le faltaba la experiencia de los caídos, había estado a su lado pero no era uno de ellos, ahora sí.

Con los brazos atados al madero, el levantarse es otro tormento. ¡Qué difícil es ponerse en pie! Logra alzarse de nuevo y mantenerse en pie, aunque encorvado, y avanzar, porque no basta estar de pie, hay que avanzar. El caminar de los encorvados por cualquier cruz es terrible, sin embargo son los que más avanzan, siempre llegan a tiempo al lugar desde donde se resucita.

*** *La segunda pasión de este camino es el rechazo que inspira la cruz*, por eso no encuentran ningún voluntario para llevarla cuando le descargan de aquel peso para que llegue vivo a la ejecución, la misericordia había desaparecido del camino o se había reducido a alguna mirada apenada o lo más a unas lágrimas. "*Pasaba por allí de vuelta un tal Simón de Cuenca, el padre de Alejandro y de Rufo, y lo forzaron a llevar la cruz*" (Lc 15, 21). Tuvieron que forzarlo.

El rechazo de la cruz era más fuerte que ninguna otra consideración. Las autoridades rechazan la persona de Jesús, pero el público rechaza más su cruz que su persona, a El le rechazan en la medida en que se identifica con la cruz. Continúa hoy este rechazo a la cruz; si se rechaza a los crucificados es por la cruz que llevan, uno siempre tiene miedo de que te enganche.

Es un *rechazo instintivo*, porque la cruz no tiene por qué ser amada en sí misma, puesto que es expresión de muerte, además la muerte del crucificado es fea con el cuerpo distorsionado y sucio de excrementos. Ninguna cruz es atractiva, excepto la que fabricamos artísticamente, que no tiene nada que ver con la cruz real de la vida. Se

diría que el instinto que nos aparta de la cruz es el instinto de la vida que se defiende a sí misma. Sin embargo, en la cruz está la verdadera vida.

Es además un *rechazo social* puesto que solo se aplicaba a revolucionarios y malhechores públicos. A nivel mundial los grandes sectores crucificados son rechazados para que no estorben el normal funcionamiento del sector social desarrollado. Muchas residencias de mayores se llenan, no por un mejor cuidado del anciano, sino por el malestar social que crea en las familias al complicar el espacio del piso y las salidas de fines de semana.

Es también un *rechazo religioso* puesto que nos cuesta creer en la presencia amorosa de Dios en las desgracias, pensamos que lo mejor que puede hacer es evitarnos esas situaciones. No se ha borrado la vieja creencia de que Dios maldice la cruz, porque ciertamente maldice de quien hace lo que lleva a ella. Esta maldición le pesa terriblemente a Jesús durante aquellas horas. Mientras los enemigos le imponen la cruz, los seguidores le quieren separar de ella, con lo que le separan de la vida que le lleva a ella.

'Para los judíos la muerte de cruz era una maldición, un final abominable. Tomar al crucificado por un enviado de Dios es un pensamiento blasfemo! Dios nunca hubiera escogido para su hijo una muerte tan indecente, una bofetada para quien sabe algo de los dioses excelsos. Es un escarnio para cualquier sensibilidad seriamente religiosa. Semejante Dios llenaba de ridículo su honra.' (S. ZIMMER)

Al mismo tiempo sufre *su impotencia personal para llevar la cruz* que es "necesaria", sus fuerzas han huido y apenas pueden arrastrar los pies, la fuerza de Dios tampoco sirve para esto: se ha quedado solo con su debilidad, que es mayor que la de los otros dos reos que siguen caminando, su fuerza ha pasado a un desconocido campesino que camina detrás suyo, lo que le consuela porque eso significa que su fuerza no se ha perdido del todo, simplemente se ha traspasado a otro.

Mirando el aguante de los otros dos, descubre la energía portentosa que se esconde en muchos sufrientes, que asombran por su capacidad de aguante, el mundo que se separa de ellos se priva de esa energía. Jesús capta la potencia de ese mundo sufriente y decide morir entre ellos, participando de su tormento para aspirar su energía.

^{3:33} *La tercera pasión del camino es la pasión de los que sufren por Él* porque sigue supersensible a lo de todos los demás, su piel siente tanto el frío de fuera como el calor de dentro. Ha encontrado a su paso "unas mujeres que se golpeaban el pecho y gritaban lamentándose" (Lc 23, 27-31), cerca está el dolor de su Madre y las mujeres que la acompañan y, un poco más allá, el sufrimiento oculto de los discípulos y el de todos los decepcionados por este final.

Desde el principio de su vida hizo sufrir a otros, sobre todo a los más cercanos, primero a José, cuando descubre el embarazo de María, luego a su Madre cuando recibe la profecía del anciano Simeón, a los dos cuando la huida a Egipto o cuando los pierde en Jerusalén o, más tarde, cuando su vida pastoral entusiasma a unos y escandaliza a otros. Va por la vida provocando sonrisas y lágrimas, pero las sonrisas y aplausos han sido más efímeros. Y este sufrimiento ajeno es otro peso añadido a su caminar. Aunque pudiese liberarse de su propio sufrimiento, nunca se liberaría del sufrimiento ajeno y menos del sufrido por causa de su persona.

Padece también *el sinsentido de muchos sufrimientos*. Detrás de una llaga hay una causa que hay que descubrir para poder sanarla, de lo contrario la llaga terminaría corrompiendo la salud, en cada sufrimiento hay un sentido oculto que hemos de descubrir para que no termine apabullándonos. Jesús intenta corregir esta deficiencia en el llanto de las mujeres invitándolas a que *no lloreis por mí, llorad mejor por vosotras y por vuestros hijos*. Algo hay en ellas y en sus hijos, los hombres, que tiene que ver con el sufrimiento de Jesús, si lo descubren, podrán caminar juntos hacia la misma esperanza.

Así fue la pasión de aquel caminar hasta el Calvario, aunque se hubiese interrumpido aquí, ya habría sido suficiente. La verdadera pasión martirial no está tanto en un final imprevisto y sangriento sino en el caminar estorzado, sin salirse del camino de los otros sentencia

dos, compartiendo todo, desde el espíritu hasta la debilidad. No se trata de que te quiten la vida de forma criminal sino de que la vayas repartiendo a cada paso.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente.- Nuestras imágenes te representan siempre llevandola cruz entera sobre el hombro y arrastrándola por latierra, aunque encorvado, tienes aire de heroe

Jesús - Yo no me vi así en ningún momento; era el mas agotadode los tres, el menos héroe

Creyente.- ¿Qué se siente aplastado bajo una cruz?

Jesús - Lo primero que sientes no es la cruz sino tus propios hombros maltrechos, luego te sientes humillado por lo que representa, el primer fruto de la cruz es que te hace tomar conciencia de ti mismo, cualquier parte del cuerpo tocado por la cruz descubre que es tuyo. Después sentí lo poco que valía pues ni siquiera era capaz de llevar esa cruz, primero me humilla su peso y luego el que me la tengan que quitar porque no puedo con ella, fue la mayor lección de humildad en mi vida. Por fin lo que más sentí fue el peso del pecado del mundo encorvándome por dentro, como si estuviese sucio y maldito, cuando me liberaron del madero, apenas sentí alivio porque el peso interior era más fuerte

Creyente - Nos empeñamos en verte con la cruz entera, aunque no fuese así

Jesús.- Porque os gusta verme como un gigante capaz de llevar cualquier peso, con media cruz os parece que soy menos. Pero lo siento porque así deformáis la cruz, que no es nunca algo artístico ni bien hecho ni tiene nada de atractivo; está hecha siempre de palos sueltos y sin labrar, que lo mismo te pesan que forman una valla de obstrucción, nunca puedes prever cómo reaccionarán los palos de una cruz. Desde entonces temo a las cruces bien hechas que deforman la mía

Creyente - En aquel camino estuviste muy acompañado deespectadores; ¿te sirvió de consuelo?

Jesús - Me producía sentimientos contradictorios. Allí estaban acompañando a unos condenados a cruz, la autoridad quería convertir esta

marcha en escarmiento pero descubrí miradas de compasión y misericordia, no solo por mí, sino por los tres, lo que me alegró; sentí la sangre judía palpitando a nuestro alrededor.

Creyente.- Eso hizo que no te sintieses tan solo.

Jesús - Sí me sentí solo, porque aquellos eran espectadores más que acompañantes, la mayoría ni me conocían. Su presencia me ofreció poco alivio pero bastante estímulo porque a ellos me debía y por ellos me entregaba, eran el pueblo a quien el Padre ofrecía el Remo.

Creyente.- ¿Qué sentiste ante el desconocido que llevó tucruz?

Jesús - Curiosamente en un primer momento me sentí ofendido, aquel hombre era la demostración más clara de lo poco que yo valía. Pero rápidamente tuve otra sensación consoladora. por fin aparecía un verdadero acompañante y seguidor, no nos conocíamos pero la cruz nos unificaba, nuestro primer encuentro había sido por la cruz y los encuentros personales con este fundamento suelen ser más profundos y duraderos. Con esta sensación llegué mucho más animoso al Calvario.

5) La Crucifixión

Hacia el mediodía ya están en el Calvario, llegan pronto porque el camino es solo de unos centenares de metros y porque los golpes y empujones de los soldados les obligan a caminar. Todos los preparativos estaban ya a punto; el palo vertical bien hincado y sujeto a tierra, los clavos, las escaleras, las cuerdas; el piquete de soldados era ya experimentado en esta operación. Urgía realizar pronto la crucifixión y acabar rápidamente con sus vidas para que no coincidiesen en la cruz con la cena pascual de esa noche, pero tampoco había que ir tan rápido que no fuese suficiente escarmiento.

El terrible acto es señalado por los evangelistas con una sobriedad exasperante: "lo crucificaron" (Mc 15, 15); "los crucificaron allí, a él y a los malhechores" (Lc 23, 33), "Lo crucificaron con otros dos" (Jn 19, 18); Mateo ni siquiera menciona la crucifixión, sino solo el camino al Calvario y lo que sucedió "después de crucificarlo" (Mt

27, 36). Ninguna descripción del terrible tormento y la más horrible agonía que podía durar horas y hasta días, según la resistencia del reo; nada sobre el enclavamiento, sobre la inmovilidad y el no poder ni siquiera espantar las moscas, sobre la dislocación de las articulaciones o el ardor de las heridas al sol del mediodía, o la sed ardorosa y la asfixia angustiante o la vergüenza de las propias suciedades.

Su silencio descriptivo no es solo porque los contemporáneos ya conocían el tormento, puesto que escriben para el futuro, sino por el escándalo que les produce la cruz, quieren que ese escándalo roce lo menos posible a los lectores.

Escasamente tres horas duró Jesús en aquel tormento, murió pronto, antes que sus compañeros y que la mayoría de los crucificados; estaba demasiado agotado física e interiormente; por otra parte, unas horas más de sufrimiento no habrían enriquecido más su Pasión. Sucedió un viernes, aunque difieren los Evangelios al señalar la hora, a la que dan un sentido litúrgico más que cronológico; duró desde el mediodía hasta aproximadamente las tres de la tarde de un día de abril.

Su sobriedad descriptiva nos lleva a profundizar más en la verdadera y múltiple Pasión que Jesús sufre en el Calvario.

*** *Sufre la pasión física* No por no descrita la Pasión dejó de ser brutal y horrible; su descripción no supone que hayamos de abandonar esa línea de reflexión, porque lo que entra por los sentidos es el primer contacto con la realidad; así lo ha hecho la predicación y devoción popular, aunque a veces con exceso. Una excesiva acentuación de la pasión física y un olvido de los tormentos alejan por igual de la verdadera Pasión.

Nuestra cultura rechaza hoy los tormentos físicos, la ley protege contra la tortura y la medicina alivia los sufrimientos, pero el sufrimiento físico continúa crucificando a gran parte de nuestra sociedad. Frecuentemente respondemos con una ignorancia cegadora porque, no conociendo, no sentimos y, no sintiendo, no nos vemos empujados a comprometernos; otras veces lo arrinconamos en ciertos lugares (tercer mundo, residencias...) para no tenernos que cruzar con él. La Pasión física de Jesús nos acerca a esta pasión física de los hombres.

Es bueno que la Cruz y, sobre todo, el Crucificado sea la imagen más expuesta en público; mientras esté ahí, sabremos que hay gente que sufre

*** *Sufre el letrero colgado encima de su cabeza* "Jesús Nazareno, el Rey de los judíos" (Jn 19, 19) Al final es crucificado por razones políticas, por supuestas pretensiones reales que en esa situación significaban actitudes revolucionarias, pues su nación estaba bajo dominación extranjera y había que liberarla. Ese motivo no corresponde a su vida ni siquiera a todo el desarrollo del juicio. ¡Es falso! ¡Falso! Pero la autoridad lo ha decretado así y la autoridad es la que explica la verdad al pueblo. Ese letrero *desfigura toda su vida*. Años le ha costado manifestar la realidad de su vida y que la gente le vea como es y ahora, en un momento, el letrero cambia esa realidad. De nada serviría que gritase protestando contra él, no le creerían porque la autoridad religiosa y la política coincidiendo en una sentencia no se equivocan; sólo habría logrado malgastar las últimas energías.

Por otra parte, ¿por qué cambiarlo?, ¿si es la verdad!, el letrero calumnioso dice la verdad. ¡Es rey! LO había admitido ante Pilato, ¿por qué rebelarse si se proclama en público? Cuando el público quiso proclamarle rey él se negó y ahora que El lo acepta, el público no lo admite, no quieren un rey crucificado. Está bien, que el letrero quede ahí, bien visible. ¡Pero hay tanta diferencia entre su realeza y la condenada en la tablilla!

Siente también *la vergüenza de los judíos al leer el letrero*. Ese letrero es una burla para sus reyes, escogidos y adornados por Dios, si alguno de sus reyes hubiese sido así, estaría justificado el desprecio de los romanos. Pilato menospreciaba públicamente al pueblo judío con ese letrero, por eso los sanedritas le piden que lo rectifique para evitar todo equívoco.

Ahí continúa el letrero, ininteligible para muchos, manipulado por otros, objeto de veneración para algunos. Ese letrero es la primera catequesis sobre Jesús Crucificado. Durante siglos el letrero confundirá a muchos, incluso estudiosos, pensando que Jesús es un revolucionario fracasado. Pero está bien puesto, con una pequeña rectifica-

ción: REY=SIERVO SERVIDOR. Rey muerto en acto de servicio por el pueblo.

*** De nuevo le alcanzan las burlas de incompreensión y desprecio, que expresan la pasión interna que acompaña a la externa, por eso se repiten a cada paso. Las burlas se multiplican en torno a la Cruz, las dicen en voz alta para que las oiga El mismo y que las participen los asistentes; se amplía el círculo de los burladores que ahora son los transeúntes, los responsables judíos y los soldados de la guardia. De nuevo se dirigen contra su persona y contra lo esencial de su misión: “¡Vaya! Tú que destruías el santuario y lo reconstruías en tres días: baja de la cruz y sálvate” (Mc 15, 29-30) “a otros ha salvado; que se salve él, si es el Mesías de Dios, el Elegido” (Lc 23, 35). Las burlas son la peor forma de rechazo porque le infravaloran ante el público, transformándole en algo despreciable junto al que nadie querrá estar para no ser alcanzado por esa burla.

Le niegan la categoría de héroe nacional, reconocida para otros nacionalistas también crucificados y que el pueblo recordaba con veneración, porque a los héroes se les mira y admira. Si alguno de los silenciosos espectadores aun se inclina a admirarle, que no se confunda, éste no es ningún héroe.

Le niegan la categoría de mártir, el héroe de Dios; los héroes se colocan en pedestales y los mártires en altares; las burlas le despojan de su categoría de enviado de Dios y de mártir, la prueba de que no ha muerto por Dios es que Dios no le defiende; que nadie le siga porque sus huellas terminan en barro.

Le niegan la categoría de persona normal, pertenece al género de los que provocan desprecio, no es respetable. El “Hijo del Hombre” ya ni siquiera es hombre. Borran su categoría de hombre pública y de persona normal. Que las burlas resuenen fuerte no sea que, después de muerto, alguien intente rehabilitar su memoria.

Pero las burlas también son crucificadas y tocadas de sabiduría para que terminen significando lo contrario de lo que dicen. Los Evangelistas las transmiten como una proclamación pública, en una tarde concurrida de gente, de que Jesús es efectivamente eso: ¡REY! ¡HIJO DE DIOS! ¡SALVADOR! Hasta los enemigos terminan pro-

clamándolo. Porque su realidad no depende de unas palabras que la nieguen sino de la fe que lo acepte.

*** La Pasión integral le alcanza en forma de sed y tiene que gritarla: “Tengo sed” (Jn 19, 28). La terrible sed física (deshidratación, fiebre) que reseca sus fauces y entrañas aun es soportable, lo peor es la sed que alcanza su espíritu, que Juan entiende en relación con el Salmo 69.

Su sed del espíritu hace referencia a los manantiales de agua que nacían de sus entrañas y que El ofrecía “el día solemne de las fiestas” a todos los sedientos: “Quien tenga sed, que se acerque a mí” (Jn 7, 38). Pero ahora suena al revés, el manantial se ha secado y sus propias entrañas agrietadas y resacas ya no ofrecen agua sino que la reclaman; un espíritu reseco es mucho peor que un cuerpo deshidratado. En ese momento sintió a fondo su realidad de necesitado radical, agudizada hasta no sentir la fuente de Dios y necesitar el consuelo de los hombres.

Pero su sed es, sobre todo, ansia ardiente de vida, la misma que en otra ocasión sentía como fuego. Moriría tranquilo si su propio manantial se trasladase a otros, convertidos en nuevas fuentes. Esta es la ayuda que reclama: que los saciados por El sigan repartiendo el agua que a El le falta. Su fuente muere dejando otras fuentes, como mueren los árboles dejando retoños. Por eso su sed es fecunda, transmite su agua y su propia sed y otros muchos la siguen transmitiendo.

** La peor Pasión es la oscuridad: “A media tarde gritó muy fuerte: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34). El hecho de gritar expresa el culmen del sufrimiento, todos los demás sufrimientos los ha aguantado con entereza, pero este abandono divino no lo puede aguantar sin quejarse. El alma misma se le desgarró y quiere explotar pero El grita para desahogarse, vaciando así un poco su sufrimiento interior y poder aguantar hasta que pase este sufrimiento, que pasará.

Es la pasión del amor abandonado, porque su relación con el Padre, más que de fe, es de amor, se aman tanto que no sabe distinguir entre una persona y otra, pero ahora se ha producido una ruptura violenta. El amor del Padre se ha cambiado por desprotección total y

por ausencia, ¿dónde estás? ¿me has abandonado?; si no es abandono, ¿qué es esta sensación de vacío que me ahoga?

Más que ausencia, es *oscuridad*, expresada incluso en las tinieblas exteriores: “Al llegar el mediodía toda aquella tierra quedó en tinieblas hasta media tarde” (Mc 15, 33). En esa oscuridad la fe es sometida a prueba y el amor a tortura, ¿a dónde se puede ir así? Jesús tiene que agarrarse a la cruz para no perder la dirección de su vida en esa hora fatal; si no estuviese clavado, tendría el riesgo de perderse; la ventaja de la Cruz es que le mantiene a uno seguro a pesar de las sombras externas e internas. En El mismo la Cruz empieza a ejercer esa función de faro para los momentos difíciles.

Su grandeza consiste en que, aun en esa oscuridad, puede decir: “Todo ha terminado” (Jn 19, 30) y “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46). La Cruz tiene la inmensa gracia de producir esperanza en la desesperación y de asegurarnos la presencia amorosa del Padre donde menos la sentimos.

* *Sufre también los falsos alivios*. Al empezar la crucifixión “le dieron a beber vino mezclado con hiel” (Mt 27, 34); “lo probó”, en señal de agradecimiento a aquellas mujeres misericordiosas, “pero no quiso beberlo”, no solo para mantener íntegra su conciencia, sino porque no era el alivio que necesitaba. También los soldados equivocan el alivio y “se acercaban para burlarse de él y le ofrecían vinagre” (Mc 23, 36). Solo captan el sacrificio externo y sus alivios no pasan de ahí.

Jesús sigue sintiendo hoy falsos alivios: un cristianismo culturalmente enriquecido pero vivencialmente bajo; un cristianismo burgués mucho más creído que practicado; sacramentos transmitidos como prácticas tradicionales pero no como caminos de vida; un Iglesia más visible en su estructura que en su fraternidad; una pobreza mucho más proclamada que practicada; imágenes que fomentan devoción pero no compromiso; prácticas religiosas pero no seguimiento...

El peor alivio es querer bajarle de la Cruz: “Baja de la cruz y sálvate” (Mc 15, 30). En esto coinciden los burladores y los seguidores. Confunden aliviarle de la cruz con salvación. No entienden el

sentido salvador de la Cruz que consiste en que “a otros ha salvado” y en que ocupa el puesto de los condenados para salvarles.

Falsos alivios a Jesús son también los falsos alivios a los hombres de hoy, tan necesitados incluso cuando no lo aparentan: darles libertad de movimientos sin objetivos hacia dónde ir; aliviar sus enfermedades sin acompañarles con el cariño; alargarles años de vida sin ofrecerles eternidad; favorecer su cultura pero no su religión...

En nuestras manos está el alivio verdadero del Crucificado Jesús y de todos los necesitados: seguirles, estar cerca.

* *Sigue sufriendo la pasión de los dos compañeros crucificados*: “Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y el otro a la izquierda” (Mc 15, 27).

Sus clavos son triples, los suyos y los de los otros dos.

Crucificado entre bandidos, sufre su *desprestigio*, es uno de ellos; de haber sido crucificado en solitario habría sido mejor considerado por los asistentes. Este desprestigio tapa la dignidad personal con que lleva el tormento, porque el desprestigio se ve de lejos mientras que para ver la dignidad hay que acercarse y pocos lo hacen, porque la cruz repele.

Sufre su *desesperanza*: les oye rebelarse y maldecir, agotándose inútilmente, porque un crucificado no puede tener esperanza de liberación. Su desesperanza se convierte en acusación contra El: “¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros” (Lc 23, 39). Les comprende desde su sensación de abandono. ¿Cuánto le gustaría insuflarles algo de la profunda confianza en el Padre que lleva dentro! Lo hará en cuanto cualquiera de los dos ofrezca un resquicio de apertura.

Sufre las pasiones *de todos los crucificados*, representados en aquellos dos, pero que hoy toman formas tan amplias que es difícil reconocerles. La historia de las crucifixiones es la más larga del mundo, empieza en la primera familia humana (Caín-Abel) y no se vislumbra su final. Siente Jesús que su Pasión no es un acto esporádico sino que se alarga indefinidamente y no bajará de la Cruz hasta que baje el último de ellos.

*** *Le afecta especialmente el sufrimiento de los suyos*.

Ahí está su *Madre*, sufridora en pie. Su muerte aumentará la soledad y desamparo de ella, nadie puede suplirle en sus cuidados de hijo y menos en el amor; puesto a escoger a uno, quien mejor lo hará será Juan. La mutua presencia consuela a los dos pero no rebaja sus sufrimientos, que también se suman al compartirlos. Con María, formando nueva familia, están también otras

mujeres que le vienen siguiendo desde Galilea y que pusieron en El mucha ilusión y aun más amor; pero ahora, truncada la ilusión, el amor se convierte en sufrimiento. ¿Por qué tendrán que sufrir así los pocos que le aman con fidelidad? Juan y Simón también están allí, compartiendo el asombro, el sufrimiento y el amor

No están *los discípulos*, pero hasta la cruz llega como una corriente fría la desilusión de aquellos hombres y la vergüenza por haberlo abandonado y la desorientación y la sensación de fracaso y la desesperanza del futuro. Tampoco están, ¿o sí hay alguno?, los que se ilusionaron con El y sus poderes y llenaron su vida de esperanza, toda su ilusión es ahora sufrimiento desilusionado y sordo; solo pueden volver el rostro y prepararse a sufrir durante largo tiempo el vacío del sueño fracasado hasta que el olvido tape el agujero.

Vino a liberar a los sufrientes y ha aumentado el sufrimiento de los suyos, pero también lo incorpora para aumentar el misterioso contenido salvífico que el Padre pone en él.

*** *Sufre también por aparecer en público como correctivo para otros en lugar de como estímulo ejemplar*. Le crucifican en público, en un montículo, cerca de la ciudad y de cruces de caminos; que le vean, que le vean todos, así se trata a los rebeldes; por ser personaje público y conocido, su castigo será más escarmentador. “Ejemplo os he dado”, había dicho Jesús y ahora sus crucificadores proclaman. “no sigáis su ejemplo, terminaréis igual”. ¿A quién hará más caso el público? Nadie se acerca demasiado a la Cruz, ni siquiera sus discípulos, no les pase como a su Maestro, solo se acercan los crucificadores porque se sienten dueños de la cruz y con facultad para imponerla, ellos no se sienten amenazados porque no han descubierto que la cruz es también juicio. En la Cruz Jesús es muy visto pero poco acompañado.

Los espectadores *cambian el amor por miedo*, no le amarán mientras teman la cruz. El falso recurso es que, para superar el miedo, intentarán cambiar la cruz convirtiéndola de lugar de tormento en objeto de adorno, de cruz real en consideraciones teológicas, de cruz propia en ajena, de escándalo en algo comprensible. La intención de los crucificadores sigue produciendo efecto porque, ya que no podemos suprimirla, cambiamos su realidad.

*** *En la Cruz es malentendido y malinterpretado hasta en sus sentimientos* porque, cuando espontáneamente se queja en su lengua nativa del abandono de Dios: “*Eloí, Eloí*”, “*algunos de los presentes, al oírlo, decían: Mira, está llamando a Elías*” (Mc 15, 35). Para los oyentes Elías es más grande que El, ¡aquél sí que era un profeta!; este iluso necesita invocar al gran profeta para que lo salve; ¡a ver si viene! ¡qué ilusiones se hace! Las burlas del proceso y este malentendido van contra su condición de profeta. Nadie adivina que la incompreensión es precisamente condición de auténtico profeta

Creyó que la Cruz sería una elevación, “ser levantado en alto para atraer a todos”, pero solo atrae confusiones para los asistentes: confundido con un líder revolucionario, con un falso profeta de los que pervierten al pueblo, con Barrabás, con un falso Mesías, con un blasfemo, con malhechores, con un maldito... Las confusiones siguen y se van transformando de acuerdo con culturas, modas e intereses, pasa de condenado revolucionario a modelo revolucionario, de crucificado derrotado a “superstar”. Pero la Cruz termina por cambiarnos a todos para que sus pretensiones y las nuestras coincidan

*** *Sufre el diverso papel de hombres y mujeres en la religión*. Los hombres –en masculino– le capturan, le condenan, le ejecutan y se burlan. Son los que acaparan el poder político y religioso; cuando lo religioso se puede transformar en poder, el hombre también lo acapara y lo sacraliza, sintiéndose más cercano a Dios porque piensa que Dios es el poder absoluto. Las mujeres junto a la Cruz representan la postura favorable a Jesús, las anónimas que lloran a su paso y aportan la compasión humana y las conocidas que aportan el amor y algunas también la fe. Teme que en el futuro siga siendo así, que los hombres se reserven el poder religioso y las mujeres se dediquen a las

prácticas piadosas, produciendo iglesias con sobreabundancia femenina y dirigidas siempre por hombres, comunidades y movimientos donde los hombres ejercen de fundadores y directores y ellas aportan el número y la fidelidad.

Su sueño de crear un Reino de Dios donde no hay diferencia entre judío o romano, esclavo o libre es muy difícil, pero más difícil resulta que no haya diferencias hombre-mujer en los ministerios de la Iglesia. Por eso, en un banquete de hombres, alabó a María Magdalena llorando sobre sus pies y garantizó que su gesto sería siempre recordado. Y ahora, pensando en la comunidad nueva, introduce en ella a María: *"Esa es tu madre"* (Jn 19, 27).

*** *Y sufre, sobre todo, la pasión del pecado.* La pasión externa se queda en mera epidermis si no tenemos en cuenta el pecado, que es la verdadera causa de la crucifixión. El enfrentamiento a los asesinos podía tomarlo heroicamente, como hicieron tantos otros, pero el enfrentamiento al pecado era mucho más profundo y más largo, puesto que alcanza por igual a su parte divina y a su parte humana, al presente y al futuro. Además era el punto que los demás no veían y consideraban que el pecador era El. Ni los amigos podían medir la hondura de su Pasión al no medir la hondura del pecado que la produce. Es lo que puede sucedernos a nosotros.

"Jesús es el que sabe..., todos los demás son ciegos, solo El es viente. Ve la caída absoluta del hombre... La caída que ve Jesús comprende el conjunto de la existencia humana.

Jesús no se incluye a sí mismo en esta caída, que es el pecado. No ha vivido nunca en ella y, por tanto, no se ha librado de ella por la gracia y el propio esfuerzo. La Sagrada Escritura no contiene ninguna palabra que nos induzca a creerlo. Jesús ha entrado en nuestra vida como aquél que nada tiene que ver en ella. No la conoce por experiencia sino como Dios. Por esto su conocimiento es terriblemente lúcido y su soledad infinita.

Jesús habría conocido siempre el pecado del mundo tal como es ante Dios en su santidad y su amor y habría visto claramente lo que el pecado significa ante sus ojos. El Señor habría sido portador

de este horrible conocimiento. Completamente solo, en una soledad inaccesible". (ROMANO GUARDINI)

"Cristo murió por nuestros pecados" (I Cor 15, 3). El pecado le asesina y los pecadores le necesitan. El pecado es un cúmulo de pecados, más aun, una situación de pecado en el mundo. La lucha decidida que Jesús había establecido contra el mal le hace sufrir la forma más extrema de ese mal, el asesinato. Pero no hay que pensar solo en grandes pecados sino en los pequeños pecados acumulados, tan vulgares como nuestros actos de cada día, pero que son los que realmente configuran la vida.

"Lo que le perdió no fue tanto el asesinato como la cólera, podríamos decir recogiendo los términos de Mt 5. Porque en definitiva aquello de que fue víctima Jesús es una acumulación de pecados más o menos "vulgares": la mentira y la envidia, el orgullo y la insistencia en los privilegios, la rutina, la incapacidad de abrirse a una nueva idea de Dios y de la salvación. Estos pecados son de todos los tiempos y esos pecadores están por todas partes. Para ellos precisamente decía Jesús que había venido". (Cuadernos Bíblicos)

No lucha contra el pecado desde fuera, como si fuese un exorcismo, porque el pecado le toca tan de cerca que se le mete dentro y llega a *"hacerse por nosotros pecado"* o *"un maldito"* (Gal 3, 13). La historia del hombre había empezado con una palabra de Bendición, según Dios veía que cada cosa salida de sus manos era buena, pero pronto empieza la historia de la Maldición y Dios tiene que decir mal de la desobediencia y del orgullo de los primeros hombres y, sobre todo, del primer crimen entre hermanos; se llegó realmente a situaciones "malditas" repetidas de continuo en la historia. Jesús las recoge y concentra todas en la Cruz y, haciéndose su víctima, *nos libera del pecado.*

"Jesús chocó contra el mojón, contra el madero de la maldición. Pero convirtió el mojón en puente. Dijo ¡sí! a la cruz, con pacien-

cia, obediencia y amor y, como era inocente y a pesar de ello había cargado con la cruz, con la muerte y con la maldición, derribó el mojón transformándolo en instrumento de unión con Dios. Del reino de la autonomía, de la arrogancia, del propio esfuerzo y de la arbitrariedad, pasó, a través de la obediencia, de la negación del propio Yo y de la muerte de la carne al Reino de la adopción más excelsa y espiritual, al reino de la filiación". (ODO CASEI)

La mayor riqueza de la Pasión es que nos demuestra que Dios acepta al hombre precisamente en su existencia pecadora. Por una parte toma absolutamente en serio el pecado, lección práctica para una sociedad que ha perdido en gran parte el sentido de ese pecado; por otra, nos enseña que somos amados a pesar de que el pecado continúa dominando una buena dosis de nuestra persona. Por eso ante la Cruz nace el arrepentimiento pero, sobre todo, la gratitud a Aquél que nos ama siendo pecadores y así nos salva. En la Cruz somos liberados del pecado, lo que no significa que no pequemos más, sino que nada impedirá que seamos amados por encima de nuestras culpas y que además nos capacita para poder amar siempre, porque el amor es el que vence al pecado.

La mejor forma de acabar este capítulo sería una meditación arrepentida y agradecida ante el Crucificado. El arrepentimiento religioso, no una simple sensación de culpa y fracaso, sino el que cambia profundamente a la persona orientándola hacia Dios, ¡cuánto cuesta! Sin embargo, cuando uno se sitúa humildemente ante la Cruz, con los ojos interiores bien abiertos, entonces lo difícil es no arrepentirse y convertirse de verdad; las mejores conversiones nacen del Crucificado que nos mira de frente, porque en Él vemos nuestro pecado pasado ya por el perdón de su corazón.

Entonces nace inevitablemente *la gratitud*. ¿Cómo no estar agradecido a quien nos sustituye en el patíbulo, en el hoyo, en la condena, en la soledad, en el fracaso, en la destrucción y en la maldición? Sustituidos, ya somos libres, más libres, libres hasta para entrar en la gloria porque la Cruz es la llave que la abre. Le agradecemos su infinito amor porque solo el amor puede producir estos milagros.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente.- Tus sentimientos nos los comunicas bien a través de tus pocas palabras, pero nos interesa también otro aspecto: qué valores encontraste Tú en la crucifixión

Jesús.- Muchas veces os preguntáis lo que yo pensaba, como si la salvación dependiese de mis pensamientos y no de los pensamientos del Padre, o mejor, de su corazón. Mis pensamientos eran también limitados porque unas condiciones como las de la Cruz no favorecen una reflexión serena. Me parece que eran más intuiciones que reflexiones, intuiciones que valen más que una idea.

Creyente.- Cuéntanos algunas.

Jesús.- Temí seriamente que aquello fuese el final, pero intuí con fuerza que no lo era; en todo caso era un final traspasado a las manos del Padre, donde el final sería convertido en una nueva forma de vida; el final inminente aumentaba esta intuición, me pareció que algo tenía que ver mi muerte con la muerte en general que se veía afectada en su esencia, desde entonces morir ya no significaría lo mismo que antes, sería como un nuevo nacimiento

Creyente.- Tus intuiciones no se referían solo a ti.

Jesús.- En absoluto. La intuición más firme era que mi destino tenía algo que ver con el destino del mundo, en mí se estaba dando una representación o síntesis, no sabría decir, de toda la humanidad; mi suerte sería la de todos, por eso no podía fallar ni terminar en fracaso, porque el Padre no puede hacer fracasar a toda la humanidad, hasta me pareció que eran los demás los que me salvaban a mí porque el amor del Padre a todos no podía pasar por mi perdición. Entonces tuve la sensación vivísima de que yo era salvador de todos o vehículo de la salvación del Padre, aunque ninguna explicación concreta surgió en mi mente que me lo hiciera comprensible

Creyente.- Te inquietaría el futuro de tu obra, porque la Cruz truncaba de raíz tu trabajo pastoral

Jesús.- Hubo momentos en que este temor me angustió. Pero una seguridad interior me decía que, si aquello no era mi final, tampoco lo sería de mi tarea; no sabía cómo, pero todo aquello tenía que darle al Reino un empujón mayor que hasta entonces le había dado yo; algo en mi Pasión resultaba tan fecundante como ni yo mismo

había imaginado. La causa de Dios seguiría adelante, esto me daba paz.

Creyente.- ¿Tuviste miedo a la muerte?

Jesús.- Tuve bastantes miedos, hasta no saber si el extraño oscurecimiento que se produjo venía de fuera o de mí. Pero también sentí unas luces como nunca había sentido.

Creyente.- ¿De dónde te venía esa sensación de universalidad de tu Pasión?

Jesús.- De aquel misterio profundo de mi ser que ni yo mismo llegué a comprender bien nunca, de mi relación íntima con el Padre que no descubrí en ningún otro, ni siquiera en mi Madre, pasé a sentirme poseído por El con una posesión total que rebasaba toda comprensión; era un poseso divino y la posesión llegaba hasta la identidad. Esto me proporcionaba aquella sensación de universalidad que saltaba por encima de mi cabeza.

Creyente.- Esta es la sensación que nosotros tenemos ahora ante tu Cruz; la fe nos descubre unas dimensiones que sobrepasan nuestra cabeza. Y solo podemos decirte. ¡gracias!

6) Primeros frutos de la Crucifixión

En las tinieblas de la crucifixión empezaron a parpadear algunas lucecitas; los ojos hundidos y enfebrecidos de Jesús, tan sensibles a las luces interiores, las captaron; en la tierra árida de aquel montículo su sangre fecundó y provocó los primeros brotes de las nuevas semillas. Estas luces y brotes hacen redentora la Pasión de Jesús, distinguiéndola de cualquier otra pasión-desgracia o pasión inútil. No tarda la Cruz en empezar a producir frutos, en la misma hora y lugar en que se sufre ya está fructificando; sus frutos empiezan en su propia persona crucificada, alcanzan a la nueva comunidad que está naciendo y llegan a toda la creación.

Recordamos algunos de los frutos que Jesús sintió ya en aquella tarde.

** El hombre puede morir en paz. "Jesús dijo: Todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu" (Jn 19, 30).*

Dios se oculta pero no se aleja y, al final, aporta la paz a Jesús; la paz de haber cumplido –aunque sin frutos visibles– y de poder descansar en el Padre: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*" (Lc 23, 46). Lo dijo con un "*grito muy fuerte*" para comunicar esta sensación de paz a todos los angustiados, desanimados y moribundos. Esa paz que nace de la Cruz es el primer anticipo de la resurrección. Podemos ser golpeados, destruidos y troceados, pero el espíritu queda íntegro y el Padre deposita en él su amor pacificador y bienaventurado. La cruz sigue en pie como signo-fuente de esa paz última.

** La creación demuestra que se incorpora al Reino.* Primero el sol se oscurece y "*toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde*" (Lc 23, 44) y luego se siente un temblor de tierra, que raja las rocas y hasta abre las tumbas (Mt 27, 51-53). Estos fenómenos son el lenguaje simbólico y apocalíptico de la creación que no se ha separado de Jesús porque Jesús no se ha separado de ella; crucificado en uno de sus frutos más nobles, el árbol, ha elevado la naturaleza con El y todo apunta ya a una nueva creación. De la naturaleza no le ha venido a Jesús ninguna condena y ninguna llaga, hasta lo desagradable de esa naturaleza, como es la hiel, le ha querido aliviar en forma de bebida refrescante. Agradecido, Jesús entregará su cuerpo a esta tierra que lo acogerá como lugar de cultivo para convertirse en campo profundo. La Cruz sigue presidiendo campos y montañas llenándolas con sus bendiciones.

** Su persona será mejor comprendida en adelante*

Al crucificarle, crucifican también las falsas ideas sobre su persona y mesianismo temporal, de las que hasta sus discípulos estaban contagiados y que tanto le han estorbado. Esas falsas ideas le llevan a la cruz pero allí son purificadas y ya nadie podrá entenderlas como antes. En otro momento hablamos de la fuerza crítica de la Cruz que nos hace distinguir al verdadero del imaginario Jesús y nos precisa

cuál es la forma de su seguimiento; después de la crucifixión, puede haber cobardías y caídas, pero no confusiones.

A Jesús le crucifican *como lo que no es*, un revolucionario o falso mesías, pero esos equívocos se acaban ahí, solo se seguirán equivocando los que no piensen en el Crucificado. Cuando llegue alguna duda sobre su persona o seguimiento bastará con someterla a la prueba de la Cruz. Aunque desgraciadamente con frecuencia nos situamos en la etapa anterior a la Cruz y terminamos confusos. La figura del creyente también se clarifica en la Cruz, lo que queda después de pasar por la Cruz eso es lo auténtico, como eran auténticos los pocos que le acompañaron en el Calvario.

* *Ve cómo empieza a nacer una nueva comunidad*

La primera comunidad de los Doce, que no es la única ni la mejor aunque sea irrepetible, se ha dispersado pero no ha muerto y desde la Cruz es reunificada en una comunidad tan nueva que ni ellos mismos se reconocerán en lo que fueron antes.

La *nueva comunidad* empieza a nacer precisamente aquí, en el Calvario, y en ella destacan una serie de personajes más bien secundarios en el aprecio social, sobre todo mujeres: María, la Madre; unas mujeres que le vienen acompañando desde Galilea, siempre en segunda fila; la mujer que le unge en Betania (Mt 26, 12); la mujer de Pilato (Mt 27, 19); Simón, un desconocido que empezó forzado y se quedó voluntario; Juan, resto y representante de los Doce; el centurión, un pagano impresionado por Jesús. El malhechor crucificado y el centurión crucificador son lo más llamativo de la nueva comunidad. También se acerca internamente a la comunidad un público que mira con curiosidad y termina en arrepentimiento: *la muchedumbre que había acudido al espectáculo, al presenciar lo ocurrido, se volvió a la ciudad dándose golpes de pecho* (Lc 23, 48). Aunque ninguno podía explicarlo, habían ido cambiando mientras acompañaban al Crucificado y esto les unía entre sí.

En la hora previa a la expiración Jesús tuvo el consuelo de presenciar que ni su persona ni su obra morirían porque aquella comunidad

sería su nuevo cuerpo, en el que El seguiría poniendo su espíritu. Miró complacido aquella comunidad y sonrió en su interior, ya que el tormento le impedía la sonrisa externa.

* *Empieza también una nueva religión, centrada en la revelación viva de Dios y en el hombre*. El Templo ha luchado violentamente contra El y lo ha colocado en la Cruz, pero ahora, agotado y vacío, morirá: *“la cortina del Templo se rasgó por medio”* (Lc 23, 46), bastó la debilidad de un Crucificado para rasgarla de forma que los supersticiosos podrían hablar de la venganza del Crucificado contra las autoridades del Templo. Dios ya no queda oculto tras los velos de una religión que lo quiere administrar en exclusiva y se escapa de lugares privilegiados para situarse al alcance de todos. Jesús manifiesta que Dios está más presente en la Cruz que en el Templo.

El lugar central de la nueva religión *es el hombre*, porque en el Calvario no hay doctrinas ni ritos ni cultos sino solo hombres. Hombres unidos donde el perdón es más fuerte que la división. *“Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”*, líbrales de sus propias acciones de odio; la ignorancia les hace odiarse, la ignorancia de la realidad del otro y de sus motivaciones, si se conociesen más a fondo se amarían más.

Y el culto verdadero *es el amor*, entendido sobre todo como servicio, que es la forma más crucificada y fecunda del amor. En la nueva religión cada uno irá muriendo por la comunidad para alimentarla, y será comunidad de Dios en la medida en que está hecha con el amor de todos. Y El se mantendrá siempre vivo para que nadie deje morir a nadie y le aporte vida, porque la nueva religión es *la religión de la vida* que cultiva la relación con *el Dios de la vida*.

* *Empieza ya la resurrección*. Nos gustaría saber qué conciencia explícita tenía Jesús de su resurrección mientras moría crucificado, porque la crucifixión, más aun que la muerte natural, tiene carácter de muerte total, pues le arrebató el tiempo necesario para que maduren los frutos y crezcan los hijos, donde perduraría.

Pero varios signos hacen ver a Jesús que la resurrección está actuando ya. Los discípulos han fallado en su voluntad pero no en su fe, y esa fe es una forma de reconocerle como vivo. El moría, pero a su

alrededor continuaban vivas muchas cosas esperando el Espíritu que El les entregaría después de muerto mejor aun que antes. Notó que le vibraba dentro una llamada que venía de los sepulcros, querían abrirse, no se resignaban a permanecer cerrados, esperaban ansiosos su expiración para romper las losas: *“las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron”* (Mt 27, 52-53). La misma oscuridad que repentinamente cayó sobre la región no era el final de la luz sino la penumbra del amanecer. Pero no todos los sepulcros se abren y por eso la Cruz continúa levantando sus losas-cerradura, rompiendo lo que tienen de invencible y revivificando a los difuntos con una vida que ya nunca será enterrada.

Las primeras conversiones son también un signo de resurrección aun más auténtico que el de los sepulcros abiertos, un signo que Jesús vio ilusionado desde la Cruz. .

7) La muerte

Después de esta luz, la muerte. La Pasión es imparable y quiere remachar su obra. Pero la muerte, que entra vencedora en la Cruz, sale vencida.

*** *La muerte sufrida*

Muere realmente; por extraño que parezca, una realidad tan clara ha costado admitirla a muchos. Habría sido admitida más fácilmente una muerte aparente, en la que tantos se han empeñado desde la increencia para no tener que admitir la resurrección. Por eso su muerte es *pública*, en pleno mediodía, en la víspera de la fiesta más solemne y concurrida, y en alto para hacerla más visible, presenciada por una *“muchedumbre”* (Lc 23, 48). Sin este testimonio tan público de su muerte tendríamos la tentación de soñar que al final había sido liberado como Elías para ser arrebatado a la gloria y nos sentiríamos inclinados a negar esa muerte como ilógica para el Hijo de Dios y

como un estorbo para la fe, es decir, tendríamos la tentación de suprimir el “escándalo”. Pero la muerte de Jesús reacciona contra esta negación y olvido haciéndose pública.

La muerte alcanza *a su persona entera*, no solo a su cuerpo, y esto es lo que la hace trágica. Solo El, que conoció en plenitud la vida porque era Vida, pudo comprender, temer y sentir la muerte en plenitud; el que más ha sido tocado por la vida siente más la garra de la muerte. Su muerte fue tan completa como plena había sido su vida.

La agonía externa no es más que un reducido reflejo de *la muerte interior* que Jesús sufre y a la que se refiere su profunda queja por el abandono de Dios, expresión que nos llena de asombro y a la que solo podemos acercarnos a base de muchas interpretaciones. Seguramente quien mejor lo comprende es el místico que sufre *“la noche oscura”*.

“Pero lo que más duele a uno aquí es parecerle claro que Dios le ha rechazado y, aborreciéndole, arrojado a las tinieblas; que para él es grande y lastimera pena creer que le ha dejado Dios... Porque en verdad cuando aprieta la noche, sombra y gemidos de muerte y dolores de infierno se sienten muy a lo vivo. Es un sentirse sin Dios, castigado y arrojado e indigno de El, y que está enojado. Todo se siente aquí, y más que le parece que ya es para siempre... Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas y después de ellos, particularmente de los amigos (Sal 87, 9): “Alejaste de mí amigos y conocidos, tuviéronme por abominación”. ”(San JUAN DE LA CRUZ)

La impresionante realidad de su muerte la expresan Marcos y Mateo con un detalle dramático: *“Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró”* (Mc 15, 37; Mt 27, 50). Grito que resulta bastante incomprensible en esas circunstancias y que ha sido sometido a interpretaciones para poderlo dejar donde está; el grito físico no es fácil imaginarlo en un moribundo, el grito desesperado no es fácil imaginarlo en Jesús. Quizá el grito lo den más bien los evangelistas para llamar la atención sobre la muerte de Jesús, como un trompetazo para que tomemos nota de ese momento. Al menos una cosa hemos de admitir:

la muerte de Jesús estuvo afectada por la tragedia de la Pasión, que no se detuvo a las puertas de la muerte, sino que la alcanzó.

La versión de Lucas y Juan es más suave: “*Dicho esto, expiró*” (Lc 23, 46). “*Y, reclinando la cabeza, entregó el espíritu*” (Jn 19, 30). Su visión de la muerte de Jesús está ya suavizada por la luz que viene a continuación, es pacífica, serena y saturada de confianza.

No es preciso quedarse con una de las dos versiones, al contrario, las dos conjuntamente expresan mejor la muerte sufrida por Jesús; muerte trágica y profunda como no ha habido ninguna otra pero, al mismo tiempo, saturada de la plenitud de la vida y del amor del Padre que no abandona nunca al Hijo.

*** *La muerte vencida*

Porque Cristo es Vida, todo lo que en Él sucede es vida, incluso la muerte. Por eso predicamos y confesamos que, con su muerte, ha vencido a la muerte para convertirla en principio de otra vida nueva. Algo tan hermoso no es fácil de explicar pero no resulta difícil de admitir, porque corresponde a uno de nuestros más profundos instintos, y la Liturgia lo proclama exultante:

“La muerte, en huida,
ya va malherida
Los sepulcros se quedan desiertos
Decid a los muertos:
¡Renace la Vida
y la muerte ya va de vencida” (Liturgia de las Horas)

Pero ¿qué victoria es ésta si la muerte continúa existiendo y continúan las muertes dolorosas y trágicas? ¿Hay alguna diferencia entre la muerte de antes de Cristo y la de después de Cristo? ¿No estaremos repitiendo rutinaria e ilusionadamente una frase que no tiene que ver con la realidad?

Esto forma parte de la Pasión de Jesús que, después de haber vencido a la muerte, la muerte vencida aparentemente continúa sien-

do tan poderosa como antes y nadie se le resiste; quizá en otras épocas y culturas la muerte es menos dolorosa porque está más integrada en la vida, se muere con la misma naturalidad con que se vive.

Pero algo gozosamente nuevo hemos de proclamar ahora: ni la crucifixión más terrible ni el abandono más abismal, es el último fin del hombre; se ha convertido de final en jornada de descanso, de abismo en puente. Como si la muerte tuviese un territorio propio donde ejerce su dominio, este mundo, pero en cuanto traspasa ese territorio pierde su dominio y entra en los dominios conquistados por Jesús. Por otra parte, la muerte es el salario del pecado (Rom 6, 23) y, vencido el pecado, queda uno libre de ese doloroso salario. Claro que no hablamos de la muerte física sino de lo que ella supone. Ahora resulta que la muerte no es solo el final de una vida sino el lugar donde se transforma, porque la vida resucitada no viene después de la muerte sino que nace de ella, como nació de la Cruz. La muerte ya no supone la separación de Dios vivo, al contrario, es el momento en que aparece más claro su amor que nos acoge y transforma.

También nosotros vamos anticipando esa victoria sobre la muerte cuando nos decidimos por la vida verdadera, la auténtica, la cristiana, dejando de lado lo periférico.

“El Cristo crucificado y resucitado es juez de los estilos de vida superficiales e invita a las iglesias al arrepentimiento y a una vida nueva” (Consejo Mundial de las Iglesias)

Cada vez que uno muere de forma positiva, entregando su vida al Padre u ofreciéndose para que otro tenga un poco más de vida, esa muerte está preñada de vida y es resucitadora, porque lleva en su entraña una forma de vida muy superior a todo lo que tenga de muerte. Ya ahora debemos ir transformando nuestra vida de lo corruptible en lo incorruptible, de lo superficial en lo profundo, de lo caduco en lo duradero y de lo accidental en lo esencial.

En el Calvario muere el Jesús temporal y se convierte en el Cristo eterno, muere Jesús nazareno y sigue el Salvador del mundo, muere la Muerte y continúa la Vida, muere la pasión-sufrimiento y sigue la

pasión redención, muerte el final (este final no se repetirá) y nace un nuevo principio que siempre continuará activo.

“Nuestro Señor fue conculcado por la muerte, pero él, a su vez, conculcó a la muerte, pasando por ella como si fuera un camino. Saló cargado con la cruz, como deseaba la muerte, pero desde la cruz gritó, llamando a los muertos a la resurrección, en contra de lo que la muerte deseaba.

La muerte le mató gracias al cuerpo que tenía, pero él, con las mismas armas, triunfó sobre la muerte. La divinidad se ocultó bajo los velos de la humanidad; solo así pudo acercarse a la muerte, y la muerte lo mató, pero él, a su vez, acabó con la muerte. La muerte destruyó la vida natural, pero luego fue destruida, a su vez, por la vida sobrenatural.

¡A ti la gloria, a ti que con tu cruz elevaste como un puente sobre la misma muerte, para que las almas pudieran pasar por él desde la región de la muerte a la región de la vida!

Tú vives para siempre; los que te dieron muerte se comportaron como agricultores: enterraron la vida en el sepulcro, como el grano de trigo se encierra en el surco, para que luego brotara y resucitara llevando consigo a otros muchos.” (SAN EFRÉN)

Y, como garantía de esta victoria final, al expirar *nos entrega en Espíritu*, lo único que le quedaba. El espíritu ha sido la parte más sensible de la Pasión, la más afectada, su Pasión espiritual ha sido más dura que la corporal, pero su espíritu es fuerte y sobrevive y lo último que hace es entregármolo para que nos hará sobrevivir a la muerte.

Así acaba “la Pasión en la Pasión”, la vivida directamente por Jesús en una noche y medio día, la más intensa y condensada. A partir de ese momento, los discípulos se hacen cargo de la Pasión.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente.- La muerte, vista desde la resurrección debe ser otra cosa.

Jesús.- Quieres que te hable de la muerte como la veo ahora, después de sobrepasarla. Es la misma curiosidad que tuvieron muchos con Lázaro, después de salir del sepulcro. Pero esa visión os resultaría demasiado optimista y chocaría tanto con la realidad, cuando llegue, que fácilmente dejaríais de creer en ella. La resurrección proyecta esperanza sobre la muerte pero no precisamente claridades, hay que llegar a esa caverna sabiendo que la puerta y un trecho después es pura sombra y sintiendo la angustia de si la sombra será total y para siempre; de lo contrario sería una muerte falsificada.

Creyente.- Nosotros tenemos dos formas de suavizar la muerte: verla solo como un fenómeno corporal o mirarla como un final de todo después del cual ya no queda ninguna preocupación.

Jesús.- Más que corporal, la muerte es un fenómeno temporal; no afecta solo a unos kilos de carne sino a toda la persona temporal e histórica, que es la única forma de vida que el hombre conoce y por eso le afecta tanto perderla. La superan mejor los que han tenido experiencias interiores de otras formas de vida espirituales. Seguro de la muerte, sentí que mi espíritu la sobrepasaba y la puse en manos del Padre.

Creyente.- Tampoco entendemos cómo la muerte es consecuencia del pecado, más bien es consecuencia de la vida, Tú no tuviste pecado y sufriste una muerte trágica.

Jesús.- Sobre este punto las reflexiones de vuestros teólogos resultan más aclaratorias que las mías. Te aseguro que este tipo de muerte tiene mucho que ver con el pecado, sin el cual la trama interior de la muerte perdería su tragedia, aunque biológicamente no cambiase nada. El pecado es lo que más vida mata en el hombre y lo que más disminuye la vida que le queda; afortunadamente esta muerte tiene marcha atrás mediante el arrepentimiento; en cualquier caso la salvación nacida del amor del Padre en mi Cruz supera ese poder mortífero del pecado. ¿Comprendes ahora por qué “era necesario” que yo muriese?

Creyente.- ¿Qué es lo que más te dolió en tu muerte?

Jesús.- La culpabilidad ajena que había en ella y en tantas otras que se le parecen; concretamente me dolía más la muerte de mis dos compañeros que la mía. Quise que mi muerte tuviese efecto liberador para esas muertes, aunque en ese momento no entendía cómo, pero era otra de mis intuiciones. Escucho con agrado cuando oigo decir

que la primera liberación es que nadie produzca la muerte de nadie; la otra liberación, la que consiste en una vida que no se apaga, la pone el amor del Padre derramado a mares en la Cruz.

Creyente.- ¿Qué es lo que más te iluminó?

Jesús.- La resurrección entrevista, la seguridad de que lo que en mí había de vida del Padre no podía perderse y el intuir que mi muerte sería útil para el mundo. Mi consuelo aumenta al pensar que otras muertes pueden ser así.

III.- LA PASIÓN DESPUES DE LA PASIÓN

La Pasión física de Jesús duró menos de veinticuatro horas; pero luego, como si todo hubiese sido demasiado rápido, se prolonga durante días en diversas formas y abarcando más personas; porque, muerto ya, El no es ajeno a la pasión que continúa en el mundo. Cuando termina la historia de la respiración, no termina la historia de la Pasión. Así manifiesta que la Pasión del Viernes Santo forma parte de la Pasión vivida por los hombres en la historia pasada y en la futura y expresa las actitudes que han de mantener sus seguidores para que esas Pasiones sean salvíficas.

Los discípulos, encargados de continuar esa Pasión salvífica, tienen que pasar de la sorpresa a la conciencia, de la huida a la presencia, del escándalo a la sabiduría; los palos de la Cruz se van alargando para que quepan también ellos y producen ya brotes que son promesa de nuevos frutos; muerto ya Jesús, aun no ha terminado de morir y les convoca para hacer juntos la prolongación del camino.

En la prolongación inmediata de los dos primeros días, los papeles de los agentes se cambian: Jesús, cadáver ya, reposa, como si solo pudiese prolongar su muerte; pero los suyos empiezan a agitarse en torno a su cadáver; para el público en general tuvo más poder de convocatoria mientras colgaba de la Cruz, pero a los suyos les agita más desde el sepulcro, porque es un sepulcro vivo.

1) El traspasado

Juan cuenta detenidamente esta escena, presenciada en directo y absorbida por su reflexión teológica. Por ser la víspera de la gran fiesta pascual había prisa porque que las cruces quedasen libres, pues las cruces ocupadas desentonaban con la santidad del gran sábado (otra vez una religión más preocupada por la santidad ritual que por la vida de un hombre); para ello había que acelerar las ejecuciones provocando la muerte que se retrasaba y así lo hicieron con los dos malhechores crucificados quebrándoles las piernas.

“Pero, al llegar a Jesús, viendo que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas; en cambio un soldado le traspasó el costado con una lanza, e inmediatamente salió sangre y agua”. (Jn 19, 31-37)

Esta lanzada testimonia y asegura su muerte y, al mismo tiempo, prolonga su Pasión.

*** Después de muerto, continúa sufriendo heridas

Le duelen en primer término las heridas de sus dos compañeros, aun vivos, y abre su costado como una boca nueva que se queja más por las heridas ajenas que por las propias; después de ser compañero de tormento, no se resigna a ser testigo mudo, al contrario, protesta públicamente. Ninguna herida humana le deja insensible, la entrada en la bienaventuranza no le insensibiliza porque le quitaría al amor su cualidad más viva.

El soldado abre *una nueva herida en su cuerpo*, vaciado ahora de espíritu pero no ajeno a él por lo que, aunque el golpe no alcance directamente al espíritu, continúa siendo ofensivo porque el menosprecio del cuerpo, aunque muerto, expresa el desprecio a la persona; esa herida clama por la honra del cadáver como expresión de honra a la persona.

Sufre la herida de *la brutalidad*, la expresión más burda de la violencia. Prohibió tajantemente la violencia del machete en el Huer-

to y ahora los machetes se ensañan con Él; cuanto más indefenso, más violentamente tratado; la virtud se vuelve martirial porque la violencia rechazada se vuelve contra uno mismo por haberla rechazado. Es la brutalidad dirigida al centro mismo de la vida, primero se mata el cuerpo y después la dignidad que queda en ese cuerpo, no sea que alguien la reconozca y la proclame; hay cadáveres con una expresión tan viva que proclaman la dignidad de la persona y eso es lo que quieren evitar en Jesús.

Por otra parte, la lanzada quiere *rematar definitivamente a la persona*, que se acabe, que no quede nada de ella, que sea incluso destrozada y descuartizada; si las honras fúnebres son como una forma de prolongar la vida, esta herida pretende aniquilarle tanto que, si alguien le descubre en el sepulcro, no pueda reconocerle, es la sepultura total. Muchos han sido descuartizados rabiosamente para aniquilarlos del todo, destrozando en la muerte lo que no pudieron matar en la vida.

Los crucificadores pretenden, sin pensarlo, el aniquilamiento de Dios que aquel crucificado se empeñaba tercamente en representar; ya han logrado su muerte y ahora siguen empujando en la misma dirección para que, si algo divino lleva dentro, lo vacíe por esa herida como un vómito provocado y la gente sentirá la repugnancia por lo vomitado, de forma que nadie más pretenda presentarnos un Dios crucificado.

Es una herida pública, como había sido toda la Pasión, por eso no se dirige tanto al cadáver cuanto a los presentes, para que también esto sirva de escarmiento, que vean cómo se le trata; si hasta los suyos le han echado de su pueblo, por lo que sus restos son ofensivos y hay que rechazarlos hiriéndolos; solo será públicamente respetado el que se someta a las normas y formas públicas, que no se salga de ahí, porque será aniquilado hasta el desprecio.

Es también una forma de proclamar que *sus restos son incompatibles con la festividad religiosa*, porque su cadáver ajusticiado profana el día festivo y ellos han de velar por la santidad de ese día aunque tengan que acelerar la muerte de unos hombres. Le sigue golpeando a Jesús esa religión estereotipada donde el rito está por encima del

hombre, que puede matar de cualquier manera, mientras que al cordero pascual habían de sacrificarle con unos ritos llenos de respeto. Continúa la pasión del culto a la fiesta por encima de la defensa de la vida, de la preocupación por un Dios ofendido por encima del amor a un Dios Padre capaz de entregar a su Hijo para salvar a la familia. Esa religión desajustada, en lugar de cambiar, le asesta el último golpe, aunque tenga que acoplarse a una costumbre pagana traída por los dominadores.

Además el costado abierto es la *rúbrica que señala el final de la pasión de la sangre*, que empezó a entregar en el Huerto por sus poros y luego por las heridas de la flagelación, espinas y golpes y, al fin, por las llagas de la Cruz, ahora abre la última llaga para la última sangre. No le queda más, si le quedase seguiría manando por esa fuente. Ningún lenguaje es tan impactante como el de la sangre que, con la respiración, es lo que mejor expresa la vida; con la sangre Jesús da su vida, la da toda, entera, hasta la última gota. Ahora sí que, *"habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo"*, hasta el extremo de la sangre.

Pero por muy viva que sea la sangre, su eficacia termina antes que su simbolismo, se acabó el confiar en la eficacia de la sangre, la de los sacrificios sangrientos, ahora hay que buscarla por otras vías que den vida y no por aquellas que la quiten. Termina la hora de la sangre y empieza la del espíritu.

Porque Jesús *continúa siendo fecundo después de muerto*, exprime su corazón y sus entrañas para dar lo último y más íntimo, el espíritu que le sale del alma; no todo ha terminado con su muerte, sus miembros ya no pueden acariciar pero su corazón continúa amando más allá de su propia sensibilidad, porque la Pasión que continúa no es solo la de los sentimientos sino la de la fecundidad.

Para Juan este gesto expresa el cumplimiento de dos textos escriturísticos. El primero (*"No le quebrarán ningún hueso"* Ex 12, 46, Sal 34, 21) afirma que Jesús es el verdadero Cordero inmolado y vaciado de sangre, como hacían con los corderos sacrificados en el Templo, *para el sacrificio*. La diferencia está en que los corderos se sacrificaban en el Templo y Jesús da su vida fuera del Templo y de la

ciudad santa, es decir, se sitúa en la realidad donde la gente vive, no es un sacrificio para privilegiados espirituales sino para todos, por otra parte, el sacrificio de los corderos terminaba con la inmolación mientras que el de Jesús continúa después de inmolado, dura mucho más allá de lo que tiene de sacrificio corporal y dura tanto como la ofrenda de su vida, es decir, siempre.

El segundo texto (*"verán al que traspasarán"*, Zac 12, 10) ensalza a Jesús como el personaje misterioso cuya muerte inaugura nuevos tiempos; el nuevo cuerpo ya no funcionará con la vieja sangre, derramada totalmente, sino con la sangre del espíritu. La muerte de Jesús no es final sino inauguración y recreación.

Con este testimonio empieza la *predicación de la Pasión después de sucedida*, Juan es testigo presencial *"y su testimonio es válido y éste sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis"* (Jn 19, 35). Por eso su testimonio no es un simple relato sino que le nace del corazón, para que los que reciben su testimonio reciban también la fe con que lo transmite; ¡qué pronto empieza a vincular la nueva fe a la Pasión que tanto le costó aceptar!

Para que la Pasión testimoniada y predicada sea válida, los testigos han de estar tan cerca del Crucificado que puedan contar sus llagas y beber su sangre y agua; para que otros crean no valen testimonios teóricos ni meramente doctrinales o de tradición, sino que han de nacer de la cercanía y de estar donde Jesús sigue muriendo y recibiendo lanzadas. De hecho continuaban abiertos muchos costados de hombres generosos que reparten amor, sacrificio servicial, fe y el agua tonificante de la vida divina que Dios depositó en su interior y no se reservan para sí mismos; acercarse a ellos es acercarse al costado abierto de Jesús en la Cruz.

2) El sepultado

La sepultura de Jesús está constatada y descrita por los cuatro evangelistas, les habríamos agradecido que fuesen más explícitos en

el relato de la crucifixión que en el de la sepultura, pero es al revés y aquí nos ofrecen una relativa abundancia de detalles, aunque no muy precisos en su concordancia. Lo hacen así porque la sepultura es prolongación de la Pasión y tiene también su propio lenguaje para la fe.

*** *La sepultura significa, en primer término, que Jesús murió realmente, con una muerte real, sin paliativos ni dudas, acentuada por las circunstancias; su muerte, después de ser presenciada por muchos, queda confirmada por el hecho de tener que manipular su cadáver para descenderlo de la Cruz, ungirlo y transportarlo al sepulcro. La lanzada y la sepultura son dos remaches de la muerte. Dos detalles más terminan de remacharla: una gran losa cierra la sepultura ante los ojos de unas mujeres que lo observan todo y unos guardias que vigilan para que nadie vaya a levantar esa losa. ¿No le dan demasiada importancia a un detalle tan secundario como la sepultura?*

Sin embargo es muy oportuna esta insistencia porque es la respuesta a los interrogantes que la muerte de Jesús suscita sobre su autenticidad, puesto que algunos la niegan desde su visión religiosa, porque el Hijo de Dios no puede morir, y otros la niegan desde el extremo contrario, desde la falta de fe, para no tener que admitir la resurrección, puesto que no resucita lo que no ha muerto; hay una literatura actual que se empeña que en Jesús no murió en la Cruz, aunque tenga que recurrir a teorías pintorescas para posibilitar que continuase vivo después de la crucifixión.

La sepultura ratifica y *prolonga la muerte*, alejando toda posibilidad de reanimación. El descenso a la sepultura es un anticipo del descenso al sheol, al reino de la muerte total, que es como la vuelta a la nada. La muerte no se reduce a un momento, sino que sigue mucho más allá de la agonía, el árbol caído así queda. Algunos de los presentes esperaban que el aliento que devolvía la vida a un niño muerto o a Lázaro aun estuviese en su interior y le volvería a la vida a El; pero, con el descenso al sepulcro, se acaba toda posibilidad, porque a la muerte no hay que darle tiempo, le bastan tres días para convertir al hombre en corrupción; colocado en la sepultura, la muerte tendrá todo el tiempo para hacer su obra.

*** *Le entierran, no en una fosa común, sino en un sepulcro individual.* Muchos ajusticiados eran arrojados a una fosa común, pues nadie reclamaba su cadáver, quizá Jesús en la Cruz deseó este destino para unirse a los que sufren esa última pobreza de no tener una sepultura. Pero la fosa común habría restado fuerza testimonial a la autenticidad de su cadáver y de su resurrección, pues no se podría haber identificado. Una gestión influyente de última hora permite que el cadáver sea colocado en un sepulcro individual, ante los ojos de muchos observadores.

Hay algo de *infamante* en esa sepultura, porque el cadáver de un ajusticiado no se podía colocar en el mismo sepulcro de los justos para evitar contaminaciones. A Jesús le habría gustado reposar junto a los restos de su padre José y de sus antepasados pero no era posible, no solo por morir fuera de su tierra, sino porque era un ajusticiado contaminante, por lo que tampoco podían dejarle reposar en el valle de Josafat, lleno de tumbas de "justos".

Fue sepultado en un sepulcro nuevo donde aun nadie había sido sepultado, una sepultura muy honrosa para su categoría pero, al mismo tiempo, expresión de la soledad del condenado, porque aquí no podía contaminar a nadie. La honra del sepulcro nuevo no tapa la soledad del maldito, que nadie se acerque, contamina, por eso le hemos puesto a parte. Por el mismo motivo fue sepultado sin apenas ungirlo, porque la unción no era solo higiene y arreglo de un cuerpo destrozado sino un acto religioso, negado al ajusticiado, la menos en público; le faltaron las honras fúnebres acostumbradas. Pero los evangelistas suplirán ese defecto de diversas maneras. Juan (19, 39-40) habla de una unción abundante y Marcos (16, 1) indica que el sábado las mujeres "*compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús*".

*** *Sin embargo, ese cadáver empieza a mostrarse ya especialmente fecundo.* En medio de la oposición o de la indiferencia general, aparecen de pronto en público dos personajes importantes que se pronuncian a favor de Jesús; son José de Arimatea, "*discípulo clandestino por miedo a los judíos*", y Nicodemo, "*aquél que la primera vez había ido a verlo de noche*" (Jn 19, 38-40); ellos arreglan los trámites legales para disponer del cadáver y realizan los trabajos ne-

cesarios para descender el cuerpo de la Cruz, adecentarlo y colocarlo en el sepulcro. Ya queda dicho que no es su primer encuentro con Jesús pero sí es el primero *desde la valentía*

Los gestos humanitarios prolongan la eficacia de la Pasión y gesto humanitario es lo que hacen esos dos personajes. Jesús fue, antes que nada, humanitario, atendió a los afligidos por una humanidad disminuida y fue especialmente misericordioso con ellos; la fe no llega a todos pero el gesto humanitario sí ha de llegar, porque es la primera expresión de la fe. Humanitarios hasta con lo menos humano que es un cadáver. El Reino de Dios está compuesto por hombres que merecen respeto desde que son fetos hasta que son cadáveres.

Los dos personajes son signo de que allí *empieza a formarse una nueva comunidad* en la que caben ellos dos que, por cierto, no pertenecen a la clase pobre, la preferida de Jesús; también los privilegiados caben si ponen su privilegio al servicio de los pobres; los preferidos del Reino, los pobres, no serán nunca excluidos pero tampoco pueden excluir a nadie

Da la impresión de que *el sepulcro es algo vivo* y que algo se mueve dentro y en torno a él. Sus enemigos recuerdan que, *“cuando estaba aun vivo”*, dijo que resucitaría y temen algún truco y algo más profundo que no confiesan, por eso solicitan de Pilato una guardia, que el Procurador les concede y la colocan en el sepulcro. No temen solo el posible robo del cadáver, sino que éste se ponga de nuevo en movimiento, porque intuyen que algo de Jesús no ha muerto

“El pasaje gira en torno a aquel muerto que se agita y a los esfuerzos de los vivos por mantenerlo tranquilo. Guardad, poned cerrojos, dice Pilato. Los vivos trabajan por la inmovilidad, por el cierre, por la prision. Los muertos se escapan” (France QUERÉ)

Nunca se puede sepultar a Jesús tan hondo que no se mueva, ni siquiera por el pecado que es una cerradura mucho más hermética que la piedra de la sepultura. El se mueve siempre por el interior de las personas con un impulso invencible de darles amor y un poco de su vida. En cualquier momento sentirán ese movimiento agitándose por

su cabeza, su corazón o su conciencia y al menos se preguntarán cómo es que Jesús no les deja en paz, el amante estará siempre cerca del amado aunque éste le haya dicho que ya no le ama.

En el sepulcro la Pasión florece en *obras de misericordia*. Mientras Jesús vivía, la gracia vocacional estaba en sus palabras y en el poder de sus signos y de ahí nacieron los primeros entusiasmos y seguidores, pero ahora, apagada su palabra y sus signos, la gracia está en las obras de misericordia, como la de ayudar a una madre sufriendo o la de dar sepultura a un cadáver.

3) Descendió a los infiernos

La sepultura de Jesús es engañosa porque, aunque aparece como el final, es el lugar desde el que Jesús opera la última gran batalla de su Pasión. La fe, proclamada públicamente en el Credo, nos le presenta *“descendiendo a los infiernos”*. Ha muerto pero aun le queda una tarea importante, ¡y allá va! Le acompañamos en este “descenso”.

*** Después de descender al infierno de la vida –pobres, leprosos, prostitución, marginación . . ., descende ahora al *infierno de la muerte*, el peor de todos. La lanzada confirmó su muerte, la sepultura la sella y este descenso la lleva hasta la última realidad de esa muerte que afecta al hombre entero, no solo a su cuerpo; al descender, Jesús entero siente la garra destructora de la muerte, que le introduce en el “sheol”.

“Sheol significa primacía de la negatividad y triunfo de las fuerzas del caos sobre la vida y el orden. Y se caracteriza por la separación de los vivos, el olvido de Dios, el silencio y las tinieblas. La sustancia del sheol es el abatimiento en el reino de lo hostil a Dios, la negación de todo lo atrayente y deseable, el reino de las tinieblas y el caos “antes” de la creación” (Wilhem MAAS)

Desciende al reino de la muerte donde los difuntos están, no reducidos a la nada, sino vivos en la nada. Solo estando con ellos se puede

conocer su situación y por eso allá va Jesús; después de vivir con los afectados por situaciones de muerte en la vida, ahora convive con muertos que quieren vivir. Quiere mantener la unidad entre todos los que están en esta situación de infierno o de muerte, tanto del lado de acá como el lado de allá.

Desde este descenso Jesús nos invita otra vez a mirar a nuestro alrededor, donde tantos viven sumergidos en diversas formas de “infierno” social.

Existe también un sheol o infierno existencial en que viven muchos antes de llegar a la muerte, personas agredidas y disminuidas en sus condiciones de vida; ahí también descende Jesús, identificándose con ellos. El infierno social, como el bíblico, implica un abandono total, es la terrible situación de los solos en sus sufrimientos o marginación; la “primera muerte”, inscrita en nuestra naturaleza desde el origen, se ve aumentada por esta “segunda muerte”, el abandono que es fruto del pecado. En su descenso, por solidaridad de amor, Cristo suscita “la búsqueda del Padre en donde de ninguna forma puede ser hallado”.

Jesús descende *al reino del pecado*, que es el que crea esta muerte; en la vida ha sentido la fuerza del pecado que degenera al hombre, dominador o dominado, y ha comprobado que el pecado estropea la vida; ahora siente que el pecado degenera también la muerte, haciéndola brutalmente dominadora. El “infierno” representa el pecado más radical, el de apartarse de la relación con Dios.

*** *Con curiosidad legítima nos preguntamos qué hace Cristo en este descenso*

Teológicamente tenemos una enorme dificultad para comprender el estado en que se encontró Jesús en esta situación intermedia entre su muerte y su resurrección. Las preguntas se agolpan. “¿Muerto en la carne” y “vivificado en el espíritu” (San Pablo) son dos estadios sucesivos o se refieren al mismo momento? ¿Afectó a su unión esencial entre la naturaleza humana y la divina? ¿Cómo entender el estado de su alma? ¿El “espíritu vivificado” se refiere a su alma o a su divinidad?

Por ser más inteligible y porque nos afecta más, nos fijamos más en su acción que en su estado. ¿Qué fue a “hacer” allí? De partida su acción la hemos de entender de forma *liberadora*, porque así fue toda su vida. Jesús descende para liberar, para levantar esperanzas y abrir puertas hacia una vida nueva; la muerte, esta etapa última, pasa a ser penúltima, lo que significa que ha sido vencida para dar paso a la vida.

La antigua tradición representa a Jesús como *predicador y luchador* en ese descenso. Va al reino de la muerte a *anunciar la vida*: “¿Para qué, si no, se dio la buena noticia a los muertos? Para que después de haber recibido en su carne la sentencia común a todos los hombres, viviesen con el Espíritu con la vida de Dios” (I Pdr 4, 6). El mensaje de salvación traído por Jesús es universal y ha de llegar a todos, sin detenerse en la muerte; a los hombres vivos les alcanzará el mensaje a través de sus discípulos pero a los difuntos se lo ha de llevar Él personalmente; de una u otra manera, nadie queda fuera del mensaje salvador. Por la fuerza de su divinidad, Jesús tiene un “influjo retroactivo”, nadie queda fuera.

Pero esa salvación no es solo un mensaje y una gracia, sino también *un combate*, porque la muerte es la tierra del Maligno lo mismo que la Vida es el terreno de Dios. Jesús entabla el combate definitivo por la vida en el terreno de la muerte y en su propio terreno la vencerá. Esta visión épica y mitológica de la antigua tradición es impresionante. Naturalmente no representa un paseo triunfal para Jesús sino un combate durísimo, y solo después de esta victoria estará preparado para la Resurrección.

El triunfo de este combate se expresa en la apertura de sepulcros que dejan salir fuera de sí a los cuerpos de los santos difuntos devueltos a la vida (Mt 27, 52-53). Seguramente ésta es una frase “más teológica que histórica”, pero no cabe duda que expresa una gran verdad por encima de nuestra incapacidad de comprenderla y menos aun de explicarla; la Resurrección está ya operando y lo hace precisamente ahí, en el reino de la muerte.

*** *Este aspecto positivo del descenso es extensible también a nuestra manera de entender el PURGATORIO, que es lugar de vida y*

vivificación espiritual mas que lugar de tormentos. En el purgatorio la vida ahí se hace tan intensa que no se le resiste nada de la persona y traspasa todos nuestros poros interiores obligandoles a sudar purificadamente toda la imperfección acumulada, Cristo se hace presente en nuestro subconsciente y en lo más oculto de nuestro ser y en los últimos reductos del pecado y los limpia poniendo en su lugar germen de vida. Al mismo tiempo seremos capacitados, como Jesús, para una visión divina, superior a todas nuestras posibilidades, lo que exige un nuevo organismo interior apto para esta supermaravilla.

En este “descenso a los infiernos” Jesús culmina su tarea salvadora, liberadora, purificadora y resucitadora.

Así es la dinámica de la vida cristiana: descender para ascender, Jesús desciende de lo divino a lo humano para ascender de lo humano a lo divino, hemos de descender del privilegio al compromiso para ascender con los menos dotados, descendemos al reino de la muerte y del pecado para ascender al reino de la vida.

El palo vertical de la Cruz clavado en el suelo siguió bajando, bajando, hasta absorber todas las sombras de las profundidades que, pasadas por el circuito de sus venas regeneradoras, salieron clarificadas por la parte alta de la Cruz que termina en el cielo.

Dialogo entre Jesús y el creyente

Creyente - Tengo la sensación de que esta escena sobra en nuestro Credo y, por supuesto, en tu vida. ¿Que ganarías o perderías si no dijésemos que “descendiste a los infiernos” sino solo que moriste y luego resucitaste?

Jesús - En mi vida hay un momento clave que está bien expresado ahí, me refiero, claro está, a mi situación personal entre la muerte y la resurrección. Quizá nadie haya vivido como yo la absoluta unidad de la persona, pero eso no quita que no sintiese clara la diferencia entre mi parte corporal y mi parte espiritual. En ese “descenso” viví intensamente la ruptura de esa unidad esencial y la transformación de lo muerto en una nueva unidad.

Creyente - Nos preocupa como estabas y que hiciste. Primeramente no sabemos si tu estado era más de muerte o de vida.

Jesús - El “infierno” en el que yo entre era ciertamente la muerte en todo su realismo, del que nadie escapara. Como si la Cruz no fuese suficiente porque los clavos no pueden matar más que la parte superficial de la persona, la muerte es mucho más avara que la Cruz: lo quiere todo y efectivamente llegó a agarrarme por dentro: llegué a morir al máximo en esa situación.

Creyente - Lo hemos de entender, por tanto, como una situación terrible. Jesús - Pero maravillosamente compensado. En el mismo momento en que llegué al fondo del descenso, como si fuese un resorte empieza el ascenso y se inicia la glorificación: primero la de mi alma seguida de la glorificación del cuerpo y a continuación, la de todos los justos.

Creyente - ¿Cambio en algo tu relación con el mundo?

Jesús - Sentí que en ese momento tenía acceso al centro del universo, al corazón del mundo como si toda la creación fuese mi cuerpo y quise regenerarla: creo que llegué hasta el caos original de la creación porque las cosas necesitaban una nueva reorganización y un cambio de sentido. Las puertas de la gloria se abrieron para todos y para todo y entonces me sentí satisfecho de “ascender”.

4) El sepulcro abierto

En esta escena se confunden las sombras de la sepultura y las primeras luces de la resurrección, ese claroscuro afecta los detalles de la escena y no sabemos con exactitud cuántas y quienes son las mujeres que van al sepulcro ni cuál es la intención precisa de su visita.

Sucede *el primer día de la semana, recién salido el sol* (Mc 16, 2), *‘pasado el sábado*’, aclara Mateo (28, 1).

Ese sábado es un inmenso hueco ocupado por un inmenso vacío, el de la muerte, por el desánimo y la desolación y por las primeras tentaciones de olvido, después de matar a Jesús la Pasión amenaza ahora a sus seguidores y les agarra por dentro. El silencio de Jesús durante la Pasión se ha posesionado de este sábado y no suena ningún

na palabra viva porque la muerte las ha matado como ha matado los sueños y esperanzas. Para sus discípulos este sábado es también un “descenso al infierno” y para los demás testigos es el principio del olvido, por la decepción personal o por la sensación de haber acabado con El. La Pasión continúa llenando el sábado.

De pronto este sábado empieza a iluminarse con *una peregrinación* de las mujeres que “*fuieron al sepulcro*” (Mc 16, 3), de las que conocemos con certeza a María Magdalena y a María la madre de Santiago. La costumbre de visitar las tumbas de los santos las lleva a la de Jesús, es una forma de proclamar su cariño personal y la santidad de Jesús. Esta peregrinación indica que no todo se ha acabado; se acabó la Pasión de los clavos pero empieza la Pasión en el culto porque en ese sepulcro hay algo que hace pensar no solo en el recuerdo sino en el futuro; no van solo para lamentarse sino para un encuentro con Aquél en el que quizá ya no se atreven a creer pero al que siguen amando; algo vivo hay en ese cadáver.

El escándalo de la Cruz aleja a la gente pero, por otra parte, este sábado empiezan a producirse los primeros acercamientos hacia la Pasión escandalosa e incomprensible primero por parte de las mujeres y luego, avisados por las mujeres, también de los discípulos; no saben lo que encontrarán ni siquiera lo que buscan, pero allá van. Aquel sepulcro que cerraba todas sus esperanzas en un silencio espeluznante empieza a abrirse y lo primero que sale es una voz muda que convoca. No se puede dejar morir la Pasión, lo importante es estar cerca del Crucificado. Desde entonces no se ha detenido la ruta de los que se acercan, movidos por la fe, por la curiosidad o por la admiración humana a aquel ser extraordinario, unos para dar culto y otros para buscar ayuda, pero siguen acercándose.

*** Van, en primer término, *para ungir y embalsamar*. Según Marcos, “*compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús*” (Mc 16, 2), para lo que tendrán que entrar en la tumba y ya les preocupa quién les moverá la piedra que cierra la entrada; la pobreza de la unción funeraria del viernes motiva esta ida para completarla. Mateo constata solamente que “*fuieron al sepulcro*” (Mt 28, 2). Jesús ha muerto en la Cruz, pero no en sus vidas, está claro. Van *decididas*, como Jesús

cuando empezó a caminar hacia Jerusalén donde iba a morir. La decisión de caminar es una clara manifestación de fe y de amor, aunque no tanto de esperanza. Es claro que no les atrae la sepultura sino el Crucificado; quieren honrarle con aromas y embalsamamientos, si alguien les franquea la entrada, quieren acercarse una vez más a El, que nadie ni nada, ni siquiera la sepultura, pretenda alejarlas de Aquél que aman.

Quieren entrar para *identificarse con el Crucificado*, y empiezan haciéndolo, no asemejándose al difunto, sino transformándolo con bálsamos para que se asemeje a un ser vivo. Esa identificación las llevará a ser como El, incluso en la muerte; si pudiesen suprimir esa muerte tan cruel, ¡qué maravillosa sería la identificación! Los restos de Jesús, aun destrozados y sucios, están enriquecidos por la grandeza a la humanidad que les dio vida. Aunque a un hombre le queden solo restos de humanidad, merece ser honrado y recompensado.

Van también a contemplar. Cuando le sepultaron ellas “*estaban mirando*” (Lc 23, 49), “*estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro*” (Mt 27, 61). Ven, miran, contemplan. El penoso trabajo de desclavar y descender un cadáver era tarea de hombres y ellas lo contemplan, ¡cuidado, que no se desgarre más!, ¡ojo, que no se caiga!, ¡ay, cómo lo han dejado! Pero la hora tardía interrumpe su contemplación que continúa esta primera hora de este primer día de la semana. Representan la actitud de los discípulos que a estas horas, recompuesto clandestinamente el grupo, también reflexionan y contemplan aunque no entienden nada, porque ya es imposible sacar a Jesús de sus vidas, ni la muerte lo logra. La contemplación resume y completa todas las demás formas de acercamiento que con frecuencia se quedan a medio camino.

Esa contemplación, aunque dominada por la pena porque María “no sabe dónde lo han puesto” si es que ha desaparecido, *da entrada a la primera luz: el sepulcro está abierto*. “*Encontraron corrida la losa*” (Lc 24, 3). María Magdalena, la única nombrada por Juan en esta visita, “*vio la losa quitada*” (Jn 20, 1).

Su primera impresión es que la Pasión se prolonga ahora en la forma difamante del robo y profanación de un cadáver, con la inten-

ción de hacer desaparecer del todo su persona; quieren que no haya peregrinaciones a su tumba, que nadie reconozca sus heridas y así no podrá denunciar a quienes las produjeron; la desaparición favorece el olvido, como si no hubiese existido ni el juicio ni la crucifixión. María Magdalena acude al hortelano para recuperar el cadáver y mantener viva la presencia de Jesús, empieza ya a hacer "memorial de la Pasión", quiere librar a Jesús de la última y más sutil Pasión, la del olvido, y empieza a hablar y a moverse en ese sentido.

No hay en el primer momento ningún chispazo de fe en la Resurrección; la primera noticia que comunica María Magdalena a los discípulos no es la Resurrección sino la inquietud por la desaparición del cadáver: *"Fue corriendo donde estaba Simón Pedro con el otro discípulo preferido por Jesús y le dijo: Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto"* (Jn 20, 2). Ella seguía buscando y pedía ayuda, porque el problema está en no buscarlo, cualquier excusa nos sirve para alejarnos de la Pasión, dándola por una cuestión cerrada.

Pero no es cuestión cerrada, el sepulcro se abre para impedirnos la resignación de creer que allí está el final, tenemos que seguir buscando al Crucificado que escoge formas anónimas precisamente para obligarnos a buscarle. El relato de la tumba vacía es la respuesta a las objeciones de muchos que, ya en la primera hora, dijeron que, si el sepulcro estaba vacío, es que Jesús no había muerto o que habían robado el cadáver; si el sepulcro se abre no es para decir que Jesús no entró sino para afirmar que salió.

*** El ángel iluminador

La sorpresa del sepulcro abierto va acompañada del descubrimiento de un ángel, es decir, de un mensajero de Dios; una ángel o dos, no coinciden los evangelistas, como tampoco coinciden en si fue él quien removió la piedra o en si está dentro o fuera del sepulcro. Un ángel aparece en el huerto de Getsemaní (aunque de forma tan fugaz que solo un evangelista recoge su visita) y un ángel aparece en el

huerto de la sepultura, porque el huerto es el lugar de oración, de revelación y de contacto con Dios.

El ángel es una luz que viene de Dios para iluminar la Pasión. Mientras Jesús colgaba de la Cruz las tinieblas ensombrecían la región, como signo de la maldición divina, pero ahora Dios mismo pone una luz en esa tiniebla, porque cualquier otra luz cerraría más el sepulcro, acentuando lo que tiene de definitivo. Solo del cielo llega la luz a aquel sepulcro. Sin el ángel, el sepulcro abierto exigiría solo una investigación policial: ¿¿robo? ¿quién ha sido? ¿con qué intención? La pregunta del ángel sobrepasa la sombra del interrogante y lo sitúa a la luz de Dios. Nos sitúa así en la última plataforma en la que podemos descubrir la verdad y la riqueza de la Pasión: desde la fe todo es posible, desde el amor todo se comprende. Lo que ha sucedido es tan simple y maravilloso como que se ha cumplido lo que el mismo había dicho: *"ha resucitado, como había dicho"* (Mt 28, 6). el ángel nos recuerda que tenemos un fundamento para creer en la Resurrección y es la propia palabra de Jesús (cf Mc 14, 28).

El ángel no viene a dar explicaciones ni a garantizar con su presencia directa la comprensibilidad de lo sucedido, viene simplemente al lugar donde Jesús ha muerto y vuelto a la vida, indicándonos que no debemos separarnos de ese lugar para poder comprender y que, si no comprendemos, es igual porque ya estamos con El. Empieza quitando la piedra que cierra el sepulcro porque era el obstáculo, no para la Resurrección, sino para nuestra fe en la Resurrección, porque nosotros continuaríamos creyendo en el cadáver mientras el sepulcro estuviese cerrado, el cadáver nos tataría la Resurrección. Pasado este obstáculo, anuncia la Resurrección e invita a hacer una experiencia preliminar: *entrad y ved, El "no está aquí"*, el sepulcro está vacío. Para resaltar la identidad entre el Crucificado y el Resucitado, el ángel recalca la identidad del lugar.

Pero la Pasión no ha desaparecido del todo, continúa presente en la sorpresa y el *miedo* de las mujeres: *"Salieron huyendo del sepulcro, del temblor y desconcierto que les entró, y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían"* (Mc 16, 8). Su miedo proviene de que

aun están obsesionadas por el sepulcro y por la lógica de la muerte que nunca se vuelve atrás cuando pone su garra en alguien.

Naturalmente el Crucificado no ha necesitado salir por la puerta cerrada o abierta, que para El no supone ventaja ni obstáculo, pero sí ha necesitado que sus apariciones hayan sido precedidas de un anuncio testimonial; el ángel pertenece al reino de los vivos y asegura que Jesús está entre ellos. Para este anuncio el ángel no va al Tabor ni al Sinaí ni a los pórticos del Templo, sino al lugar de la muerte; si hubiese sido un sueño, habría escogido otro lugar porque los sueños sitúan las manifestaciones de Dios en lugares más brillantes, pero la fe las sitúa exactamente en el lugar de la muerte; solo de la muerte crucificada por amor nace la vida como primicia de una resurrección universal. Un instinto equivocado nos lleva a pensar que cuanto más nos alejamos de lugares de muerte más cerca estamos de la vida resucitada, pero esto solo será verdad cuando desaparezcan todos los lugares de muerte; mientras tanto, el ángel viene al lugar de la muerte, al sepulcro, para desde aquí dar testimonio de la Resurrección.

*** El ángel trae un testimonio que, a su vez, *ha de ser anunciado* y se lo encarga a las mujeres: *“id a avisarles a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán”* (Mt 28, 10).

Aun les tiene que recomendar que no tengan miedo, porque la noticia no ha llegado a experiencia personal, pero el gozo y el temor juntos se convierten en sorpresa misteriosa que empuja a los discípulos a correr hacia el sepulcro para asomarse y ver sólo los últimos restos de la Pasión, los lienzos que envolvieron el cadáver (cfr Jn 20, 3-9). Pero esto solo aun no es la fe, al contrario puede ser un estorbo para creer: *“algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron tal y como lo habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron”* (Lc 24, 24). Sin embargo el anuncio funcionó.

De la Pasión siempre hay comprobaciones visibles, pero de la Resurrección solo tenemos anuncios y experiencias interiores; la Pasión se nos impone, la Resurrección nos llama; los discípulos caminan hacia la Resurrección pero se encuentran con los restos de la

Pasión, van mezcladas en un claroscuro indescifrable e inefable. El Resucitado no viene a decir: “ya pasó todo”, sino “todo sigue”, lo que cambia es el final, el último final, el final después del final.

Esto es lo que hay que anunciar. El anuncio del ángel se prolonga a través de las mujeres y ahora a través nuestro; muchos esperan este anuncio hecho desde la experiencia personal.

5) El Crucificado Resucitado

El dato más claro del Resucitado es su irrompible relación con el Crucificado; en esta hora histórica de cruces y resurrección es imprescindible insistir en esta conexión esencial, porque tendemos a quitarle a la Resurrección su propia fuente concediéndole una autonomía que Dios no le dio.

Nos detenemos en algunas de estas conexiones íntimas.

*** *El Crucificado y el Resucitado se iluminan mutuamente.* El blanco luminoso de la Resurrección sustituye al negro penumbroso del sepulcro y nos descubre que el Gólgota no es un final sino una puerta que abre caminos; por contra, un resto de sombra golgótica impide que la luz deslumbre.

En primer término, la Resurrección ilumina al Crucificado y nos le descubre como Salvador; por no tener esa luz, el Sanedrín lo proclamó blasfemo. Es salvador porque ha sido salvado de la muerte y ha sido salvado para que sea nuestro salvador; entró en la muerte-pecado (social o interior) para regenerar los gérmenes corrompidos de la vida y así lo hace al seguir adentrándose en todas nuestras formas de muerte, siempre para darnos vida. Podemos constatar que su acción salvadora sigue en las comunidades cristianas que crecen después de una persecución, en las revoluciones justas que producen mayor justicia social, en la perfección progresiva de los que muchas veces piden perdón de sus pecados, en la riqueza invisible de los sufrimientos vividos con espíritu, en el esfuerzo por la vida espiritual en un mundo materialista.

Pero también sucede a la inversa, que el Crucificado ilumina al Resucitado, demostrándonos que no es irreal o soñado o un efecto mágico del poder divino, sino algo tan real como la Cruz, de donde nace; no hay Resurrección sin germen que la produzca, alguna semilla tiene que haber muerto sembrada para que resucite. Siempre tenemos el peligro de desfigurar la Resurrección como algo que no se sabe de dónde ni cómo viene o de dejarla totalmente a cargo de Dios, independientemente de nuestras obras. La Cruz nos enseña que la Resurrección se anticipa ya en nuestros esfuerzos personales hacia una perfección mayor y en la acción liberadora a favor de los necesitados. La Resurrección ascendente no es una huida hacia arriba porque la Cruz le mantiene en nuestra órbita, el Resucitado no se aleja de la zona de los crucificados.

Iluminadas mutuamente, Cruz y Resurrección forman el misterio pascual, la verdadera realidad presente y futura. En los momentos entusiasmados es bueno volver la mirada hacia la Cruz y en las horas crucificadas es indispensable mirar la Resurrección, no como futura, sino germinando ya en esas horas.

*** *Identidad entre el Resucitado y el Crucificado; resucita "El mismo, aunque no el mismo"*, como define un conocido teólogo.

Sería más fácil aceptar la Resurrección sin esta conexión permanente con la Cruz, en todo caso aceptando solo una relación original ahora ya superada. Por eso los Apóstoles tienen que acentuar la identidad entre el Crucificado y el Resucitado ya desde el principio; Pedro se lo recuerda al Consejo judío: "*El Dios de vuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros asesinasteis colgándolo de un madero*" (Hech 5, 30); y Pablo lo resalta con fuerza para los que ya empezaban a desconectar la Resurrección de la Cruz: "*fue crucificado y resucitó al tercer día*" (I Cor 15, 3), El mismo, no otro.

La identidad se mantiene después de la Resurrección porque se había producido ya antes, es decir, que en el Crucificado está ya el Resucitado pujando por salir y tomar formas nuevas, transformadoras del sufrimiento. La Crucifixión es la primera garantía de la Resurrección, por eso Jesús habla de la Pasión como una necesidad para El y para sus discípulos, pero notemos que es una necesidad para resuci-

tar; hablarles de la necesidad de la Pasión es una forma de garantizarles la Resurrección.

La identidad Crucificado-Resucitado no es solo una relación causa-efecto sino una identidad personal, en la misma persona en la que se produce la acción mortal de los hombres se produce la acción resucitadora de Dios. A los primeros testigos del Resucitado les cuesta reconocerle, les habría resultado más fácil creer en un hombre totalmente nuevo sin ningún signo de Pasión, pero el Resucitado mantiene sus llagas y remite a sus predicciones de la Pasión, está claro que se esfuerza por mantener esa referencia.

*** *Los contrastes resaltan esa luz mutua*. Esta inconmensurable riqueza de la Pasión-Resurrección, que nos llena y sobrepasa, la descubrimos mejor en las formas de *contraste e identidad* que son esenciales a la vida humana, la de Jesús y la nuestra.

— Contraste *vida-muerte*

La muerte y la vida están tan unidas en el ser humano como el espíritu y la carne. Es verdad que vivimos para la muerte, pero es más exacto decir que morimos para vivir; compañeras inseparables, vida y muerte no solo comparten fronteras sino que se entremezclan en una misma esencia y se van realizando conjuntamente, la muerte siempre al servicio de la vida, hasta que llega un momento en que la vida crece tanto que se mantiene por sí misma, ya no necesita de la muerte y muere la muerte. La vida siempre es más fuerte que la muerte y por eso la asume en la Resurrección.

La Resurrección resalta el contraste entre *la acción mortífera de los hombres y la acción salvadora de Dios*. La muerte de Jesús es fruto de la capacidad mortífera de los hombres, que aquí llegó a su punto culminante. Mientras la naturaleza practica por sí misma una muerte vivificadora, porque las hojas y plantas muertas se convierten en germen fecundante de nuevas plantas, la acción mortífera de los hombres es aniquiladora, no fecunda nada y Dios tiene que suplir con su amor la fuerza fecundante. La Resurrección de Jesús proclama el

poder vivificador de Dios y apunta reflexiva y acusadoramente a la acción mortífera de los hombres; le quitaríamos gran parte de su contenido a la Resurrección si olvidásemos esta referencia

— Contraste *tumba-huerto*

La tumba es el lugar donde se acaba la vida, pero Jesús la convierte en huerto donde la fecunda. A la hora de beber el agua de la vida verdadera tendremos que acudir ahí, no alejarnos sino acercarnos. Porque la Resurrección tiene también un “lugar” propio, que es la Cruz, por eso la preferencia en la Resurrección corresponde a los crucificados o a los que están con ellos, es decir, a aquellos que más vida necesitan o más vida reparten, el primero en recibir garantías de la Resurrección es otro crucificado.

Lo que transforma la Cruz de tumba mortal en huerto de vida es el espíritu, es decir, el vivirla con amor como una entrega a los demás. Pero la mayoría de los crucificados no tienen ese espíritu, puesto que no entregan su vida sino que se la arrebatan como a víctimas que son, por eso Jesús pone el espíritu por ellos y en ellos. Esta es también nuestra tarea, poner espíritu donde otros ponen muerte y donde los sufrientes son solo víctimas, su crucifixión y nuestro espíritu conforman la Resurrección. Una vez más queda claro que, si nos alejamos de la Cruz, nos salimos del círculo de la Resurrección

— Contraste *hombre viejo-hombre nuevo*

Jesús inició un nuevo tipo de hombre que las autoridades creyeron dar muerte en la crucifixión, pero la Resurrección rehabilita a ese hombre nuevo iniciado por Jesús y consumado en la Cruz.

El hombre nuevo aparecido en la Resurrección, no es algo repentino, fruto sorpresivo y maravilloso del poder de Dios que anula de repente nuestras mezquindades y realiza de golpe lo que nosotros hemos fracasado en la historia, más bien es el final de un proceso, es

la meta de una carrera previa y estorzada, es el salario generoso de un trabajo. La Pasión va resucitando progresivamente al hombre nuevo, pero solo en la medida en que nuestra pasión tiene el espíritu y la calidad de la de Jesús, es decir, la pasión que proviene de la lucha contra el mal y que está animada por el amor, la que es consecuencia de padecer para que otros no padezcan o de bajar para que otros suban o la que es fruto del esfuerzo espiritual. Conscientes de que esta Pasión con espíritu solo se alcanza con la fuerza del Señor, la reconocemos inseparable de la oración, como sucedió en la Cruz de Jesús

El ángel sentado frente al sepulcro abierto nos vuelve a proclamar la identidad entre el Crucificado y el Resucitado y el camino vital por donde se realiza el hombre nuevo. La Pasión hace creíble la Resurrección porque la sitúa donde más se ha manifestado el amor salvífico del Padre, y la Resurrección hace creíble la Pasión, porque nos descubre que el amor del Padre cambia las cosas de raíz. Por su identidad, el Crucificado-Resucitado continúa cercano a nosotros y se hace cada día más creíble en la medida en que lo continuamos en el compromiso con los necesitados

Nos apetece el Dios de la Resurrección, el que realiza todos nuestros ideales y más, pero nos convence el Dios de la Pasión, comprometido con nuestras luchas hasta dejarse crucificar. El cristiano que encarna ambas dimensiones es el “hombre nuevo” válido para nuestra sociedad

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente - De nuevo vivo, ¿que se siente?

Jesús - Una inmensa gratitud y confianza en el Padre; la vida es cosa suya, no de uno mismo, cuando podía creer que era mía, se me escapó sin mi permiso porque es del Padre, que la guardaba mucho mejor que yo mismo. El día que me encuentre de nuevo vivo, solo supe dar gracias y alabar al Padre guardián de mi vida. Para mí la Resurrección significa, sobre todo, que el Padre no permite nunca que mi vida se pierda

Creyente - Nos gustaría saber cuál era tu situación en el minuto anterior

Jesús - Eso es curiosidad, legítima pero inadecuada para estos misterios. Solo puedo decirte que en el minuto anterior yo estaba muerto, pero que fue el Padre quien hizo que la vida sobrepasase a la muerte

Creyente Algo hay en nosotros, quizá solo un instinto, que nos lleva a pensar que somos inmortales

Jesús En la Cruz me sentí del todo mortal y la muerte me trago. La inmortalidad no es más que la mano del Padre que nos sostiene en su cuenco amoroso. La inmortalidad suena como si un hombre no muriese, mientras que la resurrección significa que el Padre vivifica lo que ha tocado la muerte.

Creyente ¿Como te identificabas con tu vida anterior? ¿Notabas la sensación de ser otra persona?

Jesús Me identificaba en mi yo profundo mucho más que en las formas externas que no son más que vestido de viaje y algo circunstancial que tome para mis apariciones. Lo que me identificaba es esa realidad que crece continuamente y que me permite decir "yo" antes y después de la Resurrección, una realidad que no solo se mantiene sino que se transforma y llega a plenitud. En mi caso siempre sentí que mi yo profundo se identificaba con el Padre y pienso que algo así, aunque no con la misma intensidad, sentirán todos en la Resurrección.

Creyente - Y tus obras, todo lo que hiciste antes.

Jesús Era una sensación especialmente gozosa. Mis obras no eran una lista más o menos larga que yo hubiese podido pasar a la otra orilla, sino que se habían transformado en mi persona, incorporándose a mi yo, aunque no todas por igual. De todas mis acciones se salvaba lo mejor de lo que hice: aquello que a mi mismo me gustaba que permaneciese para siempre.

Creyente No se si es posible resumir en unas palabras o gritos lo más sobresaliente de tus sensaciones al resucitar.

Jesús ¡Vivo!, ese es el grito. ¡Vivo! pero mucho más que antes! ¡Vivo yo, pero no soy yo, es el Padre quien vive en mí! ¡Nadie me podrá quitar esta vida! ¡He sobrepasado el mundo pero sigo unido a él!

6) El Aparecido

Las apariciones, experiencias vivas del Resucitado, guardan también una clara relación con el Crucificado.

*** *Se nota primero en quienes y como le experimentan.* Porque las apariciones tienen un carácter selectivo, no se aparece a todos sino a los que *El quiso* a los que han experimentado la Pasión, los discípulos que conocieron la angustia de Getsemani y el miedo a la muerte inminente, la Magdalena que ha presenciado la muerte y luego ha seguido el curso del cadáver, Cleofas y su compañero cuyas ilusiones fueron también crucificadas en el Calvario. Los que le experimentan muertos le pueden experimentar después vivos y sabrán que ha pasado de la muerte a la vida y que ahora, desde la vida, sigue preocupado por la muerte de los demás. Cuando se olvida la Pasión de Jesús faltan apariciones y cuando no se participa en la Pasión de otros solo se logran creencias pero no experiencias del Viviente.

Las primeras apariciones se sitúan *en los mismos lugares de la Pasión*, empezando por el Golgota donde fue enterrado, el sepulcro unifica la última experiencia de la muerte con la primera de la Resurrección *venid a ver el sitio donde yacía*. Luego cita a sus discípulos en Galilea, porque allí empezó la apresurada carrera que le llevó a la muerte. Un lugar donde no hay Pasión difícilmente producirá verdaderas apariciones o experiencias de resurrección.

Le experimentan también *en lugares de trabajo* 'algun tiempo después se apareció Jesús a los discípulos junto al lago de Tiberias' (Jn 21, 1), donde estaban pescando. En la Pasión de un trabajo penoso e infecundo, porque *aquella noche no cogieron nada* el forastero les dice que echen las redes de nuevo en su nombre y resulta milagrosa la pesca. El Señor se hace presente en esa Pasión del trabajo diario, especialmente del menos rentable, y viene a dar abundancia a nuestras pescas escasas, las apariciones no nos sacan de la realidad, al contrario, nos revierten e insertan en el trabajo para ganar el alimento y transformar el mundo.

Lo experimentan igualmente *en la comunidad* *reunidos los Once con sus compañeros* (Lc 24, 34) En un momento difícil e inquietante, pero en el que se mantienen reunidos, el Señor se les hace presente. Sus apariciones son en grupo o, si son personales, es con un encargo para la comunidad. Porque la comunidad tiene también su

propia Pasión, puesto que se amasa con heridas nacidas de las diferencias entre sus miembros y con la sangre del amor.

*** *Le experimentan a El, el muerto vivo, el Crucificado ya incrucificable*; es El mismo, no deben confundirle con ningún fantasma ni con otro ser distinto: *"Soy yo en persona"* (Lc 24, 39). Continúa repitiendo: *"Yo soy"*, lo mismo que en Getsemaní, también ahora se identifica. Los discípulos lo confunden primero con un fantasma, y también ahora se le confunde con una superestructura mental o con un recurso psicológico para suplir nuestras impotencias o con líderes revolucionarios. En nuestra vida complicada y golpeada las apariciones de Jesús se producen cuando le oímos decir: *"Yo soy"*.

Experimentan en particular *sus llagas*: *"les mostró las manos y los pies"* (Lc 24, 40), que no han desaparecido con la Resurrección, sino continúan ahí revalorizando la Pasión. Llagas gloriosas pero reales, que ya no producen sangre pero sí vida, porque se han convertido en fuente. Dios cumple lo proclamado en las horas de angustia: *"¡Lo he glorificado y volveré a glorificarlo!"*

También experimentan *su perdón*: *"Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados les quedarán perdonados; a quienes se los imputéis, les quedarán imputados"* (Jn 20, 23). Porque el pecado es la peor forma de muerte, la que le dio muerte a El, ahora aparece ofreciendo vida mediante el perdón, con encargo de continuar repartiéndolo. Cada perdón recibido o concedido es como un aparición de Jesús, una de las más necesarias en nuestra sociedad.

El Aparecido no solo mantiene viva la Pasión y sus signos sino que los manifiesta así a sus discípulos para que ellos experimenten sobre todo las llagas gloriosas. Por esas llagas se autentificará Jesús Resucitado frente a cualquier otro aparecido.

*** El Aparecido produce además una serie de *reacciones y frutos* que guardan relación con la reciente Pasión y con la Pasión futura.

La primera reacción de los discípulos es de *incredulidad y de turbación*: *"temblor y desconcierto"* (Mc 16, 8), *"se asustaron des-pavoridos"* (Lc 24, 37), *"se negaron a creer"* (Mc 15, 11). La incredulidad no viene tanto del Jesús que ven sino de haberlo visto antes crucificado, si hubiese muerto de muerte natural les habría resultado

más fácil creer en el Aparecido, no pueden entender que la Pasión forme parte también de la gloria. El paso de la incredulidad a la fe madura se produce cuando, por fin, aceptan la Pasión.

Y enseguida *encuentran un sentido a toda la vida de Jesús*, al descubrir que el Crucificado por unos jueces es el Juez que ha de venir y que el rechazado por los hombres ha sido glorificado por el Padre; ahora resulta que ellos mismos no han sido solo colaboradores de la Pasión sino sus beneficiarios, porque todo sucede de acuerdo con unos planes divinos que nunca pudieron imaginar. El sentido de cualquier pasión es descubrir su valor salvador; con frecuencia lo descubrimos solo después, mientras que el Aparecido nos enseña a descubrirlo ya antes puesto que está ya presente en todas las pasiones parecidas a la suya.

En consecuencia, *su turbación se transforma pronto en alegría y "se pasaban el día bendiciendo a Dios"* (Lc 24, 53), porque, después del desánimo ante la Cruz, el Aparecido llena su vida de un sentimiento gozoso muy superior al que nunca habían tenido antes. Lo experimentan como *paz* interior y como *victoria* personal de Jesús, que por fin ha realizado plenamente su "hora" y ha sido glorificado por el Padre, el mismo que nos dará su paz y nos glorificará también a nosotros.

"Tú, que por *la victoria* de tu Hijo en la Cruz, anunciaste *la paz* al mundo, libranos de toda desesperación y de todo temor. Ayuda a los oprimidos, consuela a los afligidos, libera a los cautivos.... para que en todos se manifieste *el triunfo* de la Cruz". (Liturgia de las Horas)

Seguidamente sienten la necesidad de *anunciar* al Aparecido, lo que hacen también en un ambiente de Pasión, *"con miedo, pero con mucha alegría"* (Mt 28, 19), porque al anunciarle, tienen que enseñar también *"a guardar todo lo que os he mandado"* (Mt 28, 19), entre lo que insistentemente está la cruz; por eso cuando lo anunciaron, *"tampoco a ellos los creyeron"* (Mc 16, 13). El gozo del Aparecido no impide la pasión de no ser creídos al anunciar que lo han visto y

experimentado. Pero siguen con ese anuncio que ya nunca interrumpirán hasta que lo confirmen con la pasión martirial de sus vidas; ahora ya saben para qué sirve entregar la vida y conocen la fuerza transformadora que Dios ha puesto en la Pasión.

*** *Las nuevas llagas en los seguidores del ya Resucitado.*

Jesús Resucitado ha glorificado sus llagas personales, pero en sus discípulos continúan abiertas algunas de las que tenían antes.

Continúa *el miedo*: “*cerradas las puertas..., por miedo a los juicios*” (Jn 20, 19-20); aferrados a su propia seguridad personal, cierran la puerta ante posibles peligros; como en Getsemaní, el miedo a perder lo que tienen es superior a las promesas de Jesús. Miedo que continúa en muchos cristianos: miedo a ser cristianos decididos, a lanzarse a su seguimiento, a ser reconocidos públicamente como cristianos, a confiar en un futuro de resurrección frente a un presente con tantas posibilidades de disfrute.

Continúa *la incredulidad*: “*se negaron a creer...; tampoco a ellos les creyeron*” (Mc 16, 11. 13). Si en ellos el paso de la incredulidad a la fe fue rápido, continúa habiendo muchos que siguen sin creer, aun admitiendo la grandeza de Jesús, no le siguen en su maravilloso final. El principal motivo de su incredulidad no es Jesús sino ellos mismos, porque la Resurrección creída transforma los criterios de vida y no están dispuestos a cambiarlos.

Continúa *el amor insuficiente*: “*Simón, ¿me amas más que éstos?*” (Jn 21, 26). Jesús aun parece inquieto por eso amor tambaleante de Pedro, ¿volverá a ser débil? Esta es la peor llaga que continúa sufriendo Jesús, la falta de amor; con un amor más decidido, el seguimiento cristiano sería más frecuente y más completo y la sociedad cambiaría.

Continúa *la decadencia de la vida*: “*cuando llegues a viejo, extenderás los brazos y será otro el que te ponga un cinturón para llevarte donde no quieras*” (Jn 21, 18). Por si acaso alguno pensaba que con su Resurrección se acababan las formas caducas de la vida, le recuerda a Pedro que la edad nos somete a una pasión irreversible que no todos encajan adecuadamente. Hasta las comunidades cristianas son

amenazadas por la decadencia con el paso de los años, porque no todas crecen en edad, sabiduría y gracia.

Recién resucitado y aparecido, Jesús constata que ahí siguen esas llagas nacidas de los miedos psicológicos, de la fe tambaleante, de la edad o del amor inmaduro, y las acepta y se inserta en ellas para transformarlas también.

Y nacen *llagas nuevas*, producidas por las nuevas circunstancias.

Así, cuando les envía a “*por todo el mundo*”, se da cuenta de que es una “*misión imposible*”, ¿no es demasiado poner el Reino en sus manos?, pero se lo impone. En sus revisiones será siempre más larga la lista de lo pendiente que de lo logrado. Por eso, a la hora del envío, surge *la duda*: “*se postraron ante El, aunque algunos dudaban*” (Mt 28, 17); no se refiere tanto a la duda de los primeros discípulos en la última aparición de Jesús, sino a la de otros muchos y en otros momentos, sobre todo a las dudas vocacionales, la de tantos que sienten la llamada y se refugian en la falta de claridad. Nunca ha logrado Jesús desterrar la duda de los suyos, con lo que terminan acomodados en un cristianismo rutinario.

Jesús inicia también *la separación definitiva*: “*mientras les bendecía se separó de ellos y se lo llevaron al cielo*” (Lc 24, 51). La separación no es ausencia pero sentirán la tentación de confundirlas; añorarán lo viejo, el Jesús tangible. Pero nunca más volverá a darse la situación anterior; ahora permanecemos juntos en la separación, presentes en la oscuridad y así será hasta el final. Pero tampoco la oscuridad anulará la gozosa certeza de la presencia de Jesús.

*** *La catequesis pasionista de Emaús.*

En este encuentro de Jesús con los dos discípulos de Emaús, al que Lucas concede un desacostumbrado espacio, se resumen de forma admirable las nuevas formas de presencia resucitada y crucificada de Jesús entre los hombres y las actitudes que sus discípulos han de seguir. El Aparecido llena la escena resaltado por las sombras de la Pasión que ocupan el camino.

El Aparecido toma *la forma anónima de forastero caminante*. No se presenta glorioso ni se impone con formas luminosas; demasiado deslumbrante, ya no podría andar por los caminos como uno más.

Quedarse abajo cuando se puede estar arriba es una pasión redentora; Jesús continúa donde estaba antes, entre los anónimos y así quiere ser reconocido.

“No te pido luego,
no, no quiero luego,
para verte aun más,
una luz sin sombras,
una luz total
Me basta con esta
dulce claridad
con que te revelas
en el mundo ya
Entre luz y sombra
te evidencias más”
(Vicente GAOS)

Le afecta a Jesús su *incomprensión*, porque “estaban cegados”, y la *fragilidad de su esperanza* “*nosotros esperábamos*”, ya no esperan; lo que en principio debía confirmar su esperanza, puesto que El lo había predicho y explicado, la rompe, las esperanzas frágiles se convierten fácilmente en decepciones. Al Aparecido le continúa afectando esa pasión de los desencantados y desanimados, de los que fácilmente cambian la esperanza de un futuro resucitado por un presente realista donde se buscan seguridades más tangibles. Muchas esperanzas se acabaron porque pensamos que fallaron o porque otras satisfacciones las tapan. La esperanza tiene que abrirse paso penosamente porque la dejamos un pasillo muy estrecho.

Y les ofrece su última y maravillosa catequesis, siempre a partir de la Pasión.

Empieza repasándoles las *Escrituras*, y les hace ver que aquí está claramente expresada la “*necesidad*” de la Pasión, porque eran “*torpes y lentos para creer todo lo que anunciaron los profetas*”, tienen que hacerse de nuevo la pregunta: “*¿No tenía el Mesías que padecer todo esto para entrar en su gloria?*” Jesús quiere que lo descubran antes de que vean sus signos gloriosos; si no les basta la luz de la

Escritura, es que no la han reflexionado bien. Esta reflexión nos servirá para aceptar la “*necesidad*” de la Pasión en cuanto está incluida en los planes de Dios.

Seguidamente les manifiesta que la verdadera Pasión tiene *un espíritu el amor*, pero un amor práctico ante el necesitado concreto, porque la Cruz no es ninguna teoría. Como empieza la noche, ellos invitan al forastero a pasarla en su casa para huir los peligros de los caminos; un forastero que se mete repentinamente en casa es una molestia, pero le invitan amorosamente. Cualquier pasión, si se la lleva con amor, se convierte en luz; desde ese momento sus ojos estaban ya preparados para reconocerle. En el sacrificio del amor que tiene algo de renuncia se esconde y manifiesta la presencia resucitada de Jesús.

En tercer lugar, el último toque lo ponen unos *signos eucarísticos* “*recostado con ellos a la mesa, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció*”, el mismo rito que había hecho inmediatamente antes de empezar la pasión. En esos gestos reconocen que eso es lo que Jesús ha hecho en su Pasión, partirse, darse y dejarse destrozarse para mejor repartirse. Entonces “*se les abrieron los ojos*” para reconocer la sabiduría de la Cruz, expresada ahora en un repartirse en forma de alimento. Cuando sean capaces de entregar su vida en acciones concretas, ya no dudarán nunca de la eficacia de la Pasión ni de la seguridad de la Resurrección.

Ahora el gozo y la pasión siguen juntos: “*Lo reconocieron pero El desapareció*”, el gozo de reconocerle vivo y compartiendo con ellos la vida, desde el caminar al manjar, y la pasión de inmediatamente dejar de verle. Ya siempre será así, el gozo del reconocimiento se compaginará con la falta de visión. Una visión continua del Aparecido glorioso apartaría de la pasión real de la vida que continúa, así que desaparece para que ellos sigan llevando la vida donde falta. La Pasión no impide el gozo ni el gozo interrumpe la Pasión.

A nosotros nos resta, como a los reanimados discípulos, ir por los caminos de la vida anunciando que “*era verdad ha resucitado el Señor y se ha aparecido*” a muchos con experiencias imborrables.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente.- Parece que los cristianos somos fáciles a creer en apariciones; continuamente se repiten apariciones de tu Madre y el pueblo se congrega con facilidad ante ese reclamo

Jesús - En mi caso fue al revés, a mis discípulos les costó admitir mis apariciones. La verdad es que no fueron muchas pero tuve que repetir las en diversos lugares y a diversas personas para superar su propio miedo a que fuese una alucinación, tengo que confesar que, de entrada, no fui bien recibido.

Creyente - La dificultad que entonces pusieron tus discípulos ahora la pone la Iglesia, muy reticente aceptar la autenticidad de las apariciones. ¿Cómo podemos saber cuándo una aparición es auténtica?

Jesús - Estamos en el terreno de lo indescriptible porque las formas externas de una aparición son siempre equívocas y tienen el peligro de absolver toda la atención del fenómeno maravilloso. Lo esencial de mis apariciones no fue lo visible ni lo que pudieron tocar, sino la seguridad de que yo estaba vivo y con ellos.

Creyente - Sin embargo, tu mismo invitaste a constatar tus llagas y huesos para probar que no eras un fantasma.

Jesús - Se trataba solo de descubrir que yo era una realidad y que era yo mismo. Solo eso pretendí en mis apariciones, demostrar que estaba vivo, aunque para eso tuve que tomar las formas adecuadas a sus sentidos, cuando aceptaron definitivamente que estaba vivo desaparecieron esas demostraciones.

Creyente - Y se acabaron tus apariciones.

Jesús - Se acabaron aquellas formas pero no las apariciones, porque aparición es toda experiencia que tiene el creyente de que estoy vivo y con él. Las verdaderas apariciones son mucho más interiores que externas y se producen en el espíritu, en las entrañas vivas donde uno siente las alegrías y las angustias. Yo me aparezco como se aparece la felicidad en la vida de una persona, llega un día como consecuencia de unos actos anteriores y allí está, llenándola con su influjo gozoso. Es lo que sintieron mis discípulos en aquellas apariciones.

Creyente - Tus apariciones duraron el espacio aproximado de cuarenta días, nuestra curiosidad sigue preguntándose sobre tu lugar de residencia durante ese tiempo, ¿la tierra o el cielo?

Jesús.- Bien dices que es curiosidad. Por supuesto, no estuve jugando al escondite desde un determinado lugar de la tierra. Mi vida de resucitado se la debía al Padre y, por tanto, mi "lugar" solo podía ser el del Padre que lo llena todo. Aunque persona real del todo, mi forma de existencia era espiritual y no estaba sujeto a ninguna limitación de tiempo ni de espacio. Quizá lo entiendas mejor diciendo que yo estaba en el cielo pero sin abandonar la tierra, como sigo ahora y seguiré hasta el final de los tiempos. Mis apariciones son una manera de asegurar que, aunque vivo con el Padre y así será para siempre, no os abandonaré y os acompañaré hasta los últimos días.

7) La Pasión en y de las primeras comunidades

Las primeras comunidades, después del costoso proceso de conversión al Crucificado y a la misión encomendada, tuvieron que enfrentarse pronto a persecuciones, no solo las que venían de la oposición del judaísmo farisaico y del mundo pagano, sino también las internas, derivadas de los que vivían un cristianismo que no correspondía a Jesús.

“Una posición semejante, vivida en el contenido de la más pura observancia religiosa, es blasfemia extrema y lleva consigo el propio juicio. Una de las funciones de los adversarios es representar exactamente lo contrario de lo que significa ser discípulos auténticos, y abrir los ojos al lector cristiano sobre lo que cuesta ser discípulo”(Donald SENIOR)

En su tercia cerrazón a la Cruz se ha abierto una brecha de luz y descubren que la Pasión eclosiona en unos contenidos y un dinamismo que enriquece los acontecimientos mucho más allá de los contornos objetivos. Algunos ven los sufrimientos y la muerte de Jesús como un juicio contra sus pecados, otros lo ven como un momento purificador que inicia una vida nueva. Quizá lo que descubren con más claridad es la "necesidad" de la Pasión, inseparable de la vida del

seguidor de Jesús; de nuevo suenan en su interior las predicciones de Jesús y ya no se escandalizan porque se dan cuenta de que están vigentes en la marcha de la comunidad; su incompreensión anterior formaba parte de la Pasión de Jesús y su comprensión actual forma parte de la pasión personal y comunitaria.

Y empieza la nueva historia de la Pasión, la suya.

*** *Empieza por el choque de los sueños con la realidad*

La Resurrección lo llena todo de luz y la fe cristiana se convierte en cántico, transformando la comunidad en una celebración. Pero la realidad empieza a poner afonías en las gargantas, oscuridades en las mentes y piedrecillas en las sandalias.

Esperan la resurrección de los muertos, de todos, pero de momento solo ha resucitado uno, Jesús; tienen que creer en la resurrección cuando lo que perdura es la muerte, porque la resurrección continúa crucificada en unas formas mortales. La Resurrección les lleva a pensar en un fin inminente del mundo, que será totalmente cambiado e invadido por Dios frente a la pecadora inercia de los hombres; pero pasa el tiempo y las cosas siguen igual, ni el mundo cambia ni Dios lo invade, la historia continúa sus pesadas zancadas. Y tienen que cambiar el Reino de Dios futuro por el Reino de Dios presente, porque el Dios que resucita a Jesús continúa condicionado por nuestras manos capaces de curar pero también de herir, no nos asciende a todos a vivir entre ángeles sino que Él se mantiene entre leprosos, pecadores y endemoniados, Dios no quiere el fin de este mundo sino el fin de los crucificados.

Nada cambia a su alrededor, no siquiera ellos cambian demasiado, en su propia comunidad reconocen egoísmos y apego aun a los vacíos rituales del Templo, no se diferencian demasiado de los vecinos, aunque sí lo suficiente para que algunos se pregunten cuál es la novedad. El entusiasmo primero empieza a diluirse en los áridos recovecos de la realidad.

Definitivamente el Calvario no ha pasado; soñaron con que la Resurrección era lo último y que la Pasión ya había pasado pero a

simple vista parece más pasajera la Resurrección. Por fin la primitiva comunidad incorpora la Pasión a su propio proceso resucitador y ralentiza la Resurrección al ritmo del "viacrucis".

*** *Sigue la costosa comprensión de la vida de Jesús, sobre todo de su final*

Mientras Jesús caminó con ellos parecían dispensados de pensar. El lo decía todo, ellos eran esponjas, pero ahora se han convertido en estómagos y tienen que digerir todo lo oído y visto. Sus caminos de reflexión para el esencial descubrimiento de lo que Cristo es están saturados de pasión. Tres grandes figuras del Antiguo Testamento les guían y ayudan en esta síntesis.

La primera es la del *Siervo de Yahvé*, expresada en los paradójicos y sorprendentes cánticos de Isaías como una historia anticipada, casi un retrato del Jesús de la Pasión. Al fin de su desventurado camino el infeliz Siervo es rehabilitado por Dios queda proclamado como salvador de su pueblo, el mismo pueblo que lo condena. Eso les hace descubrir que Jesús pasa de siervo a El Siervo, de siervo profetizado a Siervo inmolado, de salvador anunciado a Salvador real. No es un miembro cualquiera de la familia, es el miembro privilegiado y solidario con ella hasta el máximo y, por lo mismo, salvador del pecado familiar. Inserto socialmente en nuestra familia, continúa cumpliendo esa misión salvadora en la que ahora cabemos todos. La Pasión en marcha es la salvación en marcha.

La segunda figura es la del *Profeta*. Los profetas no los produce el pueblo a voluntad, sino que surgen enviados por Dios; el pueblo los escucha, los aclama y, casi siempre, termina persiguiéndolos; cuando mueren, dejan rehabilitado a Dios y un poco más iluminado el camino. Siempre vieron a Jesús como un profeta sorprendente, el profeta final definitivo, cuya misión queda confirmada por su muerte: "Hoy, mañana y pasado tengo que seguir mi viaje, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén" (Lc 13, 33). Efectivamente, tuvo vida de profeta y final de profeta.

La tercera figura es la del *mártir*. Siempre hubo mártires, desde el justo Abel, cuya muerte es más que un asesinato y fue verdadero martirio porque el humo de sus ofrendas llegaba hasta Yahvé. El martirio del profeta no es un asunto personal entre él y su asesino sino que guarda relación con el pueblo, porque él vive la causa del pueblo y porque su sangre no se pierde, al contrario, resulta fecundante, es sangre que limpia y purifica al pecador.

Por estos caminos descubrieron las dimensiones y superdimensiones de Jesús, caminos que pasan todos por la Pasión que es lo que hace superar los límites de un siervo, profeta o mártir.

Siervos, profetas y mártires continúan revelándonos y llevándonos al Siervo, Profeta y Mártir; éstas son también las formas de la Pasión actual, siempre sangrante. Si soslayamos estos caminos nos encontramos más cómodos pero lejos del verdadero Jesús, ¿qué queda de Jesús sin servicio, sin profecía y sin martirio?

*** *Sienten luego la dificultad de predicar a un Crucificado*, que es lo primero que tienen que anunciar a la hora cumplir la misión de Jesús. De entrada no resulta creíble la salvación a través de algo tan repelente como un crucificado, que parece más expresión de lo que Dios rechaza que de lo que ama. ¿Cómo Dios podía revelarse a través de un crucificado? ¿Cómo un condenado puede ser instrumento de salvación? Porque tenían que presentar al Crucificado no solo como objeto de misericordia sino como eje central de su mensaje.

“¿Y la crucifixión de un hombre había de ser “buena” noticia? ¿La crucifixión de un hombre el punto central de una religión? Eso era demasiado para griegos y romanos. Hasta entonces a nadie se le había ocurrido que la crucifixión tuviera algo que ver con la religión. Quien habla de religión ¿no debe hablar de lo bueno, lo verdadero, lo bello? Pero los cristianos definen lo que anuncian como palabra de la cruz, ¿algo odioso, sucio y cruel en el centro de la fe? ¿Puede el crucificado ser hijo de Dios? ¿Puede ser el salvador de todos los hombres? ¿Hemos sido salvados todos por su muerte? ¿Puede ser El imagen y resplandor de la vida divina? Pablo dice incluso que “Dios estaba con él” fuera de las puertas de la ciudad, en el 7 u el 8 de abril en el Golgatha” (S. ZIMMER)

Y se lanzan decididamente, casi desesperadamente, a predicar a Jesús Crucificado, gloriándose de El, proclamándolo y gritándolo; esa predicación provoca enseguida conversiones, reacciones sorprendidas y rechazos, hasta que llega un momento en que la Cruz predicada se la echan encima ellos y terminan también crucificados.

Pero la Cruz, que lo llena todo, necesita también lenguajes nuevos para sus contenidos, y buscan los conceptos que reflejen mejor la realidad de Jesús y que engarzen mejor con la realidad circundante; resulta difícilísimo a veces encontrar una palabra que no traicione a Jesús y que resuene acertadamente en los oídos del pueblo; y entre las resonancias interiores y los ecos que les llegan de fuera, van encontrando los tonos precisos. En ese empeño seguimos nosotros, empeñados en mantener vivo en lenguaje de la Cruz para la cultura moderna; vivimos la estorzada pasión de tener que buscar siempre una palabra nueva para el mensaje eterno, porque la verdad se pierde cuando no es asequible.

Aquí hay situar también *el lento esfuerzo por elaborar unos relatos* que, desde la primera versión predicada hasta la definitiva escrita de los Evangelios, están siempre guiados por el tema de la Pasión, colocado firmemente en el punto central.

Efectivamente la Pasión es el primer relato organizado porque es el primer relato predicado, y desde aquí elaboran luego todo el evangelio, el relato de la Pasión es el más orgánico, expansionado y concorde de los cuatro evangelios. Cualquiera que por primera vez abra el evangelio se encuentra de bruce con este relato impresionante que, aunque esté colocado al final, es el capítulo central, pese a que la lógica propagandística exigía primar otros capítulos donde Jesús aparece más triunfal; no eliminan estos capítulos, claro, porque son parte de la vida de Jesús, pero no son más que peldaños hacia esa culminación que es la Pasión, en la que se detienen llamativamente clarificando cada uno de sus pasos. Porque la Cruz es el contenido más fundamental y explícito de su predicación apostólica se convierte también en el eje central de la teología del Nuevo Testamento, elaborada para hacer comprender la riqueza de ese eje central.

“Al hablar aquí de teología de la Cruz en el N.T., debemos hacer una triple precisión sobre el sentido de la misma 1) La Cruz aparece como fundamento de salvación, en el sentido de que todos los demás acontecimientos salvíficos (p.e. resurrección, parusía, etc.) se comprenden desde la Cruz de una forma crítica, 2) La Cruz de Cristo se concibe como punto de partida de la teología, en el sentido de que la teología de la Cruz no se debe entender como una parte de la teología, sino como teología en sentido estricto que da una perspectiva propia a todo el contenido teológico, 3) Se entiende la Cruz como clave desde la cual debe desarrollarse cualquier discurso de reflexión cristiana” (Laurentino NOVOA)

*4** Como consecuencia de todo eso, pronto empiezan las persecuciones y los martirios*, puesto que todos habían aceptado, como los hijos de Zebedeo, beber el mismo cáliz de Jesús. La gestación de las primeras comunidades pudo ser bastante gozosa pero su parto fue doloroso. La persecución es tan antigua como la Iglesia y empieza ya con Pedro y Juan cuando curan a un enfermo en los pórticos del Templo y rápidamente llega el martirio de Esteban. La comunidad cristiana continúa realmente la Pasión de Cristo, en lo que tiene de martirio y, sobre todo, en lo que tiene amor y fidelidad al Reino de Dios. Llega un momento en que el martirio se hace normal y el cristiano tiene que vivir en situación permanente de dar la vida. El Mártir-Jesús agranda su figura en esa época, trasvasando sangre y espíritu a cada uno de los cristianos sometidos a persecución.

Estas son algunas de las formas en que las primeras comunidades vivieron y continuaron la Pasión iniciada por Jesús. Desde los discursos-predicaciones de Pedro hasta las cartas teológico-pastorales de Pablo, queda claro que el Crucificado-Resucitado ocupa el eje central. Las comunidades recogen hoy la Pasión haciéndose presentes en lugares de persecución, la oposición externa, con amenaza de martirio, y la oposición interna, que nace de la fidelidad a Jesús, conforman la verdadera Pasión redentora siempre activa hasta la Resurrección total.

Diálogo entre Jesús y el creyente

Creyente - Sorprende el papel preponderante de la Pasión en los Evangelios.

Jesús - El sufrimiento degrada o hace sabios, al asumir su propia pasión, se hicieron sabios en la mía; el contenido de la Pasión está en el por qué y en el para qué, su eficacia está en el amor. Creo que mi vida les ayudó a descubrir esto con claridad y, desde aquí, las elaboraciones doctrinales posteriores ya son fáciles. La Pasión es un manantial que solo necesita encontrar la primera vía, luego ya no cesa.

Creyente - Muchas comunidades cristianas no mantienen hoy la Pasión en este puesto central, quizá porque no han hecho una elaboración como aquellas primeras.

Jesús - O porque les falta persecución, con lo que la Cruz queda reducida a accidente.

Creyente - ¿No es un deseo legítimo que ninguna comunidad sufra persecución?

Jesús - No hablo de persecución de sangre, ojalá ya superada para siempre, sino de la persecución-oposición, de la contracorriente ambiental, a las comunidades les falta sudor y heridas de luchador. La comunidad sin llagas no descubre el valor absoluto de la Cruz, incluso cree que funciona mejor cuanto menos cruz tenga.

Creyente - Pero las cruces siguen en la sociedad, al menos en la primera época, el cristianismo parece que las aumentó.

Jesús - Mi Pasión no eliminó a los crucificadores, sólo pretendía una salvación tan amplia que les alcanzase incluso a ellos. Aceptar la cruz es la forma más eficaz de comprometerse en la realidad del mundo, tan golpeado y sufriendo sobre todo en los sectores pobres. El espíritu de amor elimina cruces y, sobre todo, transforma las que no puede eliminar.

Creyente - El Evangelio lo escribieron de final a principio.

Jesús - La comunidad cristiana arranca en la Cruz y camina con ella, es punto de arranque, meta de llegada y bastón de caminante. Para progresar, una comunidad se ha de preguntar siempre con qué pasión sufre y contra qué pasión lucha; la resurrección del progreso espiritual y comunitario nace de la fuerza redentora de la Pasión.

Creyente.- Me parece que las comunidades cristianas relegan la Pasión a los crucificados sociales pero no la viven hacia adentro.

Jesús.- Eso sucede cuando se olvida que el pecado social nace siempre del interior de las personas y que existe también el pecado interior.

III LA PASIÓN DEL HOMBRE

La Pasión de Cristo vino a insertarse entre las pasiones del hombre que ya funcionaban antes de que El llegase y que continúan después; la suya no fue la primera ni la última pasión, no logró poner fin ni siquiera dar un giro espectacular a esa dolorosa historia que ha cambiado muy poco desde entonces. Ante la imposibilidad de interrumpir la historia de la pasión, Jesús se inserta en ella dándole un nuevo dinamismo y una carga interior transformante pero difícilmente apreciable en sus resultados positivos. Y ahí sigue, padeciendo en cada pasión de hombre, crucificado en cada crucificado, sangrando en cada herida de soledad, hambre, depresión, injusticia o pecado interior; ahí sigue también en los sedientos espirituales que beben el agua de su costado abierto en la Cruz; y sigue aportando vida, que no sabemos en qué medida es solo promesa de futuro o realidad anticipada.

Su cadáver bajó de la Cruz en el atardecer del Viernes Santo, pero su persona sigue ahí mientras algún hombre vivo siga en ella, lo mismo que sigue resucitando a través de cada esfuerzo humanizador. Si la Resurrección estaba ya en la Cruz, también la Pasión sigue en la Resurrección y las llagas continúan siendo el primer dato para autentificar su persona ante el dubitativo Tomás y ante tantos dubitativos que se preguntan para qué sirve el cristianismo: resucitado y sentado gloriosamente a la derecha del Padre, sigue atado a los miembros doloridos –suyos también– aun no descolgados de la cruz.

Si la Pasión de Jesús no continuase, El ya no sería igual a todos nosotros, no sería hombre como los hombres, habría dejado de pertenecer a la historia humana volviéndose lejano y ajeno, aunque fuese por elevación, mientras que una de sus primeras preocupaciones de resucitado fue manifestarse en la cercanía y demostrar que la resurrección no le alejaba; no ha dejado de ser hombre ni se ha desenganchado de la cadena humana. La Pasión de Cristo solo terminará cuando toda la humanidad haya sido transformada, si es que esto sucede en el tiempo. Mientras tanto aun es tiempo de Semana Santa y no podemos cerrar los ojos ni sentirnos ajenos a las procesiones de sufrientes que llenan los caminos de la vida o son reclusos al mar-

gen de la sociedad; tampoco podemos dejar de ver o mirar con indiferencia la interminable procesión del pecado

“Y yo quisiera, en medio mismo de la felicidad y de la alegría, no perder jamás la memoria y el desvelo por estos millones de hermanos que, de Norte a sur y del Este al Oeste, re-presentan hoy su pasión en nuestra historia. Cómo encontrarla, crearla, confesarla, si no permanezco constantemente en relación de solidaridad con ellos por los combates de la política y de la oración... Y si El ha renunciado a bajar de la cruz, sin embargo me pide liberar a todos aquellos a los que hoy se martiriza y que son sus hermanos. Si su sacrificio inocente es único, esto implica el rechazo de que sea de nuevo repetido en los otros”. (Georges CASALIS)

Esta Semana Santa de viacrucis interminables nos garantiza que continúan funcionando los escandalosos y maravillosos caminos de la resurrección, siempre activa y presente, que continúa produciéndose desde el mismo lugar que la primera vez.

Continúa la pasión del hombre en el doble sentido que tuvo la de Jesús: como sufrimiento y como apasionamiento o energía para lograr su objetivo.

En esta tercera parte nos detendremos en dos grandes temas:

Las diversas formas con que continúa la pasión del hombre y la luz que llega del Crucificado-Resucitado.

Desde aquí descubriremos el futuro abierto para el hombre.

I.- EL HOMBRE CRUCIFICADO

Las formas de la pasión humana, tantas que resulta imposible una enumeración aproximada, alcanzan al hombre entero, desde el cuerpo hasta el espíritu y desde el individuo particular hasta los colectivos sociales; no es clasista ni exclusiva de sectores marginados porque toma formas nuevas en las clases sociales situadas, aunque está más clavada y con más llagas en algunas clases. Es tan abundante que parece el dato más común de la humanidad, como si fuese una necesidad biológica del hombre, aunque decir esto asusta porque es reconocer la insuperabilidad de la cruz histórica; sin embargo, hablar de pasión interesa también para hacer creíble un futuro mejor, tanto desde el compromiso por superarla como desde la esperanza en la resurrección.

Nos acercamos a la historia humana en forma de viacrucis, con algunas estaciones como las de Jesús y otras nuevas, pero terminando siempre en resurrección. Como seguidores de Jesús entramos decididamente en esta procesión.

1ª estación: SENTENCIADO A MUERTE EN LOS SENTENCIADOS Y CONDENADOS

Al ser sentenciado a muerte, Jesús se introduce en la interminable caravana de sentenciados que llena las carreteras de la historia; si-

guiéndole a El, nos encontramos con todos esos sentenciados. Sus sentencias mortales son claras, sutiles, disfrazadas, clamorosas o en silencio, pero siempre abundantes, no hay ningún tramo histórico libre de condenados, aunque sí hay zonas geográficas y clases sociales que son como campos de concentración donde la sentencia está en el hecho de vivir allí.

Hay una primera sentencia de origen que nos alcanza a todos, porque todos nacemos *sentenciados simultáneamente a vida y a muerte*, y no podemos liberarnos de esa muerte, la natural y la añadida del pecado. Originariamente no fue así porque Dios es un Dios de vida y no de muerte; pero la muerte, una vez introducida en la naturaleza humana, se aferra definitivamente a ella y ya nunca suelta su presa; lo único seguro contra la muerte es no haber nacido, "la vida es un experimento que lleva a la muerte" (Louis de WOHL), aunque este experimento toma formas muy variadas; uno de nuestros compromisos ante la Pasión es precisamente dar muerte a todas las formas violentas hasta que quede solo la muerte natural.

. Muchos nacen *sentenciados por la herencia* de una naturaleza enferma y doliente, aunque es más frecuente la herencia social de la pobreza o marginación, lo que implica una vida disminuida como anticipo de muerte prematura. Lo peor de esta sentencia es que no guarda relación con la conducta personal, se presenta como una arbitrariedad, escándalo o absurdo, ¿a qué viene esa sentencia agarrada ya a sus genes como dentellada venenosa?

Otros sufren *sentencias no pronunciadas*, como Jesús sobre el que Pilato no pronuncia ninguna sentencia sino que simplemente lo entrega. No se puede recurrir contra una sentencia no pronunciada, menos aun cuando no se conoce su autor. Con frecuencia estas sentencias se sufren en el tercer mundo y se generan en el primero, vienen de despachos desconocidos y uno se las encuentra encima sin poder señalar con el dedo a nadie en concreto. Es una nueva forma de dominio y regalías en que muchos son víctimas a favor de uno, al contrario exactamente de lo que hace Jesús.

Hay sentenciados a *muerte disimulada, disfrazada y aun buscada como algo positivo*, a través del materialismo o consumismo. No son

formas claramente mortales sino fruto del progreso y se dan en los mejor situados, pero llevan la sutil muerte disimulada en su entraña. ¿Cuántos no conocen o no quieren reflexionar sus propios caminos de muerte, sus sentencias cancerígenas, hasta las ansían como formas de vida progresada! Hay drogas interiores en atractivas cápsulas de progreso y comodidad. La muerte se preocupa mucho de que no se la vea y logra que la inviten a los banquetes de los vivos.

Otros son *sentenciados por la palabra y por el odio del corazón*. Una palabra puede seccionar a otro separándolo de nuestra vida o del grupo, palabras-cuchilla que cortan o hieren, haciendo sangrar; uno puede encontrarse repentinamente aislado por la terrible palabra que otro pronunció. Otras veces la sentencia se produce en el corazón, en lo oculto de los sentimientos antifraternos: odio, rencor, antipatía o rechazo, y, sin saber cómo, uno se encuentra separado y excluido de la vida del hermano.

Los hay sentenciados a sufrir *sutiles o descaradas formas de violencia* y a no poder responder con ninguna otra forma violenta porque serían condenados como perturbadores del orden público, se les niega el derecho a emplear para defender su vida las formas que otros emplean para quitársela y esto, no por principio evangélico, sino por principio social a favor de algunos.

"A los pobres se les impone renunciar a las condiciones objetivas de violencia para conseguir "la paz". Si protestan más allá del consenso previsto, ellos serán "los violentos" y entonces legítimamente podrán ser reprimidos en nombre de la "voluntad común" de conservar el "sentido común" y la paz necesaria al orden establecido. De aquí nuevamente la estructuración más profunda de la "teología de la muerte" que ideológicamente se intenta legitimar" (Raúl VIDALES)

Están condenados de por vida a no poder seguir unos caminos propios de libertad y progreso y tienen que aceptar los fines y medios impuestos por otros y ni siquiera pueden protestar. El progreso produce nuevas formas de violencia política, económica, social, cultural o de convivencia. Algunos condenados tienen el agravante de no tener

defensa jurídica, uno de los puntos que más diferencia la condena del rico de la del pobre.

La dramática caravana de los condenados, iniciada al principio de la historia a la que Jesús se incorpora, sigue adelante con su cruz, encorvada y lenta, pero sin interrumpirse. Y, aun yendo Jesús en medio, sigue siendo invisible para muchos. Aunque afortunadamente cada vez son más los que señalan a los condenados denunciando su situación para sacarles del silencio y del desinterés del público; más afortunadamente aún, muchos son ya agentes de su propia liberación. Estos son los verdaderos caminos para superar esa condena.

2ª estación : CARGADOS CON LA CRUZ.

Desde el momento mismo en que es sentenciado, Jesús empieza a ser ejecutado en forma de camino doloroso bajo la carga aplastante de su cruz y todo lo que hay en ella; la sentencia no solo afecta a la ejecución sino al camino intermedio, que ya no puede hacer libre ni ágil porque esa carga le impone un ritmo pesado y una dirección obligada.

Así sucede en todos los sentenciados. Uno puede agradecer una muerte heroica si antes puede caminar libremente y desarrollar sus sueños; pero le afecta mucho más la sentencia que, antes de crucificar los brazos, crucifica el camino y la libertad de movimientos.

La carga impuesta por otros es aun peor que la derivada de una desgracia natural. Muchos producen las cruces de otros, son más los portadores que los fabricantes de cruces porque se bastan unos pocos para cargar con el madero a muchos, sobre todo en decisiones públicas. Continúa habiendo talleres clandestinos para la elaboración de cruces ajenas. Muchas familias cargan con una cruz elaborada en laboratorios de droga o de reuniones de tácticas terroristas.

Algunos caminan cargados con *la cruz de la difamación*, porque la falsa noticia o la calculada tergiversación de un matiz esencial ha puesto en entredicho su reputación. A veces herimos la fama de otro

para no estropear la imagen que los demás tienen de nosotros, otras veces es al revés, pero luego no hay manera de corregir esa imagen deformada.

El sistema competitivo de hoy impone *la carga de muchas puertas cerradas*; la competencia fría e inmisericorde –la misericordia no es un valor económico– deja a muchos competidores derrumbados y relegados definitivamente a las canchas inferiores y sin relieve; el peso muerto de la puerta cerrada es tan grande que necesitan todas las energías para abrirla y no lo lograrán porque otros empujan por la otra parte. La sociedad que prestigia a los triunfadores convierte en masa anónima a millones de personas que no tienen más reconocimiento que el del carnet de identidad ni más valoración que la de su eficacia laboral.

Algunos caminan con *una enfermedad crónica e incurable*, a veces desde el nacimiento; enfermos terminales a quienes la misma necesidad de tratamientos especiales recluye en mayor soledad. El avance tan positivo de centros asistenciales y residencias de ancianos comporta a veces que muchos sean segregados de la marcha normal de la sociedad por causa de su enfermedad; caminarán con la cruz de la segregación hasta la liberación final de la muerte.

Otros caminan cargados con *torcidas tendencias de conducta*, porque los virus físicos y psicológicos encuentran fácil acomodo en las leyes hereditarias, muchos nacen ya marcados; en la medida en que la sociedad va superando las malherencias físicas aumentan las psicológicas y las que crean dependencias que se desarrollarán con el crecimiento, golpeando sin misericordia.

Sobresalen hoy los cargados con *el estigma de la marginación*, que comporta siempre una doble pasión: la propia de vivir en esa situación marginada y la de ser socialmente rechazado por vivir en ella, puesto que la sociedad les maldice para descargar en ellos sus propias culpabilidades. Aunque, cada día más, están floreciendo esperanzada y redentoramente centros de acogida y rehabilitación para descargarles de su cruz y sacarles de su pozo restituyéndoles al interior de los márgenes de la sociedad.

Sobre todo están *los cargados con la cruz del pecado*, de la merca espiritual, la irreligiosidad práctica o alguna costumbre inmoral que quiere justificar como sea; el pecado es misterioso y real peso cargado sobre el espíritu que pierde su capacidad de vuelo, reduce sus capacidades interiores y ya no sabrá levantarse ni cuando se presente la ocasión oportuna. Ninguna carga hunde tanto como la del pecado, aunque la mayoría no lo note y hasta la lleven sonrientes. Esta carga se la echa encima uno mismo, aunque también existe una misteriosa herencia de pecado, cuyas consecuencias contagian desde el origen. Curiosamente, muchos cargados con la cruz del pecado dan la impresión de caminar muy libres y hasta con la sensación de que el pecado anima la vida. Y los conscientes de su carga pecaminosa no saben cómo liberarse de ella hasta que Cristo aparece en su vida como redentor y resucitador. ¡Qué maravillas puede hacer una buena confesión!

Son tantos los cargados con alguna cruz que no nos apercebimos que la mayoría de la gente camina encorvada; como los excesivamente cargados y encorvados molestan porque su presencia nos recuerda nuestras propias cargas o nuestra culpa en las suyas, les relegamos a la zona oscura no captada por nuestras cámaras. Ahora nos corresponde descubrir, primero, su realidad de cargados y, luego, su fuerza y energía admirables porque son realmente fuertes para llevar su propio peso y además fecundos para la redención de los demás. Esto lo descubrimos sobre todo cuando, al mirar el rostro del encorvado, vemos los rasgos de Jesús que les comunica energía y fecundidad.

3ª estación: LOS CAÍDOS

Las tres caídas de Jesús camino del Calvario expresan una caída continua y un estado de decaimiento que es propio de los tan pesadamente cargados; en ese estado y condiciones es más normal la caída que el mantenerse en pie. Jesús no recogerá el aplauso por un caminar erguido y heroico hasta el final, más bien le señalarán como el cae

repetidamente. Verdad es que, más que por su propia debilidad, cae porque lleva encima el peso de todos los caídos.

El de los caídos psíquicos, los decaídos, de desanimados y deprimidos. Caídos *en su propio vacío personal*, nacieron para ser felices pero sus fuentes personales se han secado y ahora sienten el aplastante peso de su propio cadáver interior. Muchos progresos económicos y placenteros se han alcanzado a costa de precios interiores, aunque se puede pasar bastante tiempo sin sufrir por ese vacío, anestesiados por la actividad lucrativa o prestigiosa o por formas de placer, llega un momento en que el vacío interior afecta las vísceras del alma y empieza a quejarse porque le quiere devorar. ¿Cuántos están caídos hoy en alguna forma de depresión? Dura pasión oscura y sin horizonte a la que Jesús se acercó, sobre todo, en Getsemaní. Cuando uno no sabe para qué sirve vivir termina por no querer vivir y sufre porque la vida no le suelta del todo y le mantiene colgado sobre el vacío.

Los caídos en la alienación. El hombre alienado es otro, no es él mismo. De la alienación laboral (Marx), en que el hombre vende su trabajo y por eso es valorado, hasta la político-social, en que la sociedad sustituye al individuo, del que no interesa más que su voto y su trabajo. El hombre cae con frecuencia bajo su propio espectro o falsa imagen, dictada desde fuera, en la que se mira y no se reconoce, pero difícilmente podrá reconquistar su verdadera realidad, incluso prefiere permanecer en el engaño del caído que piensa que en el suelo se está mejor que de pie.

Los caídos por debilidad, aunque aparentemente sean fuertes, porque el hombre moderno, enriquecido de progreso externo y desarrollado unidimensionalmente hacia lo material, no es interiormente fuerte y no tiene una estructura espiritual consistente, situación aumentada por una educación hedonista y consentidora, donde el sacrificio queda eliminado como valor formativo. Esa debilidad interna provoca frecuentes caídas en los puntos más exigentes: fidelidad religiosa, matrimonial, profesional, vocacional o moral. Esto puede resultar peligroso porque el poderío de la humanidad en manos de hombres débiles acaba tergiversándose y devorando al hombre mismo, caído bajo su propia debilidad y sus correspondientes errores. La

cabecera de la marcha social está en manos de los poderosos más que de los interiormente fuertes y la mayoría merodean en su situación de caídos mientras los varvenes costumbristas les remueven anestesiándoles pero sin levantarles.

Y los caídos morales, con los que la tradición religiosa relacionó las caídas de Jesús. Hay caídas morales que son debilidad accidental y llevan a un rápido arrepentimiento recuperador, pero otras muchas veces la debilidad moral es congénita y está ahí, siempre pinchando y atormentado al creyente, que para superar ese "estímulo de Satanás" tiene que acogerse a una gracia que no elimina la tentación aunque le mantiene en pie de lucha. Muchos valores morales, fundamentales en el ser cristiano, han caído de la marcha normal de la sociedad y han sido sustituidos por otros utilitaristas y cambiantes o simplemente no tienen ninguna sustitución. Criterios de eficacia o mero disfrute sustituyen a verdaderos valores morales y crean una sociedad desmoralizada, inmoral o amoral.

Hay también *caídos múltiples*, porque la vida les resulta tan difícil que no se mantienen en pie, parece que en ellos se dan cita todas las dificultades y desgracias, ¿cómo pueden vivir con soltura?, se diría que son víctimas de algún maleficio y la desgracia les mantiene pegados al suelo. Sin embargo, por participar tan directamente de la Cruz, participan también más de su fuerza recuperadora, algún día nuestros ojos asombrados descubrirán todo el poder que hay en esas cunetas.

Otros están *caídos por zancadilla ajena*, como los caídos en drogadicción por incitación de otros, aunque luego esa caída se mantenga por falta de energía para levantarse; algunas actitudes sociales se han vuelto tan provocadoras que solo subsisten si hay caídos y por eso necesitan provocarlos.

Pero Jesús está unido a todos los caídos y esta presencia les da una poderosa energía de resurgir.

"Los oprimidos y sufrientes de todas las categorías humanas y sociales tenderán a proyectar en el Crucificado su propia frustración. La cruz será el fracaso de la causa de los justos, de los

oprimidos y de los que luchan por la justicia, el fracaso de las bienaventuranzas, la cruz es la causa de los abandonados, parece que los pequeños y débiles no pueden triunfar

En la cruz de Cristo el Padre asume y reconcilia a los que sufren el abandono, les concede el don de sufrir, no como vencidos, sino como vencedores comprometidos en la misma causa de Jesús".
(Segundo GALILEA)

El hombre es un ser erguido, nacido para caminar de pie; la parte más noble de su cuerpo, la cabeza, está siempre más cerca de las alturas. Después de caer varias veces por el camino, la cabeza de Jesús se levantó en alto sobre la cruz.

4ª estación: LA PASIÓN FAMILIAR

La desgracia natural (muerte de José) y la injusticia (condena de Jesús) se alían al desprestigio social que supone la crucifixión para deshacer esa familia, la Pasión de Jesús afecta a toda su familia y especialmente a su Madre cuando le sale al encuentro camino del Calvario.

La familia continúa siendo siempre lugar privilegiado de gozo y de pasión, porque recoge los sufrimientos de cada uno de sus miembros puesto que el dolor se intercomunica por los mismos conductos que el amor. Pero algunas familias actuales prolongan de manera especial la pasión de la familia de Jesús.

Las familias desintegradas que se rompen por los padres o por los hijos, cuando su amor no es suficientemente fuerte como para resistir ciertos embates o las circunstancias que a veces se empecinan en atacar a alguno de sus miembros. Son tantas las familias que ahora cuelgan sus despojos que ya ni llaman la atención. Cuando un matrimonio se rompe es *porque quedó roto el amor*, y eso es un golpe en la espina dorsal de la vida de las dos personas y es tremendamente doloroso aunque terminen anestesiándolo y compensándolo de diversas maneras. Frecuentemente el sufrimiento empieza el día en que se

comprometen sin tener el suficiente o el adecuado engranaje preparatorio. Es la pasión de los matrimonios que se rompen o que simplemente arrastran un divorcio amoroso permanente.

La facilidad separatoria de muchos hace más difícil la fidelidad de los demás porque, cuando la fidelidad deja de ser un valor socialmente reconocido, es más tentadora la ruptura en cualquier dificultad, puesto que el ambiente empuja y justifica decisiones en otro momento inimaginables. Las parejas fieles y las que empiezan sufren también esta pasión ambiental. El amor de Jesús, fiel hasta la muerte crucificada, eternamente fiel, sufre en todas estas situaciones.

Mención particular merece la situación de las madres, que frecuentemente son las más afectadas por los problemas familiares, como María en el viacrucis, en ellas se concentra todo el sufrimiento de las separaciones matrimoniales o del alejamiento de los hijos. Otra mención especial la merecen *los hijos de padres separados*, aunque su pasión a veces es más virulenta antes de separarse, es la parte inocente donde la quebra familiar se hace más sensible. Seguirán durante mucho tiempo sufriendo su situación, que puede enquistarse definitivamente, por supuesto que eso no supone su ruina personal, pero les costará mucho más edificar su propia persona sobre las ruinas del amor de los padres. Los cementerios del amor no sirven para abonar nuevas semillas amorosas.

Existe también la pasión *de un nuevo tipo de familia* que pugna por nacer y establecerse en la sociedad, pero no lo logra en la medida en que lo hace sobre las ruinas del tipo anterior, como mínimo, es imprescindible mantener intactos los cimientos. La estructura cristiana de la familia ya no es universalmente admitida y muchas parejas, también cristianas, no saben a qué modelo acogerse. Abunda la indefinición, la desestructuración y el no saber cómo tienen que hacerse las cosas hoy, ya que no podemos mirar un único modelo familiar, pero tampoco hay otros claramente definidos y eficaces para la felicidad. La situación de crisis familiar es un penoso viacrucis que muchos no saben si terminará con resurrección.

En este viacrucis recogemos también la situación de parejas jóvenes que no pueden casarse por no poder sufragar una vivienda, lo

material retiene la fuerza de su amor. Y la de aquellos que quieren hacer depender su amor de experiencias sexuales que solo prueban su capacidad carnal. Y la de los viudos cuya vida cambia a una edad inadecuada para empezar experiencias nuevas. Y la de los padres a los que se les muere un hijo, niño o joven, o la de hijos huérfanos. Y la de los ancianos que tienen que cambiar su hogar por una residencia despersonalizada y fría, y la de los hijos, sobre todo las hijas, que han de atender a ancianos inválidos e incontinentes que limitan su libertad de movimientos. Y la de las familias que sufren por carencia o exceso de bienes materiales.

En el encuentro de María con Jesús camino del Calvario convergen todas las familias sufrientes y también la fuerza enriquecedora de las que son transformadas por su propio sufrimiento, porque las lágrimas de los padres fecundan a los hijos y los sacrificios de los hijos florecen en el amor a unos padres necesitados. Por la presencia de Jesús en esta pasión creemos que nacerá un futuro mejor para la familia y una eternidad feliz para el amor.

5ª estación: LOS CIRINEOS

Jesús camina tan necesitado que ya no puede con su propia cruz. La suya no era una debilidad circunstancial y momentánea de aquel mediodía, porque durante toda su vida avanzó hacia esa debilidad pues siempre manifestó un llamativo interés por lo débil y un rechazo a lo triunfal. Su mayor fuerza consiste en saberse mantener en la debilidad sin huir de ella, algo ha descubierto en esa debilidad que le hace valorarla tanto. La cruz del mundo social y de la historia no la llevará solo, porque la riqueza de su debilidad radica en que necesita ser compartida para sobrevivir y convertirse en fuerza salvadora.

El madero de la Cruz que une a dos necesitados como Jesús y el Cirineo convierte en salvación el gesto de cualquier Cirineo; la pasión y redención de Jesús se prolongan en esos gestos que nunca faltan en la sociedad, aunque no siempre nazcan de la fe, como tampoco nació el de aquel día.

El Cirneo nos recuerda a *todos los que necesitan de otro para seguir viviendo* impedidos físicos, enfermos postrados, incontinentes, pobres carentes de lo necesario, parados, deprimidos .. Su vida está más en manos ajenas que en las propias, mientras todos necesitamos de otros para desarrollarnos, algunos los necesitan para subsistir. Esta situación de dependencia es más grave cuando no es temporal sino que se alarga indefinidamente, contrariando la libertad fundamental de poder disponer de la propia vida; es doloroso estar sujeto al riesgo de su cirneo, que puede fallar por cansancio o por un imprevisto. El cirneo es, a veces, una máquina: diálisis, marcapasos, que puede ser más fiel que el cirneo-persona pero que nunca tendrá su calor.

A su lado están *los que no encuentran cirneo*, nadie acude a la soledad de su vivienda para levantarle de la cama y hacerle la limpieza y las compras; y los que encuentran una limosna pero no un trabajo, que es lo que necesitan; o el drogadicto y el delincuente que no tiene un lugar para su reinserción social; o las regiones depauperadas sin posibilidades propias; y también los desorientados religiosos sin nadie que les ilumine... Jesús encontró su Cirneo, pero otros muchos condenados tienen que seguir arrastrando su maldita cruz sin ningún alivio ni respiro, en esas condiciones a cada paso la cruz se hace más cruz. Por ahí andan, con la mirada resignada o recelosa y acusadora, pidiendo una misericordia o maldiciendo porque nunca la encuentran.

Para ciertas cruces la Administración pública es el cirneo más adecuado, afortunadamente cada vez más sensible y con mayores recursos, pero quedan bolsas marginales y nuevos pobres fruto del progreso a los que no llegan los recursos. Falta "voluntariado" para las personas sin ayuda y para las ayudas que han de ser personales; sigue sonando esa llamada sin voz de los que reclaman ayudas asistenciales, permanentes o esporádicas, pero que lleguen con sentimiento humanitario y no meramente administrativo.

También hay *falsos cirneos*, que sustituyen el respeto por una palabra de conmiseración o ponen sentimiento donde hay que poner pan o ponen dinero donde hay que poner sentimiento o ayudan para

tranquilizar su conciencia. Falsos cirneos que no remedian nada aunque a veces alivian momentáneamente. Ayudan por oficio o por remuneración y ponen el trabajo pero no su persona, son asalariados de una obra social. Ningún contrato puede suplir una vocación.

Destacamos sobre todo a *los cirneos que sufren con el sufrimiento de otros*, son sensibles, con corazón cristiano (aunque no tengan fe cristiana) y hacen propio el sufrimiento ajeno; viven la bienaventuranza de la misericordia, aunque sea una bienaventuranza sufrida porque su ayuda no logra remediar todo lo que su corazón siente. Con frecuencia la sociedad recluye a los sufrientes en reductos alejados para poder seguir viviendo alegremente a su lado sin enterarse de lo que pasa dentro; los verdaderos cirneos sienten las llamadas que llegan desde esos reductos; tienen ojos fraternos y sensibilidad suficiente para ver y sentir dentro el sufrimiento ajeno. Ellos reflejan lo mejor de nuestra sociedad.

También hay *cirneos que no encuentran el necesitado concreto a quien ayudar*, al menos con la ayuda concreta de que disponen. Sucede a veces que no saben mirar en la dirección adecuada o que sus oídos no oyen ciertos gritos porque han perdido sensibilidad o sienten los ruidos pero no distinguen las quejas, otras veces sucede por falta de organización que coordine las necesidades de unos con las ayudas disponibles, bastaría una buena lista de posibles servicios. Es una alegría que muchos pregunten '¿a quién puedo ayudar?', y una pena que muchos no obtengan respuesta concreta

Los cirneos siguen aumentando y éste es uno de los signos de la mejor vitalidad de nuestras comunidades; también aumenta la caravana de los condenados y, aunque los cirneos no la puedan interrumpir, la hacen más ligera, más humana y liberadora. Ellos reciben y transmiten la fuerza de Jesús.

6ª estación: VERÓNICAS DE PEQUEÑOS GESTOS

La innominada mujer que aparece en el viacrucis ofrece un paño, pequeño alivio, al lastimado rostro de Jesús en un gesto tan insignificante que ni siquiera lo recoge el Evangelio y ha tenido que inventar-

lo la tradición, aunque seguramente con algún fundamento real, exaltando así *la sensibilidad al servicio del sufriente*. Millones de gestos semejantes no han sido proclamados por nadie pero quedan recogidos en el gesto de la Verónica, que continúa reproduciéndose en todo lo que tiene de humano y de anónimo.

Son gestos tan pequeños que a veces los negamos por ineficaces porque, mientras proclamamos la necesidad de soluciones reales y eficaces proporcionadas a los problemas, nos parece que estos pequeños gestos son meros paliativos que pueden incluso aumentar la necesidad. Pero las grandes soluciones llegan lentamente y nunca abarcan a todos, porque surgen nuevos sufrientes y las macrosoluciones no alcanzan los problemas espontáneos, que no sabemos en qué encasillado de solicitud colocar. Es lamentable oír hablar contra los gestos caritativos y las limosnas asistenciales porque no solucionan el hambre ni la marginación. ¿Es poco poder comer un día más o que le se saquen una tarde en su silla de inválido? ¿es poco que una persona pueda sonreír agradecida? Muchos sufren la pasión de no tener pequeñas ayudas precisamente cuando las grandes no llegan, y otros sufren la incompreensión de las pequeñas ayudas que puedan dar.

A otros les afecta *la falta de cariño*, incluso con una adecuada ayuda social. Las sociedades opulentas, en progreso de abundancias, extienden cada vez más las ayudas oficializadas pero no pueden aportar la sensibilidad necesaria; el enfermo necesita una cama hospitalaria pero también la mano cariñosa que le acaricie, mientras que la masificación sanitaria, eficaz para una adecuada medicación, dificulta el gesto cariñoso a cada uno; la asistencia social reparte un mínimo vital, cada vez más generoso, pero no conoce individualmente a cada beneficiario, la transferencia bancaria es fría, ni siquiera sabe qué clientes viven en soledad. La sociedad necesitada de bienes materiales ha pasado a necesitada de cariño, de pequeños gestos sensibles.

Porque la falta de cariño *genera soledad*, que no es exclusiva de enfermos y pobres, sino que afecta a todas las clases sociales. La masificación reduce a cada uno a un simple carnet o un número estadístico; la abundancia económica también produce soledad porque se funda en el egoísmo de la ganancia y no en la fraternidad del

reparto; los grandes centros asistenciales, porque funcionan con listas numéricas más que con nombres propios. Todo puede garantizarse menos el amor. Nuestra sociedad se ha especializado en producir solos pero no compañía; y esa soledad crea vacíos personales, inapetencia de la vida, depresivos, suicidas, desilusionados y tristes. Y la solución no es económica sino un paño que les alivie el rostro.

Afortunadamente también continúan esas *mujeres anónimas*, sin relieve social, sensibles al sufrimiento de la gente. Muchas y muchos hacen como la Verónica, sacar del anonimato el rostro de las personas. Porque muchos han perdido su rostro absorbidos anónimamente en el mundo de los jubilados, los obreros, los hospitalizados, los encarcelados, los drogadictos, los funcionarios; solo son identificados por su encasillamiento en un grupo social. Los rostros despersonalizados necesitan ser limpiados para que aparezcan con su expresión propia y con sus reacciones reveladoras de lo que pasa en su interior.

Las "Verónicas" alivian y humanizan la interminable pasión del hombre actual haciendo que Jesús acoja y transmita la viveza de su rostro a esos gestos anónimos, que son como el tacto de los dedos del Padre acercándose a palpar las heridas de los suyos.

7ª estación: MUJERES DE JERUSALÉN. DE LO SUPERFICIAL A LO PROFUNDO.

Jesús agradece el llanto compasivo y sentimental de esas mujeres al paso de los crucificados, pero no basta, porque no va acompañado de ningún gesto concreto de ayuda, solo ofrecen la reacción humanitaria más elemental, la que nace de un sentimiento periférico y emplea las lágrimas para descansar más que para ayudar, sin alcanzar el interior de las personas ni el núcleo del problema.

Cuando los medios de comunicación nos ofrecen imágenes de guerra o de depauperados del tercer mundo suscitan una reacción apenada y una lamentación, pero el problema seguirá igual después de nuestro lamento, porque no han creado en nosotros un cambio de

actitud real. Por eso son más fáciles de aceptar las imágenes llegadas de lejos, porque las cercanas nos comprometen más; la distancia parece liberarnos de la responsabilidad personal en esos fenómenos y nos consolamos con un sentimiento compasivo que nos alivia a nosotros pero no a ellos.

La respuesta de Jesús a las mujeres llorosas nos enfrenta al tema de *la superficialidad*. Jesús suscita en las mujeres una reflexión sobre la causa de su sufrimiento, que no lloren por las heridas sino por el pecado que las produce. El “pecado del mundo” continúa escondido y operativo en muchos desajustes y es preciso descubrirlo para poder superarlo. Descubierto el pecado, la reacción se plantea ya en la conciencia, no solo en el sentimiento ni en los pertinentes organismos oficiales, porque el arrepentimiento del pecado no está en el sentimiento sino en evitarlo y en corregir sus consecuencias.

Hay un *sufrimiento inocente* y un sufrimiento que es *fruto de culpas*, muchas veces de otros, aunque van tan juntos que nos cuesta distinguirlos; sin embargo, lo primero es eso, distinguir un sufrimiento de otro. Ante el sufrimiento inocente tiene más sentido la lágrima espontánea y la ayuda humanitaria, porque el que ayuda no necesita convertirse de ningún pecado personal para poder ayudar, basta que se deje mover por sus propias entrañas sensibilizadas, puesto que no hay ninguna culpa que redimir sino una llaga que curar y, a veces, solo un necesitado a quien acompañar. Pero otros sufrimientos no han nacido inocentes, son fruto de un pecado frecuentemente ajeno; ante este sufrimiento no bastan lágrimas, se necesita conversión contra el pecado causante y a favor del hombre herido; lo primero es descubrir ese pecado, llamarlo por su nombre y no disimularlo con cargos a cuenta de una sociedad abstracta; las culpas, también las sociales, nacen siempre del interior de las personas.

También continúa *la visión superficial de la Pasión de Jesús*, mirada solo con ojos oscurecidos de lágrimas y con reacciones sentimentales. La piedad popular y hasta la predicación han favorecido frecuentemente esta presentación sentimental de la Pasión, llena de suspiros y penas, pero que la han dejado intacta sin remediarla en nada y al cristiano sin comprometerse en las causas de esa Pasión.

Puede ser incluso una forma reaccionaria de presentarla, porque fomenta la mera resignación y el victimismo, con lo que favorece la continuación de agresores que producen víctimas. Cuesta sacar la Pasión de Jesús y la pasión de muchos hombres de esta reacción sentimental para llevarla a una situación real, que es donde se producen las causas y los remedios. La devoción al Crucificado y a la Dolorosa es bien reconocida por Jesús cuando se junta a un compromiso de vida, así es como colabora a la creación del Reino de Dios en la sociedad.

Aquellas mujeres de Jerusalén, según Jesús, habían de llorar también por los pecados de los hijos. No es lícito protegernos en la inocencia personal y remitir el remedio de las necesidades a los causantes o a los encargados de los recursos públicos. La Pasión nos sumerge en la responsabilidad de todo lo que sucede; existe una misteriosa intercomunicación del pecado, más clara en sus causas y remedios que en la culpa; ninguna de las situaciones negativas de la sociedad nos es ajena, no solo porque sufrimos las consecuencias, sino porque algo nos alcanza de sus causas; hay herencias de pecado, como de gracia, que se aumentan o remedian en los herederos.

Las palabras de Jesús a “las mujeres de Jerusalén” despiertan nuestra responsabilidad profunda y comunitaria en el pecado que produce la pasión de los hombres; cuando esa responsabilidad se traduce en gestos eficaces y, al mismo tiempo, se acompaña de expresiones de sentimiento el Señor lo agradece y la caravana de los sufrientes nota que se aflojan sus ataduras.

8ª estación: LOS DESPOJADOS

Situado ya en la barrera de llegada y, al mismo tiempo, en la línea de salida para otra vida, a punto de ser crucificado, Jesús es despojado de sus vestidos; no es El quien se los quita, *le despojan*. Así queda y así muere, *despojado*. Despojado de su libertad, de sus vestidos, de la vida, despojado total; cada despojo es el preámbulo de otro más fuerte.

Esta escena refleja *la situación de cautiverio* en que viven muchas personas, grupos sociales, naciones y hasta continentes, en la medida en que su situación no es natural sino fruto de unos despojos. Despojados de sus recursos naturales, que van a parar a otros pueblos más ricos; despojados de su libertad, porque sus decisiones son impedidas y reprimidas por grupos de poder; despojados de su identidad cultural por una invasión de medios y costumbres venidos de fuera; despojados de su libertad religiosa cuando otros la consideran represiva o revolucionaria. La proclamada relación Norte-Sur o centro-periferia no se da en igualdad de condiciones, porque el progreso de unos es a costa de otros; hay una clara situación de despojo en el actual reparto del mundo, tan evidente como no reconocida por los favorecidos. Algunos despojos alcanzan hasta lo primario, como el vestido de Jesús. Muchos no podrán salir de ese estado, convertido en cautiverio permanente, porque no solo están despojados de la libertad sino de las condiciones para desarrollarla, mientras alguien desde fuera no les abra la puerta.

Ahí siguen los despojados, tan sin voz que nadie les escucha y tan desprestigiados que no se les conceden posibilidades porque se da por supuesto que las usarían mal, por lo que es mejor mantenerles en la sombra, son tan rebeldes que nunca se les podrá suprimir del todo. He aquí una lista elemental de despojados: los que viven en campos de refugiados, en sitios de guerra, en países de hambre, los encarcelados por causa de la justicia o de la religión o por alguna falsedad, los hijos sin padres, los impedidos de acceso a la cultura, los niños que no pueden adquirir una formación religiosa. Despojados por intereses personales, partidistas, por equivocación, por desprecio, porque sobresalen, porque suponen una amenaza implícita, motivos burdos pero que siempre encuentran una causa autojustificante. Todo despojo *es fruto de una injusticia*, tanto más grave cuanto se refugia en formas sutiles bien sustentadas en una doctrina oportunista.

Despojados de la parte *agradable* de la vida para dejarlos solo con la hiel y el vinagre, como si la felicidad fuese una propiedad privada por la que hay que luchar para ver quién se queda con la mejor parte. Cada despojo se lleva consigo un trozo de felicidad. Son muchos los

que caminan con una felicidad disminuida porque no aciertan o no se atreven con las verdaderas actitudes vitales que las producen, pero a otros les roban la felicidad al despojarles de su soporte fundamental. En compensación a este triste despojo, Jesús promete felicidad a pobres, tristes y perseguidos, por eso los peores despojos son los que le colocan a uno en situación de no comprender la bienaventuranza de Jesús.

Despojado de sus vestidos, Jesús se mantiene en pie por la fuerza de su espíritu, superior a toda amenaza externa; le despojan de muletas pero también de impedimentos y así sigue con más fuerza el tramo final, hasta la crucifixión que se transformará en gloria. La redención restituirá a los despojados su riqueza interior y la felicidad que les corresponde, algún día encontrarán vestidos nuevos, sandalias nuevas para sus pies descalzos, anillo regio para su mano y billete gratuito de entrada en la gloria. "por favor, vosotros primero".

9ª estación: CRUCIFICADOS.

Jesús sufre la Pasión en un sentido triple: físicamente, con tres clavos y un tormento de muerte lenta; socialmente, por el desprestigio de una muerte reservada a esclavos y marginados; espiritualmente, porque se identifica la cruz con el abandono de Dios y porque le crucifica el pecado del mundo. Y ésta es la situación que continúa en sus tres dimensiones.

Crucificados físicos, víctimas de guerras o pestes o desgracias naturales, que naturalmente no afectan por igual a todos los pueblos porque los más pobres son siempre los más afectados. Disminuyen ciertamente las torturas físicas pero no han desaparecido del todo.

Crucificados sociales marginados, reducidos a barriadas extremas, impedidos de acceder a cualquier forma de poder o influencia porque siempre son otros los que toman la decisión sobre ellos, nunca a la inversa; el progreso del primer mundo es el que produce el "cuarto mundo".

Crucificados espirituales: los marginados por causa de la religión viven en situación de martirio y nos cuesta reconocer que en nuestra época haya tantos que sufran esta crucifixión. Pero son muchos más los crucificados por el pecado y continúan aportando pecado a la marcha interna de la humanidad.

Impresiona la enumeración de esos crucificados, actuales rostros de Cristo, que nos hace el Documento de Puebla (Nº 31-40) y que merece este comentario de uno de sus obispos:

“Es enorme la descripción de esos rostros de Cristo, con los cuales nos encontramos hoy día y a través de esos rostros no alcanzamos a delinear bien el rostro de Cristo; los encontramos y no los conocemos, como dice un canto: “con nosotros está y no lo conocemos”. Lo serio es que esta situación está formada por rostros colectivos y por rostros estructurales. Estos rostros colectivos de Cristo no son otra cosa sino una situación de escándalo”. (Mons. Samuel RUIZ GARCÍA)

La multitud de crucifijos que llenan los lugares cristianos no es solo para recordar al Crucificado del Calvario sino para llamar la atención sobre tantos que hoy continúan colgados de alguna forma de cruz.

Continúa también *la inversión de valores que supone la cruz:* Dios exalta (da el máximo valor y honor) a lo que el mundo desprecia (crucificados); esta escandalosa sabiduría continúa ejerciéndose en todos los sufrientes, personas o grupos sociales. Su situación plantea un interrogante desconcertante a todos los situados, el escándalo de su cruz nos inquiere e inquieta sobre la verdadera sabiduría de Dios.

El primer paso de esta sabiduría es reconocer que Jesús continúa crucificado en los crucificados de hoy, seres que procuramos tener a distancia para que su sangre no nos recrimine o para no reconocer su voz; no se trata solo de un fenómeno social, sino espiritual, esencialmente cristiano. Los verdaderos crucifijos no son las imágenes de nuestras iglesias sino ellos.

“La verdadera persecución se ha dirigido al pueblo pobre, que es hoy el cuerpo de Cristo en la historia. Ellos son el pueblo crucifi-

cado, como Jesús, el pueblo perseguido como el Siervo de Yahvé. Ellos son los que completan en su cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo”. (MONS. ROMERO)

Ellos son los que la completan continuándola, haciéndola actual y expresándola en términos visibles y despertando en los hombres inquietud y conversión. El Crucificado pretende suprimir toda crucifixión pero, mientras existan crucifixiones, los sufrientes son los que mantienen viva la historia del Crucificado universal, que ve así juntas la limitación y la eficacia de su Cruz.

El mejor complemento que necesita la Pasión de Jesús no es la continuación de los sufrimientos sino su supresión, en lo que ya estamos avanzando pasos; mientras llega ese momento, la Pasión se completa con el amor de los que se ponen a su vera y les llaman hermanos. Una caravana de solos crucificados es una maldición, porque expresa el peor pecado del mundo, el de causar la muerte de otro. Pero Jesús se incorpora a ellas para inyectar amor, el único elemento salvador del sufrimiento, y esperanza.

Situado ahí nos apremia: “toma *su* (la de ellos) cruz y sígueme”. Cuando en los crucificados brota el espíritu y a su lado hay alguien que pone servicio amoroso, entonces la resurrección está en marcha.

“Haciendo memoria de la muerte y resurrección de nuestro Señor, el pueblo cristiano congregado fue alimentando su esperanza en el triunfo. Nuestro pueblo descubre con gran facilidad su propia historia de muerte y vida en el misterio pascual y, celebrándolo, robustece su fe en que Dios realizará en él lo que ha realizado en Jesús: este paso de la muerte a la vida” (CARTA A LAS IGLESIAS, de El Salvador).

10ª estación: MUERTOS Y SEPULTADOS.

Jesús ha muerto, se acabó. La sepultura es la rúbrica visible de su final. Sellaron y pusieron guardia en el sepulcro para que lo que allí entró no salga más y que no vengan sus seguidores a adorarle (segu-

ramente éste era el principal objetivo de la guardia), porque hay que relegarle al olvido total y la muerte no es total hasta que no se olvida al muerto.

*** Muertos

Este es el final propio de cualquier forma de crucifixión, que mata la esperanza de vida antes que el cuerpo, mueren antes de estar muertos, se dan cuenta de que están muriendo.

La muerte de Jesús se prolonga, sobre todo, en *las muertes provocadas*, en toda muerte que de alguna manera se anticipa por culpa de otro; una forma de separarlas es prolongar y mejorar el promedio de vida, porque aun son demasiados los sujetos a condiciones que llevan en sí fuertes dosis de muerte. Y en las muertes *por grandes catástrofes*, de las que solo nos enteramos en forma de estadística y sin nombres y solo mueven a campañas pasajeras de ayuda a los supervivientes; el mundo no llora a esos muertos desconocidos cuyo verdadero carnet de identidad era la pobreza.

Se prolonga también *en las muertes interiores*, como las de aquellos que se burlan de Jesús porque Dios no está de su parte. El pecado continúa produciendo muerte, verdadera muerte, la más temible porque puede matar el alma mucho más que el cuerpo.

Incluso cuando se superan las muertes provocadas, la muerte toma formas nuevas, algunas muy disimuladas. Una tarea cristiana es el juicio crítico para descubrir y denunciar los signos de muerte de nuestra sociedad: increencia progresiva, situaciones de injusticia, degradación de costumbres, vacíos interiores, desorientación o pérdida del sentido de la vida, nuevas enfermedades, superficialidad religiosa, accidentes de circulación, fallecimientos cardiovasculares...; mientras la muerte natural retrocede unos pasos, la muerte accidentada los acelera.

“Diariamente ignoramos el reconocer que nuestra tierra es una especie de infierno para la mayoría de sus habitantes, y relegamos

a nuestro archivo de frases piadosas la declaración que se encuentra en Jn 1, 5 de que la luz brilla en las tinieblas y que Jesús murió en “tierra de nadie” (Ernst KASEMANN)

Más importante y esperanzador es que *también continúa la muerte de Cristo en su fuerza salvadora*, en esto, sobre todo en esto, necesita ser completada, porque la misma abundancia de muertes por diversas formas de cruz indica que la suya aun no ha logrado totalmente su eficacia.

La liberación engendrada en su muerte continúa activa a través de todas las muertes que expresan su realidad y prolongan sus actitudes, puesto que las ha escogido como vehículo para hacerse salvadoramente presente en toda la humanidad; el dolor y, sobre todo, la muerte es el fenómeno de mayor alcance en la tierra y por eso Jesús lo escoge como camino de salvación, para llegar a todos. Necesitamos ojos de verdadera fe para descubrir los signos de vida en medio y a través de situaciones de muerte, como sucedió en el Calvario, esto forma parte de la maravillosa sabiduría de la Cruz; frecuentemente nos pasa desapercibido por dónde nos llega la salvación hoy, sin embargo, esta continuación salvadora de la muerte de Jesús es la que más nos interesa y por eso la proclamamos con fuerza.

*** Sepultados

La peor muerte no es la del cuerpo sino la del olvido de la persona y de la causa por la que luchó. ¡Cuánto esfuerzo de hombres sufrientes y grupos luchadores han caído en el olvido! Pueblos enteros pasan de la historia al olvido. Curiosamente tendemos a recordar más lo defectuoso, aquello en que les podemos acusar, perpetuando así lo escandaloso de su conducta. Los crucificadores tienden siempre a hacer desaparecer la memoria de los crucificados, como el criminal que quiere borrar las huellas de su crimen; hay torturadores que descuartizan a sus víctimas para que desaparezcan más y no se puedan rehacer ni en forma de memoria ni menos en la de culto.

Frente a las víctimas solemos cometer estos excesos o excusas:
el olvido: situándolas simplemente en la historia general pasada, sin especificar su nombre ni sus obras y dejándolas en lo genérico que no nos interpela;

el silencio: “el silencio de todos aquellos que miraron como espectadores o que apartaron la vista y que de este modo entregaron a ese pueblo en su agonía a una soledad indecible”; incluso los testigos y los que les recuerdan no se atreven a proclamarlos en público porque supondría un riesgo;

juzgarlos desde fuera: “frente a Auschwitz no hay abstención ni posibilidad de desligarse”; situándonos fuera, solo somos espectadores accidentales y no permitimos que la culpabilidad nos entre dentro;

imponer el diálogo desde nosotros: “a las víctimas no se les ofrece un diálogo. Solo puede originarse un diálogo cuando las víctimas mismas empiezan a hablar”; incluso la memoria es selectiva, recordamos solo lo que no nos compromete y no dejamos a las víctimas decir por sí mismas todo lo que quieran.

Esto que J. B. METZ dice de Auschwitz vale para todas las víctimas cuya memoria sepultamos para que no puedan hablar. El mismo autor dice que no tenemos que valoramos “con nuestros propios ojos, sino con los ojos de nuestras víctimas, desde los cuales el Señor nos mira como El mismo nos ha dicho bastante claramente”. La memoria de las víctimas es una denuncia y por eso nos defendemos reduciéndolas al silencio.

Es preciso sacar esa memoria del sepulcro del olvido. La Iglesia lo hace celebrando “el memorial de la Pasión” de Jesús y la memoria de los santos y los mártires; pero hay demasiados que no ostentan oficialmente esos títulos y hasta la Iglesia tiende a olvidarles, a veces con el pretexto de no mezclarse en política. La Pasión viva de Jesús reclama ese recuerdo vivo porque de su riqueza espiritual nos alimentamos.

11ª.- NUEVAS ESTACIONES

Las viejas estaciones del viacrucis humano continúan produciéndose hoy, como acabamos de ver, y lo hacen con modos muy parecidos a los de entonces, apenas si varían los ropajes de los personajes y

las fórmulas condenatorias y atormentadoras. Pero hay además en nuestra sociedad otras formas de la pasión del hombre, no tan localizadas en gestos externos, pero igualmente visibles; formas mortales y redentoras a la vez como todas las del viacrucis. Son las nuevas “estaciones” de la pasión del hombre actual.

La Pasión de Cristo en el hombre moderno, sobre todo el occidental, tiene expresiones específicas que cuesta reconocer, porque cada vez el progreso las aleja más de los cuerpos y las sitúa en el interior de las personas. Más que de “estaciones”, hablaríamos de llagas. Seguidores de Jesús en el viacrucis de hoy, recordamos algunas de sus nuevas llagas.

*** Los vacíos interiores

Durante la mayor parte de la historia, la humanidad padeció sobre todo una pasión externa, por falta de condiciones de vida, pero superaba esa pasión desde una buena armadura interior. Pero en los sectores desarrollados cada vez se acentúa más la pasión interior; antes del sida de la carne le afecta al hombre le sida del espíritu que le come sus defensas, con lo que se vuelve vulnerable y quebradizo. Siempre el hombre atentó contra la vida de los demás, ahora atenta directamente contra la suya propia, se empeña en perderla.

¿Qué le pasa a este hombre? ¿Por qué válvula aflojada se le escapa la fuerza de la vida para quedarse solo con la de los instintos y la de la productividad? Padece falta de valores, de esqueleto espiritual, de consistencia y constancia en el desarrollo de la vida misma; sus graneros están llenos de coches, ordenadores, viviendas y cuentas corrientes pero no conoce su sentido. Sufre una profunda quiebra interior, inconsciente para más gravedad. Por eso, cuando lo inmediato se rompe, la vida se rompe; el “tener” ha roto el “ser” y nos empeñamos en llenar este vacío con más abundancias contables, perdiendo lo definitivo en lo esporádico y lo central en lo periférico. El hombre moderno tiene heridas para las que aun no ha encontrado medicinas aunque sí muchos calmantes, que terminan perdiendo su

eficacia a base de abusarlos. En este viacrucis de hombres bien vestidos y ruidosos, pero vacíos, la sociedad no tiene ningún interés en suprimir los ruidos que son tapadera de los vacíos, pero el vacío impone un sufrimiento tan hondo que ya no sirve ninguna droga. Es el momento del suicidio o de la conversión.

Porque la medicina está en el interior, en esa raíz profunda donde el hombre empieza a ser vivo y donde la vida se mantiene aunque el cuerpo sea destrozado, puesto que ahí puede conectar con el verdadero Origen de su vida, cuando encuentra su raíz divina, ha encontrado su dimensión inmortal y sabe que nadie le puede vaciar ni aunque le desangre porque su vida está protegida por el Padre.

*** El progreso unilateral

El progreso solemos entenderlo como avance las condiciones externas de vida, mejora de la alimentación, sanidad, vivienda, etc., naturalmente, también incluimos la cultura, pero en ella predominan los elementos técnicos que, a su vez, dan mayor capacidad de crecimiento material. Esto produce "el hombre unidimensional", el que crece en una sola dirección y no en un desarrollo integral. Esa única dimensión, siempre la más visible y tangible, acapara las ilusiones y las fuerzas del hombre que crea estructuras para protegerla y aumentarla. Nace así un hombre deforme con miembros anquilosados, frecuentemente los más humanos, y un miembro sobredesarrollado que termina por absolver todas las funciones.

Este progreso unidimensional, en principio gratificante y envidiado por quienes no lo tienen, crea nuevas formas de pasión para el hombre, puesto que se produce en unos centros de poder e influencia pero a costa de unas mayorías en situación de dependencia obligada, son desprestigiados los que no alcanzan ese nivel, no hay respuestas para los problemas profundos que vienen de otras dimensiones y aumenta el egoísmo.

"El hombre cree que se realizará solo con quitar impedimentos externos económicos, políticos. Conseguido esto, tan solo se lle-

ga a la explosión del egocentrismo porque el hombre es pecador. Mientras lo sea, ninguna emancipación logrará liberarle. Solo el Espíritu de Cristo le puede liberar del pecado" (Wolfhart PANNENBERG)

Este progreso meramente técnico y unidireccional, no tocado por motivos espirituales, produce también otros duros efectos sociales, como contaminación del ambiente, caos demográfico, manipulación genética, crecimiento de la "dictadura económica de las estructuras y los procesos", armas atómicas y bacteriológicas, agotamiento de los recursos naturales, etc.. Efectivamente podemos hablar de "la regresión de algunos progresos".

La "via-crucis" de hoy es una vía técnica, acomodada con recursos abundantes, por la que circulan hombres tecnificados con el espíritu perdido entre sus propias máquinas. Pero el hombre no puede destecnificar su vía, porque sería una regresión absurda, por lo que ha de buscar modos de inyectar espíritu en sus máquinas para que quien progresa sea el hombre total y no solo su capacidad laboral, cada vez más sustituida por esas máquinas brillantes y devoradoras.

La respuesta a esta llaga del hombre unidireccional está en la afirmación que Lucas coloca en el frontispicio de la vida de Jesús: "*Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres*" (Lc 2, 52). Crecimiento integral, progreso total donde lo físico no va más deprisa que lo espiritual y lo espiritual no permite un abultamiento deformado de lo físico, donde los alcances del desarrollo llegan a los hombres e incluso a Dios, que no puede quedar aparcado de nuestro progreso ni de nuestras máquinas.

Mientras bendecimos y empujamos el progreso, nos preguntamos cómo inyectar el espíritu que ha de animarlo.

*** El pecado estructural

El pecado nace del interior del hombre y a veces ni siquiera se expresa fuera, ya decía Jesús que lo que ensucia al hombre es lo que

sale de dentro. Pero hoy se da otro principio del pecado: las estructuras. Hay estructuras que son creadas en defensa de unos intereses egoístas más que como servicio al bien común y son generadoras de pecados. No solo los hombres son pecadores, lo son también las instituciones. Es el "pecado estructural", tan acentuado en la teología liberadora, o la "injusticia institucionalizada", que dice el Documento de Puebla, o la "violencia institucionalizada", que denuncia el Documento de Medellín. La injusticia y la violencia se han organizado en poderosas instituciones y se disimulan en estructuras de progreso.

"Es el pecado social, pecado más grave aun porque se da en países "católicos" en que el lujo de unos pocos va contra la miseria de la mayoría. Esto claramente va contra el plan del Creador y por eso la Iglesia discierne esta situación como injusta, como pecado social gigantesco que es consecuencia del pecado individual"
(Puebla y discursos de J. Pablo II)

Este pecado organizado es mucho más poderoso que el pecado personal; y, aunque no es del todo nuevo porque siempre se dieron estructuras de poder egoístamente corrompidas, hoy ha aumentado su número y capacidad de influencia negativa.

El pecado vencido en la persona no desaparece porque continúa en las instituciones, aunque el pecado se engendra primero en el interior del hombre, llega un momento en que la estructura que ha creado le sobrepasa y continúa funcionando más allá de su arrepentimiento personal. Además se acentúa porque estas estructuras pecaminosas toman formas camaleónicas que disimulan su propia corrupción, para descubrirlas no basta un análisis político o jurídico, se necesita proyectar un juicio de fe, tarea más difícil en estructuras secularizadas.

Muchos hombres llevan hoy cruces fabricadas en grandes edificios, símbolo de un envidiable poder, o en lujosos talleres clandestinos donde estas estructuras asientan sus centros de gestión, y no sabrían decir de dónde vienen esos palos tan fuertemente pegados a su carne que ninguna técnica puede separarlos. Además es muy difícil denunciarlos porque tienen en sus manos los altavoces y los silencia-

dores, puesto que una de sus primeras tareas es acaparar medios de comunicación.

Pero a su lado está también, y en fuerte crecimiento, el esfuerzo redentor de *los que luchan por la justicia* (rica palabra que abarca todos los valores de Dios para los hombres), que es la forma de construir el Reino, mientras que las estructuras pecaminosas fomentan "el antirreino". Ha aumentado, en primer término, la conciencia de solidaridad universal, conocemos mejor los sufrimientos de los grupos desfavorecidos, incluso de otros países y continentes, que empieza a ser nuestro. Bien es verdad que resulta más fácil la solidaridad a distancia que la solidaridad con el que está a nuestro lado y que nos compromete, como también resulta más fácil la solidaridad en la manifestación de protesta que en la colaboración por cualquier causa justa; siempre son más los compañeros de protesta que los del compromiso.

La lucha contra el pecado institucionalizado y por el seguimiento moral y espiritual de Cristo supone desmarcarse de cierto ambiente, de sus valores y contravalores, pero sin salirse de la sociedad normal, que es el lugar del Reino de Dios; esa lucha ya no puede reducirse al mundo interior, necesita salir al ámbito social y ahí encuentra nuevas dificultades, lo que supone entrar en una nueva dinámica de pasión, que se expresa en formas de oposición e incluso opresión, cuando uno creía suficiente con luchar contra su pecado personal.

Afortunadamente esta lucha va ampliando el campo de la justicia en el mundo, abriendo cauces a Dios, y produce un gozo reconfortante en quien la sigue.

*** La conflictividad

Por todo lo anterior, la situación del ciudadano y especialmente del creyente resulta conflictiva. Porque es consciente que "*su reino no es de este tiempo*" pero sí tiene que vivir en el mundo y comprometido directamente en él. Las cosas no son ni limpias ni claras ni, menos aun, evidentes, cada punto tiene su contrapunto, los valores se

confunden con los contravalores, las palabras cristianas nos llegan filtradas y fácilmente tergiversadas, las circunstancias se imponen sobre los principios. Esto obliga a escoger y luchar.

“Cuando el Crucificado arranca su reino de las manos de los tiranos y usurpadores y destruye la obra del demonio en la tierra, entonces comienza un conflicto universal” (Ernst KASEMANN)

En épocas donde el cambio pasa de fenómeno esporádico y retardado a ser situación normal de la sociedad, no hay tiempo suficiente para olvidos y gestaciones maduras, y uno tiene que decidir sobre la marcha y con riesgos. El cristiano vive valores permanentes y ciertos en circunstancias cambiantes e indefinidas. Por otra parte, nuestra sociedad es plural y ni en política ni en moral ni en religión respiramos al unísono, lo que obliga a cada uno a tomar sus decisiones de conducta. El conflicto es inevitable. Señalamos algunos puntos más destacados de esta conflictividad.

Conflictividad de la fe ¿Es indiferente para la convivencia el hecho de que uno crea y el otro no? ¿En qué Dios creemos? Porque no sirve cualquier imagen de Dios, muchas son proyecciones nuestras interesadas y otras fomentan la increencia más que la fe, mientras que Dios mismo no es objeto de elaboración personal puesto que El “es” y no tiene que ser “hecho” por el hombre. Por otra parte Dios no es neutral, porque tomó decididamente partido por el pueblo pobre y sufriente de su tiempo, y así lo continúa haciendo; por tanto el seguimiento de Cristo tampoco es neutral, tiene que seguir en la sociedad actual el más parecido al que siguió Jesús.

Conflictividad moral ¿qué pecado me preocupa, el íntimo o el social, el que me afecta a mí o el que afecta a los demás, el que perturba mi tranquilidad o el que perturba la de Dios? ¿o ninguno? Los valores inamovibles de otros tiempos ahora se mueven, ¿quién se atreve hoy a defender en público valores inamovibles? Como si viviésemos en un mundo justo, lo llenamos de bendiciones ponderativas y así queda justificado, pero el pecado continúa oponiéndose fuertemente al Reino de Dios. Y el cristiano ha de lograr que los valores del

Reino de Dios no se oscurezcan y lleguen a la práctica de la vida. La oposición está cantada, al menos la de otras conductas diferentes.

Conflictividad entre la fe y la práctica, entre la teoría religiosa y la vida real, entre el “pertenecer” a la Iglesia y “ser” cristiano. Sirve de poco una fe creída, simplemente creída y constatada en unos archivos parroquiales, la mayoría de las veces ni siquiera proclamada, que así no convierte a nadie, es la práctica la que “verifica” la fe, la nuestra y la de los demás. Nuestro mundo, tan saturado de teorías, solo acepta un cristianismo real que al mismo tiempo rechaza por lo comprometedor; el cristiano realiza su compromiso bajo un permanente y exigente ojo crítico. Pero tampoco vale cualquier práctica, sólo es completa la que se vive con el espíritu de Jesús y nos lleva a comprometernos como El.

Conflictividad que nos lleva a la renuncia o muerte de muchas reflexiones o programas que pueden ser inteligentes o rentables pero no justos, de un planteamiento egoísta de la vida, del materialismo como motor de nuestros actos, de todo aquello que no cabe en el Reino de Dios aunque esté valorado con sobresaliente en el reino del mundo. No es cómodo el principio pascual de muerte y resurrección o de resurrección desde la muerte o el de que se salva precisamente la vida que se entrega. En una época de rentabilidad y enriquecimiento la renuncia no es principio cotizado.

Conflictividad social, porque el cristiano ha de tomar partido en las situaciones sociales concretas y no puede quedarse al margen de los problemas del pueblo y tiene que escoger entre los de arriba o los de abajo sin rechazar a ninguno. Conflictividad que se acentúa al escoger al pobre como clase, más que al particular, porque eso implica luchar contra las estructuras que lo producen.

“La gran división de la Iglesia es exactamente ésta. los que viven y orientan la fe a partir de los oprimidos y los que, ingenuamente y en nombre de la neutralidad, acaban pensando y viviendo la misma fe a partir de lo alto de la pirámide social, legitimándola” (Flori-
valdo SAURIN ORLANDO)

Conflictividad entre el Reino y el "antirreino", entre el Reino de Dios y el reino del mundo, entre el reino presente y el futuro, entre el "ya" y el "aun no" Reino de Dios no realizado y nos tememos que irrealizable del todo en este mundo pero que al mismo tiempo nos implica para que lo realicemos. La fe cristiana no nos da la clave para resolver los problemas políticos, económicos o sociales pero nos compromete en ello. El Reino de Dios no se logra solo con buena voluntad ni pacíficamente, "sufrir violencia" aunque sea "Reino de paz". Estamos comprometidos con toda la persona en una causa que no sabemos hasta dónde es realizable o solo una utopía estimulante.

"En ninguna parte del planeta y en momento alguno de la historia, ningún humano ha tenido éxito en la construcción de una sociedad realmente pacífica. El conflicto parece ser una verdad permanente —quizá la más profunda de ellas— respecto a la vida humana". (ZIEGLER, sociólogo)

Todo esto genera una *conflictividad de valores y contravalores*, que mueven realmente a la gente y que es difícil reconocer como los del Evangelio. Una encuesta entre la juventud española daba como resultado estos valores y por este orden: salud, dinero, placer, poder, imagen, amor, cultura. Lo que indica que sus contravalores, es decir lo que rechaza y por el mismo orden sería: decadencia corporal, pobreza, dolor, fracaso, conflicto, engaño, soledad e ignorancia. Al margen de la exactitud o simple aproximación de estas encuestas, la conflictividad se patentiza en que algunos de estos valores son claramente infravalores en el Reino de Dios y algunos de sus contravalores son proclamados valores preferentes en las Bienaventuranzas. Decía N. Berdiaev que "los valores más elevados del mundo son pospuestos a los valores que menos valen, los mayores son crucificados, mientras los secundarios triunfan. El político y el militar, el banquero y el jurista son más poderosos que el poeta, el filósofo, el profeta o el santo". Por otra parte, a pesar de la conflictividad, nuestro mundo se hace cada vez más apetecible.

"De una manera mas o menos vitalista, incluso en forma de darwinismo social, todo el mundo quiere cada vez mas, y la verdadera vida se define en el horizonte de la voluntad de poder, de tener y de lucha. El dominio del más fuerte se considera el ideal social. Como consecuencia, al hombre pobre (y al hombre hecho pobre!), al oprimido económico y político, y también al deficiente neurotico y al completamente fracasado, se le considera tendenciosamente como menos hombre o infrahombre, como un cero antropológico. Donde el que lo hace todo lo es todo el que no hace nada no es nada. De acuerdo con el ideal destructivo "todo o nada", solo hay entonces vencedores y perdedores, ¡y ay de aquel que esté al lado del menos hombre, se meta en el agujero del deber y tenga que jugar siempre el juego fatal de sumar cero!" (G. FUCHS)

Esta situación de valores y contravalores sociales, en clara contraposición con los valores evangélicos, pueden vaciar o llenar al hombre y, por tanto, el cristiano tiene que escoger, sabiendo el riesgo que corre. Por eso necesita ser espiritualmente fuerte para hacer evangélicamente esta elección.

*** La irreligiosidad

Fenómeno mucho más amplio que el ateísmo, es otra de las llagas vivas del hombre moderno, aunque en muchos se convierte en adormidera, la irreligiosidad, que no la religión, es hoy "el opio del pueblo". Nacido en la modernidad y crecido fuertemente con el progreso material, es un fenómeno que, más que negar la fe, no la permite tener una injerencia real en la vida. En algunos toma la forma de prácticas religiosas estereotipadas, vacías y descomprometidas, y en otros es la angustia por la duda religiosa y por la sensación de ausencia de Dios.

Frente al paciente e irreductible esfuerzo de Dios por entrar en la vida del hombre, la irreligiosidad termina por producir una pérdida del sentido de la vida y un hombre abandonado, situación muy captada por los poetas.

“Salva al hombre, Señor, en esta hora
horrorosa, de trágico destino,
no sabe adónde va, de dónde vino
tanto dolor, que en sauce roto llora ”
(BLAS DE OTERO)

“Y si esta luz es Dios,
y si Dios es la tarde,
¿por qué esta angustia quieta?
¿por qué la luz cobarde no se levanta pura
para manifestarle?” (Francisco GINER DE LOS RIOS)

El hombre lucha denodadamente por suplir a Dios, algo que a Dios debe hacerle sonreír ya que El ha dejado el mundo en manos del hombre, pero no ausente de su presencia ni de su influencia. El hombre puede “organizar la tierra sin Dios”, es verdad, pero “no puede, en fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre” (Henri DE LUBAC).

La irreligiosidad no llega a ser total y continúa un fondo religioso en forma de “ídolos”, con los que los hombres defienden sus intereses personales o grupales: dinero, raza, consumo . . . , a los que expresan un culto religioso. Las luchas idolátricas tienen el riesgo de terminar descuartizando al hombre. La proclamada “muerte de Dios” ha afectado más al hombre que a Dios, el amenazado de muerte es el hombre, que caminará indefenso y con un cadáver en su interior.

“Si Dios ha muerto, el hombre se convierte en enigma sin sentido,
si Dios ha muerto, el hombre es irremediamente mortal;
si Dios ha muerto, se puede manipular su imagen (manipulación biológica: inseminación artificial, experimentación médica, manipulación psicológica, chantaje, narco-análisis, lavado de cerebro, tortura . . .),
si Dios ha muerto, se puede matar al hombre”
(Raymond SANSEN)

Esta llaga de la irreligiosidad, que a muchos parece darles una sensación de libertad y alegre inconsciencia, está creando por reac-

ción una mayor conciencia en los verdaderos creyentes, que ahora lo son por decisión personal, no por simple tradición ni por presión ambiental. Como uno de los signos de los tiempos, la irreligiosidad ambiental es un acicate positivo para romper la fe rutinaria en favor de una fe decidida y comprometida, como la de Jesús.

*** Las guerras

Esta antiquísima y permanente llaga solo se ha modificado en cuanto ha aumentado inmensurablemente su capacidad mortífera. Su permanencia en un mundo que se autoproclama civilizado es algo incomprensible que revienta todas las reflexiones y nos hace avergonzarnos de nuestra raza; como nuevos antropófagos, no nos alimentamos de la carne de los otros sino de sus muertos; cada una de nuestras guerras satisface la sed sangrienta de pueblos enteros durante un cierto tiempo y luego esa sed maldita vuelve a reclamar su sangre. La guerra se ha vuelto tan horrible que mata, no solo personas, sino hasta el agua que beben y el aire que respiran, generaciones enteras quedan afectadas por sus bacterias o sus desastres.

“ De cuando en cuando
envía el cielo un ángel que les visita
Pero se extravía

...
A cada instante
demuestra la ceniza ser palacio del futuro

Por desesperación
el propio aire
ya casi tiende el cuello a cualquier vecino

·
Rebaños de sangre
pastan la superficie de la tierra

¿Cómo podría esta herida restañarse?

“Como, sin ella, podría buscar la luz?”
(ADONIS)

Algo terrible de nuestras guerras es que siguen matando aun cuando no existan; durante décadas del siglo veinte hemos estado sufriendo las angustias de una “guerra fría”, pendientes de un famoso y enigmático botón nuclear en manos de un par de personajes en cada lado del mundo. Difícilmente se puede encontrar una forma más sutil de matar sin sangre. Esto suponía la guerra del armamentismo a costa de presupuestos ingentes sustraídos a otros capítulos primarios para la vida del pueblo que tenía que ceder ante las fauces bélicas devoradoras de sus economías. Hoy la guerra, asustada de la sangre que resulta antipropagandística, pasa en gran parte al terreno económico y de influencia política; las durísimas batallas que se libran por mantener y aumentar la influencia en el mundo siempre suceden a costa de víctimas

La sabiduría de la Cruz, expresada profanamente en el avance de la cultura y espiritualmente en el amor, logrará vencer las guerras, que no tienen cabida en el Reino de Dios; las armas no matan definitivamente a las armas, pero el amor, corriente divina del Crucificado, podrá con ellas. De hecho cada día son más personas y movimientos a proclamar la paz

*** El martirio

Es la forma más completa y noble en que continúa la Pasión de Cristo hoy; toda la historia cristiana ha estado enriquecida con la fuerza suprema de los mártires, aunque parezca que el martirio corresponde solo a otras épocas y lugares. Los mártires son realidad viva hoy, aunque el derramamiento de su sangre sea cada vez menos frecuente, pero otras formas martiriales sustituyen a la sangre como testimonio supremo de la fe. Porque su seguimiento de Cristo es tan completo y hasta literal que terminan entregando la vida como Él y por los mismos motivos, una pasión empalma con la otra firmando unidad, la vida del primer Mártir es la misma que la de los siguientes

Cuesta entender que por motivos de fe a una persona se le pueda perseguir a muerte porque la fe pertenece al ámbito interior del individuo, el único donde no se puede forzar ninguna restricción a la libertad. Pero es que realmente al mártir no se le mata por la fe sino por las repercusiones de su fe. Como en el caso de Jesús la religión se traduce en unas actitudes de vida que, a su vez, comportan unas repercusiones sociales, la fe cristiana está orientada a construir el Reino de Dios en nuestra sociedad, lo que implica aceptaciones y resistencias, seguimientos y persecuciones, razón tenía Jesús cuando se lo predijo a los discípulos, los de entonces y los de ahora.

Los mártires de otras épocas morían directamente por confesar la fe, mientras que la mayoría de los actuales mueren por las consecuencias sociales de su fe, por la conmoción social y política que supone aplicar el Evangelio a la vida, siempre hay un sector, bien situado, que se siente perjudicado en su situación y reacciona con violencia. Los mártires actuales vivieron su fe con tal radicalidad que se convirtieron en fermento y revulsivo, difícilmente podemos encontrar nada tan cuestionante como su vida

Otro dato del martirio actual es que a veces alcanza a pueblos enteros, lo sufre directamente la población creyente, ya no mueren personas sueltas sino el pueblo con sus estructuras cristianas en proceso, lo que se intenta matar es ese proceso. Esta decisión produce martirios anónimos tan abundantes, aunque no reconocidos por ningún laurel ni publicidad, que sobrepasan de largo las listas oficiales de nuestros martirologios

“La realidad martirial supone y genera también una espiritualidad específica de los supervivientes. Ante todo, el no olvidarles “¡Ay de los pueblos que olvidan a sus mártires!”, dice nuestro Pedro Casaldáliga. Después, el agradecimiento por el mayor amor que han demostrado. Por último, la invitación a entroncarse en la tradición poderosa pascual. A ella hay que apuntarse y sobre ella hay que edificar para seguir adelante en la historia.” (Jon SOBRIÑO)

II.- LA RESPUESTA DE LA CRUZ

Superados entre nosotros los martirios de la sangre, nos corresponde aquí el martirio de la radicalidad en la vivencia personal de la fe y del compromiso directo a favor de Jesús y de sus preteridos. El cristiano ha de llevar gozosa y comprometidamente esa cruz, sabiendo que ninguna cruz se aleja del todo del martirio.

De éstas y otras muchas formas continúa la Pasión de Jesús en el viacrucis del hombre actual. Estas llagas nuevas, en cuanto que no se daban en otras épocas o en cuanto ahora toman formas específicas, se refieren siempre a una pasión provocada por otro, como sucedió en la de Jesús; naturalmente continúa también la pasión de la enfermedad o de las catástrofes en las que nadie es víctima de nadie, en todo caso de una desgraciada circunstancia. Varían las formas de crucifixión y se renuevan las llagas, pero Jesús no puede bajar de la Cruz mientras alguien o algo humano continúe clavado en ella. El no fue el primero en subir a la Cruz pero será el último en bajar, por mucho que siga resonando el grito: “¡Baja de la cruz y creeremos en ti!”; una fe así solo lograría crucificarle más.

“Mirad y ved” los nuevos sufrientes de la cruz, la Pasión inacabada, los nuevos clavos y, sobre todo, la misma fuerza resucitadora manando de ahí. No se puede mirar acertadamente la Pasión de Jesús sin mirar la del hombre, como tampoco se puede ver ahora su Cruz sin su Gloria, la que el Padre le concedió y nos promete a todos; pero muchas veces vemos la pasión del hombre sin mirar la de Jesús y entonces nos produce rechazo en lugar de acercamiento.

En el paso siguiente nos interesa, sobre todo, lo más positivo de todo esto y, para alcanzarlo, vamos a ver qué luz proyecta la Cruz de Cristo sobre esta pasión del hombre actual, porque éste es el terreno específico del cristiano y por él será cada vez más justificado su puesto en la sociedad. A esto dedicamos la última parte del libro.

En este apartado enfocamos el chorro luminoso de la Pasión de Cristo sobre la pasión del hombre para que nos ayude a descubrir la riqueza de sus entrañas.

Porque la Pasión de Cristo ilumina y prolonga su riqueza en la pasión de la historia y del hombre actual. La Pasión de Jesús no ha concluido ni en sus llagas ni en sus causas ni mucho menos en su eficacia salvadora. Meditamos la pasión del hombre actual con los mismos criterios y actitudes con que meditamos la Pasión de Jesús, es decir, para descubrir los mismos valores y las mismas llamadas al compromiso. El hombre y su futuro no lo reflexionamos aquí desde el ángulo antropológico o político, sino desde el ángulo de visión nos viene de la Pasión de Jesús. Es el único ángulo que abre la visión hasta perspectivas insospechadas.

A.- LA PASIÓN DE CRISTO ILUMINA LA PASIÓN DEL HOMBRE.

El primer problema ante la cruz y ante los que la sufren es la manera de mirarlos, pues de esa mirada depende lo que veamos. Normalmente es una mirada resignada, obligada por la realidad y reducida al mínimo; una mirada sentimental pero de incomprensión,

pues nunca terminamos de comprender por qué suceden ciertas cosas ni mucho menos para qué sirven. Una mirada nueva, con mejor iluminación, cambia nuestra relación con los sufrientes, y ésta es la mirada que viene de la Cruz de Cristo.

Repasamos ahora algunos de los aspectos que vemos desde esta mirada iluminada.

1) Presencia de Dios en la pasión del hombre

Esto es precisamente lo que no supieron ver los espectadores de la Pasión de Jesús, más bien veían lo contrario, la ausencia de Dios. Sin embargo Jesús, cuando todo le falló, se aferró a la presencia de Dios, lo único seguro más allá de sentimientos y evidencias u oscuridades.

¿Cuántos descubren hoy esta presencia? ¿No se reacciona, más bien, con rebeldía porque, si estuviese allí, tenía que evitar ese sufrimiento? Parece más fácil de admitir y hasta más lógica la ausencia que la presencia de Dios en los sufrimientos. Así se lo recuerdan a Dios multitud de quejas diarias y otra multitud de argumentos para dejar de creer. La presencia de Dios en el sufrimiento es de lo que más complica la fe.

Se trata ciertamente de una presencia especialísima y predilecta. Es preciso acentuarlo porque la pobreza y el sufrimiento continúan pareciendo escandalosas sociológicamente (nos apartamos del que está abajo, del disminuido, porque es un obstáculo para nuestros sueños) y religiosamente (siempre la pregunta de protesta: ¿por qué?. Jesús mismo lo siente así en la Cruz). Es una presencia que hay que afirmar con fuerza porque, aun reconocida, tiende a diluirse en otras formas más complacientes. Sobre todo hay que afirmar que es presencia predilecta, especialmente querida y mantenida, y esto lo afirmamos porque El lo afirma.

Dios está con y en el sufriente. Admitido esto, también admitiremos asombrados que *El mismo es sufriente* en esos casos, pues no es imaginable una presencia impasible. El que no abandonó a su Hijo abandonado no abandonará a ningún otro abandonado. Ningún sufri-

miento puede arrojarle fuera de su ámbito, ni siquiera distanciarle, al contrario, le acerca.

“El Dios crucificado se nos aproxima en el desamparo de cualquier ser humano. En efecto, no existe soledad ni condenación que él no haya asumido en la muerte de Jesús...”

Habitando El en medio de su pueblo elegido, asume para sí los sufrimientos de éste, así como el vilipendio de su honra. Dios mismo estuvo en Auschwitz. El sufrió y murió en aquellos que fueron sacrificados en las cámaras de gas... Dios es compañero en el destino de la humanidad”. (Jürgen MOLTSMANN)

“Dios está en ellos ciertamente y está de la manera más densa; Dios está misteriosa pero realmente presente en la muerte y esperanza que caracteriza nuestra época. Así, además, está radicalmente según lo fundamental de su presencia en la revelación: de forma escandalosa y en forma de buena noticia. Escandalosa porque está anonadado, impotente, crucificado y radicaliza su presencia en los pobres de Mt 25. Pero está como buena nueva, como Dios cercano y solidario hasta el final, amoroso por lo tanto.” (Jon SOBRINO)

Por esta presencia, *el pobre y sufriente se convierte en sacramento de Dios*, que lo revaloriza al escogerlo como lugar privilegiado para estar en el mundo. Es un sacramento vivo y contradictorio, más que el pan y el vino, también signos sacramentales, que tienen menos vida que el hombre sufriente pero se oponen menos a Dios que el dolor. Dios es amor y los lugares privilegiados para el amor son aquellos donde más se necesita, entre los que destaca siempre el que sufre. Nos resulta fácil descubrir la presencia de Dios en la naturaleza, en la belleza, en el bien, en lo perfecto, en la soledad de una capilla, en nuestra historia cuando las cosas van bien, pero hemos de hacer esfuerzos para descubrirlo en el sujeto a pasión, en el socialmente retrasado, en el humanamente disminuido e infravalorado. El cristiano ha de gritar esta presencia divina como algo específico y revelador del amor del Padre, siempre más cercano a quien más le necesita.

La fe solo es veraz cuando nos acerca al necesitado, si la fe, además de creencia, es encuentro, hay que creer en Dios allí donde puedo encontrarlo, acercarse al pobre es acercarse a Dios y acercarse a Dios es acercarse al pobre, Dios deja en meramente sentimentales otras formas de presencia cuando ésta no se vive, así lo plantea crudamente a la hora del juicio.

Al mismo tiempo *el sufriente es palabra de Dios*, en cuanto ahí Dios nos está diciendo y comunicando algo de sí mismo. Desde la cara oculta de la sociedad, desde la antítesis del bienestar, desde sus miembros en sufrimiento se nos revela *el Dios auténtico*, no el de los sabios y triunfadores, sino el experimentado por los humildes, el de María en el Magnificat. Desde ahí pronuncia su palabra más luminosa e inquietante para que no podamos refugiarnos en la ignorancia de su voluntad, si hablase principalmente desde los sabios, solo algunos le comprenderían, pero hablando desde los sufrientes tiene multitud de altavoces y está al alcance de todos porque es tan inteligible como el hambre y la soledad.

2) Fuerza crítica

El instinto de autoprotección nos lleva a buscar ante el mundo un punto de vista acomodaticio, a partir de nuestra realidad satisfactoria o de nuestras ilusiones, con lo que esta mirada no cambia nada ni en nosotros ni a nuestro alrededor, mientras que, al situarnos en la pasión del hombre, Dios nos presta su visión para que veamos acertadamente lo que se alcanza desde ahí y la respuesta que quiere de los demás. La pasión es la mejor luz para un juicio crítico.

En primer término *nos descubre al verdadero Dios* y nos vuelve críticos con las imágenes de Dios que pugnan por imponerse en nosotros, hay imágenes para la alabanza, el consuelo, la tranquilidad, el disimulo, pues bien, la imagen de Dios revelada en la pasión de los hombres es para el compromiso. Estar cerca de los pobres y sufrientes purifica nuestra fe y verifica nuestra imagen de Dios, ¡cuántos de ellos lo experimentan como el Dios de la vida, como el que les acompaña y salva! Dios verdadero es el que comparte su mesa con

todos en la medida en que nosotros compartimos la nuestra; si no es así, Dios corre el peligro de ser inventado para nuestra tranquilidad. Siempre puedo sospechar de “mi” Dios si no dejo que me hable desde la Cruz y si no le permito decirme su palabra desde los que ahora sufren pasión. Ni el culto ni la teología ni la música pueden suplir a este Dios real, entregado en favor de quienes le necesitan.

Luego la Cruz nos lleva a *discernir el sufrimiento*, porque no es lo mismo un sufrimiento que otro, hay sufrimientos inocentes, naturales, inculpables y pobrezas y sufrimientos culpables, porque son fruto de una causa interesada, alguien los produce. Hay sufrimientos ante los que Dios pronuncia una bienaventuranza y otros ante los que sentencia una condenación. El valor del sufrimiento no está en manos de quien lo causa sino de quien lo sufre, por eso no puede haber equivocación cuando nos ponemos al lado de uno o de otro.

El sufrimiento no discernido nos puede llevar a la resignación pasiva cuando tenía que empujar a la rebeldía contra lo que lo produce, una rebeldía con amor, pero un amor eficaz. No nos mueve solo un principio social sino una visión de fe, porque en ese sufrimiento estamos tocando el pecado.

“Una persona no es solo pecador, sino también víctima del pecado. Esos hombres y mujeres no son solo voluntarios violadores de las leyes de Dios, también son los violados” (Daniel VON ALLMEN)

Nos descubre igualmente cómo es *nuestra propia actitud ante los sufrientes*, obligándonos a no satisfacernos con una mirada esporádica y una palabra de lamento, sino a mirar esas situaciones de pasión cara a cara, sin huirlas, sin justificarnos con un “qué le vamos a hacer”, nos obliga a mantener ahí la mirada hasta que nos avergüence y nos levantemos decididos a hacer algo por su salvación, no nos permitirá dedicarle solo algunos momentos de nuestra vida sino que nos exigirá unir la nuestra a la suya como la une Cristo.

“Si pudieran mirarlo hundido en el oleaje que golpea su alta corona de ceniza

y ver sus ojos ciegos como dos anclas tristes
clavados en el mar, entonces,
como yo, comprenderían,
que ellos mismos
ahogaron al Dios que nos sostiene”
(OSWALDO ESCOBAR VELADO)

Entonces el sinsentido del sufrimiento humano queda superado por el de la Pasión de Jesús, donde tiene sentido ese amor tan maravilloso que se expresa en el sufrimiento de luchar contra el sufrimiento de otros y de creer que ahí estamos realizando al amor salvador del Padre

Esa mirada crítica nos descubre también *el verdadero pecado*, que también confundimos fácilmente según el punto de mira, no es lo mismo el pecado mirado desde la ley, desde el orden público, desde el interior, desde la Palabra de Dios, desde la razón, etc. La Pasión nos habla de un pecado fundamental, el de causar la muerte o perjudicar la vida de otro; las múltiples formas de perjudicar la vida, externa o interior, son siempre pecaminosas y no deben ser enmascaradas por ningún justificante. No sabremos bien lo que es el pecado si no miramos a nuestro alrededor donde muchos hermanos nos muestran sus peores efectos, aunque también reconocemos efectos nada visibles. Situados en la Pasión, donde se sitúa el Crucificado, no nos equivocamos al examinar la conciencia ni al juzgar la sociedad, y nos daremos cuenta de que el pecado se comete siempre en el interior de las personas más que en el incumplimiento de unas normas. Puesto que el pecado más fuerte es hoy el estructural, la Pasión se convierte en juicio crítico y condenatorio de las diversas formas que toma ese pecado. Pero no basta señalar el pecado social, porque todo pecado interior perjudica a la comunidad y retrasa el desarrollo del Reino de Dios.

La Cruz es igualmente luz crítica sobre *la verdadera conversión*, que se orienta necesariamente a Dios en la medida en que se orienta a los hombres. Porque también en la conversión podemos equivocarnos si vamos a ella solo desde la intranquilidad de conciencia o la insatis-

facción personal y no desde los que nos necesitan. Lo mismo que Dios, en la encarnación, “se convierte” al hombre, así ahora sus hijos nos convertimos del yo al tú, del yo cómodo al tú necesitado. No solo nos convertimos a Dios sino también *como* Dios, es decir, con *compasión* regeneradora

“La respuesta cristiana a las víctimas del pecado es la compasión, no la popular noción de ser sentimental, blando y quejumbroso, sino en el sentido correcto de sufrimiento y simpatía compartidos. Una sugerencia atrevida: la compasión por la gente solo es posible cuando la percibimos como víctima del pecado. Si miramos a la gente como pecadores, en vez de como víctimas del pecado, podemos sentir preocupación por ellos, afecto o lástima, pero no compasión, es decir, sufrir junto a otro, sentimiento fraterno, simpatía. Mucha de la actividad evangélica actual tiene una pequeña percepción de la gente como víctima del pecado. ¿Tantos están tan desprovistos de compasión?” (RAYMON FUNG)

Por último señalamos que la Pasión –la de Jesús, la del hombre una sola– es también juicio crítico *para la Iglesia y comunidades cristianas*, para descubrir hasta dónde son fieles a Jesús o se acomodan a formas mundanas y cuándo cultivan el espíritu porque de ahí nacen las obras útiles o caen en tentación triunfalista y placentera

Dentro de la Pasión de Cristo y cerca de la pasión de los hombres encontramos siempre el exacto lugar para el juicio crítico sobre nuestro caminar humano y cristiano. Nuestras incertidumbres, dudas y errores disminuirán si aceptamos este punto de referencia. En una época de tantos cuestionamientos intelectuales y de tantas dudas es preciso rehabilitar la fuerza crítica de la Cruz, la mayor de nuestras riquezas y el mejor de nuestros recursos.

3) Es “memorial” vivo

Ya comentamos que el pecado que produce víctimas tiende a sepultarlas en el olvido, por contra la memoria de la Pasión las rescata

de ese olvido sacándolas a primer plano. *La primera víctima a rescatar del olvido es la del Crucificado*, no nos suceda que, tanto hablar de víctimas, nos olvidemos que El es precisamente la primera víctima de nuestro pecado, y que es el primero en reclamar nuestro amor. Con poderosa intuición de enamorado recordaba San Pablo de la Cruz lo trágico de este olvido: *“La causa de los males de nuestro tiempo es el olvido de la Pasión de Jesús”*.

La Pasión de Jesús sufrió ya el primer rechazo cuando la anunció a sus discípulos, rechazo participado por todo el público y expresado retadoramente en la cruz cuando le invitan a bajar como condición para su fe. Más tarde el gozo de la Resurrección les sirve a algunos como excusa para considerar la Pasión como una etapa ya superada y los Apóstoles tuvieron que insistir en su permanencia. Sin embargo, más allá de todo instinto e intento de rechazo, la Pasión ha permanecido siempre viva en la parte más sana de la devoción popular, porque ahí empalma el pueblo con su propia pasión.

Por eso el olvido más frecuente de la Pasión no es por no recordarla sino por recordarla mal, porque hay recuerdos que son deformantes y no sirven para actualizar la riqueza de lo que recordamos.

*** La falsa “memoria” se expresa con frecuencia en estos *recuerdos deformantes*:

— *verla como “necesaria” porque Dios la quiere y la envía*, con lo que Jesús, que fue víctima de los hombres, queda convertido en víctima de Dios, a quien habría que achacar la responsabilidad, quedándonos nosotros ajenos ante sus misterios y extraños caminos. Por otra parte, si Dios es el que causa víctimas, ya no hay que protestar, El sabe por qué lo hace. Este planteamiento olvida las causas históricas, las que realmente produjeron y producen la Pasión, y por eso deriva en *una visión meramente religiosa del sufrimiento*, que queda justificado por su poder de santificación, olvidando su capacidad de muerte; manifiesta así una imagen dominadora y desagradable de Dios. La “necesidad” proclamada por Jesús se refiere a que es consecuencia de su fidelidad radical a los planes del Padre y a que resulta-

ba inevitable en aquellas circunstancias históricas, pero ¡cuánto se habría alegrado Dios de que las cosas hubiesen ido por otro camino más normal!

— mirar a Jesús como *modelo de sufrimiento pasivo*, reflexionando solo la intensidad de sus sufrimientos y capacidad de aguante. De aquí nace una actitud *dolorista*, de amor al sufrimiento que llega a buscarse por sí mismo como imitación de Jesús, y se traduce en desprecio personal y de los valores del mundo. Esta postura es más propicia para crear víctimas que para remediarlas. Por una parte es verdad que en la Pasión Jesús adoptó una postura de resignación llena sentido, pero esa Pasión misma era fruto de su enfrentamiento rotundo al mal y al sufrimiento de los demás. La mera resignación es exactamente la actitud buscada por los causantes del sufrimiento, a veces usando expresamente como motivación la devoción a la Pasión; esta memoria meramente resignada prolonga el sufrimiento, mientras que la “memoria” viva tiene en cuenta *las causas* que lo producen y *los alivios* que se pueden proporcionar.

— *ver la Pasión sola, desvinculada de su vida y de su Resurrección*, con lo que queda separada de sus causas y sus frutos definitivos; resulta así una Pasión sin historia, sin antes ni después, como un desgraciado accidente. Con esto se la saca de su lugar propio, que son los Calvarios que continúan, y se la remite exclusivamente a lugares de culto y de devoción íntima. No podemos olvidar que la Pasión de Jesús fue así porque así había sido su vida y porque hacia adelante estaba llena de esperanza transformadora. La pasión del hombre actual reclama de nosotros esperanza, algo que le haga pensar que mañana será mejor y que su situación de ahora será transformada en vida gloriosa. Sin esa esperanza de poco le serviría nuestra compañía y hasta la compasión podía hundirle más.

— por contra, también es memoria equivocada *reducir la Pasión a esa sola dimensión histórica y social* conflictiva, como si no tuviese más dimensión que la que se ve, con lo que se olvida o deja en segundo término que la causa profunda de la Pasión es el pecado y que su fruto es, sobre todo, la redención espiritual. Cuando se habla de salvación integral, malo es reducirla solo al espíritu pero peor es

reducirla al cuerpo; desde la Pasión siempre hay que hablar de pecado y de esfuerzo espiritual. La pasión de los hombres nos hace ver que no son solo necesitados de ayuda social, sino repartidores del amor del Padre que desde ellos alcanza el mundo, cumplen en nosotros la prodigiosa función de “completar” la Pasión de Jesús, es decir, sus frutos espirituales.

Junto a este olvido y tergiversación de la Pasión de Jesús permanece el esfuerzo por olvidar o tergiversar también la pasión del hombre. Los medios de comunicación mantienen presente el sufrimiento de los hombres, pero solo el de algunos y por un corto tiempo, mientras sean noticia; otras veces se les culpa de su propia situación. La Pasión de Jesús nos interpela contra esa falta de memoria, sacando a flote todas las llagas hasta que las cerremos, las llagas corporales y las espirituales.

*** La verdadera “memoria” de la Pasión

“Memoria” o “memorial” es mucho más que un recuerdo, se refiere a un *acontecimiento salvífico* pasado pero que continúa actuando y que se hace de nuevo presente en la celebración de la comunidad. La “memoria” completa de la Pasión incluye fundamentalmente tres elementos: recuerdo del pasado, de lo que sucedió; su acción salvífica que continúa actuando en el presente; y celebración de la esperanza que nace de aquí al abrir un nuevo futuro.

Nos adentramos ahora un poco más en lo que supone esta “memoria” completa.

— en primer término *recuperamos la Cruz*, es decir, mantenemos vivo el recuerdo de lo que realmente sucedió y sucede en la Pasión de Jesús y en la pasión de los hombres, no permitimos que caiga en el olvido. Ninguna ideología ni progreso ni sueño debe pasar por encima de este recuerdo. Por eso son buenas todas las formas que lo mantengan vivo: devociones, culto, manifestaciones públicas, estudios, predicación... La Pasión de Jesús se produce en la historia por causas históricas y sucede de una determinada manera y, al recordarlo, nos advierte de lo que sigue sucediendo en la misma línea. Cuando

las causas que la producen están bien señaladas y denunciadas, pierden virulencia, ésta es la fuerza del recuerdo.

Igualmente la “memoria” nos advierte contra las causas espirituales, las directamente pecaminosas, que son las más mortales y que también siguen sucediendo. Olvidar la Pasión ayuda a olvidar estas causas y a quedarnos tranquilos en el reino del pecado, como si no tuviese ninguna trascendencia práctica; “ésta es la trascendencia”, decimos señalando la Pasión. La oración, las predicación y la lectura espiritual son medios practicados siempre para mantener viva esta reflexión, primero en nuestros corazones (“*Passio Domini Nostri Jesu Christi sit semper in cordibus nostris*”) y luego en el compromiso con los sufrientes actuales.

— luego es *memoria celebrativa*. Aunque este recuerdo siempre tenga algo de luto y llanto, predomina el gozo porque de esa Pasión nos llega la salvación. Con el tiempo tendemos a olvidar los difíciles orígenes de donde viene nuestro bienestar y así nos sucede con nuestra propia salvación. Una forma de mantenerlo vivo es convertirlo en celebración festiva y gozosa, con ceremonias y ritos adecuados. Lo que se *celebra* es mucho más que lo que se recuerda, porque el recuerdo se fija en los hechos y la celebración en el fruto de esos hechos, el recuerdo se detiene más en la vida que pierde Jesús y la celebración en la vida que nos transmite, el recuerdo se refiere a un acontecimiento de otro y la celebración lo ve como propio. Lo celebramos gozosamente porque aquí reconocemos nuestra salvación y la mayor manifestación del amor del Padre y porque aquí se funda nuestra esperanza en la resurrección, algo que nos llena de gozo en medio de tanto dolor.

La principal celebración litúrgica es la Eucaristía, “memorial de la Pasión”, así lo expresan claramente los relatos de la última Cena y de las reuniones celebrativas de las primeras comunidades. La celebración de estar juntos en torno a una mesa no nos ha de hacer olvidar el motivo por el que nos juntamos, no sea que nuestra eucaristía deje de ser recuerdo vivo de Jesús para celebrar solo nuestro bienestar fraterno, como si solo fuese nuestro.

— Es también *memoria subversiva*, es decir, no orientada al simple llanto (que también es bueno como expresión de amor y cercanía), sino al compromiso por salvar de la Cruz a otros. Frente a los que mantuvieron viva la imagen del Crucificado para provocar solo resignación, tratamos de destacar que el sufrimiento de Jesús es *fuerza y compromiso*, lo que significa que también lo es el de todos los sufrientes, contamos siempre con la energía de los sanos y los fuertes y nos olvidamos fácilmente de la energía de los sufrientes. Su fuerza nos llega a nosotros como salvación que nos comunican pero, desde nosotros, ha de revertir en ellos como lucha comprometida contra las causas que provocan su sufrimiento y a favor de ellos. En este sentido el recuerdo de la Pasión de Jesús es desestabilizador, inquietante y provocador y tenemos que añadir que también redentor.

La reflexión sobre la Pasión de Jesús nos llena de gratitud por su generosidad y de piedad amorosa, pero es inquietante porque despierta en nosotros un espíritu de lucha para que no continúe repitiéndose; ¡ojalá lográsemos que no hubiese más pasiones que recordar!

Esta fuerza subversiva es difícil de ver

“cuando se la considera desde esa minoría de la humanidad que dispone mayoritariamente de los medios científicos y técnicos, así como del poder político en el mundo de hoy. Por tal motivo adquiere esa praxis liberadora una perspectiva subversiva. Subversiva de un orden social en el que el pobre, el otro de la sociedad, apenas comienza a hacerse escuchar” (Gustavo GUTIÉRREZ)

“EXISTE una fuerza en el ocaso, un triunfar en el padecer”
(SCHURMANN)

— Por encima de todo es *memoria redentora*. En la celebración no pretendemos solo la nostalgia del recuerdo sino prolongar su eficacia. La Pasión de Jesús continúa actuando redentoramente, liberadoramente, salvíficamente, porque la salvación efectiva aun queda pendiente en gran parte y necesita gestores que la lleven a término, “completando” la suya. El amor de Jesús, el que dio vida a todas las horas de su Pasión, continúa actuando entre nosotros de múltiples

maneras, algunas muy íntimas e indescritibles y otras muy visibles. Esa entrega de Jesús, repetida sacramentalmente en la eucaristía y físicamente en los sufrientes, nos continúa salvando del pecado y sus consecuencias.

Además continúa poniéndonos en pie de colaboración con la entrega personal que tiene que salvar a otros, porque también nuestro sufrimiento tiene valor redentor, tanto el sufrimiento personal (que no es preciso buscarlo pero sí aceptarlo dignamente y con sentido) como el de solidaridad. El muro del sufrimiento y del pecado solo se resquebraja cuando ponemos a su lado un poco de amor y un poco de fe, descubriendo su riqueza oculta públicamente proclamada por la Cruz de Jesús.

El sufrimiento verdaderamente redentor comporta dos actitudes:

. La primera es sufrir *con los otros*, es decir, no permitir que el sacrificio nos cierre en nosotros mismos ni que el dolor sea una puerta que se cierra sino que abre el corazón y la fe. Jesús sufrió porque “se hizo en todo semejante a los hermanos” (Heb 2, 17-18); su sufrimiento le vino de nosotros y le abrió a nosotros.

. La segunda es sufrir *con alegría*, superando la actitud meramente negativa o triste; la alegría en esas circunstancias solo puede venir de sentirse amado por Dios y por los demás y de reconocer la utilidad redentora del propio sacrificio. “El Señor Crucificado pasó por nuestro camino, pero no vestido de negro” (S. BRETON).

El mayor valor viene de dos tipos de sufrimiento, explica J.I.G. FAUS: “cuando se trata de un destino contrario que se impone inevitablemente” y que sólo podría evitarse apartándose de su misión o de la justicia, y el “asumido libremente por *solidaridad* con aquellos que lo padecen (normalmente también por asumir la lucha contra él)”. Es decir, el sufrimiento más activo redentoramente no es el que simplemente se acepta aguantando con resignación sino el que es consecuencia de una opción de vida en favor de los demás, sobre todo el que nace como consecuencia de la lucha contra el pecado en cualquiera de sus manifestaciones.

Esta “memoria” nos lleva a meditar agradecidos de dónde nos viene la salvación y cómo la tenemos que comunicar a los demás.

Son demasiados los hombres y estructuras sociales que aun quedan por salvar y no se logrará si la "memoria" de la Pasión no nos redescubre perpetuamente la fuerza salvadora del Crucificado y de sus continuadores.

4) *La Pasión de Cristo abre un futuro a los hombres que aun están sufriendo la pasión.*

Nos referimos aquí al futuro asequible, al menos en parte, en este mundo, luego hablaremos del futuro de la resurrección definitiva. El futuro es la inquietud más honda del hombre e influye directamente en su desgracia o felicidad presente:

"El hombre no está solo irremediamente orientado hacia el futuro, sino que es el ser que sabe del futuro como algo distinto, e incluso contrario, a la realidad actual de sus expresiones y de su esfuerzo. Sabe que el resultado de su esfuerzo puede contraponerse a los fines pretendidos". (W. PANNENBERG)

Ya vimos que una lamentable reducción de la Pasión es separarla de la Resurrección (y viceversa), fijándola solamente en el presente, como si no hubiese un futuro mejor, o mirando el futuro como una simple continuación del presente. Muchos hombres viven bajo un futuro amenazado de pobreza, de guerra, de paro, del sida, del dolor...; hay padres que dejaron de tener hijos por miedo al futuro que les amenazaba, aunque otros muchos pueden mirar al futuro seguros de que cada vez irá mejor. Nos da miedo un futuro amenazado por la falta de vida, siempre sujeta a los ataques de la muerte, que les hiere de formas muy variadas.

Pues bien, la Pasión nos descubre que siempre hay futuro para esos hombres, porque Jesús, que murió con la peor muerte, hoy está lleno de vida, es El Viviente y les asegura que la muerte no será ni la mayor ni la última fuerza de su vida. El principal lenguaje de la Pasión no es el de la muerte sino el de la vida, porque Jesús muere luchando por un Reino de felicidad, haciéndolo posible. Antes de

nada nuestro Dios es un Dios de vida y Jesucristo ha venido para que tengamos vida y en abundancia. Cualquier sufrimiento empieza a serlo menos cuando descubrimos que no es definitivo, incluso que lleva en su interior una vida nueva; la muerte deja de ser trágica cuando le quitamos la última palabra.

Se ha dicho que lo más importante para el sufrimiento no es que tenga sentido sino un futuro mejor, porque lo más trágico para el que padece es que el futuro sea seguir padeciendo. Si de algo sirve la Pasión de Jesús es precisamente para abrir un futuro a los sufrientes, pobres, desesperanzados, oprimidos, pecadores, condenados de la tierra, puesto que a todos ellos ofrece en primer término las Bienaventuranzas, que se pueden lograr incluso antes de salir del sufrimiento.

¿Qué futuro es ése? No es fácil hablar de él y uno teme que sus palabras suenen a demagogia espiritual. Pero lo intentaremos asomándonos a ese futuro que El abre a las diversas clases de nuestros sufrimientos.

*** Empezamos por *el sufrimiento inocente*, el más absurdo porque no es consecuencia de ninguna culpa personal ni beneficia a nadie puesto que ni siquiera es consecuencia de una injusticia interesada: disminuidos de nacimiento, heridos por accidente imprevisible, huérfanos... Filosofías y reflexiones piadosas se han enfrentado de antiguo a este sufrimiento para descubrir algún sentido en ese absurdo o para consolar a sus víctimas. Pero no podemos dar ninguna explicación y cualquier palabra nos resulta inadecuada.

Sin embargo, el Crucificado proyecta una nueva luz, que no es filosófica ni sentimental: *se hace presente en el sufrimiento y entra en él.*

Esta presencia voluntaria de Jesús nos hace pensar que ahí hay un valor desconocido. Pero tenemos que seguir preguntando: ¿Y qué trae? *Amor*, es la respuesta. La suya es *la presencia del amor*, porque solo por amor se puede estar voluntariamente ahí y el amor siempre tiene futuro. Jesús trae *el futuro del amor*. Viniendo de parte de Dios, inyecta vida y esperanza en ese futuro que en adelante estará lleno del amor divino.

Otrece también *el futuro del compatriota*, porque El personalmente asume la vida de los sufrientes inocentes completándola mucho más de lo que pudiesen completarla unas circunstancias favorables. La compañía rompe la soledad y aumenta la vida. Lo más trágico es quedarse solo en el sufrimiento, por eso Jesús desde la Pasión rompe esta amenaza trágica para que nadie pueda decir que esta solo es su tragedia. Pero la suya no es una presencia cualquiera, es una presencia predilecta y transformante. Por conocer esa presencia de amor, y no por masoquismo, algunos santos deseaban ardientemente sufrir.

Pero hemos de recocer que, aun con su presencia en ella, Jesús mantiene el "escándalo" de la cruz, lo que significa que continúa siendo inexplicable e incomprensible, por lo que no tenemos que empeñarnos en entenderla sino en creer en su fecundidad, muy superior a nuestra comprensión y que se nos comunica por caminos muy distintos a los inteligibles.

Esa presencia de Cristo nos descubre además que el sufrimiento no es solo una desgracia o prueba sino *una forma de vida*, como en la naturaleza donde la vida se expresa en flores y frutos pero surgiendo de raíces retorcidas y aprisionadas. En el árbol de la humanidad Jesús reconoce más vida en las raíces y proclama que ellas producen y alimentan la mejor vitalidad del Reino, los sufrientes son las raíces de ese árbol que cada vez crecerá más y se extenderá tanto que muchos podrán cobijarse a su sombra. Por eso Jesús, que solo pudo remediar el sufrimiento de unos cuantos, se mantiene ahora presente de manera especial en el sufrimiento inocente, soportándolo y luchando por remediarlo mientras abre para él un futuro mejor, el futuro de la vida que nace de esas mismas llagas. ¿Qué mejor futuro para el sufriente que saber que la vida está brotando de él?

*** Aun está más claro el futuro que abre la Pasión para el más noble de nuestros sufrimientos, *el de los que sufren por evitar el sufrimiento de otros*.

Su esfuerzo no es nunca inútil ni de efectos momentáneos, aunque a veces así lo parezca, sino que tiene efectos revolucionarios y transformantes porque el amor lo cambia todo y, si no puede cambiar las circunstancias, cambia las personas. La Pasión de Jesús, que fue con-

secuencia de su lucha contra los sufrimientos y opresiones de su tiempo, sobre todo contra la opresión del pecado, sigue produciendo hoy ese mismo compromiso por los demás y suscita cada día nuevas formas de solidaridad y responsabilidad. Ningún otro gesto humano ha cambiado tanto y tan en positivo el mundo como la Cruz de Cristo. Por eso donde los hombres son capaces de sufrir por amor en un esfuerzo eficaz contra las circunstancias crucificadas se mantiene viva la esperanza porque ese sufrimiento no será definitivo, por fin será superado.

Las mortificaciones metódicas, practicadas solo por ascetismo, no tienen futuro pues se vuelven sobre nuestro propio presente agresivo al que queremos reducir sometiendo el cuerpo, éste es todo su mérito. Pero el sufrimiento contra el sufrimiento, el que no se quiere en sí mismo sino que se acepta como esfuerzo por liberar a otros de esta situación, éste sí tiene futuro; de hecho los mejores cambios de la sociedad nacen de aquí, así se han superado ya o están en proceso de superación muchas situaciones de sufrimiento. Su verdadero futuro va mucho más allá de los logros sociales, como el de Jesús, que se consumó en una transformación personal mediante la resurrección y en una entrada a la gloria.

Otro efecto esperanzador de este sufrimiento con causa es que *produce un movimiento de solidaridad* al que cada día se apuntan más, porque su ejemplo contagia abriendo así más cauce hacia el futuro. Junto a la solidaridad de los intereses, de la diversión o de la simple ciudadanía crece también la solidaridad en el compromiso activo contra el sufrimiento, y en esto muchos se sienten empujados por el ejemplo de otros, cualquier sufrimiento resulta desagradable y molesto menos éste, aunque no nos decidamos a aceptarlo, seguro que sentiremos el impulso de hacerlo y que lo admiramos. Es la solidaridad de la Cruz que cada vez aumenta más la solidaridad de los vivientes y disminuye la cruz de los oprimidos.

A pesar de todo, a nivel de historia, nos preguntamos, ¿hasta cuándo? ¿cuánto durará el hambre, las nuevas pestes, la injusticia, las víctimas inocentes? ¿acaso hoy hay menos que en otras épocas? ¿es que no puede haber una fecha previsible para el final de este mal? .

La respuesta estadística es deprimente a pesar de los múltiples logros. Pero el futuro va más allá de las constataciones estadísticas, viene de la cadena de hombres unidos a Jesús en su lucha a muerte contra el sufrimiento; lo lograrán, lo van logrando, con ellos avanza el futuro del Reino porque Dios está de su parte: “*El señor escucha las súplicas de los oprimidos; los gritos del pobre atraviesan las nubes hasta alcanzar a Dios*” (Antífona de la Liturgia de las Horas).

El futuro aun se abre más cuando el que lucha contra el sufrimiento no es un individuo sino *un pueblo*. Efectivamente algunos pueblos, sugestionados por la apasionante lectura del pueblo de Dios esclavo y liberado a través de un largo éxodo, decidieron también encontrar su liberación desde su propio esfuerzo, seguros de que

“Cristo, como el Siervo de Yahvé, derrama una vez más su sangre para la vida de la mayoría de los pobres. Y como la cruz de Cristo (su insurrección) es fructífera y salvadora. Aunque en forma trágica, reproduce una nueva pascua de muerte y de vida, de dolor y esperanza” (ECA: Estudios Centroamericanos)

Ese pueblo recobra el espíritu de los salmos y canta a Dios mientras lucha contra su propio sufrimiento colectivo:

“Pero yo podré hablar de ti a mis hermanos
Te ensalzaré en la reunión de nuestro pueblo
Resonarán mis himnos en medio de un gran pueblo
Los pobres tendrán un banquete
Nuestro pueblo celebrará una gran fiesta
El nuevo pueblo que va a nacer.”
(Ernesto CARDENAL, glosando el salmo 21)

*** *La Pasión abre también un futuro social a las víctimas del trabajo en nuestro mundo ciudadano y técnico.* La ciudad, atracción incontenible de nuestro siglo, aplasta a muchos hombres que se sienten golpeados en ella por nuevas situaciones: horarios rígidos, dependencia vital, soledad, violencia por la lucha de muchos por pocos espacios o puestos de trabajo.

¿Qué aporta la Pasión de Jesús a este sufrimiento ciudadano?

En primer término *nos saca del anonimato*, porque el Crucificado-Resucitado nos invita a creerle y seguirle a El personalmente pero teniendo presente que le hemos de reconocer en cada hermano concreto.

Jesús Crucificado “no es anónimo, es el hombre, es cada hombre, es el hombre que lucha y vence contra la violencia y la muerte... En realidad, la doctrina de la cruz, o sea *la liberación total del hombre*, es precisamente la fuerza más aplastante contra lo que se llama *pecado social*, dominante en las aglomeraciones ciudadanas; la historia demuestra que solo la cruz ha abatido la esclavitud, ha restituido al hombre la dignidad de persona, ha dominado la violencia, ha dado sentido a toda justicia vivificándola con amor fraterno”. (Cardenal UGO POLETTI)

No podemos sin más reconciliarnos con todo avance tecnológico olvidando sus víctimas, como si todo avance técnico fuese un avance humano; tampoco podemos aceptar sin más las fórmulas políticas que favorecen la liberación o progreso de un grupo o región a costa de otros grupos; no nos conformamos con que el tren de la historia lo determinen solo las cabezas sino que reintroducimos continuamente a los vagones en la capacidad de decisión; no basta ir más aprisa y más lejos que antes, necesitamos saber el sentido de nuestros actos, de nuestras muertes y esperanzas; no podemos tapar los ojos ante el sufrimiento como si fuese un subproducto de la historia, porque pertenece a ella y a la libertad humana. Jesús Crucificado es el Sufriente que más futuro ha tenido, el que más ha perdurado en la historia y el que más la ha cambiado. Y su eficacia aun es solo inicial.

El toma en la ciudad la postura de servicio más que la de situarse por encima de otros. Frente a la aspiración normal de todo progreso, que adquiere forma de dominio porque cuanto más se posee más se domina, lo definitorio del Crucificado “no consiste en un superlativo de dominación (“Rey de reyes” o “Superstar”), sino en invertir la dominación en servicio, el poder en amor y las exigencias en padecimiento vicario” (J. Moltmann). La dominación crea víctimas mientras

que el servicio crea hombres libres, éste es el futuro abierto por la Pasión y cada vez son más los seguidores de Jesús convertidos en servidores, el futuro mejorado para todos, no solo para unas minorías, no depende de los ganadores egoístas sino de esos servidores que con lo suyo ayudan y mejoran a otros

***** Por último y por encima de todos, la Pasión abre un futuro de salvación.**

Porque la mayor riqueza de la Pasión es su *eficacia salvadora*, mientras los hombres condenan a Jesús a muerte, Dios les salva precisamente por esa muerte, les salva de la destrucción, de la muerte –aunque pasando por ella– y del fracaso definitivo. En la Pasión es donde más claro aparece el poder mortal de los hombres y, aun más claro, el poder salvador de Dios que lo devuelve a la vida pero una vida enriquecida y glorificada.

En la Cruz el condenado es el primero que se salva y se convierte en Salvador. Por eso ahora nos salva a nosotros, necesitados radicales de salvación, porque todo hombre sufre “una indigencia fundamental última: estoy necesitado de salvación” (D. Mieth).

Salvarse es no perder *lo esencial* entre la urdimbre atiborrada de accidentalismos, lo esencial es lo que tenemos de divino y de eterno, que ninguna pasión puede destruir, al contrario, lo asegura porque, cuando un hombre es atado por los hombres, pasa su garantía a las manos del Padre. La pasión purifica de lo accidental en favor de lo esencial que es aquello que realmente queda después de haber sido pasado por la dificultad.

Salvarse es salir *liberado del juicio*, nadie puede encontrar en sí mismo suficiente seguridad para el juicio de Dios, ni siquiera resistiríamos bien nuestro propio juicio estricto. Pero el que murió por nosotros cuando éramos pecadores, ¿cómo no va a salvarnos ahora que ya estamos justificados?

Salvarse es *superar el peligro* y no caer en tentación de muerte, sino conducirnos por una fuerza mayor que la del pecado, con la Pasión Jesús nos libera del pecado con lo que ningún pecado es ya

superior a nuestras fuerzas, estamos seguros de que no seremos tentados por encima de nuestras posibilidades.

Salvarse es *cumplir el fin para que fuimos creados* y llegar a la mayor identificación posible con Dios que nos da la vida, pero hay que tener en cuenta que Dios se hace especialmente presente allí donde más se le necesita, que es en la pasión humana, y por tanto ahí precisamente es donde más nos identificamos con El, logrando nuestro fin vital.

Salvarse es *lograr que la vida del espíritu vaya copando nuestra persona* mientras el cuerpo se desgasta y desmorona, justo cuando pierde sus capacidades físicas en la crucifixión, Jesús siente la plenitud de su interior y muere con un confiado “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Salvarse es *alcanzar la bienaventuranza prometida por Jesús* y es precisamente en la Cruz donde El se encarga de decir que ahí se hace efectiva su promesa “Hoy estarás conmigo en el paraíso”, la promesa no se funda tanto en la presunta bondad del ladrón o nuestra sino en el amor salvador de Jesús Crucificado, en cuyas manos está mucho más segura que si la confiásemos a los méritos de nuestras obras.

“En el amor nos acogió el Señor, por su amor hacia nosotros, Nuestro Señor Jesucristo, cumpliendo la voluntad del Padre, dio su sangre por nosotros, su carne por nuestra carne, su vida por nuestras vidas” (San CLEMENTE, papa)

Esta salvación, abierta por Jesús a todos en su Pasión, se ha de traducir en una expresión gozosa y entusiasmada de la vida cristiana, no podemos dar la impresión de “no estar suficientemente salvados”, al contrario nos llena el gozo anticipado de la salvación definitiva. La salvación nacida de la Pasión produce cristianos felices, no con la felicidad quebradiza de quien ha logrado triunfos personales, sino con la felicidad de la seguridad última ofrecida por Jesús; somos salvados porque la fuerza salvadora de la Pasión continúa activa. Desde nuestra salvación asegurada por Jesús nos sentimos más libres para preocuparnos por la salvación de los demás.

Pero, ¿cómo nos alcanza hoy esa salvación? Aquí nos encontramos con una respuesta sorprendente.

*** *Los nuevos crucificados continúan la salvación del Crucificado Jesús.*

La fuerza salvadora, cuyo chorro abundoso y esencial nace siempre de la Pasión, continúa en la continuación histórica de la Pasión, es decir, sus continuadores históricos son también los continuadores de la salvación. El verdadero futuro de la Pasión está en esa continuación salvadora, de la que a nivel profundo tan necesitados estamos todos.

Hablando de la humanidad sufriente se imponen algunas preguntas.

“¿Se la puede considerar históricamente *salvada* cuando sigue llevando sobre sí los pecados del mundo?”

“¿Se la puede considerar como *salvadora* del mundo precisamente por llevar en sí el pecado del mundo?”

“¿Qué relación tiene con la Iglesia como sacramento de salvación?”

“¿Qué humanidad históricamente oprimida es la continuadora por antonomasia de la obra salvífica de Jesús y en qué medida?”

(I ELLACURIA)

La forma concreta en que realizan la salvación no es fácil definirla, pero es fácil decir con Puebla que, al menos, expresan “los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios”. Mantienen vivos unos valores humanizados, hoy escasos, y que son el principal vehículo de salvación, puesto que Cristo empezó haciéndose y creciendo como hombre.

“Ofrecen comunidad frente al individualismo, servicialidad frente al egoísmo, sencillez contra la opulencia y apertura a la trascendencia contra el romo positivismo, de todo lo cual está imbuida la civilización del mundo occidental . Ofrecen también esperanza: insensata o absurda, podrá decirse, porque es lo único que les

queda, arguirán otros Pero, de nuevo, ahí está, y no hay que trivializarla desde otros mundos” (Jon SOBRINO)

Sus verdaderos valores solo nos los transmiten bien los que han comprometido su vida con ellos y confiesan que se sienten evangelizados y enriquecidos.

Hemos de añadir que la salvación desde los sufrientes se hace *más universal* puesto que en todas partes está ese grupo sufriente y es ciertamente el grupo más numeroso de nuestra sociedad, es también el sector mayoritario en el que se concentran a la vez el pecado social, el amor misericordioso de los justos y la fuerza salvadora de la Cruz. Si la salvación mayoritaria dependiese solo de unos pocos, de los santos, –que ciertamente son agentes destacados de salvación–, nos costaría estar seguros de ella, porque muchos no tienen ese testimonio delante de forma visible, pero, al actuar Jesús salvadoramente desde la mayoría sufriente, la sentimos más cercana, la podemos reconocerla en cada momento y, aunque nos resulte escandalosa, también nos resulta asequible, casi la podemos tocar con la mano, con tal de que nonos alejemos.

Los necesitados pasan de objeto a sujeto, no solo necesitan ayuda sino que la aportan puesto que poseen “la mejor parte”, el amor predilecto del Padre, por eso la humanidad es deudora a su fuerza salvadora aunque, aun entre ellos, solo sean grupos minoritarios los que la expresen con total claridad. “*Escuchad, hermanos, ¿no fue Dios quien escogió a los que son pobres a los ojos del mundo para que fueran ricos de fe y herederos del Reino que prometió a los que aman?*” (Santiago 2, 5).

Pero se dirá que el sufrimiento, por mucho que le adornemos de ideologías, sigue siendo desgracia y que, a simple vista, tiene más de maldición que de bendición y que lo que hunde a las personas no podemos decir que las salva. Esa es la lectura inmediata de los acontecimientos, la que nace de los ojos y de la piel. Sin embargo hay un sentido profundo ahí encerrado porque el espíritu transforma las entrañas del sufrimiento, incluso cuando no puede transformar sus carnes.

Hemos de afirmar rápidamente que lo que hace salvadora a la pasión no es su carga de sufrimiento sino *el espíritu* con que se vive. La misma Cruz de Jesús, sin el espíritu de amor que Él puso en ella, habría sido solo maldición. Una desgracia acumulada es que muchos crucificados sufren sin espíritu, ponen solo sus llagas, en este caso es a nosotros a quienes corresponde poner espíritu en sus llagas, el espíritu de amor, de justicia, de servicio, de lucha liberadora, de fe, de esperanza, unidos podemos formar el verdadero conjunto redentor. Cuando la pasión y el espíritu se juntan se abre un futuro incontenible. La solidaridad del espíritu es tan necesaria como la de la justicia, porque no todos pueden repartir remedios a la pobreza pero todos pueden poner espíritu en ella, es también una forma obligada de solidaridad, la pasión ensancha la solidaridad desde lo material a lo espiritual y viceversa, el futuro se abre mejor con esta inmensa cadena solidaria.

La Pasión de Jesús nos descubre “la profecía que brota del sufrimiento ajeno” (J.B. MERZ), que es profecía de salvación para todos. Sin el empuje tecnológico y social de los mejor situados peligraría el desarrollo humano y sin la fuerza salvadora de los crucificados peligraría el futuro eterno.

Hay que reconocer que este pensamiento nos resulta tan “escandaloso” como a los primeros que escucharon que la salvación les venía precisamente de un crucificado, lo más repelente para ellos, hoy lo incomprensible no es que la salvación venga de Jesús Crucificado sino de los crucificados actuales, de los mismos a los que tenemos que ayudar.

“Efectivamente resulta escandaloso proclamar, a unos creyentes acostumbrados a oír sin pestañear que la muerte de Jesús trajo la vida al mundo y que no aceptan ni teórica ni prácticamente que esa vida pase hoy por los hombres explotados, que los oprimidos son la salvación histórica del mundo. Y es también escandaloso para los que buscan la liberación histórica de la humanidad y ven a los oprimidos como personas a liberar y no como salvadores y liberadores” (I. ELLACURIA)

Otra riqueza de este planteamiento es que nos hace ver que la historia de la salvación no es posterior o añadida o compensatoria de la salvación social sino inserta en ella, la Resurrección no viene simplemente después de la Pasión sino que está en ella y nace de ella, cuando no se entiende así, se infravalora y perturba la salvación, se la malentiende y lleva a posturas de no compromiso. La historia profana queda traspasada por la historia de la salvación, sobre todo la parte sufriente de la historia, a quien la sociedad niega su propio protagonismo y a la que, por contra, la Pasión concede una preferencia en los frutos de la salvación, esta salvación se anticipa en gestos salvadores concretos, en programas sociales con prioridades a su favor.

Estamos hablando aun de *un futuro inmediato* de algo real para este presente nuestro de masas sufrientes, porque la esperanza no puede reducirse a espera angustiada de un futuro intangible, el Crucificado empezó prometiendo Reino y Bienaventuranza ya en las horas del llanto, de la pobreza y la persecución.

Pero el presente no llena, claro está, todo el futuro abierto por la Pasión, de donde nace una salvación eterna, la bienaventuranza gloriosa, en la que debe concluir la liberación social, que solo se completará en el cielo. La salvación nace también de los santos y de la oración y del sufrimiento personal ofrecido por la salvación del mundo, como recomendaron siempre miles de escritos espirituales. Los sencillos son quienes mejor aceptan que el sufrimiento personal sirva para la salvación de los pecadores porque tienen una gran intuición espiritual, confirmada además por la reflexión teológica.

“Para los cristianos el dolor no significa en el fondo una amenaza sino una tarea. En la medida en que el cristiano deja pacientemente que el dolor munde su existencia, recoge en sí lo gravoso, lo oscuro y pesado del mundo. Con ello su propia existencia se va haciendo cada vez más tenebrosa, mientras que el mundo a su alrededor se clarifica y serena. A quien logra entender esto no es necesario decirle nada más sobre el misterio del dolor humano. Descubre en sí mismo que Dios lo ha elegido para soportar aquello que otros no pueden cargar ya sobre sus hombros.” (L. BOROS)

“La realidad del dolor en el mundo experimenta (desde Cristo) una cristianización. Esto que de otra manera sería discutible, sin sentido, oprimente, recibe por la referencia a la acción salvífica de Jesucristo valor y profundidad: acerca particularmente a El y así a la salvación. Todos los hombres deben sufrir, pero el cristiano conoce el sentido”. (Franz WOLFINGER)

Pablo dice completar en sus miembros y en su carne lo que falta a la Pasión de Cristo.

En todos estos aspectos la Pasión de Cristo ejerce una función iluminadora sobre la pasión del hombre: nos descubre una especial presencia de Dios en nuestro mundo, es fuerza crítica de nuestra sociedad comprometiéndonos en su renovación, es “memorial” que actualiza la fuerza salvadora de Jesús, ofrece salvación y abre un futuro con las garantías de Dios.

Ahora solo nos queda proyectar la luz de la Pasión a más allá de la pasión, a lo eterno.

B.- LA PASIÓN FUNDAMENTA LA ESPERANZA ETERNA Y LA RESURRECCIÓN

La palabra más clave de la Pasión no es *sufrimiento* sino *esperanza*, no *muerte* sino *vida*, porque lo que diferencia la Pasión de una simple desgracia es que no es un final sino un inicio transformante. La Pasión que no despierta esperanza, sino simple resignación, no es la de Jesús. La Cruz está en pie con los brazos extendidos en todas direcciones, abriendo horizontes nuevos; la única dirección recortada es la de la tierra, la dirección hacia abajo, hacia donde surge el sufrimiento, es corta y se acaba ahí, mientras que la dirección hacia arriba –Dios– y hacia lo horizontal –fraternidad– no tiene límite, apunta a lo infinito; la tierra posan tiene un límite pero el abrazo de Dios, no.

Cuando la Pasión de Jesús se proyecta sobre la pasión del hombre siempre sobreimprime la misma palabra: ESPERANZA; la pasión física no es más que el negro y rojo telón sobre el resalta esa palabra

iluminadora; sería masoquista y nada espiritual detenernos en el telón de fondo sin descubrir esa palabra.

La última parte de nuestro libro es una proyección fija de esta selecta diapositiva: PASIÓN-ESPERANZA. Pero no nos referimos ya a la esperanza de un mejor futuro social, comentada en el apartado anterior, sino al futuro definitivo, *al glorioso y eterno*, el que plenifica todos los demás futuros y esperanzas. Hablamos de *la esperanza en la resurrección final*, a la que nos acercamos en varios pasos.

*** La esperanza del Crucificado Jesús

En los últimos días Jesús dio la impresión de buscar la pasión más que de evitarla, hasta que termina entregándose en Getsemaní cuando tan fácil le era huir en la noche. Pero no lo hace por masoquismo o desesperación sino con actitud esperanzada porque, aparte de lo inevitable de las circunstancias, ha descubierto que esa “hora” es más rica para el futuro que las muchas que aun podía prolongar su vida. Ya en sus predicciones había demostrado una gran seguridad en que aquello no era el final y la resurrección estaba ya presente en sus palabras: “*Este Hombre tiene que padecer mucho: tiene que ser rechazado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días*” (Mc 8, 31). Para sus oyentes la expresión “al tercer día”

“tenía un sentido escatológico (referente al final de los tiempos), no cronológico. Identificaban el tercer día con el día de la vivificación de los muertos, según está escrito: dentro de dos días nos hará revivir, al tercer día nos resucitará y viviremos ante él. Entonces, si la fórmula “el tercer día” evoca la resurrección general, sería en este caso la expresión más explícita del sentido que Jesús daba a su propia muerte: Jesús afirma que en su muerte se cumple el acontecimiento esperado para el final de los tiempos y para la comunidad entera”. (CUADERNOS BÍBLICOS)

En la cena de despedida les cita para un nuevo banquete en el Reino: “*Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el*

día en que lo beba, pero nuevo, en el Reino de Dios” (Mc 14, 25). Jesús demuestra estar absolutamente seguro de su futuro eterno, incluso a través de su pertinaz silencio durante el proceso, no importan jueces dispuestos a condenarle porque Dios está dispuesto a salvarle; hasta se permite recordar que algún día el juicio se invertirá viniendo el sobre las nubes del cielo para ser su juez. Y en la Cruz, mientras su psicología lucha contra la angustia del abandono, en su interior profundo se siente tan seguro que promete el paraíso a otro crucificado y personalmente encomienda su espíritu en manos del Padre de la vida. Da igual si su última palabra fue un grito angustiado o una expresión de paz; poco importa si algún momento creyó en la inminencia del fin del mundo o si siempre tuvo claras las ideas sobre este punto; las horas finales las vive en la seguridad de quien está por encima de lo contingente, sabiendo que la vida sobrepasa la historia y que la que continúa en Dios es mucho más que la encerrada en la carne. Da la impresión de querer acelerar el final porque lo que suceda después es mucho mejor que lo sucedido antes. Jesús afronta su propia muerte con una fe oscura (se queja del abandono de Dios) pero con una esperanza firme: “¿Cuanto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de mi Pasión! Porque os digo que nunca más lo comeré hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios” (Lc 26, 16). Muestra seguridad absoluta en que su muerte no interrumpe el Reino, al contrario, la salvación no se corta con la Pasión sino que nace de ella, y el banquete definitivo está ahí, a su alcance y al de todos. Ni la Pasión interrumpe la esperanza ni la esperanza interrumpe la Pasión.

Pero la esperanza no elimina tampoco la angustia de la muerte; una certeza clarividente y casi física eliminaría esa angustia, convirtiendo la muerte en mero trámite; sin embargo Jesús ha sentido duramente esa garra angustiosa y oscura sobre todo en Getsemaní y en la Cruz; sólo así su muerte es del todo real, tuvo que sufrir el horror del túnel para que su muerte fuese del todo humana. También nosotros vivimos la esperanza de la resurrección y tenemos certeza de que así será pero sentimos el horror de la muerte.

La esperanza de Jesús no nacía de su psicología, tan horrorizada por ese final como el cuerpo por los clavos, sino de Dios a quien

entreveía y por quien suspiraba. Era una esperanza viva pero sin formas precisas, donde las formas corporales tienen poca importancia. Dios suple todas las formas, su vida será recompuesta y renovada al ser introducida plenamente en Dios. La muerte era una terrible verdad, sin paliativos; y la esperanza era verdadera precisamente porque la muerte lo era.

*** Nuestra esperanza

Paradójica situación de nuestro mundo que abre cada día más esperanzas inmediatas y niega esperanzas eternas; aumenta la esperanza terrena, que consiste en la prolongación y mejoría del presente, pero esto mismo conlleva un cierre de los horizontes cuando ya no hay mañana, después de la muerte. Seguramente la esperanza ha quebrado más que la fe; esta desconexión entre fe y esperanza produce una religión tranquilizante de cumplimiento y decapitada, dejando el mundo en manos de los mejor dotados y apartando a los infradotados porque son incapaces de progresar y entorpecen la esperanza terrena. La esperanza del progreso material ha querido suplir a la esperanza religiosa, a la que muchas veces tachó de alienante, sin darse cuenta que el progreso es alienante si solo le permitimos llegar hasta la muerte.

La verdadera esperanza, la que apunta a una vida transformada y sin término, se apoya en la fe y es inseparable de la Pasión de Jesús.

“La Pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es una prenda de gloria... Grande es lo que el Señor nos promete para el futuro, pero es mucho mayor aun lo que celebramos recordando lo que ya ha hecho por nosotros. ¿Quién dudará que a los santos puede dejar el Señor de darles su vida, si él mismo les entregó la muerte? ¿Por qué vacila todavía la fragilidad humana en creer que un día será realidad el que los hombres vivan con Dios? Lo que ya ha realizado es mucho más increíble: Dios muerto por los hombres” (San AGUSTÍN)

El hombre moderno necesita acercarse a la Pasión para descubrir no tanto su dolor cuanto su esperanza y un nuevo futuro que no tenga

cerrados los horizontes, porque la esperanza de la Pasión nace precisamente de lo que es el mayor fracaso, la muerte por asesinato, y se fundamenta en la fuerza amorosa de Dios que recrea al hombre destruido por la cruz y le abre las puertas de la gloria. Mirando al Crucificado reanimamos nuestra esperanza religiosa, la del cielo bienaventurado con todos los bienaventurados, porque El nos salva del pecado para hacernos capaces de participar de la gloria de Dios. El cielo es el inmenso árbol de la vida cuyas raíces se alimentan del Calvario y cuyos frutos esporádicamente disfrutamos aquí pero que solo allí gozaremos en todo su sabor con un nuevo paladar regalado por Dios.

*** Esperanza en que su obra sigue

Jesús no ha centrado su vida en planes y éxitos personales, como le proponía la tentación del desierto, sino en el Reino de Dios. Cuando la presunta amenaza de muerte se hizo certeza, la cuestión más inquietante para él no era su fin personal, porque unos años más o menos de vida no le cambiaban sustancialmente, sino qué pasaría con el Reino; ¿su fracaso personal suponía también el fracaso del Reino?; no había hecho más que empezar su realización, ¿y ahora qué? Sin embargo, Jesús demuestra estar muy seguro de que el Reino seguirá adelante y que su causa no morirá. La decisión con que entra en la Pasión no es la de un hombre fracasado en su tarea sino la del que sabe que esa tarea va a recibir un empujón definitivo y quiere que se produzca pronto. Y abre así la esperanza para todos los que trabajan por el Reino y para todos los que se empeñan en una tarea que está más al servicio de otros que de sí mismos.

La suya no es una esperanza nacida de los milagros o de las multitudes concentradas en torno a su palabra sugestiva ni es la esperanza política y sugestiva de cuando le quieren nombrar rey, sino la esperanza contradictoria que nace del sacrificio de la vida, del martirio y de la pasión. Solo es posible y comprensible esta esperanza porque se fundamenta en Dios, el único que puede hacer promesas que superen realidades tan duras como la de la Cruz. Nuestras obras no tienen por sí mismas esa eficacia, porque las más duraderas son

efímeras y hasta parece más fuerte la obra del que mata que la del que muere, pero Dios se injerta en nuestra tarea para hacerla superar su caducidad.

Esta es la gran promesa de Dios manifestada en la Pasión, donde

“la vindicación de Dios se transforma en promesa. El sufrimiento no es explicado como un “destino” o como “la naturaleza de las cosas”, sino –incluso como juicio o castigo– nace de una “anti-naturaleza”, de un “absurdo” introducido por el pecado. Por consiguiente Dios está empeñado en un combate cuya meta es el “shalom”, la plenitud de vida –gozo, justicia, bienestar, armonía– entre los hombres y la totalidad de la creación. Nada puede detener la historia” (José Míguez BONINO)

La historia no es tanto la que uno construye para sí sino la que entre todos construimos para los demás. En la historia meramente profana los triunfadores son los más eficaces, mientras que en la historia-Reino de Dios pasan a primer término, junto con los santos, también los pobres, los vencidos, los sacrificados, las víctimas y, sobre todo, los que entregan su vida en favor de los demás, la esperanza se abre especialmente para éstos, y no solo en forma de reino eterno, sino como capacidad propia de hacer resurgir su clase, porque

“dentro de su personalidad permanece un componente indestructible –un germen quizás ligado a la imagen de Dios en el hombre, que es muy difícil, si no imposible, quebrar–. Dios llama a los pobres a levantarse y salir de su triste condición. Tienen la capacidad de izarse sobre sus pies y decir “me levantaré e iré a mi Padre” (Lc 15, 18). Esto, unido a la capacidad inherente que los pobres poseen para luchar por su propia liberación y luchar por sí mismos” (Canaán BANANA)

Existen maneras de que algunas de nuestras obras permanezcan después de nuestra muerte, pero solo por un tiempo, mientras que solo son inmensamente eficaces y eternas cuando entregamos nuestra vida por el Reino. Todas las obras que colaboran con el Reino son eternas puesto que su eficacia es tan duradera como el Reino en que

se transforman, dejan de ser caducas y reciben el aliento de que ya nunca podrán ser anuladas. Entre todas, la obra más grande y duradera es la de dar la vida, de golpe o en trozos dolorosos.

*** La resurrección

La esperanza respecto a su persona consiste para Jesús en la resurrección, aunque no podemos decir cómo descubrió o imaginó su resurrección personal; es mucho más firme como don de Dios que como idea clara en su mente. Apoyados ya en su Resurrección realizada, nosotros podemos estar mucho más seguros De nuestra propia resurrección que El de la suya.

Efectivamente Dios lo resucita. Lo libera de la muerte, lo reivindica frente a la injusticia de la condena, lo rehabilita frente al mundo, lo introduce en la bienaventuranza eterna y lo sienta a su derecha. Este es su final personal.

Pero su Resurrección, como toda su vida, no es solo un acontecimiento personal sino que es transferible a nosotros, su vida se traduce en “ejemplo os he dado..., seguidme”, y su Resurrección en “me voy a prepararos el camino para que, donde yo esté, estéis también vosotros”.

La Resurrección de Jesús es la base de nuestra propia resurrección:

“Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que murieron” (I Cor 15, 20)

“Aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también vida a nuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en nosotros” (Rom 6, 11)

A continuación exponemos algunos de los contenidos de la resurrección para nosotros.

.. Significa, en primer término, que en nuestra vida *la última palabra la tiene Dios*

En la vida muchos hombres son víctimas insuperables de otros hombres o de circunstancias adversas y nos preguntamos: ¿es que el destino del hombre ha de depender definitivamente de otros o de esas circunstancias? Esta es la pasión que continúa. Pero en la resurrección Dios irrumpe en nuestra vida con más fuerza que cualquier otra fuerza humana o circunstancial.

No logramos depender de nuestro propio sí, pero al final encontramos la seguridad de depender del sí de Dios, que asume la última palabra sobre nuestra vida y destino. Es una palabra de vida porque El es Dios de vida, no de muerte. Si no logramos superar todas las formas de muerte en nuestra vida temporal, El nos garantiza una vida que es solo vida y para la eternidad. Nuestra vida terrena, aunque se desarrolle, está herida en su origen y minada por microbios y llagas que la amenazan de continuo, pero en la resurrección la vida se vuelve inmune a todos los sufrimientos y amenazas porque es plena e invulnerable.

En la resurrección Dios dice sí a su proyecto original de crearnos *a su imagen y semejanza*, proyecto que nosotros hemos retocado, variado, abandonado y, en la Pasión, destrozado horriblemente. Pues bien, en la resurrección se recupera ese proyecto original y su realización plena corre entonces a cargo de Dios. No entramos en la eternidad como una imagen frustrada, al contrario, lo definitivo será la imagen lograda, no tanto por nosotros, sino por Dios en nosotros. Por fin veremos a Dios cara a cara y El se verá claramente en nosotros y disfrutaremos del gozo interno y pleno de ser ya su imagen bien hecha.

Dios dice también sí a su proyecto sobre nosotros iniciado *en el bautismo*, desde entonces se trata de llegar a la plenitud en Cristo, según Cristo, como Cristo, de acuerdo con lo señalado en la Pasión. “he aquí al Hombre”. Pero nunca llegamos a ser personas como El, hasta que en la resurrección Dios termina de realizarnos según ese modelo; el proceso de crecimiento y transformación iniciado en el bautismo queda en nuestras manos hasta que pasa a las manos de Dios que culmina la transformación.

Muchas veces nos decepciona lo limitado de nuestro esfuerzo en el crecimiento espiritual. Pues bien en la resurrección descubrimos que ninguno de nuestros esfuerzos ha sido vano, cada uno de ellos tenía un componente transformador y eterno que a su hora se hace efectivo. Esta es la dimensión eterna de nuestras obras que solo resurge después de los días terrenos de la pasión.

El sí de Dios pronunciado sobre nosotros nos hace nuevos. No quedará lo que nosotros hemos deteriorado sino lo que El ha hecho en nosotros, quedará su palabra creadora pronunciando eternamente nuestro nombre.

.. Significa además que *la última palabra la tiene la vida*

El hombre es la historia de una lucha permanente entre la vida y la muerte; al principio la vida se desarrolla más pero, a partir de cierta edad, la muerte recupera terreno y se va imponiendo hasta asestar el golpe definitivo, que a veces adelanta de forma brusca en accidentes, crímenes o enfermedades. El hombre le gana algunas batallas a la muerte y le retrasa unos pasos, pero la guerra siempre se decanta al final a favor de la muerte; además el hombre tiene conciencia de que nunca ganará esta guerra.

Desde la resurrección de Jesús sabemos que la batalla que gana la muerte no es la última sino la penúltima. Además Dios no le concede tiempo a la muerte para saborear su victoria porque inmediatamente al hombre muerto por la pasión lo transforma en resucitado. Con esta fe *superamos el problema de la muerte*, problema ante el que "toda imaginación fracasa"

"La fe enseña que la muerte corporal, de la que el ser humano estaría libre si no hubiera cometido el pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso salvador restituya al hombre la salvación perdida por su culpa. Esta victoria la consiguió Cristo resucitando a la vida y liberando al hombre de la muerte con su propia muerte". (GAUDIUM ET SPES)

No caminamos hacia la muerte sino hacia la vida, es decir, nuestra corta y accidentada historia personal está empujada por la esperanza,

no por el pesimismo; no vivimos para morir sino lo contrario, morimos para vivir; lo que va a quedar no es la muerte sino la vida, "¡gracias a la vida!" La vida es más fuerte de lo que aparenta, la fragilidad afecta más bien a las circunstancias que es el terreno donde opera la muerte, mientras que la vida permanece en las raíces e incluso entre las cenizas sin apagarse nunca del todo. Comprendemos su energía imperecedera cuando reflexionamos su origen, Dios, y lo confirmamos al pensar en su destino, también Dios. Ese germen divino hace a nuestra vida inmortal, aunque muera.

"Ha cambiado entonces el sentido de la muerte al integrarse en la revelación del amor, es el paso a la vida absoluta. El hombre, de ser-para-la-muerte, pasa a ser-para-la-vida" (C. DUQUOC)

La resurrección no suprime la muerte, sino que la integra, la transforma y nace de ella, en nosotros como en Jesús; hay que volver a repetir que la Pasión es la fuente de la Resurrección.

"La Resurrección no empalma directamente con la vida de Jesús, saltando por *encima* de la muerte, sino que solo es confirmación de la pretensión de Jesús porque es *aceptación* de su muerte. Es evidente que, con esto, cambia el sentido de ambas: la muerte deja de ser término (en el sentido más negativo del vocablo límite o nada a la que se llega) para convertirse en paso, en entrada" (J.I.G. FAUS)

"Efectivamente, en tiempos antiguos, Dios amenazaba a nuestra muerte con el poder de su muerte, yo seré tu ruina, tu infierno. En efecto, si Cristo, al morir, tuvo que acatar la ley del sepulcro, al resucitar, en cambio, la derogó, hasta tal punto que echó por tierra la perpetuidad de la muerte y la convirtió de eterna en temporal, ya que si "por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida" "(San LEON MAGNO)

... *La resurrección es una oferta especial para los crucificados*

Porque ellos son los más directamente afectados por la muerte, sobre todo la muerte anticipada, son también los que reciben la resu-

rección de forma más efectiva; cuando la muerte se hace crucifixión en el Calvario, Jesús promete la resurrección inmediata al crucificado. “En el camino hacia su muerte Jesús es portador de esperanza para los pobres y pecadores, a los que ha anunciado y hecho experimentar con palabras y gestos anticipadores el señorío liberador y benéfico de Dios” (Reinaldo FABRIS). Dios compromete su vida en la rehabilitación del pobre que por esto es bienaventurado. La promesa resucitadora alcanza a todo el colectivo de clases pobres y sufrientes, porque ahí la muerte toma formas más visibles y alcanza más fuerza porque es colectiva. Por eso “la Cruz ha sido tradicionalmente la fiesta del pueblo” (Jon SOBRINO). Por eso también Mons. Romero manifestaba rotundamente: “Si me matan, yo resucitaré a una vida nueva en la resurrección de mi pueblo, ahora oprimido”.

En la hora de sus gestos liberadores, Jesús deja muy clara su preferencia por los pobres y, a la hora de la resurrección, deja clara su predilección por los crucificados representados en el ladrón. Podemos hablar de una garantía especial de resurrección para los crucificados o para los que están con ellos, es decir, para los más amenazados de muerte, con lo que, acercándonos a ellos, garantizamos nuestra propia resurrección.

La Pasión es el lugar más seguro para la resurrección; nos empeñamos en otros lugares pero la Cruz permanece pertinazmente erguida como indicador del que no debemos alejarnos; cuando la pasión deje de existir es porque la resurrección ya se ha consumado; mientras tanto, desde ahí se resucita, es el único “lugar” con plenas garantías. Solo podremos alejarnos de la pasión cuando ya esté vencida en la sociedad, no basta que lo esté a nivel personal; mientras exista, los que la sufren y los que se acercan amorosamente a ellos serán los primeros en la resurrección, “hoy mismo”. No podemos saltar por encima de estas horas amargas porque el que se aleja de la Pasión y de quienes la sufren se aleja también de la resurrección.

... En conclusión, *ya ahora hemos de vivir como resucitados.*

“No has nacido, amigo, para estar triste” ni para vivir en “un valle de lágrimas”, aunque “llueva en tu corazón” y sean más los días de lágrimas que los de risas. Aunque muchas veces suframos la pasión,

nuestro destino no es vivir como crucificados sino vivir resucitando. Penosa acusación la de que no damos la impresión de estar suficientemente seguros de la resurrección.

¿Por qué cuesta tanto creer en la resurrección? ¿Por qué la niegan incluso algunos que confiesen tener fe? Resulta más fácil creer en Jesucristo que creer que está vivo, es más fácil confesar a Dios que creer que El nos resucitará. Vivir para siempre es seguramente el instinto más fuerte del ser humano, ¿cómo es que nos cuesta tanto admitir que será realidad? Con nuestros pies metidos aun en la pasión, el corazón anticipa el gozo de la resurrección. Esto es lo que distingue la pasión cristiana de la pasión sin fe; la fuerza redentora no solo está en el sufrimiento, fruto más bien maldito, sino en el sufrimiento con esperanza en la resurrección que se está gestando ya ahora.

Esto comporta necesariamente un estilo de vida que refleje el gozo de esa resurrección.

Este gozo anticipado expresa ya varios contenidos.

Para empezar, *estamos gozosos porque Jesús resucitó y está vivo.* Si no fuese así, seríamos los más estúpidos por creer vitalmente y confiar en un Crucificado (I Cor 15, 14). Sentimos ya el gozo de compartir la vida con Cristo vivo que, después de resucitado, continúa tan unido a nosotros como antes, porque la distancia temporal no pone distancias reales entre El y nosotros, al contrario, las suprime. No creemos ni seguimos a alguien que fue y vive en el recuerdo, como si estuviésemos en nostalgia permanente, lo que nos sucede con otros acontecimientos importantes de nuestra historia; El está vivo y vive entre nosotros y su presencia resucitada es más firme y unificadora que cualquier otra presencia física. Vivo y en medio de nosotros, fundamenta nuestro gozo.

Además *estamos seguros de que también nosotros resucitaremos,* porque esto no es una hipótesis ni una probabilidad sino una certeza: “Así como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, también nosotros empecaremos una vida nueva. Además, si hemos sido injertados a él por una muerte semejante a la suya, ciertamente también lo seremos por una resurrección semejante... Por haber muerto

con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Rom 6, 4-9). El caminar cristiano no puede ser dubitativo en este punto, porque la duda supone desconfianza en Aquél que fundamenta nuestra resurrección; al contrario, ha de ser un caminar gozoso porque ya conocemos el final; Dios sustituye nuestra duda, aunque no la anula, con el poder de su amor. El gozo aumenta porque podemos esperar también la resurrección de todos nuestros seres queridos, porque creemos que la fuerza de Cristo alcanza “a todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de un modo invisible” (Gaudium et Spes), aunque no todos participen de la misma fe, todos participan de la misma pasión, que es el elemento que más nos iguala entre nosotros y con Cristo y, al mismo tiempo, el más generador de resurrección.

Tener esta seguridad transforma gozosamente la vida y la hemos de pedir a Dios que, lo mismo que concede la resurrección, también concede la certeza en ella.

“Un día llegará en que lo gris se rompa
Y tus bandos resuenen nostálgicos,
oh gran Dios
Dime, Dios mío, que tu amor refulge
detrás de la ceniza..” (DAMASO ALONSO)

Creemos incluso que *la resurrección ya se ha iniciado*, porque no es un fenómeno repentino al final sino que ya está activo desde la pasión actual y desde la acción presente del Espíritu. Vamos resucitando lo mismo que vamos muriendo, la vida es siempre un proceso.

La resurrección se inicia el día del *bautismo*, que supone identificarse con su muerte y resurrección, nos “incorporamos” a Cristo “por una muerte semejante a la suya” y “ciertamente por una resurrección semejante”. Resurrección que crece luego por la fuerza de la *eucaristía*, puesto que “quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día” (Jn 6, 55); tantas veces comulgando, ¿y aun dudamos de la fuerza resucitadora de la eucaristía?; es alimento de vida eterna y eso significa, no que produce su efecto después, sino que lo anticipa.

“Del mismo modo que el pan, fruto de la tierra, cuando recibe la invocación divina, deja de ser un pan común y corriente y se convierte en eucaristía, compuesta de dos realidades, terrena y celestial, así también nuestros cuerpos, cuando reciben la eucaristía, dejan ya de ser corruptibles, pues tienen la esperanza de la resurrección” (San IRINYO)

La resurrección se va realizando también en las múltiples formas de *identificación e imitación de Cristo*, porque el que crece realmente en lo humano crece ya en dirección a Cristo, pero el que crece en lo espiritual está dejando espacio al Espíritu que eterniza la vida.

Esta resurrección ya en marcha se manifiesta *en la alegría*, expresión humana de la bienaventuranza evangélica. “¡Bienaventurados!”, empezó proclamando Jesús y lo decía para todos pero especialmente para los que tienen menos motivos humanos de alegría. Bienaventurados ya ahora por ser especialmente amados de Dios y porque su amor transforma todo lo nuestro de temporal en eterno, de corruptible en incorruptible, de material en espiritual, de desgracia en gracia, de limitación en gloria. Lastimados por la pasión propia y comprometidos en la pasión ajena, caminamos con alegría y esperanza porque la vida va creciendo a nuestro paso y estamos seguros de que Dios terminará transformándolo todo.

Esta resurrección presente va creando ya ahora *un hombre nuevo*, no dominado por la muerte, sino apoyado en la fuerza de Dios. Jesucristo es el que abre el camino para el hombre nuevo, porque sólo en El hay un futuro de salvación, sólo El es el Salvador, capaz de superar el poder de la muerte aunque sujetándose a ella.

“Participar en el resucitado sólo lo hace aquél que también está unido a Jesús en su muerte. Pues el resucitado se identifica con el crucificado. La muerte, sin la esperanza de la resurrección, sería la última palabra sobre el hombre, su futuro definitivo, si este futuro no fuese Dios mismo” (PANNENBERG)

Efectivamente, nuevo es ya el hombre que sirve a los demás, que sirve hasta el sufrimiento, tiene ya la novedad del amor, que es la más

destacada en la Pasión de Jesús. Y nuevo es el hombre que desde esa pasión, personal o ajena pero asumida por solidaridad, va resucitando las actitudes de Jesús. Hombre nuevo con la novedad de Dios, que lo completará en la resurrección.

La Pasión de Dios, a la que dedicamos la primera parte del libro, no anula su infinita e indomable felicidad; infinitamente feliz, aunque su corazón conozca penas.

La Pasión de Jesús no impide sino que engendra Resurrección, que es la plenitud de la felicidad; y, ya resucitado, continúa mostrando sus llagas, que no impiden su felicidad plena.

La Pasión del hombre no contradice la resurrección que ya se está gestando en él, al contrario, la produce. Y la resurrección prometida y ya actual tampoco suprime la pasión que continúa, por ahora y por mucho tiempo.

La pasión no terminará con la resurrección pero la resurrección sí acabará con la pasión.